



EL APOCALIPSIS
según San George

Eliades Acosta Matos

CASA
EDITORIA
ABRIL



Editor: *Irene E. Hernández Álvarez*
Diseño y realización: *Enrique Hernández Gómez*
Corrección: *Martha Beatriz Armenteros Toledo*
Ilustraciones: *Alberto Durero*

© Eliades Acosta Matos
© Sobre la presente edición:
Ediciones Abril, 2005

ISBN 959-210-388-8

Casa Editora Abril
Prado No. 553, entre Dragones y Teniente Rey, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba. C.P. 10 200
E-mail: eabril@jovenclub.cu
Internet: <http://www.editoraabril.cu>

ÍNDICE

Para leer al nuevo Supermán / 9

Introducción / 15

CAPÍTULO 1 El vuelo del ángel exterminador / 25

1.1 Diagnosticando una enfermedad americana / 25

1.2 Las Instrucciones de Breckenridge / 31

1.3 Un paréntesis para el secreto / 48

1.4 El “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” / 55

CAPÍTULO 2 Augures y sibilas imperiales / 65

2.1 El 15 de febrero de 1898: la engañosa infalibilidad del Colegio imperial de los Augures / 65

2.2 Un respetable *average*: cinco incidentes, cuatro guerras / 96

2.3 El 11 de septiembre de 2001 o el ocaso del ingenio imperial / 106

CAPÍTULO 3 El discreto encanto de lo invisible / 117

3.1 Fabricando enemigos y amenazas / 117

3.2 Manual del perfecto titiritero / 121

3.3 Construyendo el laberinto conservador / 129

3.4 Las maquilas ideológicas / 141

CAPÍTULO 4 Las legiones del Imperio / 149

4.1 El Leviatán-Padre / 149

4.2 El linaje neocon / 155

4.3 Quince minutos de fama / 164

4.4 La ofrenda de los reyes magos / 169

CAPÍTULO 5 Trilling, Strauss & Wohlstetter, S.A. / 181

CAPÍTULO 6 La claridad moral de la guardia pretoriana / 233

6.1 Disparando desde las rocas contra los indios / 233

6.2 El bushismo como estrategia militar
neoconservadora / 241

6.3 Iraq, el paraíso perdido / 265

CAPÍTULO 7 El neoesplendor americano / 287

7.1 Las neo-utopías / 287

Los neo-valores / 290

La neo-religión / 293

La neo-cultura / 305

7.2 El neoconservatismo global / 317

CAPÍTULO 8 El anti-neo / 343

ANEXOS / 395

1 Programa del Departamento de la Guerra (Estados Unidos) acerca de la organización militar de la próxima campaña en las Antillas [Instrucciones de Breckenridge] / 395

2 Lista completa de fundadores y adherentes al “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” (PNAC) / 400

Bibliografía complementaria / 403



PARA LEER AL NUEVO SUPERMAN

Los niños franceses se divierten con los animados de Asterix, el galo invencible, y los cubanos con los de Elpidio Valdés, un mambí que combina la picardía sana y la audacia. Son símbolos del honor nacional. Combaten al invasor extranjero. La fuerza del primero es el resultado de la inteligencia colectiva (una pócima mágica), y todos sus compatriotas la adquieren al ingerirla. Las cualidades del segundo aparecen en todos sus compañeros de armas. Son héroes populares en el sentido de que pretenden ser el reflejo de sus pueblos. Los niños y los jóvenes norteamericanos no tienen un personaje arquetipo. Superman no expresa las virtudes del hombre común, porque no es un hombre común; es la Supernación, que encarna como Dios en un ser humano. Es la figura paternal del imperio “bueno”, preocupado por mantener el orden mundial. Es el imperialismo. Superman, Batman, Spiderman o Mr. Increíble –los franceses al traducirlo lo nombran con acierto “Mr. Indestructible”–, son héroes solitarios y reformistas que Hollywood propone como modelos inalcanzables, símbolos de la Supernación que los engendra.

La última superproducción de Pixar –Los increíbles (2004)–, la Supercasa productora de Walt Disney, es una metáfora sobre el regreso de los neoconservadores al poder. Los héroes de esta historieta poseen cualidades especiales que los hacen superiores al resto de los humanos. Nadie podría pretender “ser como ellos” (se descarta la frase que repiten los niños cubanos: “seremos como el Che”). Ellos vigilan, y luchan por nosotros.

Un niño caprichoso, impertinente, quiere imitar a su héroe: es brillante y voluntarioso, pero no es un elegido. Mr. Increíble lo desdeña, prefiere trabajar solo. La interferencia del intruso pone en peligro su vida y la de los demás. A pesar de que sus acciones provocan el bien común, el superhéroe puede ser un incomprendido, algunos beneficiados por él pueden paradójicamente demandarlo por sus actos justicieros. Un suicida que ha sido rescatado cuando caía de un edificio alega que nunca pidió ser salvado. Es la misma historia de los ingratos iraquíes.

Un inocente sitio web de cine describe así este pasaje de la película: “Se ve obligado por los responsables sociales a retirarse –como tantos otros superhéroes– dado que causa más efectos colaterales adversos que la ayuda que puede dar a la comunidad”. Ante la presión pública de las masas, los superhéroes pasan a retiro. Deben esconder sus dones extraordinarios, aparentar que son seres normales. Comportarse como si fueran iguales a nosotros. Sin embargo, al cabo de los años (y ante la inacción de los elegidos), el no elegido se hace fuerte construyendo armas de destrucción masiva. Su deseo de igualarse a los seres superiores lo convierte en una amenaza para la seguridad mundial. Los verdaderos superhéroes (Mr. Increíble se ha casado con Elastigirl, un matrimonio entre iguales que garantiza la pureza de los seres superiores y ha procreado toda una familia de elegidos, una familia norteamericana “típica”; pero entre las cualidades excepcionales de sus miembros, sobresale la suya: la fuerza. Mr. Increíble es un NeoSuperman, aunque ya no exhibe una doble personalidad: su existencia sin máscara, es una imposición que se demuestra inútil y perjudicial) deben entrar nuevamente en acción. El pueblo los aclama. La batalla final se escenifica en New York,** una ciudad siempre amenazada. Dos señores mayores de aspecto*

* El subrayado es del prologuista.

** Se han respetado las grafías del prologuista y el autor.

El Apocalipsis según San George

neocon (traje y corbata gris, sombrero) comentan: “estos son de la vieja escuela”. La victoria final es efímera: un nuevo enemigo salido de las entrañas de la tierra (de algún oscuro rincón del planeta), aparece en los minutos finales del filme para recordarnos que el Mal acecha y que los autoelegidos defensores de la humanidad no tendrán descanso. Hollywood ha resucitado a los superhéroes de las historietas para que sepultemos a los héroes de la historia. El regreso al individualismo excluye el concepto del individuo-pueblo, y rechaza el heroísmo individual si es revolucionario, es decir, subversivo. “Ejemplar” es aquella existencia que se ovilla sobre sí misma, o que encarna en seres o naciones físicamente superiores destinados por la providencia para imponer una justicia reguladora del orden existente. Héroes policías que garantizan el orden, no lo subvierten.*

San George, el Emperador, se ha disfrazado de Mr. Increíble, el NeoSupermán. El libro que nos presenta el ensayista e historiador cubano Eliades Acosta Matos (Santiago de Cuba, 1959), deshace el disfraz, desmascara al impostor, establece y denuncia los hilos históricos de la conspiración neoconservadora. No es una novela policiaca, pero los argumentos y la trama son mostrados y demostrados con el rigor y la pasión de un alegato judicial. Para aquellos historiadores arqueólogos que repudian cualquier posible contaminación de sus estudios con debates actuales, este libro es una herejía. Para quienes sostienen que el pasado no puede ni debe ser abordado asépticamente, hallarán una brillante exposición de hechos históricos que, iluminados desde el presente, iluminan el presente: la explosión del acorazado Maine en 1898, el ataque japonés a Pearl Harbor en 1941, la destrucción de las Torres Gemelas neoyorquinas en 2001, no son trágicas y “convenientes” casualidades en la historia del imperialismo norteamericano.

* Neoconservador. (Salvo indicación expresa, las notas son del editor).

Las casualidades que se repiten en la historia (y que acarrear beneficios a la inescrupulosa cúpula del poder imperial) pasan a ser sospechosas. Pero Acosta Matos no especula, la fuerza demoledora de su libro radica en la convincente demostración de su denuncia. Por eso estuve tentado de titular este prólogo en forma de noticia: “Superman es descubierto in fraganti por Elpidio Valdés”, pero preferí parodiar el título de un libro muy leído en la década de los setenta del siglo pasado y que hoy recobra actualidad: Para leer al Pato Donald.

Implícitamente, Acosta Matos rompe otro mito muy arraigado: los títulos académicos y los premios concedidos por “prestigiosas” instituciones imperiales a intelectuales de nombres anglosajones cuyos libros y artículos llegan masivamente al Tercer Mundo para instalarse en ellos como “autoridades indiscutibles”, (podremos no estar de acuerdo con sus criterios –suele decirse–, pero hay que respetarlos y citarlos), nada significan. Es decir, algo significan: esos autores son intelectuales orgánicos del imperialismo –sí, aunque muchos intelectuales de izquierda piensen avergonzados que ya no deben ser o parecer orgánicos de la liberación– que cumplen encargos, a dólar por cuartilla, para disuadir, confundir o difamar a los rebeldes y para elaborar estrategias más certeras de dominación. No podemos permitirnos ya más el lujo de la ingenuidad. Son “tanques pensantes” del dominador, que no persiguen la verdad, sino el fortalecimiento del status quo.

Eliades Acosta Matos es un intelectual nacido y formado con la Revolución cubana. Es parte de una generación de ensayistas filósofos que no claudicó en los verdaderos “años duros”, los que siguieron a la decepción y a la deserción de muchos en el mundo, luego de la caída del otrora llamado bloque socialista y a la desaparición abrupta de cómodos referentes ideológicos; ensayistas que hallaron en la historia los elemen-

El Apocalipsis según San George

tos indispensables para desentrañar el presente sin eludir sus conflictos, sus contradicciones, sus retos. La existencia de intelectuales como Eliades, es decir, de una nueva intelectualidad revolucionaria en Cuba, es irritante para los agoreros del fin del socialismo cubano. Él sabe que no será nunca mimado por las grandes editoriales del Norte. Su corazón y su cerebro están en el Sur, en este lado oscuro del planeta, en este otro mundo, “con los pobres de la tierra”.

Digo corazón y digo cerebro sin rubor, porque la razón no es ajena a los sentimientos, porque a la verdad no se llega –como nos quieren hacer creer– por los gélidos caminos del descomprometimiento. El que toma distancia de la vida, toma distancia de la verdad. Sin el soplo mágico de la emoción no hay ciencia, ni se conquista la liberación humana. A Eliades lo imagino peleando con el teclado de la computadora para que no se escapen las ideas que llegan furiosas, implacables, al galope, como llamadas por el corneta que toca a degüello. Así es su estilo: brillante, descuidado a veces, apasionado. Así se nos aparecen sus palabras: en tropel bullicioso, como una mítica carga al machete de Elpidio Valdés. Y el lector participa inevitablemente del combate, a favor o en contra de sus argumentos. No, no recomiendo a sus opositores leer este libro. La ironía, la erudición, la buena puntería de su fusil hacen estragos. Yo, desde luego, disfruto cada golpe certero de su machete y cada bala puesta sobre la prepotencia imperialista. Batalla de ideas, sí, porque hay ideas enemigas. Ideas que se inflan y vuelan como globos de metano. De repente, tapan el sol; son como globos de colores estridentes, que ciegan a los consumidores. Las palabras afiladas de Eliades, las desinflan.

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ



INTRODUCCIÓN

Diciembre parece ser un mes especialmente propicio para las confesiones políticas de los prohombres del imperio norteamericano.

Una especie de “cuentas a rendir ante Dios” que tiene lugar en los días finales de cada año, es, al parecer, la causa de que estos celosos funcionarios, casados con el más absoluto secreto en sus acciones y palabras, se abran ante la luz pública en una conmovedora ceremonia de expiación.

Los más avezados investigadores y adversarios políticos de estos semidioses, entre los que se cuentan periodistas incómodos y los liberales de siempre, esperan con entusiasmo el arribo de los días de fin de año, como supongo hacen también los pescadores más expertos durante la temporada de la pesca del salmón.

Unos y otros saben que jamás volverán a casa con las manos vacías.

El riesgo de que esta extraña debilidad forme parte de los ciclos recurrentes de carga, descarga y recarga de las energías vitales del Poder Secreto del Imperio, es una de las posibles explicaciones que esgrimen los investigadores de lo oculto. Otros, más apegados a lo terrenal, se remiten a la acción de un factor prosaico: las celebraciones por la fecha comienzan temprano y suelen incluir cantidades ingentes de *scotch*, sustancia que, si bien divina, suele predisponer a quienes se exponen a ella a reacciones indeseables, diabólicas, una de las cuales es la locuacidad ilimitada e indiscreta.

Conociendo la manía reguladora de los servicios secretos imperiales es de suponer que existan detallados planes de contingencia para estas festividades, que deben incluir el examen de todos los escenarios posibles, y la forma de ocultar, desvirtuar y desmentir (Escenario A-1) lo dicho por el presidente George W. Bush durante las borracheras navideñas; lo que ha escrito en sus tarjetas de felicitación el vicepresidente Cheney (Escenario A-2),

o (Escenario A-3) lo que ha dejado escapar en la peluquería, entre las fases 4 y 5 del procedimiento de desrizado y blanqueado, la señorita Condoleezza Rice.

La propaganda del Imperio machaca, día y noche, a los seres humanos del planeta, con la imagen que tienen los prohombres imperiales, o al menos, la que utilizan en sus apariciones públicas para hacernos creer que creen en ella: la de estar defendiendo de enemigos salvajes y bárbaros (una veces terroristas árabes y otras narco guerrilleros colombianos) la Tierra Prometida de la Libertad, los Derechos y la Democracia, estación final del género humano en su larga marcha hacia la civilización y el progreso. Es comprensible, en consecuencia, que las inevitables indiscreciones de fin de año pongan los pelos de punta a los constructores del *glamour* imperial, y que se hayan visto obligados, se afirma, a proponer al Congreso un proyecto de ley que anule la existencia del mes de diciembre en los Estados Unidos.

Según se lee en el artículo de Tom Engelhardt “Justice Goes Offshore and is Imprisoned”, publicado el 2 de enero de 2004 en el boletín electrónico del Independent Media Institute, un periodista del *Slate* llamado Timothy Noah, ha regresado de su pesquería navideña con el trofeo “Al mayor salmón de 2003”. La noticia, tal y como la cita Engelhardt, es la siguiente:

Timothy Noah, de *Slate* escribe: El vicepresidente Dick Cheney violó la política de la Administración Bush de no agregar ni una palabra digital a las tarjetas que se envían por Navidad. Él y su esposa regalaron a varios de sus votantes y a personalidades de Washington, tarjetas en las cuales, junto a los mejores deseos navideños, incluían la siguiente cita de Benjamín Franklin: “Si un loro que vuela no es capaz de caer a tierra sin que medie la voluntad del Señor, ¿sería posible que un Imperio se levantase sin la ayuda de Dios?”.¹

Ingenuamente podría pensarse que “a confesión de partes, relevo de pruebas”, pero ese refrán no funciona, al parecer, más allá de las fronteras de los países de cultura hispánica. En rigor, dentro de los propios Estados Unidos, muchas personas no aceptan que vi-

ven en un país imperial, a pesar de la terquedad con que los hechos de la vida real lo demuestran.

A principios de 2003, tras la publicación en una página web del Center for History and New Media, de la George Mason University, de un ensayo de Paul Schroeder, Profesor Emérito de Historia de la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign, titulado “¿Is the U.S. an Empire?”, se inició un debate *on-line* muy útil para entender la limitada capacidad de autoanálisis de la sociedad que hoy rige los destinos de una buena parte del planeta.

La reflexión del profesor Schroeder debió ser incómoda e inquietante para los lectores promedios norteamericanos. Es de imaginar el estupor creciente de muchos de ellos cuando se enfrentaron a ideas como las siguientes:

- a) Todo imperio implica la existencia de control político ejercido por una entidad organizada sobre otra independiente y distinta de ella. A manera de criterio definitorio actúa la necesaria precisión de quién toma las decisiones políticas finales, independientemente de que exista o no una ocupación o administración formal de su territorio.
- b) Debe distinguirse entre imperio y hegemonía. La hegemonía reconoce el liderazgo e influencia dominante de una entidad dentro de una comunidad de entidades que no se hallan bajo su autoridad directa. Hegemón es el primero entre iguales. Por el contrario, el poder imperial manda sobre subordinados e impone la voluntad de sus decisiones.
- c) La hegemonía es compatible con el sistema internacional que tenemos, compuesto por entidades autónomas, con un status jurídico homogéneo (soberanía, derechos y deberes internacionales, etc.), a pesar de las diferencias existentes entre ellas. El imperio no es compatible con dicho sistema internacional.
- d) Los que hablan de un imperio norteamericano “bueno”, portador de libertad y democracia para el mundo incurren en el mismo error que si hablaran de lluvia seca o nieve negra. En principio, y por definición, un imperio es la negación de toda libertad política y de la autodeterminación.²

- e) De la dialéctica existente entre imperio y hegemonismo se pueden extraer lecciones históricas muy importantes, entre ellas:
- Cuando existe cierto orden dentro de un sistema, la irrupción de un imperio siempre termina en fracaso, y se produce inestabilidad, desorden y guerras.
 - Cuando se han producido avances en el orden internacional, y se ha preservado la paz, siempre ha coincidido con la elección, por parte de los poderes dominantes, de la hegemonía sobre el imperio.
 - La reciente reestructuración del sistema internacional, caracterizada por la globalización, la aparición de nuevos Estados, el ascenso de actores e instituciones no-gubernamentales y el desarrollo de los armamentos, hace de los imperios algo no solo inútil, sino también contraproducente.

Para terminar sus reflexiones, destinadas a provocar el insomnio y el mal humor entre sus lectores al día siguiente, el profesor Schroeder lanzaba el *strike* final:

Mis palabras no constituyen una propuesta académica, sino un intento por iluminar la decisión que deberán tomar los Estados Unidos. Este país aún no se ha convertido en un imperio [... pero]* la Doctrina Bush proclama ambiciones y objetivos de incuestionable carácter imperialista, y está usando sus fuerzas armadas en guerras imperiales [...].

Si los Estados Unidos, al final, optan por el imperio, serán inevitablemente derrotados.

En julio de 1878, al finalizar la Conferencia de Berlín, que fijó la paz en los Balcanes tras la Guerra Ruso-Turca, el príncipe Bismarck dijo al delegado otomano: “Esta es su última oportunidad, y si los conozco bien, la dejarán pasar”. En lo que nos ocupa, esta es nuestra mejor oportunidad, y conociéndonos bien, también la dejaremos pasar.³

* En las citas, todas las aclaraciones que aparecen delimitadas por corchetes son del autor.

El Apocalipsis según San George

Las opiniones enviadas por numerosos lectores, una vez publicadas las reflexiones del profesor Schroeder, demuestran que este es un excelente conocedor de su país, y que su título de Profesor Emérito en Historia está más que bien concedido.

El 4 de febrero escribía James Wilson:

Por ninguna razón, en toda la acepción de la palabra, puede considerarse que los Estados Unidos son un imperio. La expansión de los Estados Unidos no fue el producto de la acción de elites ni ordenada por gobierno alguno. Ocurrió por voluntad popular [...]. Ninguna de las naciones conquistadas durante la Guerra Hispano-Americana, o en la Segunda Guerra Mundial fueron retenidas, ni pagó tributo alguno. La reciente guerra en Afganistán no concluyó con ese país formando parte de un imperio. El imperialismo, en su sentido moderno, se asemeja al capitalismo: un pretexto inventado por los socialistas, un chivo expiatorio para justificar las críticas [...].⁴

El 6 de febrero escribía Martin:

Claro que los Estados Unidos son un imperio, y lo han sido desde su surgimiento [...]. En su patético comentario James Wilson afirma creer que los imperios son solo creados por elites y gobiernos, y no por las personas [...]. Para los aborígenes norteamericanos, cuya forma de vida fue destruida, esta fue una invasión imperialista [...].⁵

El 7 de febrero David Chapman se limitaba a expresar su estupor aferrándose a las certezas aprendidas en la escuela: “Los Estados Unidos son el país de los sueños”.⁶

El 8 de febrero Rick Schwartz proponía su propio análisis, quizás intentando salvar al bolsillo del Sr. Chapman de la depredación de algún psicoanalista:

Si usted analiza este asunto bien de cerca, descubrirá que las acusaciones contra el imperialismo norteamericano provienen de intelectuales de izquierda y son, en su mayoría, argumentos

metafóricos. Ellos confunden nuestro dominio cultural con el dominio de la Roma imperial, obviando el hecho de que el Imperio Romano nombraba gobernadores, recaudaba impuestos, imponía su Código, reclutaba eventualmente soldados en las colonias para servir en sus Legiones, y se consideraba a sí mismo como la autoridad total y suprema en cualquier cuestión importante [...]. Nosotros no mandamos al resto del mundo; nosotros lo guiamos.⁷

El 11 de febrero, Collin Henderson, un británico residente en Canadá, hacía importantes revelaciones, casi teológicas:

Bush aporta cierta claridad moral al asunto, lo que provoca malestar público en muchos países, los mismos que saludan en privado los esfuerzos de los Estados Unidos en Iraq. A no dudar, esos países tratarán de beneficiarse de las ganancias que vendrán. Esa claridad moral incomoda a la Europa secular [...].⁸

Las opiniones sobre si los actuales Estados Unidos son o no un imperio siguen llenando las páginas de los medios de prensa de medio mundo, sobre todo, de esa mitad a la que le interesa saber si han dejado de ser países soberanos para convertirse en colonias.

Lo más probable es que la luz que propone el profesor Schroeder, la luz de la Historia, no llegue nunca a iluminar las entretelas de este problema, crucial para la humanidad del siglo XXI, y mucho menos produzca en los prohombres norteamericanos la reflexión que propone sobre ascensos y caídas.

Mientras tanto, cada diciembre, con pasmosa regularidad, nos continuaremos enterando de los verdaderos propósitos que animan a quienes se dicen encargados de hacernos definitivamente libres, democráticos y felices, por voluntad de un Dios al que no consideran neutral.

Lo malo es que así viene ocurriendo desde hace mucho tiempo, desde que, en otro frío diciembre de Washington, para ser más exactos, el 24 de diciembre de 1897, un encumbrado militar del gobierno de William McKinley cerraba la carpeta donde acababa de redactar ciertas instrucciones indiscretas sobre cómo tratar

a las poblaciones de las islas que se ocuparían, en caso de estallar una guerra con España, y se sentaba en su coche oficial para ir a compartir la cena de Nochebuena con sus familiares, en un ambiente verdaderamente cristiano.

La historia de la autenticidad del “Memorándum o Instrucciones de Breckenridge”, aporta otro ejemplo de confesiones políticas imperiales, también en diciembre.

Lo escalofriante en este caso, al igual que al leer el texto del “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”, de junio de 1997, plataforma estratégica del partido imperial en el poder, es que se adelanta a los sucesos históricos que, de manera supuestamente espontánea e imprevisible, justificaron el asalto reaccionario sobre las instituciones políticas de los propios Estados Unidos.

Cuando el general Joseph Cabell Breckenridge, inspector general del Ejército de los Estados Unidos, ponía el punto final a las “Instrucciones...” que enviaría al mayor general Nelson A. Miles, jefe de las Fuerzas Armadas del país, faltaban 53 días para que el crucero acorazado *Maine* volara por los aires, en el centro de la bahía de La Habana, arrancando la vida a 266 de sus tripulantes y convirtiendo en humo los 15 000 000 de dólares que costó su construcción.

En el caso del “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” la clarividencia de sus firmantes fue aún mayor. Se adelantaron en 51 meses al día en que 19 suicidas árabes, comandados por el jefe Atta, utilizando para ello cuchillas de modelar en cartulina, provocaron el derrumbe de las Torres Gemelas en New York, abriendo con ese atentado las compuertas al torrente neoconservador que pronto se haría con el poder total.

Por una extraña casualidad, entre los firmantes y principales animadores de ese “Proyecto...”, que haría palidecer de envidia a Nostradamus, se encontraba Dick Cheney, el mismo de las indiscretas postales navideñas. El vice del presidente Bush, el que se hallaba a cargo de la Casa Blanca a las 8.45 a.m., del 11 de septiembre de 2001, cuando el vuelo 11AA de *American Airlines* se estrella contra la Torre Norte del World Trade Center. El que tomó las decisiones...

En el Imperio Romano, diciembre era el mes donde tenía lugar una de las principales festividades religiosas. Entre los días 17

y 23 se celebraban las Fiestas Saturnales o Saturnalias, apoteosis de un culto en el que convergían, desde los tiempos de Augusto, todo lo público y lo sagrado, pues ambos aspectos dependían de una misma voluntad: la del Emperador.

Puede leerse sobre las Saturnalias en el *Diccionario de la Religión Romana* de Contreras, Ramos y Rico lo siguiente:

En la ciudad reinaba una alegría desenfrenada: se suspendían las sesiones del Senado, se cerraban los tribunales, se daba vacaciones a los escolares, se suspendían las ejecuciones de las sentencias de muerte, se concedía la libertad a los prisioneros [...] se invertían las clases sociales y los esclavos, ataviados con las ropas de sus señores, se sentaban a la mesa, donde eran servidos por sus amos, a los que criticaban, sin temor al castigo; se realizaban sorteos de lotería [...] se celebraban banquetes públicos y se enviaban obsequios y regalos [...] [mientras] en el anfiteatro tenían lugar combates de gladiadores [...].⁹

En rigor: ¿son los Estados Unidos un imperio?

EL AUTOR

Referencias

- ¹ Engelhardt, Tom: “Justice Goes Offshore and is Imprisoned”, Jan. 2, 2004.
En: www.Tomdispatch.com
- ²⁻³ Schroeder, Paul: “Is the U.S. an Empire?”, March 26, 2003. En: <http://hnn.us/articles/1237.html>
- ⁴ Wilson, James: “Is The America an Empire?”, Febr. 4, 2003. *Ibidem*.
- ⁵ Martin: “Schroeder’s Definition Proves Him Wrong”, Febr. 6, 2003.
Ibidem.
- ⁶ Chapman, David: “Freedom”. Febr. 7, 2003. *Ibidem*.
- ⁷ Schwartz, Rick: “Not Geeting America by Jonah Golberg”, Febr. 8, 2003.
Ibidem.
- ⁸ Henderson, Collin: “Leadership vs. Hegemonic Empire?”, Febr. 11, 2003.
En: <http://hnn.us/readcomment.php?id?=8228>
- ⁹ Contreras Valverde, José, Gracia Ramos Acebes e Inés Rico Rico: *Diccionario de la religión romana*, Ediciones Clásicas, 1992, pp. 182-183.



CAPÍTULO 1

EL VUELO DEL ÁNGEL EXTERMINADOR

Diagnosticando una enfermedad americana

¿Qué tienen en común Carlos Marx, Edgar Allan Poe, Howard Phillip Lovecraft, José Martí, Sigmund Freud y Michael Moore?

En principio, mucho y poco. Pero una lectura complementada de sus obras, la comparación razonada de sus escritos, ayuda de manera inesperada a comprender las raíces ocultas y públicas del malestar de la sociedad norteamericana ante su propio rostro en el espejo.

Un acercamiento a estos autores, a la luz de la historia de los Estados Unidos y enfocado en sus elites de poder, podría llevarnos a escribir un “Manual del perfecto fariseo”, o una “Cartografía razonada sobre la exacta ubicación de los vicios secretos, y aproximada de las virtudes públicas, en una sociedad que se sueña modelo”.

Acostemos, por unos breves minutos, a esta sociedad febril en el diván del psicoanalista. Apartémosla, por breves instantes, de su pasión por venderlo y comprarlo todo, sermonear a las demás naciones y aplaudir, orgullosa, cuando sus héroes, en el celuloide, frustran los planes de los mismos terroristas a los que nadie detuvo, en la realidad, el 11 de septiembre.

José Martí arribó a los Estados Unidos, procedente del Havre, el jueves 2 de enero de 1880, a bordo del vapor *France*, desembarcando al día siguiente. Sus primeras impresiones acerca de la sociedad norteamericana, en la que tantas esperanzas depositaban los hombres progresistas de la época, las publicó en *The Hour*, de New York, seis meses después, bajo el título de “Impresiones de América (por un español muy fresco)”. Son crónicas de deslumbramiento muy diferentes a las que comenzó a enviar sobre el mismo tema, años más tarde, al periódico mexicano *El Partido Liberal*.

¿Qué cambió en este lapso, la sociedad norteamericana o la percepción que de ella tenía Martí?

Ambas cosas, pero más la segunda que la primera. El joven deslumbrado ante la pujanza de una sociedad mecanizada, vertiginosa, tan diferente a las sociedades coloniales de siesta y molicie que conociese en Cuba y España, había crecido hasta convertirse en uno de los críticos más agudos y radicales de su tiempo; en uno de los más profundos conocedores de las entretelas del país que lo acogió por espacio de 15 años y cuyas virtudes reconocía tanto, como execraba sus defectos.

El aporte crítico de Martí al develamiento de las esencias ocultas de la sociedad capitalista norteamericana, por su erudición, aliento ético y sinceridad, tuvo un augusto predecesor en el Dr. Carlos Marx, no en lo estrechamente relacionado con los Estados Unidos, sino con el capitalismo, en general. La lucidez de ambos asusta, a tantos años de distancia: se les echa de menos.

El manifiesto comunista, de 1848, sigue siendo no solo exacto, sino también divertido. Pocos escritos en la historia de la humanidad han sido tan eficientes en cumplir un encargo: aguar la fiesta de los explotadores mostrando el origen espurio de su poder y la debilidad que esconde la ostentación de su omnipotencia. Hacia 1871, dentro de los Estados Unidos, según el propio Federico Engels, se habían publicado tres traducciones diferentes al inglés, sin contar las ediciones en alemán. Cuando en el *Manifiesto...* se puede leer la siguiente cita, no puedo menos que pensar en las crónicas norteamericanas de Martí:

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas [...] Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las innumerables libertades escrituradas y bien aseguradas por la *única* y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal [...].¹

El Apocalipsis según San George

Compárese la cita anterior —escrita por un Martí recién desembarcado en New York, cuando era todavía “un español muy fresco”—, con la siguiente, ya convertido en un soberbio crítico:

[...] esta vida enfebrecida; este asombroso movimiento; este espléndido pueblo enfermo, de un lado maravillosamente extendido, del otro,—el de los placeres intelectuales— pueril y pobre; este colosal gigante candoroso y crédulo; estas mujeres demasiado ricamente vestidas para ser felices; estos hombres, demasiado entregados a los asuntos del bolsillo, con notable dejación de los asuntos espirituales [...].²

Si este amor de riqueza no está atemperado y dignificado por el ardiente amor por los placeres intelectuales,—si la benevolencia hacia los hombres, la pasión por todo [...] lo que signifique sacrificio y gloria, no alcanza parejo desenvolvimiento al de la fervorosa pasión del dinero, ¿adónde irán? [...].³

Ciento veinte y cuatro años después de haber sido escritas estas palabras, todavía nos lo estamos preguntando. Y eso que disfrutamos de la perspectiva de la distancia histórica. Por eso debemos apreciar, con benevolencia, el aporte a la percepción de este problema realizado por escritores que, viviendo en los propios Estados Unidos, llamaban la atención entre la brecha que separaba la sordidez de su realidad con la imagen soñada. Aunque lo hiciesen desde la perspectiva estrictamente literaria, como es el caso de Edgar Allan Poe y Howard Phillip Lovecraft, escritores malditos, escribanos de las tinieblas en una nación que presumía de vivir rodeada por la luz infinita de los estados de gracia.

En julio de 1845, cinco meses después de que los presidentes saliente y entrante de los Estados Unidos, John Tyler (1790-1862) y James Knox Polk (1795-1849), coincidiesen en refrendar la decisión del Congreso de anexar Texas y un año antes de que fuese decretada la guerra contra México, Poe publicaba su relato “El demonio de la perversidad”, intento romántico de llevar algún orden a un mundo que cada vez se separaba más del sueño primigenio: “Si no podemos comprender a Dios en sus obras visibles, ¿cómo lo comprenderíamos en los inconcebibles pensamientos que dan vida a sus obras? [...]”.⁴

Al carecer del alcance sociológico de Marx, el intento de Poe es parcial, pero también elocuente: atribuye a la manifestación de la perversidad, en la esfera de la psicología individual o social, lo que el Dr. identificó en la esfera de la producción y en la reproducción de las relaciones sociales que de ella se derivan. La explicación de Poe, no obstante, es también oportuna:

Como principio innato y primitivo de la acción humana [actúa] algo paradójico que podríamos llamar perversidad. En el sentido que le doy es, en realidad, un móvil sin motivo, un motivo no motivado. Bajo sus incitaciones actuamos sin objeto comprensible [...] bajo sus incitaciones actuamos por la razón de que no deberíamos actuar. En teoría, ninguna razón puede ser más irrazonable, pero, de hecho, no hay ninguna más fuerte [...]. Esta invencible tendencia a hacer el mal, por el mal mismo [...] es un impulso radical, primitivo, elemental [...].⁵

Que Poe apenas logre atisbar, o esbozar, una explicación racional, la suya, ante el predominio de lo irracional en las relaciones que median entre hombres, clases y naciones, no significa que la irracionalidad no esté sujeta a razón, o que no se pueda llegar hasta el develamiento de las raíces profundas de estas conductas, a primera vista, paradójicas o inmotivadas.

En la cultura occidental, que es una cultura burguesa, las explicaciones literarias se toleran; las sociológicas, no. Hablar del “demonio de la perversidad” es de buen gusto, o como decimos hoy, “políticamente correcto”, pero no lo es hablar de plusvalía, explotación del hombre por el hombre, lucha de clases, o imperialismo. Se tolera, en fin, lo inofensivo o ambiguo y se censura o desacredita lo exacto, lo eficaz, lo capaz de sedimentar el saber que precede a la transformación de la realidad.

A nadie debe asombrar que el mundo postmoderno haya literaturizado la política y despolitizado la literatura. Tampoco que se haya coronado al psicoanálisis, condenando al destierro a la economía política. Puede manipularse el saber de una época, pero el malestar de la sociedad no se agota con ello.

¿Qué sabemos nosotros –había dicho– del mundo y del universo que nos rodea? [preguntaba Lovecraft en “Desde el más allá”]. Vemos las cosas solo según la estructura de los órganos con que las percibimos, y no podemos formarnos una idea de su naturaleza absoluta [...].

¿Ves a esos seres que flotan y aletean en torno tuyo y a través de ti, a cada instante de tu vida? ¿Ves las criaturas que pueblan lo que los hombres llaman el aire puro y el cielo azul?⁶

Cuando se pierde la ingenuidad o la esperanza, cuando se vislumbran los abismos terribles de barbarie que se disimulan con la escenografía de una sociedad en apariencia progresista y racional, aparece el horror, el horror total que tanto atormentaba a Lovecraft: “La vida es una cosa espantosa –escribió– y detrás de lo que nosotros sabemos de ella acechan verdades demoníacas, que, a veces, la hacen doblemente espantosa”.⁷

Para Poe y Lovecraft, se entiende, “eso”, lo demoníaco, se barruntaba, resistiéndose a toda definición, o anidaba en oscuros instintos humanos inexplicables, pero dominantes. Para Marx y Martí, por el contrario, no solo se podía describir, sino que era imperativo de una nueva época su erradicación mediante la lucha social, pues el verdadero origen de la maldad radicaba en las estructuras sociales injustas.

Entre estas dos posturas, separada de ellas, pero enlazándolas, se deja oír la voz de Sigmund Freud comentada por Herbert Marcuse en su imprescindible *Eros y civilización*:

Según Freud, la historia del hombre es la historia de su represión. La cultura restringe no solo su existencia social, sino también la biológica [...]. Sin embargo, tal restricción es la precondition esencial del progreso [...].

El animal hombre llega a ser humano transformando su naturaleza primaria [...]. Lo que la civilización domina y reprime (las exigencias del principio del placer), siguen existiendo dentro de la misma civilización. El inconsciente retiene los objetivos del vencido principio del placer. El retorno de lo reprimido da forma a la historia prohibida y subterránea de la civilización.⁸

Tenemos, de un lado, estructuras de explotación e injusticia basadas en un desigual acceso a la propiedad. Del otro, un culto desproporcionado a la riqueza, en menoscabo de lo espiritual y cultural. Más allá, un debilitamiento de lo civilizatorio que propicia la afloración incontrolada de los instintos animales de retribución ilimitada del placer y la violencia. Y para terminar, esfuerzos febriles por ocultar bajo la alfombra las causas que provocan esta corrosión ubicua, esta infinita inquietud indefinida, este malestar, aparentemente inexplicable, de toda la sociedad.

Es, entonces, cuando llegamos a Michael Moore, conciencia crítica, postmoderna e irreverente, de una sociedad que ha dejado de estremecerse por los llamados a su transformación y por los exorcismos literarios de su mala conciencia. Veamos la opinión que le merece la sociedad en que vive:

Todos sabemos algo que somos incapaces de confesarnos: estamos ante un Estado policial en ciernes que se acerca a la pesadilla orwelliana de la mano de una fuerza mucho más eficaz que la Policía del Pensamiento: la policía empresarial. Mientras el gobierno hace redadas de ciudadanos con aspecto de árabes y los encierra sin cargos, la élite empresarial se entretiene idiotizando al pueblo.⁹

De esta manera, tras leer a los autores citados, poco queda de la imagen heroica y progresista que de sí misma insiste en vendernos la sociedad norteamericana. Es lógico pensar que tales autores son escasamente leídos por las élites de poder del mundo globalizado, pues estas insisten en imitar a la misma sociedad que estremecía de horror a Poe y Lovecraft y que hoy sigue estremeciendo, de igual manera, a Michael Moore:

Si les entretiene ver cada mes un tiroteo en escuelas y centros de trabajo yanquis, si les parece que el hecho de que la tasa de mortalidad infantil en algunas ciudades supere a la de Nairobi es señal de progreso, si quieren vivir en un mundo en el que van recortándose progresivamente las libertades civiles, sigan nuestro ejemplo. De este modo [...] les invitaremos regularmente a participar en nuestras tentativas de

explotar a los pobres de otros países para que todos podamos llevar zapatillas deportivas bien baratas [...].¹⁰

Un rictus de horror, en efecto, se deja adivinar, cada vez con mayor nitidez, desfigurando el bello rostro que se mira al espejo. Un desasosiego inocultable recorre el espinazo de los que han crecido creyendo que residen en el mejor de los mundos posibles, un mundo escogido por Dios para mostrar al resto de los hombres cómo se debe organizar la vida social.

“¿A dónde irán?” –se preguntaba Martí.

“Para nosotros –responde Michael Moore–, es posible que ya sea demasiado tarde”.¹¹

Las instrucciones de Breckenridge

Si en la “Introducción” de este libro he aceptado como cierta la fecha que ubica a finales de diciembre de 1897 el polémico “Memorandum Breckenridge” ha sido, solamente, para establecer un paralelo entre aquel abuelo decimonónico y su nieto de hoy: el “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”.

En realidad, cuando se discute aún el carácter apócrifo del primero, ¿podría quedar fuera de duda razonable la fecha en que se afirma fue escrito?

No estamos ante un problema menor: de dicha fecha depende mucho, en primer lugar, definir con cierto grado de certeza la premeditación con la cual se preparó la guerra de 1898 contra España, la misma que hizo de los Estados Unidos un imperio. Y en segundo lugar, la posibilidad de arrojar cierta luz sobre la misteriosa explosión del *Maine*, en el momento exacto, de la forma precisa, en el lugar adecuado, para los fines deseados.

La conciencia histórica norteamericana se rebela ante la sola mención de que semejante catástrofe –causante directa de 266 muertes entre marinos y oficiales de la tripulación del acorazado y de la pérdida del propio buque–, se haya debido a una autoagresión destinada a provocar la guerra contra España, por motivos geopolíticos.

Pero los hechos históricos, sin excluir la reciente agresión contra Iraq, apuntan a que, llegado el momento de las decisiones,

un pretexto creíble y honorable, de los que levanta el ánimo de las masas desinformadas, las hacen vibrar de falso patriotismo y entregarse sin reservas al gobierno de turno, forma parte del arsenal de recursos infinitos de todo imperio que se respete.

“Llamaría bien empleadas a las crueldades, –pontifica Nicolás Maquiavelo en *El príncipe*– [...] cuando se aplican de una sola vez por absoluta necesidad de asegurarse y cuando no se insiste en ellas [...]”.¹²

Esta cita resuelve cualquier dilema moral a que pudieran haberse visto abocados quienes deciden en los Estados Unidos las políticas imperiales. No veo obstáculo razonable para aceptar la posibilidad de que la creación de un pretexto creíble y honorable para desatar una guerra de conquista, sea un recurso imaginable en manos de quienes jamás han sido detenidos en sus planes por el planteamiento de dilemas morales diferentes al color de la corbata a elegir para presentarse en la televisión el Día de la Independencia.

Las llamadas “teorías conspiratorias” para explicar sucesos históricos no son ninguna novedad. Quizás la más antigua aparezca en el “Viejo Testamento” al atribuir a la maligna intervención del Diablo, transformado en serpiente, el que Eva aconsejase a Adán morder la manzana del “Árbol de la Ciencia”, único fruto que les había sido prohibido en el jardín del Edén. De esta manera, el Pecado Original, la rebeldía de las criaturas ante su Creador y su consiguiente expulsión del Paraíso se explican por la intervención de un agente maligno.

La aparente explicación “racional” de un suceso confuso, el desenmascaramiento de los “verdaderos culpables” que actúan desde las sombras, suele acallar todas las dudas. Hechas las aclaraciones pertinentes, ya que hablamos de religión, Tomás de Torquemada, el Gran Inquisidor, podría seguir quemando herejes con la conciencia tranquila: el Diablo era el culpable de cualquier pecado. A fin de cuentas, desde el Pecado Original, todos somos culpables: en la tierra, paz y en el cielo, gloria. Amén.

Pero en política, a través de la historia, las cosas suelen ser algo más complicadas. El artículo dedicado a las “Teorías Conspirativas” de la *disinfopedia*, o *Enciclopedia de la Propaganda* (www.disinfopedia.org), establece:

Una de las más conocidas técnicas de desinformación radica en lo que pudieramos llamar “negación de las teorías

conspirativas” [...]. La tendencia a construir teorías conspirativas bien elaboradas es el resultado del inadecuado acceso a información confiable [...]. En muchos casos, tales conspiraciones son el fruto de la imaginación popular, pero en la actualidad existe el problema inverso: la mayoría de las decisiones que afectan la vida de los seres humanos son tomadas por actores (sobre todo, las elites de las grandes corporaciones), cuyas motivaciones y acciones se mantienen por completo veladas para el público. Hoy, a los políticos electos raramente pertenece la mayor parte de las decisiones que nos conciernen. Incluso estos últimos suelen tomar decisiones que no se explican si no es a través de la teoría de que son manipulados por fuerzas secretas [...].¹³

Una de las armas más socorridas para desacreditar a quienes no se contentan con las explicaciones de los sucesos históricos o políticos que aparecen en los diarios es acusarlos de estar enfermos, especialmente, de esquizofrenia paranoide. El autor del artículo señala que todo espíritu independiente, crítico, indagador, debe ser aislado del gran público:

Tales estrategias de desinformación permite a estos actores continuar en su tarea. Con el estigma colgado a las teorías conspirativas —a partir de los asesinatos políticos de los años 60—, el público se inclina, generalmente, por aceptar las explicaciones de los eventos que ofrecen el FBI o los medios de comunicación. En nuestro días es extremadamente popular la falsa percepción de que las conspiraciones no existen, con la notable excepción de aquellas que se puedan atribuir a enemigos de los Estados Unidos, al estilo de Osama Bin Laden.¹⁴

¿Cuándo se consagran como teorías comprobadas o se desechan como puras teorías especulativas, algunas de estas “teorías conspirativas”? En el artículo se lee:

Las teorías conspirativas tienen una vida limitada. Su existencia dura tanto como tardan sus defensores en acceder

o no a la información necesaria para probarlas o refutarlas, por ejemplo, a documentos auténticos. Tan pronto como una teoría conspirativa es confirmada, deja de serlo y se convierte en un hecho histórico. Cuando hay evidencias suficientes para rechazarla, se le relega al basurero de la historia.¹⁵

Entre ambas posibilidades, aceptemos el reto que se formula y retornemos a las “Instrucciones de Breckenridge” y al “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” (PNAC).

A la luz de las “teorías conspirativas”, ¿pueden ser considerados ambos documentos como evidencias de que las guerras que “predijeron” fueron provocadas en el marco de una estrategia geopolítica imperialista, sin que sus artífices se detuvieran ante los costos humanos?

Comencemos por las “Instrucciones de Breckenridge” (Ver texto completo en Anexo 1).

El supuesto texto de este documento fue “filtrado” a la prensa alemana, específicamente al periódico *Allgemeine Zeitung*, de Berlín, que fue el primero en publicarlo, al parecer y según fuentes españolas, el 22 de abril de 1898, tres días antes de que la guerra fuese oficialmente declarada a España por los Estados Unidos.

Las polémicas de los historiadores comienzan aquí, alrededor de la pregunta ¿dónde se publicó por primera vez?

Para el historiador norteamericano Thomas M. Spaulding, el primero que en abril de 1934 escribió refutando su autenticidad, la referencia más antigua al documento aparece en el libro del español Juan Ortega Rubio, *Historia de la Regencia de María Cristina de Habsbourg-Lorena*.¹⁶

Según el historiador cubano Gustavo Placer Cervera, también contrario a la autenticidad de las “Instrucciones...”, donde aparecen publicadas por primera vez, exceptuando al supuesto periódico alemán, es en la obra en cinco tomos del capitán de Artillería del Ejército español Severo Gómez Núñez, *La Guerra Hispano-Americana*. En el artículo de Cervera “Reflexiones en torno a un documento controvertido”¹⁷ se demuestra que en marzo de 1900 dicho tomo ya circulaba en La Habana.

Spaulding intentaba refutar con su artículo las afirmaciones de Horatio S. Rubens –brillante abogado norteamericano, colaborador de Martí en el Partido Revolucionario Cubano y luego de la representación en el exterior de la República en Armas, encabezada por Tomás Estrada Palma, que tuvo su sede central en New York y una importante Legación en Washington–. Dos años antes de la publicación del artículo de Spaulding y aunque este la calificase, curiosamente, como “obra de reciente aparición”, Rubens había entregado a los lectores un libro titulado *Liberty: the Story of Cuba*, y en sus páginas 343 a 345 había reproducido el texto casi íntegro del “Memorándum...”.

El artículo de Spaulding carece del aparato crítico que debiese haber permitido comprobar las fuentes en que se basó para emitir sus apreciaciones sobre el libro de Rubens. Sus objeciones aspiran a ser tomadas como buenas por el solo hecho de haberlas emitido el comentarista. Cualquier lector medianamente informado compartirá conmigo la impresión de que estamos en presencia de una refutación apresurada y endeble, hecha por encargo y con un retraso de dos años. Tres investigaciones anteriores publicadas por este autor sobre otros temas, incluyen un detallado listado de autoridades y un impecable aparato crítico.¹⁸

En los meses anteriores a la aparición del artículo de Spaulding, la situación en Cuba era de extrema inestabilidad política. En agosto de 1933, vientos revolucionarios y antimperialistas soplaban por todo el país y parte del hemisferio, tras el derrocamiento del tirano Gerardo Machado. Cualquier documento histórico que fundamentase estas posiciones era ampliamente utilizado por las fuerzas y los intelectuales cubanos de avanzada. Es de suponer que el “Memorándum...” fuese especialmente invocado por aquellos días. El 15 de enero de 1934, el entonces coronel Batista, con la anuencia del embajador norteamericano en Cuba, Jefferson Caffery, derrocaba el Gobierno de los Cien Días que había tomado medidas audaces y, en algunos casos, revolucionarias, bajo el influjo de Antonio Guiteras, secretario de Gobernación.

Precisamente, en marzo de 1934, desde la clandestinidad y mientras organizaba la lucha contra los golpistas, Guiteras enviaba a la revista *Bohemia* el artículo “Septembrismo”, publicado por esta el 1º de abril. En él se condensan los aires políticos que

soplaban en Cuba en el mismo mes en que Spaulding publicaba su refutación:

Nuestro programa [expresa Guiteras, refiriéndose al gobierno de Grau] no podía detenerse simple y llanamente en el principio de la No Intervención. Tenía que ir forzosamente hasta la raíz de nuestros males: al imperialismo económico [...]. Ante los decretos que, como enormes martillazos iban rompiendo lentamente esa máquina gigantesca que ahoga al pueblo de Cuba, como a tantos otros de América Latina, aparecían en escena para combatirnos, todos sus servidores nativos y extranjeros [...].

Un estudio somero de la situación político-económica de Cuba, nos había llevado a la conclusión de que un movimiento que no fuese antimperialista en Cuba, no era una revolución.¹⁹

La difícil y nada envidiable tarea de contrapropaganda tuvo que ser encargada a alguien como Spaulding, un historiador menor de las Universidades de Michigan y Hawai, conocido apenas por sus investigaciones acerca de los terrenos reales, los gabinetes de gobierno y la constitución de esta república, un folleto sobre el club “Cosmos”, una compilación sobre libros militares en las universidades americanas y otro sobre la Sociedad Literaria en la paz y en la guerra. No se le conoce obra alguna, ni escrito posterior, que pueda fundamentar un interés o conocimiento sólido acerca de la historia de Cuba.

Según Spaulding:

Mr. Rubens no autentica la existencia del documento. No debió considerarlo dudoso, pues de lo contrario hubiese intentado verificarlo. Pero no existe tal documento en la Secretaría de la Guerra, donde se le ha buscado más de una vez. No se conoce cuándo, por qué, ni por quién fue redactado. Se le ha seguido la pista, hasta 1906 [...].

La Secretaría de la Guerra oyó hablar de este documento, por primera vez, en 1908, cuando el Secretario de Estado le envió el recorte de un periódico de Santo Domingo que

contenía el texto íntegro del citado documento, en español –Mr. Rubens reproduce una versión en inglés, ligeramente abreviada– y cita al 24 de diciembre de 1897, como fecha [...].²⁰

En el propio artículo de Spaulding se citan cinco fechas y periódicos diferentes de países latinoamericanos donde dice apareció el documento, siempre “[...] acompañado de un editorial fuertemente hostil a los Estados Unidos [...]”.²¹

Después de enumerar sus reparos, Spaulding concluye: “Las evidencias que se tienen, por lo tanto, no indican sino que el documento fue escrito en algún momento no antes de 1900 y no más tarde de 1906. Las razones de su elaboración pueden solo conjeturarse”.²²

Búsquedas en Cuba y en diferentes países no han permitido ubicar los ejemplares de los periódicos que Spaulding cita, con excepción del *El Día*, de Valparaíso, correspondiente al 11 de octubre de 1912, pero hurgando en la obra *Doctrinas jurídicas* del destacado abogado cubano Mariano Aramburo, puede encontrarse lo siguiente:

Testimonio de mayor claridad y de valor insuperable, por su carácter reservado, es el texto de las instrucciones dirigidas al jefe del ejército de operaciones por la Secretaría de la Guerra, en abril de 1897, un año antes del ultimátum enviado a España.*

Copia de ese documento, cuya factura y estilo no dejan duda alguna acerca de su autenticidad, llegó a mis manos a fines del año siguiente. Al publicarlo ahora por primera vez [...].²³

Nos encontramos, en consecuencia, ante una revelación que desarma las líneas esenciales de las refutaciones de Spaulding.

De ser ciertas las afirmaciones de Aramburo, el documento en cuestión llegó por primera vez a las manos de alguien que lo reconoce públicamente, a finales de 1898. Nótese que no hace

* Lo que aparece destacado en tipografía diferente es un subrayado del autor, a menos que se indique lo contrario.

referencia al ejemplar de un periódico, sino a una copia del documento original. Así no actúa un falsificador de evidencias documentales.

Un destacado literato y lingüista, como lo fue Aramburo, presidente de la Academia Cubana de la Lengua, miembro de la Academia Nacional de Artes y Letras y del Ateneo de La Habana, es una voz autorizada a tener en cuenta, cuando afirma que “[...] la factura y estilo [del documento] no dejan lugar a dudas acerca de su autenticidad [...]”.²⁴

La fecha del documento que cita Aramburo brinda, una explicación racional a lo difícil que ha sido, hasta el presente, hallar el documento original, suponiendo, angelicalmente, que uno de este tipo se conserve en los archivos de la Secretaría de la Guerra: los investigadores han buscado en el mes errado.

Aramburo cita, como fecha de la copia a la que tuvo acceso, la del 2, 4, de 1897, o sea, abril, mientras que la mayoría de los autores lo ubican en 24, 12, de 1897, o sea, diciembre. De cualquier manera, y teniendo en cuenta que los norteamericanos escriben en las fechas primero el mes y luego el día, no sería osado pensar que la fecha correcta podría ser la del 4 de febrero de 1897 (2-4-1897), pues así es como la copia Aramburo, al transcribir textualmente el documento.²⁵

Otro detalle interesante podría aportarse: Aramburo fue, en 1912, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Cuba en Chile. ¿Será una casualidad que su presencia en este país coincida con la publicación en la prensa de Valparaíso de una versión del documento? De aceptarse como válida esta hipótesis, tendremos que convenir en que no es compatible la posición de un diplomático de alto nivel con la de un irresponsable calumniador capaz de usar para sus fines los periódicos del país ante cuyo gobierno se encuentra acreditado, con el consiguiente peligro de ser desmentido.

Las objeciones de Spaulding dependen en su totalidad de la fecha del documento que aceptemos como válida. Si aceptamos la de Aramburo (abril de 1897), el secretario de la Guerra era Daniel Scott Lamont, quien comenzó a desempeñar el cargo bajo la presidencia de Grover Cleveland, el 5 de marzo de 1893 y lo hizo hasta el 5 de marzo de 1897, bajo la presidencia de McKinley. Si

aceptamos la de diciembre, el secretario de la Guerra era Rusell A. Alger, quien se desempeñó entre el 5 de marzo de 1897 y el 1° de agosto de 1899, a las órdenes de McKinley. El ayudante general del Secretario, a través de cuya oficina se supone se emitieron las “Instrucciones...” tampoco era el mismo: en la primera fecha el cargo lo ocupaba Samuel “Sam” Breck; en la segunda, Henry Clark Corbin, quien asumió sus deberes en febrero de 1898. En cuanto al inspector general, en ambas fechas era la misma persona, el general Joseph Cabell Breckenridge, quien ocupaba el cargo desde 1885. En este caso concreto, dadas las relaciones existentes entre estas tres instancias del alto mando, las personas desempeñaban un papel muy importante, más allá de su cargo jerárquico.

Lo dicho sirve para responder a la siguiente objeción de Spaulding: “El General Breckenridge era Inspector General del Ejército. ¿Cómo es posible que el Inspector General pueda firmar instrucciones dirigidas al General en Jefe, o en lugar del Secretario Adjunto? Esto pudiera parecer insignificante para un lego, pero una mente burocrática se estremecería de horror con solo pensarlo”.²⁶

Pero en los Estados Unidos, a la par de las jerarquías militares juegan un papel muy importante las relaciones políticas, los grupos de *lobby** y presión, los clanes familiares y los intereses de los monopolios y las grandes compañías. Esta realidad pudo haber permitido que, en el caso de las “Instrucciones...” y de tantos otros documentos confidenciales y secretos, los niveles jerárquicos no se respetasen. Veamos:

Según James L. Yarrison, en su libro *The US Army in the Root Reform Era, 1899-1917*:

- 1- [...] la estructura básica de la Secretaría de la Guerra había sido establecida por el secretario John C. Calhoun, tras la guerra de 1812. En ella existían dos elementos separados entre sí, el *staff* departamental, que servía directamente a las órdenes del Secretario, y el ejército de línea dividido en distritos geográficos, a las órdenes de comandantes profesionales.

* Grupo de presión, especialmente política, constituido por personas influyentes.

- 2- El *staff* departamental [...] consistía en un grupo de jefes de buroes autónomos que respondían ante el Secretario por el manejo de servicios y funciones especializadas. Hacia 1890 los buroes principales eran el Departamento del Auditor General, el Departamento del Inspector General, el Departamento del Ayudante General, el Departamento del Cuartel Maestre, el Departamento de Suministros, la Pagaduría General, el Departamento de Sanidad, el Cuerpo de Ingenieros, el Departamento de Armamentos y el Cuerpo de Señales. Mientras los dos primeros eran departamentos asesores del Secretario, los otros combinaban funciones de Estado Mayor y comando.
- 3- El militar titular que dirigía los departamentos geográficos del ejército era el Comandante General, cargo creado por Calhoun, sin un visto bueno congresional que definiese sus deberes, funciones y relaciones con los buroes, el Secretario y el Presidente [De esta ambigüedad surgían constantes fricciones e incidentes entre los diferentes niveles de mando.]
- 4- El Comandante General, ni de hecho, ni por ley, era el Comandante en Jefe del Ejército [...]. Constitucionalmente, el Presidente era el Comandante en Jefe y muchos, incluyendo a Madison, Jackson, Polk y Lincoln ejercieron directamente el mando o lo hicieron a través del Secretario de la Guerra, no del Comandante General [...].²⁷
- 5- [Según Graham Cosmas en su obra *An Army for the Empire: The United State Army in the Spanish-American War*], “[...] el Secretario de la Guerra era un civil, usualmente, un político u hombre de negocios, a través del cual el Presidente ejercía el mando”.²⁸
[Por otro lado, según Yarrison] “[...] todas las órdenes e instrucciones del Presidente o del Secretario de la Guerra relacionadas con las operaciones militares, el control o la disciplina eran proclamadas a través del Comandante General [...]”.²⁹ [Esto pondría en claro la necesidad de que instrucciones como las analizadas fuesen enviadas al Comandante General, para ser puestas en vigor].
- 6- “Una alianza informal entre los Secretarios civiles y los jefes de buroes limitaban el control del Comandante Ge-

neral sobre el Ejército [...]”³⁰ [acota Yarrison, pero Cosmas precisa aún más las relaciones que funcionaban entre bastidores:] Mientras el Comandante General llegaba al cargo por la vía del escalafón, frecuentemente no gozaba de las simpatías del Presidente [...] el Secretario de la Guerra así como el jefe de Personal, sí disfrutaban de dicha confianza. Como resultado de ello, los Secretarios siempre salían triunfantes de los choques con los Comandantes Generales, excluyéndolos de las cadenas de mando y ejerciéndolo a través del Ayudante General.³¹ [Esto explicaría el papel decisivo de los Ayudantes Generales, más allá de lo que podría suponerse, pasando las decisiones del Presidente al Secretario; de este a su Ayudante General y de ahí al Comandante General].

- 7- El desmedido poder, en la práctica, de los Ayudantes Generales, según Cosmas, era el resultado de “[...] la división de autoridad existente en la Secretaría de la Guerra, combinada con la ausencia de un *staff* militar central (Estado Mayor). Esta oficina era la encargada de la transmisión de órdenes, correspondencia, records personales, reclutamiento, movilización de tropas y la inteligencia militar [...]”³² en resumen, una concentración de poderes y funciones nada despreciables. No debe extrañarnos que, como señala Cosmas, “[...] algunos Ayudantes Generales redactaban y enviaban órdenes por propia iniciativa, sin consultar antes a sus superiores jerárquicos nominales”³³.
- 8- [Cosmas plantea:] Dentro del propio *staff* (o sea, de los departamentos controlados directamente por el Secretario de la Guerra), el Inspector General desafiaba con frecuencia la supremacía del Ayudante General. Su Departamento, bajo las órdenes tanto del Secretario como del Comandante General, cumplía funciones de Estado Mayor al inspeccionar las tropas. Procurando jugar un papel mayor en el mando del Ejército, el Inspector General luchaba por legislaciones que ampliasen y fortaleciesen su buró y combatía al Ayudante General en disputas acerca de la jurisdicción administrativa [...]. A finales de los 90, el Inspector General

se aliaba con el Comandante General, mientras que el Ayudante General lo hacía con el Secretario de la Guerra. Respaldo por la influencia política superior del Secretario, el Ayudante General repelía fácilmente los ataques.³⁴

En medio de este complejo panorama, ¿puede alguien asombrarse de que las órdenes y las indicaciones oficiales pudieran impartirse a través de canales nada ortodoxos, o que las alianzas y los intentos deliberados de golpear al rival contribuyesen a desquiciar las ordenanzas y regulaciones, llegando hasta el extremo de, como diría Spaulding, “hacer estremecer de horror a las mentes burocráticas”?

Se responde también al reparo de Spaulding señalando que el general Breckenridge era el decano de todos los jefes de buroes, incluso del Secretario de la Guerra, del Ayudante General y del Comandante General. Nombrado desde 1885, superaba en seis años en el cargo al otro jefe de buró más antiguo, el general Daniel Webster Flager, jefe de Armamento, en diez a Miles, en doce a Alger y en trece a Corbin. Esto no constituye un dato menor: como bien señala Yarrison: “[...] mientras los Secretarios iban y venían, el poder residía en los jefes de los buroes, los que, al no existir un sistema de retiro, se mantenían en sus puestos de manera vitalicia o hasta que renunciaban [...]. Los jefes de buroes tenían gran influencia en el Congreso, mucha más que los Secretarios de paso y los oficiales de línea”.³⁵

Y se podría agregar un dato más, nada despreciable: la influencia y el poder que detentan en los Estados Unidos ciertos clanes políticos, dentro de los cuales, el de los Breckenridge es uno de los más antiguos. Este dato es útil para entender que un memorándum enviado por alguien como el general Joseph Cabell Breckenridge, suponiendo que a él perteneciese la autoría, debió tener un efecto especial sobre cualquier destinatario de su época, jerárquicamente superior o inferior a él:

– Según aparece en la web *The Political Graveyard*,³⁶ de Lawrence Kastenbaum, 436 grupos familiares norteamericanos han tenido o tienen, entre sus miembros, más de tres figuras relevantes en la política nacional, unidos por la sangre, los matrimonios o las adopciones.

El Apocalipsis según San George

- De todos ellos, uno de los más antiguos es el de los Williams-Breckenridge-Clay, presente en la política desde 1731 y el segundo de toda la lista en cuanto a miembros, con un total de 83, solo superado por el de los Harrison-Lee-Fish, con 137.
- En la Biblioteca del Congreso, la papelería de la familia Breckenridge, generada entre 1752 y 1965, ocupa 263 pies lineales de estantería, abarcando 205 000 documentos. Entre ellos, los pertenecientes al general Joseph Cabell Breckenridge suman 55 000 documentos. Estamos en presencia de una figura político-militar silenciosa, pero no callada.
- El general Joseph Cabell Breckenridge había nacido en Baltimore, Maryland, el 14 de enero de 1842, en una familia de políticos, predicadores y militares de relieve nacional, tanto por la rama paterna como materna. Hijo del eminente teólogo Robert Jefferson Breckenridge y nieto del senador John Breckenridge, quien fue fiscal general en el gabinete de Jefferson, descendía por la vía materna de los generales Francis Preston y William Campbell, el “Héroe de King’s Mountain”. Entre sus ancestros se encontraban cuatro destacados participantes en la Guerra de Independencia de las Trece Colonias. Era primo, por la rama paterna, del mayor general John Cabell Breckenridge, electo vicepresidente de los Estados Unidos en 1856, bajo la presidencia de Buchanan y secretario de la Guerra de la Confederación, bajo la presidencia de Jefferson Davis. El Inspector General del Ejército estaba emparentado con las familias más importantes de su país, la mayoría de ellas conservadoras, muy en especial con las que constituían el tronco central del clan Breckenridge, asentadas en Kentucky.
- Durante siete años, de 1892 a 1897, el general Breckenridge fungió como vicepresidente nacional de la asociación patriótica “Sons of the American Revolution”, llegando a ser su presidente, en mayo de 1900. Fue también miembro prominente de la “Loyal Legion”, “The Society of the American Wars”, “The Naval and Military Order of the Spanish-American War”, “The Military Order of Foreign Wars in the United States”, “The Society of the Army of Tennessee” y la “Society of the Army of Santiago

de Cuba”. Como regla, estas asociaciones son un reservorio del pensamiento norteamericano más conservador y son muy activas en la defensa de valores tradicionales.

- El patriotismo del *establishment*,* encarnado en una figura como el general Breckenridge, era muy propenso a apoyar la superioridad de los valores americanos y de sus símbolos. Sobre este fértil terreno floreció la tendencia expansionista de 1898 y el imperialismo tuvo en las “Instrucciones...” una de sus más tempranas declaraciones de principios. El 31 de diciembre de 1899, el congresista Robert R. Hitt, entonces presidente del Comité de Asuntos Extranjeros del Congreso, acusaba recibo de un proyecto de ley enviado por el general Breckenridge “Para evitar las profanaciones a la enseña nacional”, el cual estipulaba multas y penas de prisión para individuos o grupos que utilizasen la bandera para fines políticos o comerciales. Por entonces, otro furibundo expansionista, el senador Henry Cabot Lodge haría célebre uno de sus discursos imperialistas bajo el título de “La marcha de la bandera”. En 1908, en uno de sus inflamados discursos anarquistas en San Francisco, Emma Goldman se remitía a Tolstoy al que calificaba como “el gran antipatriota de nuestra época”, definiendo al patriotismo como “[...] la justificación para el entrenamiento de comerciantes asesinos; como un tipo de comercio que requiere mejor equipamiento para la matanza de seres humanos que para satisfacer las necesidades de ropa, calzado y vivienda para todos”,³⁷ y concluye: “el egoísmo y la arrogancia son los elementos esenciales” de aquel patriotismo imperialista.
- No cabe duda que el general Breckenridge, como la mayoría de los jefes militares y navales de su tiempo, era un decidido partidario de la anexión de territorios extranjeros para el engrandecimiento de lo que llamó “República imperial”. En uno de sus discursos, cuyo borrador aparece en la caja 637 de sus papeles depositados en la Biblioteca del Congreso bajo el

* Término inglés que designa a un conjunto de personas, instituciones y entidades que controlan el poder político y socioeconómico en una sociedad.

título de “¿No hay Ejército?”, lo demuestra con la siguiente afirmación:

Esta guerra [la de 1846 contra México], como las precedentes, resultó gloriosa para las armas americanas y otro de sus resultados fue la adición de un extenso imperio a nuestros dominios nacionales; un territorio que unido a nuestros prósperos Estados y dotado con magníficas ciudades progresistas, se ha convertido en hogar para millones de personas libres, patrióticas y felices.³⁸

En otro discurso, bajo el título de “Santiago”, pronunciado a finales de 1898, antes de la firma del Tratado de París y enfrentando el creciente movimiento antimperialista dentro de los propios Estados Unidos, expresó:

Cuando Dewey escribió “Manila” en el mapa de los Estados Unidos, ¿qué mano lo borró?
[...] Como una guirnalda, las islas cayeron en nuestras manos cuando logramos el dominio de los mares [...].
Puerto Rico pasó a ser una de nuestras coronas de laurel y de París llegan hasta la catedral cantos de victoria.³⁹

- En enero de 1899, mediante notificación de la Oficina del ayudante general H. C. Corbin, el Secretario de la Guerra ordenó al general Breckenridge realizar una gira de inspección por Cuba y Puerto Rico, que comprendería 21 guarniciones militares norteamericanas en la primera, y 22 en la segunda. Ya en La Habana el Inspector General, conociendo del escándalo que había estallado por las denuncias de que durante la campaña se alimentó a los soldados con carne enlatada en mal estado, lo cual era investigado por la Comisión Dodge creada por el Presidente, envió dos telegramas oficiales que son muestra elocuente de que alguien como él pudo haber redactado, sin remordimientos, las famosas “Instrucciones...”: el primero, con fecha 28 de enero, dirigido al mayor general Nelson A Miles, comandante general del ejército, que se encontraba en

Washington; el segundo, al mayor general William Ludlow, jefe militar del Departamento de La Habana, con fecha 29 de enero. Los textos de dichos telegramas son los siguientes:

Al mayor general, Comandante del Ejército:

Tengo entendido que una gran cantidad de latas de carne, probablemente procedentes de Puerto Rico, está siendo distribuida a los habitantes pobres [de la Habana]. ¿Podría usted ordenar al general Ludlow que cierto porcentaje de ellas sea abierto y examinado al distribuirse, aunque sea apenas el uno por ciento, verificando su calidad, las condiciones en que se encuentran y reportándolo, de manera tal que tengamos buen conocimiento de la magnitud actual del problema? Está claro que para aquellos que las reciben, algo comestible es mejor que nada.

Al mayor general Wm Ludlow
Comandante General del Departamento de La Habana.
Señor:

La distribución de alimentos a los pobres de La Habana ofrece la inusual oportunidad de examinar su calidad y conveniencia. ¿Tendría la bondad de brindarme cualquier información que sus oficiales puedan obtener de dicha experiencia, especialmente con las latas de carne, revisando todas las sospechosas y abriendo de manera habitual el uno por ciento de ellas para comprobar el carácter, condición y calidad de su contenido, recogiendo los resultados en partes semanales que permitan a quienes los lean conocer acerca de las conservas y sus efectos sobre los consumidores, el monto de lo examinado y cualquier sugerencia que se desee expresar para introducir cambios en los artículos o raciones que se distribuyen? Posiblemente los embalajes indican el comprador, la fecha y lugar de la compra, así como el transportador y la fecha de producción. La información que se obtenga para fines de febrero será toda la que necesito para mi investigación, si esta excepcional información es recogida consecuentemente.⁴⁰

Estos telegramas no solo ofrecen la prueba de que alguien como el general Breckenridge pudo haber sido el autor de las Instrucciones, sino también que su tono al dirigirse al Comandante General era nada ortodoxo. Cuando le solicitaba emitir alguna orden, lo hacía por puro formalismo, pues sin esperar respuesta, indicaba lo que quería a los subordinados de aquel, directamente, tal y como lo demuestran sus indicaciones a Ludlow.

Si, como pensamos, el documento conocido como las “Instrucciones de Breckenridge” es auténtico, poco importa saber quién fue su autor y por indicaciones de quién fue enviado al Comandante General. Lo realmente importante radica en que demuestra que la necesidad de llegar a la guerra con España y los fines que esta perseguía estaban claramente establecidos dentro del gobierno de los Estados Unidos, desde varios meses antes de la explosión del *Maine*. Si aceptamos esta lógica, la propia catástrofe debe ser examinada bajo un prisma diferente al habitual: poco cabe, en consecuencia, la versión de la explosión interna accidental que desató la catástrofe, y que es hoy la explicación más aceptada.

Los planes militares para actuar en caso de guerra con España existían y habían sido aprobados, al menos, desde 1896. En junio de este año un documento conocido como “Plan Kimball”, y cuyo nombre completo era muy elocuente (“Guerra con España, 1896. Consideraciones generales sobre la guerra, los resultados deseados y el tipo consecuente de operaciones que deberán ser adoptadas”), había sido presentado por el comandante Willian W. Kimball, decano de la Oficina de Inteligencia Naval (ONI), por orden de su jefe, el teniente comandante Richard Wainwright, quien había asumido el cargo en abril de 1896 y convirtió a la ONI en “[...] parte integral y vital del grupo de planes operativos de la Marina debido a sus íntimas relaciones de amistad con el Secretario Asistente de la Marina, Theodore Roosevelt”.⁴¹

No creo casual que en los meses anteriores a la misteriosa explosión del *Maine*, hombres absolutamente identificados con los objetivos imperialistas del “partido de la guerra” de Roosevelt se encontrasen en puestos claves, desde donde incidieron en la marcha de acontecimientos decisivos. Cuando el *Maine* llega a La Habana, el 25 de enero de 1898, el segundo de a bordo será, por extraña casualidad, el propio Richard Wainwright. Tras la explosión, y al

concluir la guerra, lejos de ser castigado por la pérdida del buque puesto a su mando y las 266 vidas de la tripulación, el capitán Charles Sigsbee sería premiado con la dirección de ONI. El propio Roosevelt, en 1901, tras el no menos misterioso atentado cometido por el asesino loco y solitario de turno que costó la vida al presidente McKinley, asciende a la presidencia de los Estados Unidos.

Un singular paralelo podría establecerse entre estos sucesos y los que tuvieron lugar antes y después del asalto al poder por parte de George W. Bush y los ideólogos neoconservadores del “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”, y en especial con lo ocurrido el 11 de septiembre de 2001 y sus consecuencias para el mundo.

Un paréntesis para el secreto

La reconstrucción de la ruta seguida por individuos o grupos políticos que han influido sobre la marcha de la historia universal es una tarea sumamente compleja, a pesar de que casi todas las sociedades modernas proclaman su adhesión a los principios capaces de garantizar la conservación y el acceso público a los archivos históricos y documentales.

En realidad, tal y como ocurría hace siglos, los documentos claves para entender cómo se gestan los procesos políticos y qué fuerzas actúan tras ellos, continúan guardados bajo siete llaves, como se hacía entonces en las Cámaras del Secreto.

Me refiero, por supuesto, a lo escrito, que siempre es infinitamente menor que lo hablado y que lo conservado, que es también mucho menos que lo destruido.

“El recurso del secreto ha sido considerado a lo largo de la historia la esencia del arte de gobernar —escribe en uno de sus artículos Norberto Bobbio—. La expresión ‘*arcana imperii*’ [secretos del poder], que hoy suena siniestra, se remonta a Tácito [...]”.⁴²

Elías Canetti, en su libro *Masa y poder*, citado por Bobbio, aporta una de las más exactas descripciones de cómo funciona la simbiosis entre el poder y el secreto:

El poderoso que se sirve del secreto lo conoce con precisión y sabe apreciar su importancia en las diversas circuns-

tancias. Entiende lo que debe hacer cuando desea obtener algo y sabe a cuál de sus colaboradores puede utilizar para ello. Tiene multitud de secretos [...]: a esta persona le confía un secreto, a aquella, otro, y busca la manera de que los depositarios de algunos misterios no puedan intercambiar entre sí. Quienquiera que sepa algo es vigilado por otro, que a su vez, ignora el secreto del individuo al que custodia. Por consiguiente, solo el poderoso tiene la llave de todo el conjunto de secretos, y se siente en peligro cuando tiene que compartir eso con alguien más.⁴²

La nominación por el presidente Bush, el 8 de abril de 2004, de Allen Weinstein para el cargo de director del Archivo Nacional de los Estados Unidos, levantó una ola de oposición y suspicacia dentro del país y fuera de él, y volvió a poner sobre el tapete el tema del secreto de Estado aderezado con ejemplos históricos.

Un editorial de *The Nation*, aparecido una semana después de que se diese a conocer la nominación de Weinstein, no se anda con rodeos en cuanto a lo que, en su opinión, se esconde tras la propuesta de Bush:

¿A quién corresponde controlar el acceso a los archivos de la comisión que investiga el 11 de septiembre, cuando en agosto concluya su trabajo? Los records de la comisión se depositarán en el Archivo Nacional [...]. El cargo de director del Archivo Nacional es crucial para una sociedad democrática: a él corresponde preservar nuestra historia y posibilitar el acceso del público a los records gubernamentales, por lo que debe abogar siempre por la mayor apertura posible.⁴⁴

Precisamente por no llenar esta última exigencia la nominación ha chocado con la repulsa general del gremio de archiveros, historiadores, académicos, bibliotecarios y de la prensa. La procedencia de Weinstein y su currículum arrojan serias dudas sobre su idoneidad para el cargo, pero a la vez, una gran claridad acerca de las razones verdaderas de la propuesta adelantada por Bush, en estos precisos momentos. Un comunicado de cinco importantes

asociaciones profesionales –dado a conocer un día antes de publicarse el editorial en *The Nation*– denuncia:

Antes de darse a conocer esta nominación no hubo consultas con las organizaciones de archiveros ni historiadores. Es la primera vez, desde que el Archivo Nacional y Administración de Records fue establecida como una agencia independiente, que el proceso de nominación del director en los Estados Unidos no ha estado abierto a la discusión pública.⁴⁵

¿A qué obedece este afán desbocado de conservar secretos en manos de una administración cuyo Presidente puede alegar desconocimiento de casi todo, menos de la importancia que tienen los documentos de archivos y las fuentes primarias de la información? Baste decir que Bush tiene a una bibliotecaria en casa, pues esa es la profesión de la Primera Dama.

¿Por qué arriesgarse a la apertura de un nuevo frente de batalla en la arena doméstica, cuando la administración se halla virtualmente asediada por escándalos y críticas vinculadas con el 11 de septiembre y la guerra en Iraq?

Precisamente por eso: se arriesga algo en una escaramuza administrativa, táctica, como esta, para intentar salvar todo lo posible en la dirección estratégica. Se trata de un viejo truco fariseico. La jactancia sobre valores y principios de los cuales hacen gala los gobernantes norteamericanos cuando afirman que son consustanciales a su sistema “democrático” de gobierno y a la exaltación del paradigma de Actas como el que rige desde 1984 la labor del Archivo Nacional, conocida como Ley Pública 98-497, vienen acompañadas de una bien reprimida mueca de rabia y contrariedad: el acceso y la apertura no son propias de sus actuaciones, sino conquistas arrancadas al sistema por la lucha de fuerzas progresistas, resistentes a las tendencias totalitarias y secretistas que dominan el escenario político de ese país. No en vano pertenece a un presidente como Ronald Reagan la promulgación, a regañadientes, de dicha Acta y a otro, como Bush Jr.,* el intento, en el 2004, de mediatizar su aplicación mediante un plumazo palaciego.

* George W. Bush.

El editorial de *The Nation* denuncia:

El intento de Bush forma parte de un antiguo propósito de expandir todo lo posible el secreto dentro de la Casa Blanca, el cual ha comenzado con su lucha por ocultar los nombres de los miembros de la Comisión de Energía de Cheney, y continuado con los esfuerzos recientes para impedir que la Comisión del 11 de septiembre revele documentos, como el ahora famoso *briefing* diario presidencial del 6 de agosto de 2001.⁴⁶

Otra razón oculta para la extraña nominación de Weinstein reside en el hecho de que en enero de 2005 se cumplen los doce años reglamentarios durante los cuales la documentación del período presidencial de Bush padre no pueden ser abiertos al público, de acuerdo con el Presidential Records Act, lo cual significa que, a partir de esa fecha podrán ser examinados por los investigadores y el público general. Tampoco debe obviarse que, si Bush Jr. no hubiese sido reelecto y Kerry lo hubiera sustituido, se le habría hecho difícil cesar en su cargo a Weinstein, en caso de ser confirmada su nominación por el Senado, pues podría ser acusado de “politizar” ese nombramiento y de intentar poner en su lugar a algún otro especialista afín a su línea partidista.

La propuesta de Weinstein, obviamente, no obedece a ninguna casualidad. Así lo demuestra su historial, comentado en el editorial:

Las audiencias de confirmación del Senado son esenciales porque el récord de Weinstein es malo, especialmente en lo relacionado con el acceso a documentos. Su libro *The Haunted Wood*, de 1999, fue muy criticado por el manejo que hizo de la información de archivo. Su editor pagó por el acceso exclusivo a archivos soviéticos y a nadie más se le ha permitido comprobar los documentos que cita [...]. Eso, al parecer, constituye una violación del Código de Ética del Consejo Mundial de Archivos, que llama a facilitar el “mayor acceso posible a los documentos”. Su primer libro sobre Alger Hiss fue criticado por la retención de documentos motivada por razones políticas: Weinstein se negó a permitir

el acceso a sus entrevistas sobre el caso Hiss a los historiadores que discrepaban con él, lo cual constituye una violación de los estándares de la American Historical Association.⁴⁷

Un artículo del *New York Times* del 20 de abril, de las periodistas Sheryl Gay Stolberg y Felicia R. Lee pone el dedo en la llaga en otro aspecto de la nominación de Weinstein: su procedencia.

El nominado es un antiguo profesor universitario que ha trabajado durante dos décadas para llevar la democracia a países que han sufrido dictaduras.

[...] Mr. Weinstein enseñó Historia en el Smith College, en Boston y en Georgetown antes de crear, en 1985, el Centro para la Democracia, una organización no profesional dedicada a promover y fortalecer la democracia alrededor del mundo. Actualmente trabaja en la Fundación Internacional para los Sistemas Electorales y ha sido asesor del senador republicano por Indiana, Richard G. Lugar, presidente del Comité de Relaciones Internacionales del Senado, quien afirma que Weinstein “[...] ha estado a la vanguardia de una elite de expertos internacionales que ayudó a sembrar la democracia” en países como Filipinas, Europa del Este y la Unión Soviética”.⁴⁸

Para Mark Rosenzweig, bibliotecario y director del Archivo Marxista de los Estados Unidos, el grupo del cual procede Weinstein puede ser caracterizado de otra manera, mucho más clara:

El nominado por Bush para el cargo de director del Archivo Nacional es otro miembro de la mafia intelectual obsesionada con el espionaje durante la Guerra Fría, que incluye a James Billington, director de la Biblioteca del Congreso [...].

Esto ubica a Weinstein en el círculo dorado de neo-McCarthyistas al estilo de John Earl Haynes, archivista de la Biblioteca del Congreso, Harvey Klehr, Ronald Radosh,

David Horowitz y el propio Billington, personalmente conectado con la CIA [...].⁴⁹

El estudio del Center for Democracy del cual procede Weinstein, puede servir para ilustrar cómo se forma un cuadro del sistema y por qué méritos se le nombra en un cargo, cuando hace falta. Según la página web *disinfopedia* puede caracterizarse de la siguiente manera:

Fue creado en diciembre de 1984. En los últimos siete años ha desarrollado iniciativas en momentos críticos de las transiciones democráticas, sirviendo de puente para el diálogo entre los dos partidos políticos de los Estados Unidos. Miembros del Congreso, figuras públicas y representantes de grandes corporaciones americanas forman parte de su Junta Directiva. Sus principales programas están dirigidos a naciones recién democratizadas y a democracias reemergentes, así como a sus instituciones legislativas y las reformas judiciales que acometen.⁵⁰

Es significativo encontrar, formando parte de la Junta Directiva del Center for Democracy, a empresarios como Robert Livingston, del Livingston Group y a Deborah Ashford, de Hogan & Hotson, junto a políticos de la talla de los senadores Kay Bailey Hutchinson, vicepresidente de la Conferencia Republicana, Richard Lugar, Thomas Pickering, vicepresidente del Comité de Relaciones Internacionales del Senado y Henry Kissinger.

En 1991, Weinstein entregó el premio “International Democracy Award” a Boris Yeltsin, y recibió a su vez, de manos de la presidenta de Nicaragua, Violeta Chamorro, uno por “sus esfuerzos encaminados a la democratización de Nicaragua”. Entre 1982 y 1984 dirigió la investigación que concluyó con la fundación de la National Endowment for Democracy. Desde 1991 y hasta el 2000, el Centro que dirigía envió delegaciones u organizó seminarios para influir sobre la situación de 26 países del mundo, desde Rusia hasta Haití, pasando por China, Turquía, Nicaragua, Guatemala, Polonia, Estonia y Filipinas.

A la pregunta, ¿de dónde sacan sus fondos los tanques pensantes conservadores, al estilo del Center for Democracy?, responde Jill Junnola en su artículo “Who Funds Whom?”, aparecido el 4 de octubre de 2002:

Bajo la presidencia de Reagan la influencia [de los tanques pensantes conservadores] creció por la acción de la Heritage Foundation, American Enterprise Institute, Hudson Institute, Hoover Institute y Cato Institute, que fueron financiados por un selecto grupo de fundaciones afines y *sponsors* corporativos.

[...] el Washington Institute for Near East Policy es financiando por el America-Israel Affairs Committee, que es un *lobby* proisraelí [...].

Solo dos grandes fundaciones y empresas, la Smith-Richardson Found y la Lynde and Harry Bradley, aportaron a estos fines 1 200 millones de dólares [...].

[...] mientras que la Ford Foundation y la Rockefeller Foundation aportaban 10 800 millones y 3 200 millones, respectivamente.⁵¹

Queda claro a quién responde la nominación de Weinstein, las causas que la provocaron y la necesidad de fortalecer el secreto alrededor de la actuación del gobierno de Bush.

Al vencer la oposición de sus críticos y pasar la audiencia senatorial, Bush ha logrado una paz temporal en el importante frente del secreto, pero no es este el único donde pelagra su política.

Cada vez son más, dentro y fuera de los Estados Unidos, los que se cuestionan si la doctrina de “guerras preventivas” de la administración Bush –de las cuales son una muestra las agresiones contra Afganistán e Iraq y su pretexto–, lo ocurrido el 11 de septiembre de 2001, no forma parte de un programa geopolítico mucho más abarcador, encaminado a garantizar los intereses y el liderazgo imperial de ese país, tras el fin de la Guerra Fría, de cara a desafíos y peligros que, por primera vez en su historia, no provienen de otra superpotencia ni son todos exteriores, ni ostentan solo carácter militar o económico.

El “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”

El 16 de enero de 2004 correspondió a la escritora hindú Arundathi Roy, autora de *El Dios de las cosas pequeñas*, uno de los discursos en la sesión plenaria de apertura del Foro Social Mundial celebrado en Bombay. Sus primeras palabras causaron extrañeza a muchos, especialmente a aquellos que no estaban familiarizados con la forma de actuar de los tanques pensantes de la extrema derecha norteamericana que allí se denunciaba:

En enero de 2003 miles de nosotros venidos de todo el planeta nos reunimos en Porto Alegre, Brasil, para declarar y reiterar que “Otro mundo es posible”. Miles de millas más al norte, en Washington, George W. Bush y sus colaboradores pensaban de la misma manera. Nuestro proyecto era el Foro Social Mundial; el de ellos, el llamado “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”.⁵²

Si algunos de los presentes en Bombay hubiese querido saber más acerca del proyecto insignia de la nueva dominación imperialista en las condiciones de la postmodernidad, hubiese podido saciar su curiosidad introduciendo las palabras claves que lo identifican en cualquier buscador de Internet, por ejemplo, el Google. Si el curioso hubiese tenido alguna experiencia en la búsqueda de información en ese universo caótico, de noticias no jerarquizadas ni validadas que es Internet, tras saber que hay más de 6 000 000 de menciones a ese proyecto en la red, probablemente se hubiese detenido en la caracterización que ofrece de él un portal norteamericano llamado *rightweb*:

El “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” es, sin lugar a dudas, el grupo de presión más influyente de la derecha en los Estados Unidos, después del “Comité para el Peligro Actual” que funcionó a fines de los 70 y principios de los 80. Fue fundado en 1997 por dos importantes líderes neoconservadores, William Kristol y Robert Kagan, con el objetivo de hacer retomar a los Estados Unidos el curso abandonado del “liderazgo global”, y promover la política

reaganista de “fortaleza militar y claridad moral”. Su sede se ubica en las oficinas del “American Enterprise Institute”, en Washington DC, que acogen también la sede de su principal órgano de prensa, el *Weekly Standard*. Más que un grupo de presión, el PNAC actúa a manera de puerta batiente de entrada y salida para funcionarios del gobierno, asistentes congresionales, pretendientes neoconservadores y empresarios de instituciones como la Lockheed Martin.⁵³

Recuerdo que tras el fallido golpe de Estado de abril de 2003 contra el presidente venezolano Hugo Chávez, una de las peculiaridades de esa versión postmoderna de los tradicionales pucherazos latinoamericanos que más llamó la atención de los analistas fue que la derecha cavernaria empresarial —que los ha promovido desde siempre para defender sus intereses—, consideró innecesario actuar a través de intermediarios títeres, o apelar a la consabida retórica de “las fuerzas vivas, los militares patrióticos, los valores cristianos amenazados”, etc., imponiendo fugazmente en el poder al Presidente de FEDECAMARAS, o sea, del alto empresariado capitalista neoliberal y apátrida.

Este arranque de cínica sinceridad se basaba en una lógica implacable: ¿para qué invertir en presidentes, costosos empleados de lujo del gran capital, si en las condiciones del mundo unipolar, transparentadas ya las relaciones, antes veladas, entre poder económico y poder político se puede lograr lo mismo, a menor costo? Se intentaba hacer realidad la utopía neoliberal de que en tiempos de globalización los Estados nacionales deben ser, ni más ni menos, que departamentos de relaciones públicas y asuntos sociales de las transnacionales, el verdadero poder tras el trono.

En el caso del PNAC se repite este arranque de soberbia triunfalista, que los neocons llaman nostálgicamente “claridad moral”, como en época de Reagan: sus ideólogos serán los principales funcionarios del gobierno de Bush y a su vez, altos ejecutivos del complejo militar-industrial o de grandes transnacionales, siempre vinculados al sionismo y a los intereses expansionistas de Israel, o lo que es lo mismo, materialmente interesados en gastos militares crecientes y guerras infinitas. ¿Para qué invertir en oficinas costosas si, a fin de cuentas, el PNAC es solo un departamento

estratégico de promoción y ventas de los monopolios representados en el “American Enterprise Institute”?

EL PNAC pretende jugar igual papel que el “Comité para el Peligro Actual” durante la Era Reagan: mantener encendidas las calderas del miedo a los peligros externos, a crecientes amenazas contra los intereses estratégicos de los Estados Unidos, echando mano a cualquier combustible, preferentemente la amenaza del terrorismo y la acción de lo que llama “Estados delincuentes”. Es por ello que usando la concisión pragmática de la cual hacen gala estos empleados imperiales para definir sus objetivos, podemos decir que su entramado teórico y su accionar, en todas las áreas de interés interno o mundial, se reduce a asustar a los funcionarios del gobierno, a los legisladores y a la opinión pública norteamericana para pasar luego el cepillo, a nombre del complejo militar-industrial. Ni más ni menos.

Los fundamentos y objetivos perseguidos por el PNAC desde su surgimiento en 1997 y hasta el presente, así como la política de la administración Bush –que es su exacta y servil plasmación–, se dieron a conocer públicamente el 3 de junio de ese año al divulgarse su “Declaración de Principios”. Esta debe leerse a la luz de constatar que fue proclamada, con sospechosa antelación, cuatro años y tres meses antes del 11 de septiembre y que, como reconoce *rightweb*, con escalofriante precisión, “[...] prefigura el curso de acción adoptado por la administración Bush, tras los atentados terroristas”.⁵⁴

En la “Declaración de Principios” del PNAC se caracteriza la situación de los Estados Unidos, bajo el gobierno de Clinton, de la siguiente forma:

- a) La política exterior y de defensa del país se hundan.
- b) Los propios conservadores no tienen una visión estratégica confiable y avanzada del papel que deben jugar los Estados Unidos en el mundo, ni disponen de un conjunto de principios que puedan guiar su política exterior.
- c) [Los conservadores] siguen principios tácticos diferentes que dificultan el logro de acuerdos sobre sus objetivos estratégicos.

- d) Ellos no luchan lo suficiente por el presupuesto de defensa que debe garantizar la seguridad de los Estados Unidos y permitir el avance de sus intereses en el nuevo siglo.⁵⁵

Es interesante constatar la clarividencia conmovedora de los promotores del PNAC al alertar sobre problemas de seguridad en los Estados Unidos, con tanta antelación al 11 de septiembre. Llama también la atención que se proponga salir de la crisis descrita clamando por la unificación de la visión estratégica de la derecha norteamericana y pidiendo el aumento de los gastos de defensa, lo que beneficiaría, casualmente, a las instituciones del American Enterprise Institute que con tanta filantropía paga las oficinas que acogen al PNAC.

Con un lenguaje que recuerda, por momentos, el de los vendedores de pólizas de seguro, los firmantes del PNAC no dudan en declarar que su objetivo final es “cambiar” el panorama que describen y brindar “un apoyo total al liderazgo global de los Estados Unidos”. Como avezados mercaderes, no dudan en apretar el cuello del eventual cliente formulando preguntas cuyas respuestas presuponen la aceptación de las condiciones del contrato: “Habiendo triunfado en la Guerra Fría, los Estados Unidos encaran oportunidades y desafíos: ¿tendrán la visión de aumentar las conquistas de las décadas anteriores?; ¿resolverán los retos del nuevo siglo favorablemente a sus principios e intereses?”.⁵⁶

Como si sospecharan que algún cliente desconfiado se les pueda escapar, sin antes haber firmado la póliza, los promotores del PNAC se apresuran a responder por él mediante un monólogo disfrazado de diálogo:

Estamos en peligro de perder las oportunidades y ser derrotados por los desafíos. Vivimos del capital derivado de las inversiones militares y los logros en política exterior de las pasadas administraciones. Los cortes [al presupuesto dedicado] a la política exterior y a la defensa, la desatención a las herramientas del Estado [delicioso eufemismo que, supongo, se refiere a las agencias de inteligencia, al estilo de la CIA], y un liderazgo inconstante

aumentan las dificultades para mantener la influencia norteamericana alrededor del mundo.⁵⁷

Y para terminar, lo que se supone pueda ser la fundamentación del papel que el PNAC pretende jugar en el panorama de la política interna y mundial, o sea, lo que justificaría su debut en la arena pública, se afirma, sin el menor atisbo de humildad: “Desconfiamos de la habilidad (actual) de la nación para encarar las amenazas presentes y de afrontar los potencialmente enormes desafíos que tiene por delante”.⁵⁸

La receta propuesta por los prohombres del PNAC para erradicar los males que describen no puede ser más rancia: borrar del panorama político a los demócratas de Clinton y retrotraer la nación a los tiempos de Reagan. No se ocultan para proclamarlo a los cuatro vientos:

Hemos olvidado los elementos esenciales que posibilitaron el éxito de la administración Reagan: unas fuerzas armadas fuertes y listas para actuar ante desafíos presentes y futuros; una política exterior intencionada y coherente que promueva los principios americanos en el exterior y un liderazgo nacional que acepte las responsabilidades globales de los Estados Unidos.⁵⁹

No sabemos qué destacar primero de esta pasmosa afirmación —que al igual que todas las semejantes del PNAC se proclaman, pero no se demuestran—: si su carácter mesiánico, su chovinismo, o la visión sesgada y manipuladora que propone de la historia. El método utilizado es sencillo y burdo: a un supuesto éxito del pasado, jamás demostrado, se añade la descripción de su negación catastrófica en el presente, para terminar aterrorizando sobre el futuro, si no se vuelve al mismo pasado idealizado.

Expertos terroristas intelectuales, los promotores del PNAC no tienen escrúpulos en utilizar el chantaje y la coerción moral sobre una clase política y una opinión pública espantadizas y deficientemente informadas, como son las de su país, a la hora de venderse como salvadores providenciales ante desastres inminentes que se ciernen sobre la nación y que, curiosamente, ocurrirán

más o menos de la forma aquí descrita, como si concurriesen a una cita largamente anunciada o cumplieran las pautas de un guión cuidadosamente ensayado:

Nosotros [los Estados Unidos] no podemos eludir las responsabilidades del liderazgo global o los costos asociados con su ejercicio, sin ponernos en peligro. Jugamos un papel vital en el mantenimiento de la paz en Europa, Asia y el Medio Oriente. Si fallamos en ello, estaremos invitando a otros a que desafíen nuestros intereses fundamentales. La historia del siglo xx debe hacernos comprender que es imprescindible encarar los problemas antes que emerjan las crisis y resolver las amenazas antes que estas golpeen. Esa misma historia nos enseña a abrazar la causa del liderazgo americano.⁶⁰

Habiendo declarado que la intención de los firmantes del PNAC es “recordarle” al país tales “lecciones” y ayudar a que extraiga “sus propias conclusiones en el presente”, se cierra la apuesta con un truco de tahúr acostumbrado a utilizar cartas marcadas:

Necesitamos incrementar los gastos de defensa si queremos llevar adelante nuestras responsabilidades globales hoy y modernizar mañana nuestras fuerzas armadas; necesitamos fortalecer los nexos con nuestros aliados democráticos y desafiar a los regímenes que sean hostiles a nuestros intereses y valores; necesitamos promover en el exterior la causa de la libertad política y económica; necesitamos aceptar la responsabilidad que entraña el papel especial que juegan los Estados Unidos en la preservación y extensión de un orden internacional afín a nuestra seguridad, prosperidad y principios. La política reaganista puede que hoy no esté de moda, pero es imprescindible si queremos continuar los éxitos del pasado siglo y afianzar nuestra seguridad y grandeza en el próximo.⁶¹

Si la letra y el espíritu de este documento no fuese suficiente para caracterizar al grupo que lo redactó y a las fuerzas que lo pro-

El Apocalipsis según San George

mueven; si no bastase para comprender la lógica de los sucesos posteriores y la esencia profunda del gobierno de George W. Bush, escogido para llevarlo a la práctica, basta el examen de la lista de quienes estamparon en él su firma, aquel 3 de junio de 1997, para entender que, en la práctica, se tendía un arco entre los pasados gobiernos de Reagan y Bush Sr., * para cerrar la gran movida estratégica con el de Bush Jr., que ya se perfilaba en lontananza.

Elliot Abrams, William J. Bennett, Jeb Bush, Dick Cheney, Eliot A. Cohen, Francis Fukuyama, Donald Kagan, I. Lewis Libby, Norman Podhoretz, Dan Quayle, Donald Rumsfeld, Vin Weber y Paul Wolfowitz son algunas de aquellas 25 firmas.

No hace falta decir más.

* George Herbert Walker Bush.

Referencias

- ¹ Marx, Carlos: *Manifiesto comunista*, Edit. Ciencias Sociales, La Habana, 1994 , p. 24.
- ² Martí, José: “Impresiones de América (por un español muy fresco)”. En: *Obras completas (CD-Rom)*, t. 19, p. 109.
- ³ *Ibídem*, p. 107.
- ⁴⁻⁵ Poe, Edgar Allan: “*El demonio de la perversidad*”. En: www.fortune-city.es/poetas/relatos/166/Cuentos/Historias_Poe.htm
- ⁶⁻⁷ Lovecraft, Howard Phillip: “Desde el más allá”. En: http://members.fortune-city.es/uml/cuentos/10.del_mas_alla.htm
- ⁸ Marcuse, Herbert: *Eros y civilización*. En: <http://www.marxists.org/reference/archive/marcuse/works/eros-civilisation/ch01.htm>
- ⁹ Moore, Michael: “Introducción a la edición inglesa”. En: *Estúpidos hombres blancos*. Ediciones B. S.A., 2004, p. 14.
- ¹⁰ *Ibídem*, p. 21.
- ¹¹ Marcuse, H.: Ob. cit. (8), p. 21.
- ¹² Maquiavelo, Nicolás: *El príncipe* (Cap. 8, p. 19). En: www.librosenred.com
- ¹³⁻¹⁵ “Conspiracy Theory”. En: www.disinfopedia.org
- ¹⁶ Spaulding, Thomas Marshall: “Propaganda or Legend”, *The American Historical Review*, Apr. 1934, pp. 485-488.
- ¹⁷ Placer Cervera, Gustavo: “Reflexiones en torno a un documento controvertido”, *Boletín Historia Militar*, No. 4, 1994, pp. 62-69.
- ¹⁸ Spaulding, T. M.: *Cabinet Government in Hawaii 1887-1893*, Advertiser Publishing Co., Ltd, 1924.
- ¹⁹ Guiteras, José Antonio: “Septembrismo”, *Bohemia* (La Habana), 1 abr., 1934, pp. 30, 32.
- ²⁰⁻²¹ Spaulding, T. M.: Ob. cit. (16), p. 487.
- ²² *Ibídem*, p. 488.
- ²³ Aramburo, Mariano: *Doctrinas jurídicas*, Talleres Cuba Intelectual, 1916, p. 158.
- ²⁴ *Ibídem*.
- ²⁵ *Ibídem*, p. 159.
- ²⁶ Spaulding, T. M.: Ob. cit. (16), p. 488.
- ²⁷ Yarrison, James L.: *The U.S. Army in the Root Reform Era, 1899-1917* (Cap. 1). En: <http://www.army.mil/cmh-pg/documents/1901/Root-Ovr.htm>
- ²⁸⁻²⁹ Cosmas, Graham: *An Army for the Empire: The United States Army in the Spanish-American War*, Texas A&M University Press, 1998, p. 10.
- ³⁰ Yarrison, J. L.: Ob. cit. (27).
- ³¹ Cosmas, G.: Ob. cit. (28), p. 16.
- ³² *Ibídem*, p. 17.
- ³³ *Ibídem*.

El Apocalipsis según San George

- ³⁴ *Ibidem*, p. 18.
- ³⁵ Yarrison, J. L.: *Ob. cit.* (27).
- ³⁶ “Political Graveyard”. En: <http://politicalgraveyard.com>
- ³⁷ Goldman, Emma: “What is Patriotism?”. Tomado de: *Anarchism and Other Essays*. En: <http://www.pbs.org/greatspeeches/timeline>
- ³⁸ Breckenridge, Joseph G.: “No Army?” [Discurso], The Library of Congress, EE.UU, División de manuscritos, Colección Breckenridge, Caja 637.
- ³⁹ _____: “Santiago”. *Ibidem*
- ⁴⁰ _____: “Official Telegram”, Havana, Cuba, Jan. 28-29, 1899”. *Ibidem*, caja 632.
- ⁴¹ Dorwart, Jeffrey: *The Office of Naval Intelligence: The Birth of America’s First Intelligence Agency, 1865-1918*, Naval Institute Press, 1979, p. 55.
- ⁴²⁻⁴³ Bobbio, Norberto: El secreto es la esencia del poder, *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, México, D.F., mar. 2004, p. 18.
- ⁴⁴⁻⁴⁷ “The Haunted Archives”. En: <http://www.thenation.com/doc.mhtml?i=20040503&s=editors>
- ⁴⁸ Stolberg, Sheryl Gay y Felicia R. Lee: “Bush Nominee for Archivist is Criticized for His Secrecy”, Apr. 2004, En: <http://www.thenation.com>
- ⁴⁹ Rosenzweig, Mark: Another Neo-McCarthyite at the Library / Archives Helm? Mensaje enviado al SRRT Action Council, el 21 de abril de 2004.
- ⁵⁰ “Center for Democracy”. En: www.disinfopedia.org
- ⁵¹ Junnola, Jill: “Perspective: Who Funds Whom?”, Oct. 4, 2002. En: <http://www.campus-watch.org/article/id/243>
- ⁵² Roy, Arundhati: “The New American Century”, Jan. 22, 2004. En: <http://www.commondreams.org/view04/0122-14.htm>
- ⁵³⁻⁶¹ “Right Web”. En: <http://www.rightweb.irc-online.org/org/PNAC.php>



CAPÍTULO 2

AUGURES Y SIBILAS IMPERIALES

El 15 de febrero de 1898: La engañosa infalibilidad del Colegio Imperial de los Augures

Quien compare el “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” con el “Memorándum Breckenridge” encontrará extrañas similitudes que van desde haberse adelantado ambos, “milagrosamente”, a acontecimientos históricos relevantes, hasta la formulación de principios de actuación política y militar de cara a guerras que se consideran, explícita o implícitamente, como inevitables. Si en ambos casos las elites de poder y sus empleados más fieles se dedicaban a delinear, en detalles, las estrategias que debían seguirse al estallar el conflicto, era porque consideraban que tenían un perfecto dominio de la lógica interna de los acontecimientos venideros, a tal punto que sus previsiones podían considerarse infalibles, o porque por sus manos pasaban hilos secretos de la trama capaces de llevar a sus actores al punto deseado, en el momento y lugar por ellos escogidos.

Todo imperio respetable ha tenido sus adivinos oficiales encargados de escudriñar el futuro. Roma los tuvo en la figura venerable de los augures, los sacerdotes más antiguos de la ciudad que formaban un colegio sagrado formado inicialmente por tres miembros y que, con César, llegó a tener 17. Es evidente que con el crecimiento del poder y la extensión de los dominios imperiales crecen los peligros, las ambiciones y los enemigos, y ello obliga a los emperadores a escrutar permanentemente un futuro que suponen en manos del azar divino y no sujeto a leyes objetivas. No es exagerado afirmar que el ascenso de los imperios es inversamente proporcional al ascenso del pensamiento científico, y directamente proporcional al auge de las necesidades y ofertas adivinatorias.

El Colegio de los Augures romanos:

[...] se reunía para deliberar en las *nonas* de cada mes [el noveno día] y emitían su opinión por orden de edad [...]. Tienen actas y comentarios [los Libros augurales] [...]. El cargo era vitalicio y no se podía perder ni siquiera por condena judicial [...]. Gozaban de gran prestigio [...].

Además de la consulta de los auspicios, atendían también a la inauguración de las ciudades, templos. Sus insignias eran la trábea (toga blanca con una franja púrpura) y el lituo [bastón corto y corvo, sin nudos].¹

A diferencia de lo que se cree, la adivinación en Roma era un proceso sumamente complejo y requería, en consecuencia, una estricta especialización dentro del Colegio de los augures. Estos sabían diferenciar el augurio del auspicio: el primero “[...] se busca ex profeso, se manifiesta en unas aves determinadas, se toma en la ciudad; el auspicio se presenta sin buscarlo, se manifiesta en cualquier ave, se toma fuera de la ciudad”.²

Pero en Roma, como en nuestros días, una cosa es adivinar con buen tino y otra, bien distinta, es profetizar en un lenguaje sibilino acerca de las tragedias que van a ocurrir, porque se actúa en secreto para que ocurran. Esto último, sabiamente administrado, puede fomentar fama y poder, como ocurre con los augures del PNAC. Los romanos jamás los hubiesen tomado por augures, sino por sibilas, adivinas que profetizaban desgracias, a través de un discurso incoherente, bajo los efectos de alucinógenos, sin más credibilidad que la que quisiese otorgarle quien las consultaba.

Si los Libros augurales intentaban establecer un sistema primario de adivinación, basado en la observación, las analogías, las deducciones y la experiencia, los Libros sibilinos o Libros fatales, carecían de toda lógica, por lo tanto servían para toda ocasión y para todo público. La estafa desplazaba de esta manera a la ciencia rudimentaria y convertía sus debilidades en fortalezas: las sibilas nunca fallaban en su predicciones; el error lo cometía quien interpretaba sus profecías.

Pero vivimos en tiempos menos crédulos que los de los pios romanos. La humanidad avanza cuando somete a crítica toda

la historia precedente, y todas las certezas y principios que antes consideraba incommovibles. Esa eterna negación pone constantemente en entredicho el viejo oficio de augures y sibilas, aunque sus émulos sigan rodeados del esplendor imperial, y pontifiquen desde sus cátedras opulentas y las bien pagadas columnas que mantienen en los diarios.

No es casual que tras los atentados del 11 de septiembre algunos historiadores e investigadores norteamericanos hayan comenzado a constatar las extrañas similitudes existentes entre la tragedia de New York y la ocurrida a la tripulación del crucero acorazado *Maine*, en la bahía de La Habana, el 15 de febrero de 1898.

Un curioso intercambio por correo electrónico sostenido en agosto de 2001 entre Michael Busby –un investigador norteamericano– y Ronald Hilton, quien es, a todas luces, empleado del bien conocido Hoover Institution de Stanford, California (o “Instituto Hoover para la paz, la guerra y las revoluciones”), precursor de los tanques pensantes de la derecha de aquel país, sirve para demostrar que las historias oficiales sobre lo ocurrido al *Maine* no son generalmente aceptadas, y que basta un suceso que se crea de alguna manera conectado a aquel hecho histórico, como por ejemplo, la destrucción del World Trade Center, para hacer rebrotar las suspicacias y dudas sobre el pasado.

Según Busby:

He llegado a la conclusión de que un empresario industrial norteamericano fue el responsable del hundimiento del *Maine*. He documentado las conclusiones de mi investigación en un manuscrito de 600 páginas. Busco a un investigador español que esté familiarizado con la guerra y pueda aportar elementos adicionales a este caso. También estoy interesado en hallar algún editor europeo para mi manuscrito. ¿Conoce a alguien en España que pueda estar interesado en esta historia?³

La respuesta que brinda el Sr. Hilton es muy elocuente, tanto por su contenido como por las asociaciones que establece, y sobre todo, porque constituye un excelente ejemplo de la forma expedita

en que actúan los guardianes imperiales de la historia oficial cuando huelen peligro a las puertas de palacio:

Su afirmación me sorprende. No soy un experto en la guerra del 98, pero de seguro hallará más conocimiento al respecto en los Estados Unidos que en España. Un editor norteamericano estará más interesado en el asunto que uno europeo. ¿Tengo razón si le digo que sospecho que su historia tiene algo que ver con la incredulidad reinante [hoy] en los Estados Unidos? Usted deberá presentar argumentos hasta que una de las partes admita que cometió un error. Esta historia es tan importante que le encantará a las turbas de Castro, y también a los españoles, durante mucho tiempo considerados responsables del hecho. La investigación llevada a cabo por el almirante Rickover concluyó afirmando que la explosión se debió a un accidente, de manera que a nadie puede acusarse por ella. Su estudio convierte a los Estados Unidos en villano. Si Usted somete la obra a alguna editorial universitaria norteamericana, esta le asignará lectores calificados que expresarán su opinión, aunque no necesariamente sea positiva. Por favor, manténgame informado cuando el asunto haya sido encaminado.⁴

Cuando se cursaban estos mensajes, una ola de chovinismo patriotero recorría a los Estados Unidos, suplantando la necesaria reflexión crítica acerca de las causas que motivaron el 11 de septiembre. El intento de mediatizar el manuscrito del Sr. Busby, manteniéndolo en el marco del sistema, se complementa con la velada amenaza de declararlo potencialmente contrario a la causa nacional.

Visité el “Hoover Institution” en el año 2000. En aquella ocasión no pude revisar la documentación que atesora sobre Cuba, apenas una ínfima parte de ella y no la que había pedido con antelación a la visita. El joven empleado cubano que me atendió me brindó por ello corteses explicaciones no convincentes. A cambio, y a manera de consuelo, me obsequiaron algunas copias de documentos secretos del Buró Político del PCUS acerca de la Crisis de Octubre. Me dijeron que tales documentos habían sido comprados en la antigua URSS, aprovechando el caos que siguió a su desaparición.

ción, y contratando, de paso, a un grupo de empleados rusos encargados de su conservación y ordenamiento. Al preguntar quiénes eran los investigadores que llenaban sus salas de lectura, y a quienes se servían los documentos de sus colecciones se me contestó que “la mayoría eran trostkystas”. No pude menos que recordarlo cuando, mientras preparaba el presente libro, saltaron ante mi vista las puebas de que la CIA organizó y financió la contrapartida a la “Conferencia Cultural y Científica por la Paz Mundial”, celebrada en el Waldorf Astoria de New York, en 1949, utilizando a transfugas al estilo de Sidney Hook y Nabokov, y que muchos neocons, que forman hoy la Guardia de Hierro del bushismo, son descendientes de trostkystas, comunistas y liberales.

Aprovechando y estimulando las divisiones internas del movimiento comunista y obrero mundial, y adquiriendo todos los documentos que puedan arrojar luz sobre la historia universal, muy especialmente la del siglo xx, la de esos propios movimientos y la de las revoluciones, el sistema intenta monopolizar las interpretaciones del pasado y reescribir el presente y el futuro. Institutos como el Hoover, que han proliferado en los Estados Unidos y que cuentan con presupuestos millonarios, actúan a manera de agujeros negros de donde la verdad histórica no logra escapar.

Pero ningún sistema para controlar la verdad es infalible.

Seguir la ruta de acontecimientos como los que culminaron en la explosión del *Maine* y en las del 11 de septiembre de 2001, se dificulta extraordinariamente por la práctica ya apuntada. Aunque sea casi imposible aportar pruebas definitivas en uno u otro sentido, mucho menos documentales, lo cierto es que el tiempo y el tesón de los investigadores permiten acumular indicios que apuntan a nuevas interpretaciones e hipótesis acerca de lo sucedido y van fomentando una línea de pensamiento independiente, crítico, capaz de acercarse de forma paulatina a lo que debió realmente ocurrir, hasta alcanzar un grado digno de certeza.

La capacidad diversionista del sistema es inagotable, tanto para sembrar de pistas falsas el camino de los investigadores, como para escamotear, ocultar, destruir o construir pruebas, en uno u otro sentido. Se trata de un entramado casi perfecto a fin de que la luz no llegue nunca a brillar sobre ciertas regiones de la historia de los propios Estados Unidos, en especial aquellas donde

se decide la credibilidad interna del sistema, de sus instituciones y gobierno, de sus paradigmas e iconos.

Pero tampoco aquí es posible la perfección absoluta.

La Guerra del 98 se desata, aparentemente, porque la destrucción del *Maine* en el puerto de La Habana se consideró un acto hostil de España contra los Estados Unidos, aun cuando las indagaciones de la Comisión Sampson no pudieron demostrar la culpabilidad de las autoridades españolas y se limitaron a señalar como algo externo al buque la explosión inicial que indujo la segunda.

Los cuatro miembros de la Comisión arribaron a La Habana el 21 de febrero de 1898 y entregaron su informe final a la Secretaría de la Marina, el 25 de marzo del propio año. Para ellos, la explosión de una mina submarina accionada por el lado del puerto provocó el estallido de los magazines de reserva de las municiones almacenadas cerca de la proa. No hizo falta más: exactamente un mes después se declaraba la guerra.

En noviembre de 1910 se crea en los Estados Unidos la Comisión Vreeland, dirigida por el contralmirante del mismo nombre. En este caso, se aprovecharon las obras de reflotamiento del buque para acceder a él e indagar con más cuidado. Las conclusiones de la Comisión se entregaron al presidente Taft, el 14 de diciembre de 1911 y coincidieron con las anteriores, con la excepción de que se consideraba que la explosión inicial fue motivada por un explosivo de baja potencia.

Más de medio siglo después, en 1976, y de manera inesperada, sin mediar antes ninguna polémica o interés especial sobre las causas verdaderas del hundimiento del *Maine*, ve la luz la monografía que desde entonces ha sido considerada la más exhaustiva y prestigiosa de todas las que se han dedicado al tema, y en consecuencia, el punto final a numerosas hipótesis y acres disputas históricas. *How the Battleship Maine was destroyed*, del almirante Hyman G. Rickover, aparece ese año en Washington, bajo los auspicios de la División de Historia de la Marina de los Estados Unidos, con prefacio de Edwin B. Hooper, vicealmirante y director de dicha División. El libro recoge indirectamente la posición oficial de la Marina, y por extensión del gobierno de los Estados Unidos sobre la tragedia que tuvo por escenario la bahía de La Habana, 78 años antes. Esto, precisamente, es lo que lo hace interesante, y no

su despliegue de argumentación técnica ni sus reiteradas declaraciones acerca de su aspiración a la objetividad científica, alejada de todo interés.

Rickover comienza por calificar a 1898 como “[...] punto de inflexión en la historia de los Estados Unidos”,⁵ y termina por afirmar que “[...] un estudio sobre la destrucción del *Maine* arrojará nueva luz sobre los hombres y las instituciones que pelearon en la guerra contra España y dejaron un legado que continúa influyendo sobre nuestra nación”.⁶ Si tenemos en cuenta que su estudio somete a fuerte crítica y rechaza las conclusiones de las indagaciones oficiales anteriores, entre ellas, las de las Comisiones Sampson y Vreeland; si en él podemos leer que la explosión se debió a causas internas, y más específicamente, a lo que considera un accidente, lo cual deja sin justificación la guerra desatada contra España, nos intriga lo que el almirante “disidente” quiere transmitir con estas afirmaciones, que aparecen en el pórtico del libro.

¿Por qué 1898, o lo que es lo mismo, la guerra contra España, es considerada de tal manera por Hyman Rickover –hombre de confianza del sistema–, al extremo de ser uno de los máximos responsables del programa de los submarinos atómicos *Polaris* en los difíciles años de la Guerra Fría? ¿Por qué hurga precisamente aquí, en las entretelas del pretexto que se esgrimió para iniciar la guerra, y en lo que sobre él no se ha dicho, para arrojar luz sobre “el legado” que rige desde entonces los destinos de su país, y en buena medida, del resto del mundo? ¿Cuál es el mensaje que nos quieren enviar el autor y sus patrocinadores con estos puntos de vista “heréticos”?

Para poder construir una respuesta aproximada a estas interrogantes veamos, de manera resumida, cuáles son los puntos oscuros que Rickover “detecta” en las explicaciones e hipótesis norteamericanas anteriores sobre el hundimiento del *Maine*:

- 1- Desde el momento de su propia construcción, el buque afrontó dilaciones y dificultades que jamás fueron suficientemente explicadas y que habrían conspirado contra sus cualidades e idoneidad como nave de combate. Esto puede deducirse del excesivo tiempo transcurrido entre la conclusión de su quilla (17 de octubre de 1888) en el New York Navy Yard, y su puesta

en servicio por la Marina, seis años y once meses después (el 17 de septiembre de 1895). Rickover reconoce que en esa época la ingeniería y el armamento naval del país estaban “muy atrasados”, lo cual provocó que la Marina lo considerase, desde que fue botado al agua, como “[...] un buque de combate de segunda clase”.⁷ Estos elementos arrojan dudas sobre el punto de vista que exonera a los Estados Unidos de haber provocado la pérdida de la embarcación, dada su supuesta utilidad y valor, en caso de estallar la guerra con España.

- 2- La designación del capitán Charles D. Sigsbee como comandante del *Maine* es difícil de explicar, de acuerdo a su récord personal, antecedentes y preparación. En 1886, cuando estaba al mando del *Kersage*, fue reportado por mantener el barco en malas condiciones y no entrenar de forma adecuada a los marinos. Representante de la rama técnica de la Marina, no estaba, precisamente, muy dotado para el mando ni para tomar decisiones en situaciones como las que debería enfrentar en La Habana. Resultó ser el segundo capitán en la historia del buque, nombrado el 10 de abril de 1897, y poco tiempo después, por entrar al puerto de New York sin práctico, se vio obligado a embestir el muelle 46 para eludir una colisión con otro navío. Semejantes antecedentes no justifican que fuese el escogido para cumplir la delicada misión que lo llevó a aguas cubanas, en momentos en que se decidía el estallido de una guerra. Precisamente, todo lo contrario.
- 3- A finales de 1897, la Marina norteamericana era pequeña, y estaba formada por cuatro naves de primera, dos de segunda, dos cruceros artillados, 16 cruceros de otro tipo, 15 cañoneras, seis monitores con doble torretas, un buque con cañones de dinamita y cinco torpederos. “Existían entonces 1 200 oficiales en servicio (número que incluía a los ingenieros) [...]. En una Marina tan pequeña, los oficiales superiores se conocían entre sí”⁸ —escribe Rickover—, lo que hace más difícil de entender el nombramiento de Sigsbee. A la vez, todos los nombramientos dependían únicamente del Secretario de la Marina, quien solo respondía al presidente. John D. Long, nombrado secretario por McKinley, era su amigo personal. Una buena parte de los asuntos operativos, que resultaron decisivos para

los hechos posteriores, descansaban en manos de su Subsecretario, quien resultó ser Theodore Roosevelt, desde octubre de 1897.

- 4- Roosevelt había sido nombrado por McKinley, no por Long, a petición del senador Henry Cabot Lodge, importante líder republicano. Unidos por el mismo fervor expansionista y los mismos sueños imperiales, Roosevelt y Lodge eran los líderes visibles del “Partido de la Guerra”, que laboraba desde las sombras alentado y respaldado por grandes intereses económicos. Benefició mucho a estos planes que en la distribución de funciones correspondiese a Roosevelt lo relacionado con “[...] los contratos y asuntos vinculados con los aseguramientos materiales, la inteligencia naval y la presidencia de la junta de oficiales creada para poner fin a décadas de conflictos generados por mezclar al Cuerpo de Ingenieros con los oficiales de línea”.⁹ Como puede apreciarse, y aunque Rickover apenas lo deje entrever, el verdadero poder de decisión y la capacidad de desarrollar acciones encubiertas en la Secretaría de Marina descansaba en manos de un hombre persuadido de la necesidad de iniciar una guerra imperialista contra España, a cualquier precio.
- 5- Roosevelt estaba muy familiarizado con “[...] el peligro derivado de la costumbre de almacenar el carbón [en los buques] cerca de los magazines [de las municiones], para que sirvieran de protección adicional ante los disparos del enemigo”.¹⁰ Rickover recuerda que desde 1895 habían estallado “[...] tres incendios en los depósitos de carbón del *Olympia*, cuatro en los del *Wilmington*, y al menos uno en los del *Petrel*, el *Lancaster* y el *Indiana*, respectivamente, sin contar los ocurridos en el *Brooklyn*, el *Cincinnati* y el *New York*, estos últimos, casi causantes de explosiones en los depósitos de magazines”.¹¹ En noviembre de 1897, Roosevelt pidió a Long “[...] la creación de una junta para investigar los diferentes tipos de carbón existentes y las causas de su combustión espontánea. Hizo algo más: indicó a los agregados navales de los Estados Unidos recolectar información sobre los procedimientos utilizados por los navios extranjeros para evitar la combustión espontánea del carbón”.¹² En consecuencia, a juzgar por los

elementos que nos aporta Rickover, existía plena conciencia del problema y el conocimiento más amplio para conjurarlo estaba en manos de Roosevelt. También la opción de cerrar los ojos ante él, y dejarlo “ocurrir”.

- 6- La conexión entre Roosevelt y Lodge era tan estrecha, que este recibía del primero resúmenes escritos de sus charlas privadas con el Presidente, en violación de las ordenanzas y la debida discreción y reserva en asuntos que eran secretos, por su naturaleza. Así lo atestigua Rickover al referirse al memorándum que el Subsecretario envió al senador describiendo lo conversado en la cena que McKinley compartió con Roosevelt, el 17 de septiembre de 1897, y el intercambio que continuó, al día siguiente. En ese documento –carta del 21 de septiembre–, y en el resumen que Roosevelt preparó para el propio Presidente, un día antes, está asombrosamente delineada, paso a paso, la estrategia a seguir en caso de guerra con España, los escenarios bélicos que se escogerían para las acciones y el carácter de estas: los Estados Unidos estaban obligados a tener siempre la iniciativa y a desarrollar una guerra relámpago, para lo cual tenían que mantener en Cayo Hueso su flota principal. Estas asombrosas anticipaciones, que podrían reputarse como joyas de las artes adivinatorias del colegio imperial de los augures, son, en realidad, pruebas entregadas por Rickover, sin atreverse a decirlo, sobre la vasta conspiración para desatar la contienda que estaba en marcha, en el propio palacio imperial.
- 7- A partir de la estrategia ya adoptada, descrita en el capítulo tres del libro de Rickover, justamente titulado “Aumentando la presión”, “[...] la administración McKinley comenzó a tomar medidas para prepararse ante una eventual emergencia en La Habana”.¹³ El 8 de octubre de 1897, Long ordenó al *Maine* separarse del Escuadrón del Atlántico Norte, al cual pertenecía, y fondear en Port Royal, Carolina del Sur, sitio escogido “[...] por estar más cerca de Cuba”.¹⁴ El 15 de noviembre, zarpó hacia Norfolk para efectuar reparaciones menores. El 3 de diciembre, Roosevelt indicó a los jefes de Buróes de la Marina que todos los trabajos en la nave debían concluir para el 10 de diciembre, pues esta tenía órdenes de partir al día siguiente. Ese mismo día Long

envió “[...] planes secretos y confidenciales al *Maine* y al *Detroit*”.¹⁵ Dichos planes no han sido hallados, pero al parecer, de acuerdo a otras evidencias, si ambos buques recibían en Cayo Hueso un mensaje en clave de Lee [cónsul general de los Estados Unidos en La Habana] con la letra ‘A’”,¹⁶ el primero debía dirigirse a la capital de Cuba, y el segundo a Matanzas. El 15 de diciembre el *Maine* arribó a Cayo Hueso. El 3 de enero de 1898, ya se encontraban siete buques de guerra más estacionados allí, que luego se basificaron en Dry Tortugas.

- 8- El 6 de diciembre de 1897, en su “Mensaje al Congreso”, el presidente McKinley deslizó una frase sibilina, que adquiere sentido a la luz de los sucesos posteriores, y es el antecedente directo de tantas declaraciones similares que, desde entonces y hasta hoy, han formulado los presidentes de los Estados Unidos cuando se disponen a desatar una guerra en cualquier parte del mundo por sus intereses geoestratégicos: “Si de todas maneras se nos impone el deber ante la civilización y la humanidad de intervenir [en el conflicto cubano], este deberá ser estrictamente cumplido por nosotros, y lo haremos solo en el caso de que la necesidad de semejante acción demuestre a las claras haber sido aprobada y apoyada por el mundo civilizado”.¹⁷ Rickover termina con esta cita el tercer capítulo de su libro, como para que el lector adquiriera conciencia de la tragedia que se cernía ya sobre el *Maine*, la cual debía ser de una naturaleza tal, que cumplierse los requisitos apuntados por McKinley.
- 9- El desencadenamiento de estos planes, que implicaba la entrada de la nación en una guerra, según Rickover, fue dejado en manos de Lee y Sigsbee, fuera del alcance de las máximas autoridades y las instituciones correspondientes del país. Al respecto Rickover escribió: “En Cayo Hueso Sigsbee esperaba por el mensaje de Lee. Casi diariamente enviaba un cable telegráfico al Cónsul General [...]. El 22 de diciembre de 1897, este escribió a la Secretaría de Estado que uno o dos buques deberían ser enviados a La Habana antes de que Washington tomase ninguna medida con respecto a Cuba”.¹⁸
- 10- Los disturbios del 12 de enero de 1898 en La Habana, protagonizados por oficiales del Ejército español y voluntarios

integristas, partidarios de Weyler y enemigos de la independencia y de la autonomía, fueron el detonante de las decisiones adoptadas por ciertos círculos de Washington, que contaron con el Presidente, solo al final. Según Rickover, a partir de los insistentes reclamos de Lee, se desató la acción combinada de altos funcionarios, entre los que cita a Alvey A. Adee, segundo asistente del Secretario de Estado; a William R. Day, asistente del Secretario de Estado y a Roosevelt y Long, de la Secretaría de Marina, quienes de manera consciente exageraron los peligros del suceso. De esta forma, se llegó a la crucial reunión del 24 de enero en la que participaron “McKinley, Day, Long, probablemente Nelson A. Miles, comandante general del Ejército y Joseph McKenna, Juez de la Corte Suprema”.¹⁹ La decisión fue muy concreta: enviar el *Maine* a La Habana, lo cual se comunicó al gobierno español, por los canales diplomáticos, con apenas 18 horas de antelación al arribo, y como hecho consumado.

- 11- El *Maine* solo necesitó dos horas para zarpar de Dry Tortugas, una vez recibidas por el contralmirante Sicard, jefe del Escuadrón del Atlántico Norte, las órdenes pertinentes emitidas por Long.

A partir de este momento, la historia es bastante conocida.

Hasta aquí, seguir el razonamiento de Rickover permite establecer la existencia de planes muy detallados para la guerra con España, mucho antes de que se tomase la decisión de enviar el buque a La Habana; denotando que, desde las sombras, actuaban poderosas fuerzas dentro de la propia administración McKinley, las cuales conspiraban para llevar la crisis a un punto de no retorno; los principales actores de esta tragedia fueron cuidadosamente escogidos y sabían qué se esperaba de ellos; se tenía plena conciencia del inmenso peligro que representaba el almacenamiento de carbón bituminoso cerca de los magazines, y nada se hizo para evitarlo; y por último, que la situación en la Isla, no justificaba la medida tomada por el Presidente, quien, de seguro, jamás lo hubiese hecho de no haber sido asediado con informaciones tendenciosas y consejos manipuladores de sus más cercanos colaboradores.

Rickover afirma, tras el examen de las pruebas, que la explosión fue provocada por la combustión espontánea del carbón del depósito A-16, cercano a la proa, y esto brindó el pretexto definitivo

para la guerra tan anhelada con España; que el calor derivado de ello provocó la explosión de los magazines de los proyectiles de reserva de seis pulgadas, y la de otros depósitos de magazines adyacentes. Tal conclusión, viniendo de quien viene, pretendía cerrar definitivamente las indagaciones, exonerando, de paso, a casi todos los posibles implicados.

Las enjundiosas conclusiones de Rickover, aceptadas al pie de la letra por muchos, niegan la posibilidad de que la tragedia se debió a un agente externo al buque, y de paso, que tampoco ocurrió debido a un sabotaje interno. A los efectos de nuestro análisis, es irrelevante que sean o no acertadas. Aceptemos la hipótesis propuesta por Rickover. Una cosa es la ocurrencia de un accidente absolutamente inesperado, y otra, muy distinta, la de uno que se ha previsto y “dejado” ocurrir. Esto último, lejos de exonerar, incrimina de forma directa a los conspiradores norteamericanos del “Partido de la Guerra”, principalmente a las autoridades navales y ejecutivas del propio buque, involucradas en la conspiración. Esto es lo que se lee entre líneas en la obra del almirante “disidente”. En ello consiste su verdadera “herejía” hacia el sistema, y no en haber desmentido la supuesta culpabilidad de España en la tragedia.

Creo que, al igual que lo sucedido al *Maine* con su explosión planificada, el libro de Rickover escapó al control de quienes auspiciaron su publicación con fines diversionistas. Despejada la cortina de humo que se intentó tender sobre los hechos, quedó flotando sobre la superficie un verdadero amasijo de pistas y pruebas que merecen ser seguidas, pues, tanto como los restos del naufragio, pueden decirnos mucho.

Veamos las más importantes:

Al arribar el *Maine* al puerto de La Habana, las autoridades sanitarias españolas exigieron al capitán Sigsbee la documentación requerida, sin que este la pudiera presentar. “Al conocer que el buque carecía de la documentación establecida —escribe Rickover— estas habrían recomendado ponerlo en cuarentena”.²⁰ Quienes han examinado esta poco conocida decisión, lo han hecho interpretándola como prueba de la llegada precipitada del crucero a puerto, lo cual reforzaría el aire de casualidad e improvisación que tanto se deseaba para rodear una acción escrupulosamente preparada. ¿Por qué no pensar, por ejemplo, que Sigsbee tenía intrucciones precisas

de no aportar documento alguno, ni permitir inspecciones a bordo que pudiesen concluir en el conocimiento exacto de la composición de su tripulación? Todos los listados acerca de sobrevivientes y víctimas del *Maine* provienen de fuentes de la Marina norteamericana, parte muy interesada en que ni entonces ni ahora se conozca el suceso, en toda su magnitud.

Según Rickover: “[...] Long ordenó a Sigsbee prohibir a la tripulación pisar tierra, para evitar cualquier incidente”,²¹ pero a los pocos días, al “[...] sentir que la situación estaba en calma, este permitió a los oficiales visitar la ciudad”.²² Se comprende la lógica de la primera medida, la cual refuerza las dudas sobre la verdadera composición de la tripulación del *Maine* en el momento del estallido, pero la segunda podría haber servido para alejar a los oficiales del sitio del peligro, teniendo en cuenta que la combustión espontánea del carbón no tiene momento exacto para ocurrir. Sobre este particular, una recurrente versión de los hechos ubica a la oficialidad del *Maine* a bordo del buque norteamericano *City of Washington* participando en una recepción, al momento de ocurrir la tragedia. Así lo expresó al periódico *La Lucha* el capitán de la barca *Josefa*, citado en 1910 por J. M. Fuentevilla en su libro *España y el Maine*:

Quince minutos después de ocurrida la explosión del *Maine*, pasé con mi barca cerca del vapor mercante norteamericano *City of Washington*, y vi que este se alejaba del lugar ocupado por el crucero de la marina norteamericana. El *Washington* [...] llevaba a remolque tres botes del *Maine* que estaban esperando que terminara la comida con que se obsequiaba al comandante y a los oficiales de aquel crucero.²³

En todas las versiones norteamericanas, incluida la del propio capitán Sigsbee ante la Comisión Sampson, se da como cierto y probado que los oficiales estaban a bordo al ocurrir la explosión, con excepción de cuatro de ellos, y que el propio capitán se hallaba en su camarote, escribiendo una carta.

En cualquier caso, las dudas acerca de quiénes se encontraban a bordo del buque en el momento del siniestro estuvieron tan generalizadas que el padre Chidwick, su último capellán, se vio obligado a enfrentarlas, reiterando la versión oficial, al pronunciar la oración fú-

nebre ante los restos de 64 de las víctimas, rescatadas del fondo de la bahía habanera al ser reflotado el buque, el 16 de marzo de 1912:

Yo afirmo ante los cuerpos sin vida de estos marineros que todos los oficiales de nuestro barco, a excepción de cuatro, estaban a bordo de la nave en el momento de la catástrofe, y que de esos cuatro solo uno estaba en comisión. El ángel de las tinieblas y de la muerte se cernía de igual manera sobre los oficiales y la marinería, y a nadie mostró el signo de su presencia hasta que su refulgente espada de fuego convirtió en cadáveres a dos oficiales y a 249 marineros.²⁴

Se ha sabido —como cita Rickover—, que Sigsbee estuvo insistiendo en que un torpedero del Escuadrón del Atlántico Norte debía:

[...] iniciar una serie de visitas [al puerto de La Habana], y dilatando más en cada ocasión su estancia, hasta que los españoles se acostumbrasen a su presencia [...]. Day, Long y, presumiblemente, el propio Presidente aceptaron este razonamiento. El 10 de febrero Long informó a Sigsbee y Sicard que el buque torpedero *Cushing* estaría en La Habana el 15 de febrero, si el tiempo lo permitía, aparentemente para llevar provisiones [al *Maine*], hecho lo cual debía retornar a Cayo Hueso, de inmediato.²⁵

Es interesante observar que el *Cushing* debía estar cerca del *Maine* en el momento exacto de la catástrofe, ni antes, ni después, y que, como señala el propio Rickover, el pretexto de su viaje era notoriamente falso, pues cada buque norteamericano que había partido de La Habana había tenido que entregar suministros al *Maine*. El *Cushing* era pequeño, de apenas 140 pies de eslora, un desplazamiento de 116 toneladas y una tripulación compuesta por 20 hombres y dos oficiales. A su favor tenía la capacidad de desarrollar una velocidad de 23 nudos.

Según Rickover:

[...] el viaje del *Cushing* comenzó mal. Los dos oficiales que descifraron el despacho de Long se equivocaron al transcribir

la fecha del 15 de febrero como la indicada para zarpar, por lo que [su capitán] Gleaves, ante el asombro de Long, partió de Cayo Hueso en la mañana del 11 de febrero. A medio camino de La Habana, el buque se adentró en mar picada. Una ola lanzó a un oficial por la borda. A pesar de la rápida reacción de la tripulación y los esfuerzos realizados, no se pudo salvar su vida. El buque arribó a puerto a las 3.30 pm y amarró cerca del *Maine*. El cadáver fue inicialmente llevado al crucero y luego enviado a los Estados Unidos en un buque comercial [el *Séneca*]. Al día siguiente, el *Cushing* retornó a Cayo Hueso.²⁶

No menos interesante es constatar que el alférez ahogado durante la travesía había sido un destacado deportista durante sus años de estudio en la Academia de Annapolis, famoso como boxeador, esgrimista y futbolista, y también, por haber salvado, durante el verano de 1893, a dos hombres en peligro de ahogarse en Fisher's Islands, Long Island y a otra persona que había caído al agua en la bahía de Annapolis, en 1895. Había servido en el *Maine*, entre febrero y julio de 1896 y rescatado una lancha perdida del buque durante la noche y en medio de una severa tormenta. Entre sus diversos actos heroicos, descritos por el entonces joven corresponsal Winston Churchill en un artículo publicado en agosto de 1898 en *The Review of Reviews*, se encuentran “[...] el rescate del agua de seis personas en peligro de ahogarse”²⁷ y el evitar una explosión a bordo del *Texas*, a riesgo de su propia vida.

El nombre de este joven, fallecido de manera tan inexplicable, parece aumentar aún más el misterio que rodea a la misión del *Cushing* en La Habana y a las propias circunstancias de su muerte. El alférez Joseph Cabell Breckenridge era hijo del general Breckenridge, Inspector General del Ejército, y probable autor de las “Instrucciones...”. No es casual que en un libro dedicado a recoger su biografía, escrito ese mismo año por Ethelbert Dudley Warfield, pueda leerse: “Joseph Cabell Breckenridge perdió su vida en lo que puede ser considerado el primer episodio de nuestra guerra contra España”.²⁸

Entre las desconcertantes casualidades descubiertas alrededor de estos sucesos están:

– La de hallar como comandante de la flotilla de torpederos –a la que pertenecía el *Cushing*, cuando muere el alférez Breckenridge–

ge y es destruido el *Maine*—, al teniente-comandante William W. Kimball, destacado oficial de la Oficina de Inteligencia Naval (ONI) y autor del plan aprobado desde 1896 para aplicar en caso de estallar una guerra contra España, vinculado al desarrollo de torpedos, desde 1870, y al primer submarino norteamericano a partir de 1890 al extremo de que su creador, John P. Holland, afirmó que “[...] a ningún ser viviente debía su éxito tanto como a Kimball”;²⁹

- Conocer que al capitán del *Cushing*, Albert Gleaves, pertenecen “[...] aportes muy importantes a la artillería naval y a los torpedos, de tal forma que a él se debió la conversión de estos de armas de azar en armas de precisión”.³⁰ El propio Kimball terminaría su carrera como contralmirante, y Gleaves, como almirante.
- Constatar que el segundo al mando del *Maine*, Richard Wainwright, había sido nombrado en este cargo el 17 de noviembre de 1897, apenas tres meses antes de la explosión, y que, desde 1896 y hasta ese momento, había dirigido la ONI, y de más está decir que, al retirarse, en 1911, también había alcanzado los grados de contralmirante.

No hay dudas de que Gleaves se hallaba en el escalón delantero de la conspiración, solo superado por Sigsbee y Lee, que se encontraban en su mismo vórtice. Rickover lo insinúa cuando dice que la primera noticia de la pérdida del *Maine* le fue llevada verbalmente por un agente secreto en ropa de civil, quien, a su vez, la había recibido por telégrafo de otro que se encontraba en La Habana.

Rickover cuenta:

Gleaves, con el agente y el oficial naval de mayor graduación presente en Cayo Hueso, el teniente-comandante William S. Cowles se presentó en la oficina de telégrafo [...]. Horas después recibían un mensaje sin cifrar de La Habana para ser entregado al Secretario de la Marina. El operador le entregó el mensaje al agente, quien lo pasó a Cowles para su lectura [...].³¹

En ese bien conocido primer mensaje de Sigsbee, aparece una línea a la que se ha prestado escasa atención: “[...] los heridos y demás

se hallan a bordo de un buque de guerra español y otro de la Ward Line. Enviar buque faro desde Cayo Hueso para recoger a la tripulación y el poco equipamiento que pueda encontrarse a flote”.³²

Tras recibirse en Washington la noticia, Long ordenó el envío inmediato del *Fern* a La Habana, antes de telefonar al Presidente para comunicarle la novedad. No queda claro la lógica que hizo a Sigsbee pedir el envío de semejante buque en momentos tan trágicos e inciertos, cuando, entre las causas posibles del suceso podría estar un ataque español. Era como si —tras ser volada una casa por malhechores y ser tomados sus habitantes como virtuales rehenes—, a alguien se le ocurriese pedir el envío de un carro de golf, en lugar de patrullas policiales armadas.

Al mando del *Fern*, por otra de tantas casualidades, se hallaba William S. Cowles, el mismo oficial que había sido el primero en leer el telegrama de Sigsbee, y una vez más, casualmente, cuñado de Theodore Roosevelt, el hombre que más había hecho por precipitar la guerra. Agregado Naval en Londres durante los cuatro años anteriores, es de suponer que, al igual que todos los de su clase, Cowles mantenía estrechos lazos con la ONI, tanto como con los Roosevelt, a quienes se había integrado al casarse con Anna, la hermana mayor del clan.

Los extraños sucesos que tuvieron lugar tras la explosión del *Maine* se refuerzan con las actitudes asumidas por personajes como Roosevelt. Al conocer que Philip R. Alger, un respetado experto en armamento naval, había declarado el 18 de febrero al *Washington Evening Star* que la causa más probable de la tragedia había sido el fuego en un depósito de carbón, el cual debió provocar, a su vez, la explosión de los magazines, escribió al jefe de Alger, el contralmirante Charles O’Neil, jefe del Buró de Armamento de la Marina, con evidentes intenciones de acallar estas molestas opiniones, tildándolas de “antipatrióticas”: “Los mejores hombres del Departamento coinciden en afirmar que, sea probable o no, es ciertamente admisible que el buque haya sido volado por una mina”.³³

Roosevelt imponía su versión oficial, antes de que las comisiones investigadoras pudiesen concluir sus labores, y hacía todo lo posible por desacreditar cualquier punto de vista contrario. Conociendo que dos respetados líderes del Congreso, el poderoso representante Reed y el senador Hale, presidente del Comité de Asuntos

Navales, consideraban que la tragedia indicaba la necesidad de detener, por el momento, la construcción de buques de guerra en astilleros norteamericanos, se apresuró en escribir una carta a su gran aliado, el senador Henry Cabot Lodge, para que fuese mostrada a los congresistas, donde señalaba que la pérdida del *Maine* era el precio que debían pagar los Estados Unidos por asumir su papel como gran potencia naval.

Desde el punto de vista de los reglamentos, la primera comisión investigadora norteamericana que McKinley y Long indicaron formar al contralmirante Sicard, jefe del escuadrón del Atlántico Norte al cual pertenecía el buque siniestrado, no fue adecuadamente constituida, o tal vez tenía la indicación de no someter a escrutinio la actuación de Sigsbee. Lo anterior se infiere al constatar que los rangos de los oficiales que la componían no sobrepasaban el del capitán del *Maine*. Una segunda comisión, presidida esta vez por el entonces capitán Sampson, fue convocada, teniendo en cuenta esta exigencia. De hecho, Sigsbee jamás fue cuestionado, ni el suceso obstaculizó para nada su carrera. La comisión actuó de puro trámite, como si le hubiesen ordenado llenar las formas, pero no traspasar ciertos límites escabrosos. Sus conclusiones fueron las esperadas: el origen de la explosión se hallaba fuera del buque.

La Comisión Sampson pudo comprobar, durante los interrogatorios a Sigsbee, que este, como hace notar Rickover “[...] no estaba familiarizado con el buque”.³⁴ Por ejemplo, no pudo precisar cuándo había inspeccionado los magazines en los últimos tres meses. Se podría pensar que su asignación al *Maine* había tenido motivos distintos a los habituales, y que no era, el cumplimiento de sus obligaciones como capitán lo esperado de él.

Las ofertas de ayuda profesional a la Comisión Sampson tampoco fueron aceptadas. Ni los conocimientos del prestigioso profesor Charles E. Munroe, presidente de la American Chemical Society, experto en explosivos, ni los del constructor naval Frank L. Fernald, supervisor de la construcción del *Maine* se consideraron útiles para las investigaciones en curso, como si no existiese una verdadera voluntad de esclarecer lo sucedido.

Trece días antes de que la comisión concluyese definitivamente sus trabajos, primero la Cámara, y luego el Senado aprobaron una ley que concedía a la administración McKinley un presupuesto “para la

defensa” de 50 000 000 de dólares. Se evidenciaba que ninguna conclusión de la Comisión Sampson podría torcer el rumbo de acontecimientos predeterminados. La última sesión investigadora tuvo lugar el 15 de marzo. Sicard comunicó a Long que cuatro días después los documentos finales de la comisión llegarían a Washington escoltados por los oficiales Holman, Blandin, Blow y por el constructor naval Hoover. Curiosamente, los tres primeros eran oficiales del *Maine*, y el segundo era el oficial de guardia del buque en el momento de su pérdida. Se hace difícil entender que oficiales bajo investigación fuesen escogidos para escoltar hasta la capital los documentos de la comisión que los investigaba.

El destino del teniente Blandin es singular. En la carta que escribió a su esposa, al día siguiente de la tragedia, se encuentran afirmaciones y se expresan temores capaces de alarmar a cualquier investigador: “No estoy herido —escribió—. Lo perdí todo, excepto la ropa que llevaba puesta [...]. Gracias a Dios, querida, salvé una vez más la vida [...]. Nadie puede decir cuál fue la causa de la explosión. No creo que los españoles hayan tenido algo que ver [...]. No publiques esta carta”.³⁵

Blandín murió cinco meses después en el hospital psiquiátrico Sheppard-Pratt de Baltimore, institución médica privada, no la que podría haberse esperado que acogiera a un importante veterano de la Marina. Su obituario, publicado el 9 de julio de 1898, en la página nueve del *Brooklyn Eagle*, deja un saldo de más dudas que certezas sobre la muerte de un hombre que había reconocido por escrito no haber sufrido heridas en la explosión, aunque afirmaba haber sido golpeado en la cabeza por un cascote de cemento:

Baltimore, Md., julio 16: El teniente John J. Blandin, quien era el Oficial de Guardia la noche en que el crucero acorazado *Maine* estalló en la bahía de La Habana, murió al mediodía de hoy en el hospital Sheppard-Pratt de esta ciudad. Su muerte se debió a una meningitis provocada por el *shock* recibido cuando el *Maine* fue destruido.

Tras brindar testimonio ante la comisión investigadora en Cayo Hueso, fue asignado a la Oficina Hidrográfica de esta ciudad [...]. Desde su regreso, su familia y amigos habían notado un cambio en su estado de ánimo. No fue capaz de olvi-

dar el horror de aquella noche fatal [...] el 1º de julio tuvo un ataque y fue internado en el hospital. En su delirio retornaba constantemente a incidentes relacionados con la destrucción del buque, creyéndose en el puente de mando e impartiendo órdenes para rescatar a sus compañeros. La pasada semana dejó de reconocer a su esposa. Anoche los médicos perdieron toda esperanza [...].³⁶

Blandin no fue el único sobreviviente del *Maine* muerto en extrañas circunstancias. Mucho se ha alabado la sangre fría del marine William Anthony, según Sigsbee, la persona que le comunicó en su camarote que el buque se hundía. Este soldado, ensalzado por la prensa de la época como paradigma de cumplimiento del deber, y que fue ascendido a sargento mayor a propuesta del propio Sigsbee, apareció envenenado un año y medio después en el Parque Central de New York. Es interesante notar que no fue un marino u oficial conocedor del buque, sino un marine, que formaba parte de una pequeña tropa de desembarco asignada temporalmente al *Maine*, el que transmitió la terrible noticia al capitán.

Otros oficiales sobrevivientes del *Maine* tuvieron mejor suerte, tan buena que podría pensarse que el destino, o quien tuviese suficiente poder para ello, se encargó de resarcirlos por los sufrimientos de aquella noche de pesadilla, o por las oscuras lealtades y servicios prestados.

El teniente George Preston Blow, uno de los primeros sureños admitidos en la Academia Naval tras la Guerra de Secesión, fue destinado en 1890 por el almirante Brown como ayudante de los reyes de Hawai, a todas luces una misión de inteligencia y probable preámbulo de las acciones que culminaron con la anexión del archipiélago a los Estados Unidos. Tras sobrevivir la explosión del *Maine* y escoltar los documentos de la Comisión Sampson hasta Washington, al estallar la guerra, fue ascendido a comandante y luego a capitán. Tuvo bajo su mando los buques *USS Potomac* y *USS Vulcan*, este último encargado de la delicada misión de intentar remolcar hasta los Estados Unidos, como botín de guerra, el buque español *Reina María Teresa*, capturado en Santiago de Cuba. Recibió también la tarea de fundar los buros hidrográficos de Chicago y Cleveland, centros que se vinculaban estrechamente a la ONI. Afortunado

inventor de un nuevo tipo de revólver y de las cargas de profundidad, ya en la vida civil presidió la poderosa compañía Westclock y fue director fundador de la Cámara Mundial de Comercio.

El teniente del Marine Corp, Albertus W. Catlin, comandaba el destacamento destinado al *Maine*, al que pertenecía William Anthony. Sobrevivió a la tragedia, y en 1911 ya ostentaba los grados de teniente coronel y se hallaba al frente del Primero de Marines, en Guantánamo, y luego del Tercero de Marines que desembarcó en Veracruz, donde, por sus acciones, recibió la Medalla de Honor del Congreso, la más alta distinción de su país. En 1918 ya había alcanzado las estrellas de general de brigada, y una vez más, se hallaba representando los intereses imperiales durante la ocupación de Haití.

El Dr. Lucien Heneberger, médico del *Maine*, había servido entre 1884 y 1887 a bordo del *USS Despatch* –fondeado en la bahía de Chesapeake–, frecuentemente utilizado por los presidentes, secretarios de la Marina y congresistas. En 1896 fue asignado al *Maine*, y al estallar la guerra, fue destinado al crucero auxiliar *USS St Paul*, un buque corsario encargado de acciones de inteligencia y operaciones que no podía acometer la Marina de los Estados Unidos, como el apresamiento frente a las costas de Santiago de Cuba del buque inglés *Restormel* que, procedente de Curazao, llevaba el carbón que, quizás, hubiera permitido la fuga hacia Cienfuegos de una parte de la escuadra de Cervera. El capitán del *USS St Paul* era Sigsbee. Más tarde, Heneberger fue nombrado comandante del Hospital Naval de Newport, Rhode Island, sin dudas, un puesto envidiable.

El capellán del *Maine*, John P. Chidwick, fue el tercer capellán católico que prestó sus servicios en la Marina de los Estados Unidos, a lo largo de 120 años, entre 1778 y 1898. Es curioso que haya sido destinado a un buque que viajaría a un país católico, aunque no existen evidencias que demuestren que la mayoría de los tripulantes o la oficialidad del buque haya tenido esa filiación religiosa. Tras la tragedia, fue rector del Seminario de la Archidiócesis de New York, y terminó sus días en 1935, tras haber presidido por once años el College of New Rochelle y haber sido rector de la Iglesia de Saint Agnes. Otra vida provechosa y bien recompensada por Dios.

El cadete Wat Tyler Cluverius se había graduado en 1896 en la Academia Naval. Tras la pérdida del *Maine* cumplió misiones en

las Antillas, Filipinas y México, siempre como disciplinado oficial del Imperio. En mayo de 1928 recibió los grados de contralmirante.

El teniente John Hood tenía ya en su haber, aquel fatídico 15 de febrero de 1898, el haber sobrevivido al naufragio del *Kearsage*, ocurrida el 21 de febrero de 1894, cerca de las costas de América Central en el Pacífico. Tras su segundo naufragio, fue nombrado comandante del *Hawk*. Durante la guerra con España fue encargado de mantener la comunicación entre la escuadra norteamericana que bloqueaba Cienfuegos y la que cumplía igual cometido en Santiago de Cuba. Entre 1899 y 1900 recibió la misión de preparar cartas náuticas para el tendido del cable del Pacífico. Entre 1907 y 1909, como comandante del *Tacoma*, sirvió de guardián imperial en Haití y América Central. Entre 1912 y 1915 fue miembro de la Junta General de la Marina, y entre 1915 y 1916 fue comandante del *Texas*. El 29 de agosto de 1916, por su extensa hoja de servicios, recibió los grados de contralmirante.

No se encuentran muchos datos sobre otros oficiales sobrevivientes del *Maine*, pero se sabe que al menos dos de ellos, los cadetes Amon Bronson y Arthur Crenshaw, graduados en 1896 de la Academia Naval, llegaron a comandar buques, el primero, el *USS Denver* y el *USS Saint Louis*; y el segundo, el *Schurz*. Bronson recibió la Cruz de la Marina durante la Primera Guerra Mundial, por servicios distinguidos. Es evidente que tampoco quedaron sin recompensas.

El destino, como puede apreciarse, no escatimó bondades con muchos de los 23 oficiales sobrevivientes del *Maine*. Entre ellos, no pocos fueron los que luego se distinguieron como servidores fieles del sistema que emergería de aquella guerra. ¿Las recompensas se debieron a esto último o a lo ocurrido en las aguas de la bahía habanera, en medio de aquella noche fatal de febrero?

En el libro del almirante “disidente”, aunque se fundamenta la hipótesis del accidente interno, no se descarta la posibilidad de que el *Maine* haya sido víctima de un ataque exterior. Se insinúa, por primera vez, una posible acción de elementos fuera del control de las autoridades españolas que, con métodos relativamente sencillos y utilizando su conocimiento de la bahía de La Habana, hayan podido burlar la vigilancia de norteamericanos y españoles, para lanzar una mina artesanal contra la embarcación. Como es lógico,

en este hipotético escenario la mayor responsabilidad se hace recaer sobre los independentistas cubanos, virtuales beneficiarios en caso de estallar una guerra entre las dos potencias.

Rickover escribe:

A la pregunta, ¿cómo, a pesar de todas las precauciones tomadas, pudo suceder la tragedia?, Sigsbee tenía dos respuestas: Una docena de hombres pudo ubicar la mina, a pesar de la vigilancia de sus hombres. Sin que fuese del conocimiento de las autoridades españolas, pudieron plantarla dentro de un barril, lastrado por un peso, en espera de que el viento dirigiese el buque en esa dirección y se produjese la colisión. Pero no descartaba tampoco la posibilidad de que la mina hubiera sido colocada antes de la llegada del buque [...]. Tal mina pudo haber sido controlada eléctricamente [...] incluso, alguien pudo tomar momentáneamente el control del dispositivo detonador en tierra.³⁷

Las hipótesis de Sigsbee dejaban una puerta entreabierta para el caso de que fuese necesario buscar culpables fuera del buque. Se insinuaba que estos podrían hallarse entre elementos españoles partidarios de Weyler —y por tanto, enemigos jurados de la Autonomía—, y también entre cubanos partidarios de la independencia. Lo más interesante es que, por aquellos mismos días, un extraño personaje que bien hubiese podido servir como chivo expiatorio, se hallaba en La Habana, procedente, supuestamente, de las filas insurrectas.

En la biblioteca virtual que bajo el nombre de *makingofamérica* mantiene la Universidad de Cornell, puede hallarse un artículo titulado “Ten Months with the Cuban Insurgents”, escrito por Emory W. Fenn, quien se presentaba como “Mayor del ejército cubano”. Según su relato, partió de New York, y más tarde de la isla de San Salvador, en una expedición destinada a auxiliar a las fuerzas mambisas, a mediados de febrero de 1897. Desembarcó en la bahía de Banes, junto a un gran alijo de armas, municiones y dos cañones, que fueron transportados luego hasta el campamento del general Calixto García. La especialidad de Fenn eran los explosivos, y especialmente, los torpedos. Así describe su debut en nuestras lides independentistas, al

momento del desembarco: “Un pequeño bote fue echado al agua, la bahía fue explorada para asegurarnos de que el enemigo no se hallaba presente [...]. Unos torpedos fueron ubicados en el canal, conectados a la costa por cables eléctricos [...]”.³⁸

Según lo narrado, la expedición que trajo a Cuba al Sr. Fenn fue la del *Laurada*, dirigida por los generales Carlos Roloff y Castillo Duany. En efecto, desembarcó por Mano de Pión, Oriente, el 21 de marzo de 1897 trayendo 37 combatientes, entre ellos, José Martí y Zayas Bazán, hijo del Apóstol. La descripción del alijo que aparece en el libro de César García del Pino *Expediciones de la Guerra de Independencia, 1895-1898*³⁹ coincide con la que hace el Sr. Fenn.

Tras describir detalladamente la organización militar y civil, así como la composición de las fuerzas cubanas, Fenn afirma que fue ascendido directamente a capitán por el general Calixto García, haciendo una importante revelación: “[...] fui nombrado jefe del departamento de torpedos, temporalmente adscrito al Estado Mayor del general Mariano Torres, comandante de la División de Holguín”.⁴⁰

Las misiones que se asignaron al “Departamento de torpedos” estuvieron vinculadas a la destrucción de puentes y líneas férreas del enemigo. La pericia de Fenn le permitió fabricar bombas de bambú rellenas con algunas de las 3 000 libras de dinamita que confiesa haber introducido en Cuba, junto a “[...] abundante cantidad de cables eléctricos, baterías, etc”.⁴¹ Las operaciones más exitosas en las que participó fueron la destrucción de tres puentes de la línea férrea, en la noche del 9 de junio de 1897; la completa destrucción de una locomotora, a milla y media de Gibara, el 6 de julio, utilizando para ello un viejo tanque de hierro usado para contener agua gaseosa, que relleno con 42 libras de dinamita; y por último, la demolición de dos puentes más, el 22 de julio.

Por su demostrado talento para labores de minado, Fenn dice haber sido llamado a participar en la toma de Victoria de las Tunas, a finales de agosto de 1897, luego de solicitar y ser autorizado a visitar en Camagüey la sede del Gobierno de la República en Armas. El 23 de enero de 1898, dos días antes del arribo del *Maine* a la bahía de La Habana, Fenn revela que “[...] recibió del general Calixto García un pase para visitar al Gobierno cubano, con el objetivo de solicitar pasaporte y poder regresar a los Estados Unidos, para arreglar

algunos asuntos personales”.⁴² Luego de ser autorizado, abandonó solo el campamento de Calixto García, en Mejías, pero fue detenido por una tropa española el 25 de febrero, al intentar cruzar el camino entre Báguano y Holguín. Curiosamente, no opuso resistencia, a pesar de estar armado, ni fue asesinado, como ocurría frecuentemente con quienes eran sorprendidos en descampado y con las armas en la mano, máxime si el jefe de la tropa que lo detuvo era el valiente, pero sanguinario general Joaquín Vara del Rey.

Entregado al general Linares, Fenn fue considerado prisionero de guerra, y al ser revisadas sus ropas se hallaron cartas de oficiales del general Calixto García destinadas a amigos en los Estados Unidos y el pase otorgado por este. Nada de ello agravó, inexplicablemente, su situación. De Holguín fue enviado bajo custodia a La Habana, con la orden expresa de permitirle regresar a los Estados Unidos. Este relato, que linda con lo increíble, para todo el que conozca la historia de las guerras de independencia en Cuba, termina de manera abrupta, dejando en el aire importantes interrogantes: “[Al llegar a La Habana] el general Fitzhugh Lee me suministró un pasaporte y mi pasaje [...]”.⁴³

El relato de Fenn no aclara la fecha en que regresó a los Estados Unidos. No es desacabellado pensar que para mediados de febrero de 1898, se hallaba a disposición del general Lee en La Habana un experto en minas y torpedos que, supuestamente, ostentaba el grado de mayor del ejército cubano y procedía de sus filas. Para cualquier eventualidad, este creativo experto podía servir como cabeza de turco, en una operación planificada para desviar la atención y las investigaciones hacia el lado deseado, haciendo recaer en los independentistas la culpa de la tragedia. Algo muy similar se intentó hacer, muchos años después, cuando Lee Harvey Oswald, el pretendido asesino de Kennedy, pidió asilo político en la Unión Soviética, se casó con una ciudadana de ese país e intentó recibir visas para visitar Cuba, antes de verse involucrado en el magnicidio de Dallas. No debe extrañar a nadie que, en los primeros momentos después del crimen, se halla tratado de acusar a Cuba y a la Unión Soviética de estar detrás de la conspiración.

Otro punto polémico alrededor de la destrucción del *Maine* radica en la determinación exacta de las víctimas fatales que causó, y el lugar donde fueron enterradas.

En medio de tantas contradicciones y dudas, no se trata de otro asunto pendiente. De su esclarecimiento depende también la determinación definitiva de la causa de la explosión, porque, a fin de cuentas, ¿quién puede decir con exactitud, sin contar a quienes difundieron y defendieron las versiones oficiales de la Marina y el Gobierno de los Estados Unidos, cuántos hombres estaban a bordo del buque a las 9.40 pm el 15 de febrero de 1898? ¿Cuántos habían arribado a la bahía de La Habana el 25 de febrero? ¿Cuántos, verdaderamente, resultaron muertos?

Un mar de contradicciones espera a quienes se aventuren por este laberinto de versiones diversas y asombrosas. Es necesario recordar que al arribar el buque a la bahía habanera Sigsbee no pudo, o no quiso, presentar a las autoridades españolas los documentos establecidos para estos casos. Tampoco se realizaron las inspecciones de rigor a bordo. A nadie debe asombrar que la sombra de la duda continúe cubriendo, hasta nuestros días, este aspecto del problema. Los listados de la tripulación que pueden consultarse en numerosas páginas web de Internet no incluyen la fuente de donde fueron tomados, ni están avalados por registros comprobables por investigadores o autoridades independientes. En rigor, ¿pudo o no haber arribado el *Maine* a puerto con una tripulación reducida, la estrictamente necesaria para afrontar el “accidente” que, según el propio Rickover, se sospechaba que podía ocurrir? ¿Pudieron, o no, haberse evacuado los tripulantes superfluos del *Maine* discretamente, a bordo del *Cushing*, o de los buques de la Ward Line o del Plant System que durante los 21 días que estuvo fondeado en La Habana viajaron entre esta ciudad y puertos norteamericanos, según sus itinerarios habituales?

Vale recordar que el Plant System –que incluía a buques de pasajeros como el *Olivette*, el *Mascotte* o el *Florida*–, unía La Habana con Tampa, Cayo Hueso, Mobile y otros puertos de los Estados Unidos, y también con las líneas domésticas de ferrocarril. Su dueño era el millonario Henry Bradley Plant, al que pertenecía el hotel Tampa Bay, donde se alojarían los oficiales del Quinto Cuerpo que, al mando del general William R. Shafter, invadiría Cuba, y por su línea de ferrocarril y por su muelle, en el puerto de Tampa, se embarcarían, no sin grandes angustias, las tropas, el armamento y los suministros de ese mismo Cuerpo. Las relaciones de Plant con los políticos de

Washington eran sumamente estrechas: Plant gozaba de absoluta confianza en los círculos visibles e invisibles del poder y era capaz de secundar cualquier acción gracias a la cual se beneficiasen sus amigos, y por supuesto, él mismo, como ocurrió con la guerra contra España.

Las últimas versiones acerca de las víctimas y los sobrevivientes del *Maine*, como por ejemplo la que aparece en *www.homeof-heroes.com*, reducen a 260 las víctimas, seis menos de las que tradicionalmente se reconocían, de ellas, dos oficiales, 222 marinos y 28 marines, a los que deben sumarse otros ocho marinos heridos, rescatados de las aguas, que murieron posteriormente. Nadie ha explicado cómo pudo ocurrir esa inexactitud en el conteo de las víctimas, ni cómo se mantuvo el error durante tanto tiempo, si se supone que los listados conocidos de la tripulación eran exactos. Estas mismas versiones contabilizan 95 sobrevivientes, precisando que, de ellos, 59 resultaron heridos. Entre los sobrevivientes se encontraban 23 oficiales de la Marina, un oficial de marines, 60 marinos y once marines.

Llama la atención que los dos oficiales muertos en el *Maine* eran originarios del mismo sitio: Montgomery County, en Iowa; uno, el teniente Friend W. Jenkins, de la graduación de 1886, y el otro, el asistente de máquinas Darwin R. Merrit, de la de 1895. Como en el caso del alférez Breckenridge, Merrit era un destacado atleta, que llegó a entrenador del equipo de fútbol del *Indiana*, y concluyó tercero en el escalafón, entre 84 compañeros de clase. Se encontraba junto al timón de la nave al momento de la tragedia, leyendo, según el cadete David F. Boyd, el último que declaró haberlo visto con vida. Otro de sus compañeros de Academia, el alférez W. S. Crosley, al enviarle el pésame a su padre, lo caracterizó de la siguiente manera: “Era el favorito de los superiores por su profesionalidad, camaradería y fidelidad. Un oficial de alto rango, bajo cuyo mando estuvo su hijo, me dijo que prefería tener a Merrit a cargo de las máquinas, antes que al resto de los maquinistas [...]”.⁴⁴

El propio capellán John P. Chidwick, en carta a la familia de Merrit para comunicarle que aún no se había recuperado el cuerpo de ambos oficiales (luego aparecería el de Jenkins), se sentía obligado a expresar: “Puedo asegurales que su conducta a bordo fue irreprochable”.⁴⁵

Se afirma que en las 48 horas que siguieron a la explosión, se recuperaron 19 cadáveres, y que estos fueron enterrados, tras una ceremonia pública, en el Cementerio de Colón. Tampoco en este punto las dudas dejan descansar a las versiones oficiales, haciéndolas tambalearse.

En el número dedicado al centenario de la explosión del *Maine* del boletín *Ciudad de Mármol* que edita el Equipo Técnico de Historia, Conservación e Informática del Cementerio de Colón, en La Habana, fue publicado un artículo de Edith Monterde Orejón, especialista principal de la necrópolis, titulado “Despejando incógnitas”, que pone en entredicho las versiones oficiales acerca de las víctimas que fueron enterradas en suelo cubano, y de paso, la veracidad de lo afirmado al respecto, con sospechosa seguridad y exactitud, por Sigsbee en su libro *The Maine: an account of the destruction in Havana Harbor* (New York. The Century, 1899).

No cabe duda de que un entierro de víctimas tuvo lugar, tal y como puede comprobarse por las fotografías y periódicos de la época—algunas de las cuales se conservan en la colección de la Biblioteca Nacional José Martí—, y que se efectuó en terrenos cedidos al efecto por el Obispado.

“La primera gran sorpresa —afirma Monterde— fue comprobar que en el Libro de entierros del Archivo de dicho recinto no se habían asentado ninguno de los fallecidos de la catástrofe”.⁴⁶

Existe una abultada correspondencia sobre este particular entre el capellán del Cementerio de Colón, Ambrosio Bueno, y las autoridades eclesiásticas y gubernativas, que abarca los meses de marzo a junio de 1898. El intercambio estaba motivado por las costantes reclamaciones del primero para que se cumpliera la ley en lo referido a asentar en los Libros de enterramientos las generales de 146 víctimas del *Maine* enterradas en ese recinto. “Según consta en la documentación —dice Monterde— al camposanto colombino solo se habían remitido las 7 boletas de los fallecidos en el Hospital Militar de San Ambrosio [...]”,⁴⁷ que tampoco fueron asentadas.

Las boletas en cuestión certifican el fallecimiento de cuatro marineros (uno sueco, uno alemán, uno noruego y uno de California), de un carbonero, de un patrón de bote y de un aprendiz de primera clase, todas ocurridas entre el 18 y el 25 de febrero, por

lo que deben ser casi todos los heridos que se dieron por fallecidos posteriormente.

En carta del 22 de marzo de 1898 del capellán Bueno al Obispo, remitida luego por este al Gobernador de la ciudad con fecha 22 de mayo, se puede leer que:

[...] de los 153 cadáveres inhumados en este cementerio víctimas de la catástrofe del acorazado americano *Maine*, solo han sido remitidas a esta Capellanía siete licencias del Juez Municipal del Distrito de Jesús María, de los fallecidos en el Hospital Militar de San Ambrosio, y como quiera que para el asiento en los libros correspondientes de los 146 restantes se hace necesario saber sus nombres y apellidos, el capellán que suscribe ruega humildemente a VEI* y Reverendísima se digne disponer lo que crea más conveniente sobre este particular.⁴⁸

Es extraño que las fuentes norteamericanas continúen reconociendo hasta hoy que fueron muy pocos los cadáveres que se recuperaron, inmediatamente después de la explosión y el hundimiento del *Maine*. Las afirmaciones del capellán Bueno, un mes después, atestiguan que, sin contar los fallecidos en el hospital de San Ambrosio, se habían enterrado 146 cuerpos, cuyas boletas jamás llegarían para ser asentadas en el Libro de enterramientos de Colón, a pesar de instrucciones cursadas el 19 de julio de aquel mismo año.

Pero más extraño aún es constatar el siguiente hecho, hacia el que que Monterde, con justeza y sagacidad llama nuestra atención: “Curiosamente, el comandante del acorazado, Charles D. Sigsbee, en su libro incluye un listado pormenorizado en el que consigna 166 sepultados en 151 ataúdes, detallando hilera y fosa en cada caso”.⁴⁹

De la constatación de este hecho se puede deducir que Sigsbee en su libro, al detallar tan exactamente el número de fallecidos y la ubicación de su sepultura en La Habana, estaba indicando a la opinión pública y a la historia la versión oficial de los hechos que sus jefes y su gobierno querían que se tomara como fidedigna. Si

* Vuestra Excelencia Ilustrísima.

la aceptamos, no queda claro cómo se llegó a la cifra de fallecidos que hoy se da como última y probada, la de 260, o lo que es lo mismo, cómo se comprueba que los 94 nombres restantes fueron realmente enterrados en La Habana o en cualquier otro sitio, o cuándo y cómo se encontraron y recuperaron sus cuerpos.

Hasta el momento, todos los datos de los tripulantes a bordo del *Maine* en el momento del siniestro, así como de las víctimas y sobrevivientes han sido aportados por las mismas fuentes interesadas en que se tome por buena su versión, sin pruebas documentales complementarias o de otra índole. Los investigadores que han abordado la cuestión, incluyendo a Rickover, no lo han cuestionado. Pero si se cuestiona, ¿quién podría probarlo?

Según Agustín Remesal en *El enigma del Maine*, al rescatar del fondo de la bahía habanera lo que quedaba del buque, labor que se efectuó entre 1910 y 1911, “Los restos recuperados de 64 tripulantes se depositaron en un almacén portuario de La Cabaña hasta que fueron solemnemente repatriados y recibieron sepultura definitiva, el 23 de marzo en el cementerio militar de Arlington”.⁵⁰ Si concedemos que así ocurrió, y sumamos estos 64 nombres a la lista de las víctimas que Sigsbee dice fueron enterrados en La Habana, faltarían aún 36 para alcanzar la cifra generalmente aceptada en nuestros días. ¿Por qué?

Tantas contradicciones y dudas no pueden menos que llevarnos a tomar con escepticismo las versiones oficiales o semioficiales que han intentado cerrar para siempre las investigaciones alrededor del *Maine*. Hasta hoy, transcurridos 106 años, la última palabra no ha sido dicha, y cada día se abre paso, con mayor fuerza, la percepción de que una conspiración de fuerzas expansionistas e imperiales jugó con esa ficha en el tablero de la geopolítica finisecular, sin detenerse a pensar en cuestiones tan nimias, como la moral o los costos humanos de la explosión y de la guerra que desataría.

Para resumir los ánimos imperiales que por aquellos días trabajaban sin descanso a la luz pública, y sobre todo en secreto, y para caracterizar el fundamentalismo mesiánico que constituía, y sigue constituyendo, la coartada ideológica de todo imperio que aspire a la eternidad, mientras tapa sus vergüenzas con la hoja de parra de las “lecciones de la historia”, el cumplimiento de las “leyes inexorables

del darwinismo social”, o la predestinación, está la figura infatigable y la prédica brillante de Albert Jeremiah Beveridge, historiador, senador republicano por Indiana, y compinche de Roosevelt. En la introducción de su discurso ante el 56 Congreso, conocido como “En apoyo del Imperio Americano”, plantea:

Sr. Presidente: Estos tiempos exigen franqueza. Las Filipinas son, para siempre, “territorio perteneciente a los Estados Unidos”, como la Constitución lo califica. Y más allá de Filipinas están los mercados infinitos de China. No debemos retirarnos de allí; no debemos repudiar el cumplimiento de nuestro deber en el archipiélago; no debemos desperdiciar esta oportunidad en el Oriente. No renunciaremos a cumplir la parte que nos corresponde dentro de la misión que toca a nuestra raza: ser garante de los planes divinos de civilización mundial. Seguiremos adelante con esta tarea, no quejándonos como esclavos, por tener que llevar tan pesada carga, sino expresando gratitud al Todopoderoso por la misión encomendada, y por habernos elegido como pueblo, encargándonos de guiar la regeneración del mundo.⁵¹

Estas palabras suenan como los discursos recientes pronunciados en el mismo recinto.

Nada le ha dado mayor relieve y vigencia que el 11 de septiembre de 2001.

Un respetable *average*:
cinco incidentes, cuatro guerras

Un periodista de Diamond Bar, California, llamado Bill Sardi publicó en una página web de Internet, el 16 de octubre de 2000, un interesante artículo bajo el título de “Remember the *Maine*! And the other Ships Sunk to Start a War”. Su tesis central era sumamente sencilla, y por lo tanto, difícil de refutar: desde el 15 de febrero de 1898, con el hundimiento del *Maine*, comienza a utilizarse en la política exterior norteamericana un método pragmático e inmoral que consiste en poner la mejilla al alcance del oponente, en el momento y lugar exactos, con tal de que aparezcan justificadas sus

acciones ulteriores. De esta manera, lo que son, en rigor, acciones ofensivas, agresivas y expansionistas, quedan, a los ojos de la opinión pública mundial, y sobre todo, de los propios Estados Unidos, como acciones defensivas, ineludibles y de autodefensa.

La enumeración que hace Sardi de los buques hundidos o atacados por “el enemigo” que han servido para mantener viva esta tradición tan norteamericana como la mantequilla de maní o las pistolas pegadas con cinta adhesiva al fondo de la mesa de la cocina, es realmente impresionante, y llega hasta el 12 de octubre de 2000, cuando una lancha cargada con explosivos puso al borde del colapso al destroyer *USS Cole*, fondeado en el puerto de Adén, y causó 18 muertos y 35 heridos entre la tripulación.

Las fechas que nos refresca el artículo de Sardi, y los hechos con ellas asociadas, entre el *USS Maine* y el *USS Cole*, son las siguientes:

- 7 de mayo de 1915: Hundimiento del buque inglés de pasajeros *Lusitania* por un submarino alemán, y con ello, la muerte de más de 100 pasajeros norteamericanos, lo cual forzó la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial.
- 7 de diciembre de 1941: Ataque japonés a Pearl Harbor, que provocó el hundimiento de la Flota del Pacífico y la muerte de más de 2 000 soldados, oficiales y marinos norteamericanos, justificando al gobierno del presidente Roosevelt por declarar la guerra a Japón y entrar a la Segunda Guerra Mundial.
- 5 de agosto de 1964: Tras un confuso incidente entre buques norteamericanos y norvietnamitas, ocurrido el día anterior en el golfo de Tonkín, el presidente Johnson ordenó acciones de castigo aéreo contra objetivos en territorio de este último país, ante la alegada “reanudación de los ataques contra los *destroyers* americanos”. Como resultado, se produjo una escalada de las acciones, y la guerra en la península indochina entró en su fase más terrible y destructiva.⁵²

Cinco incidentes navales cuenta Sardi, de los cuales resultó el involucramiento norteamericano en cuatro guerras. Si no constituye un récord, es, al menos, un buen *average*. El último, el del *USS Cole*, no concluyó en una guerra, pero, en palabras de Sardi

pudo haberlo hecho pues, “[...] ocurrió en vísperas del debate presidencial, y bajo el rumor de que Iraq movía sus tropas en el Medio Oriente [...]. Benjamín Netanyahu, entonces primer ministro de Israel, dijo durante una entrevista en la televisión de su país, que los mismos que dirigían el terrorismo en Jerusalem eran los responsables del ataque al *USS Cole*”.⁵³

Todo suena muy conocido, ¿verdad?, como si se tratase de un ensayo general, un prelude de los ataques del 11 de septiembre de 2001, y las guerras de Afganistán e Iraq. Sardi lo dice expresamente, once meses antes de que ocurrieran estas tragedias: “No permitamos que se nos arrastre a una guerra sobre la base de los reportes desde países lejanos sobre bombas en los buques de la Marina de los Estados Unidos; no mientras las noticias acerca de tales sucesos sigan completamente controladas por el gobierno de los Estados Unidos: ¡Remember the *Maine!*”.⁵⁴

Las dudas y la alerta de Sardi no son gratuitas.

Es cierto que el 7 de mayo de 1915 el teniente comandante del submarino alemán *U-20*, Walter Schweiger, ordenó disparar un torpedo contra el *Lusitania*, y que debido a una segunda explosión inesperada que tuvo lugar en el interior del buque, este se hundió en apenas 18 minutos, lo que causó la muerte de 1 201 personas, entre ellas 123 norteamericanos. Pero también es cierto que existía un estado de guerra entre Inglaterra y Alemania “[...] y el gobierno alemán había hecho serias advertencias a los norteamericanos acerca de que los buques británicos serían objeto de ataque”.⁵⁵

Cerca de las dos de la tarde del día de la tragedia, de forma sorpresiva, el *Lusitania* cambió de rumbo, y puso proa al norte, hacia el Mar de Irlanda. “El propio capitán del submarino [...] se sorprendió de que el *Lusitania* se aventurase por esos mares, pues el día antes había hundido dos buques británicos en esa misma zona”.⁵⁶

El gobierno alemán alegó, después del suceso, “[...] que el *Lusitania* era, en la práctica, un buque de guerra que conducía soldados canadienses y municiones. Su buque gemelo, el *Mauritania*, había sido transformado para el servicio naval, y los planes para ambos buques contemplaban la instalación de 12 cañones de seis pulgadas en cada uno”.⁵⁷

La segunda explosión, la decisiva, según algunos historiadores, se debió a que el *Lusitania* “[...] transportaba de manera encubier-

ta, disimuladas en cajas de queso, municiones de artillería de tres pulgadas y un millón de cartuchos de rifle, lo que era, de hecho, el contrabando de una carga prohibida por las leyes norteamericanas, y nunca debió transportarse en un buque de pasajeros”.⁵⁸

Por último, William Turner, el capitán del *Lusitania* “[...] ignoró todas las directivas del almirantazgo para evadir los submarinos alemanes: navegaba demasiado cerca de las costas de Irlanda, donde los submarinos enemigos pululaban [...] y lo hacía a una velocidad inferior a la máxima que podía desarrollar, y no de manera zigzagueante [...]”.⁵⁹

Tantas torpezas y contradicciones nos hacen pensar en un escenario muy similar, que tuvo lugar 96 años después, en territorio continental de los Estados Unidos y que provocó el mismo efecto.

Lo sucedido el 7 de diciembre de 1941 en Pearl Harbor, Hawai, es bastante conocido, pero no lo son tanto los siguientes detalles:

– Desde 1924 existía un programa bajo la supervisión del director de Comunicaciones Navales de los Estados Unidos, conocido como OP-20, que se nutría de datos de inteligencia colectados a partir de radioescuchas y comunicaciones provenientes de fuentes diplomáticas y comerciales. Desde 1937 existía una pequeña, pero efectiva fuerza de inteligencia (OP-20-G) que desarrollaba una labor de criptoanálisis capaz de interceptar y descifrar los códigos secretos de otras potencias, entre ellas, Japón.

Las conclusiones a las que arribó la Comisión congressional creada para investigar las causas del desastre de Pearl Harbor, presidida por el senador Alben W. Barkley, muestran que, con anterioridad al ataque, los criptoanalistas de la Marina de los Estados Unidos habían interceptado miles de despachos japoneses. En total, sin precisar fechas, la Marina de los Estados Unidos interceptó 26 581 despachos japoneses. Entre los errores cometidos por los Departamentos de Inteligencia del Ejército y la Marina de los Estados Unidos, la comisión consideró:

[...] no brindar una atención cuidadosa a los despachos interceptados entre Tokio y Honolulu, sobre todo los correspondientes al 24 de septiembre, el 15, y el 20 de noviembre

de 1941. Desde el momento que esos despachos indicaban un interés particular hacia la Flota del Pacífico [fondeada en Pearl Harbor], la inteligencia debió haber suministrado al mando de Hawai esas informaciones.⁶⁰

Como consecuencia de estos errores, la Comisión concluyó que “[...] ni el Ejército ni la Marina habían sido lo suficientemente alertados ni el 6 ni el 7 de diciembre de 1941, acerca de la inminencia de la guerra”.⁶¹

Es difícil aceptar la anterior conclusión, cuando se lee el siguiente despacho japonés del 20 de noviembre de 1941: “A las 00:00 del 21 de noviembre, repito, del 21 de noviembre, entrar en la segunda fase de la preparación para iniciar las hostilidades”.⁶² Intentando justificar la escandalosa desatención a estas señales, así como las conclusiones de la comisión congressional, el Centro Histórico Naval, en su análisis sobre Pearl Harbor, afirma que “[...] estos mensajes no fueron decodificados hasta una fecha situada entre septiembre de 1945 y mayo de 1946”,⁶³ precisamente, cuando ya no eran necesarias las traducciones, pues la guerra había concluido.

A la importante pregunta que se formula en el párrafo 253 de las conclusiones de la Comisión congressional, esta no logró hallarle una respuesta convincente. La pregunta, que parece extraída de documentos similares de la comisión investigadora del 11 de septiembre de 2001, es:

¿Cómo, a pesar de contar con uno de los mejores acopios de inteligencia en toda nuestra historia; con la absoluta certeza de que la guerra estaba cerca; con planes para contrarrestar el tipo preciso de ataque que fuera ejecutado por Japón, en la mañana del 7 de diciembre de 1941, cómo pudo ocurrir lo que ocurrió en Pearl Harbor?⁶⁴

Para tener una idea exacta de cómo la Marina de los Estados Unidos monitoreaba y descifraba las comunicaciones de la Marina japonesa, baste decir que, entre 1930 y 1935, cuatro estaciones (Guam, Olongapo, Pekín y Los Banitos), y dos buques (*USS Goldstar* y *USS Augusta*, buque insignia de la Flota del Pacífico)

se dedicaban íntegramente a esta tarea. Téngase en cuenta que, para entonces, no existían las amenazas de guerra que eran muy claras en 1941.

Como se haría luego costumbre, las conclusiones de la comisión congresional de turno, basadas en un cúmulo impresionante de evidencias y datos fidedignos, terminaron decepcionando a muchos y diluyendo las responsabilidades en afirmaciones como la siguiente:

El desastre de Pearl Harbor evidenció el fallo de las medidas del Ejército y la Marina a la hora de detectar la aproximación de una fuerza hostil, en adoptar las medidas adecuadas en un momento en que la guerra era inminente; y en no emplear todas las posibilidades puestas a su disposición para repeler el ataque japonés.⁶⁵

Por el contrario, se afirma que:

[...] el comité no halló evidencias que apoyen las acusaciones de que el Presidente, el Secretario de Estado, el Secretario de la Guerra, o de la Marina hayan provocado, incitado, o coadyuvado a que el Japón atacase a la nación, para facilitar que el Congreso aprobase una declaración de guerra [...].⁶⁶

Unas declaraciones del almirante Kimmel –quien estaba al mando de la Flota del Pacífico aquel fatídico día y al que se tomó después como chivo expiatorio (fue retirado forzosamente del servicio al año siguiente)–, caracterizan de manera inequívoca lo sucedido:

Creo que al general Short y a mí no se nos brindó toda la información disponible en Washington para impedir el ataque, porque había el temor de que tal acción en Hawai pudiese disuadir a los japoneses de atacar. Nuestro Presidente había dicho reiteradamente a los norteamericanos que el país no entraría en la guerra, a menos que fuese atacado. El ataque japonés a la flota puso a los Estados Unidos en pie de guerra, y contó con el respaldo pleno del pueblo.⁶⁷

El incidente del golfo de Tonkín, citado también por Sardi, merece otras precisiones:

Desde el 2 de agosto de 1964, los destroyers norteamericanos *Maddox* y *C. Turner Joy*, junto al portaviones *USS Ticonderoga* se hallaban en el golfo de Tonkín, que separa la costa este, de lo que era entonces Vietnam del Norte, y la costa oeste de la isla de Hainan.

El *Maddox*, lejos de hallarse en una misión de rutina, realizaba lo que los periodistas Jeff Cohen y Norman Solomon calificaron como:

[...] maniobras agresivas de recolección de inteligencia (sobre los radares y las defensas costeras) coordinadas con ataques a Vietnam del Norte por parte de la Marina de Vietnam del Sur y la Fuerza Aérea laosiana. El día antes [del incidente], dos ataques contra Vietnam del Norte habían tenido lugar, en el marco de la política de los Estados Unidos de incrementar la presión sobre ese país, comenzada desde los primeros meses de 1964.⁶⁸

Según la versión oficial norteamericana, que recorrió al mundo, y recogió, por ejemplo, la revista *Times*, el 4 de agosto, “[...] viniendo desde el oeste y el sur, y aprovechando la oscuridad, al menos seis cañoneras norvietnamitas de fabricación rusa, con cañones de 37 y 28 mm, abrieron fuego sobre los destroyers a una distancia de 2 000 yardas [...]. Dos de ellas fueron hundidas”.⁶⁹ De más está decir que esta versión se impuso a través del monopolio mediático del país supuestamente agredido.

En la noche de ese mismo día, el Pentágono proclamó que “[...] un segundo ataque de Vietnam del Norte había tenido lugar”.⁷⁰

El 5 de agosto el presidente Johnson envió un mensaje al Congreso en el cual declaraba:

Anoché comuniqué al pueblo norteamericano que el régimen de Vietnam del Norte había atacado una vez más, deliberadamente, a buques de guerra de los Estados Unidos que operaban en aguas internacionales, y que había ordenado acciones aéreas contra las cañoneras y las bases navales

relacionadas con la agresión. Esa acción aérea se lleva a cabo en estos momentos y ha causado ya daños sustanciales. Dos aviones de los Estados Unidos se perdieron en la acción [...]. Nuestro propósito es pacífico. No tenemos ambiciones territoriales, políticas, ni militares en el área.

Esta no es una simple guerra en la jungla, sino una lucha por la libertad en cada frente de la actividad humana. Nuestra asistencia económica y militar a Vietnam del Sur y Laos tiene el propósito de ayudar a esos países a repeler la agresión y preservar su independencia.⁷¹

- El 7 de agosto de 1964 una Resolución Conjunta del Congreso, a pedido del Presidente, fue aprobada por 414 votos a favor y ninguno en contra, en la Cámara, y 88 votos contra dos, en el Senado. Esta Resolución proclamaba, en algunas de sus partes: “El Congreso aprueba y apoya la determinación del Presidente, como comandante en jefe, de tomar todas las medidas necesarias para repeler cualquier ataque armado contra las fuerzas de los Estados Unidos, y para prevenir futuras agresiones”,⁷² y también que:

Los Estados Unidos consideran como vital a su interés nacional el mantenimiento de la paz mundial y la seguridad en el Sudeste de Asia [...]. Los Estados Unidos están preparados, cuando el Presidente lo determine, para tomar todas las medidas, incluido el uso de la fuerza armada, para asistir a los países signatarios del Protocolo de Defensa Colectiva del Sudeste de Asia que necesiten ayuda para defender su libertad.

Esta Resolución debe expirar cuando el Presidente determine que la paz y la seguridad del área están suficientemente aseguradas por las condiciones internacionales creadas por la ONU, excepto si esto es determinado con antelación por otra Resolución apropiada del Congreso.⁷³

Treinta años después, la verdad sobre lo ocurrido en el golfo de Tonkín –causa de la muerte de cerca de 64 000 norteamericanos y 4 000 000 de vietnamitas–, ha aflorado, poniendo en gran aprieto la fórmula tradicional para condenar a las víctimas

y pulverizarlas en nombre de la defensa propia. Y esto ocurre en momentos en que, una vez más y con escasa imaginación y abundante chapucería, acaba de demostrar el Imperio que enfrenta una bancarrota de sus fórmulas tradicionales para justificar sus agresiones, un desgaste de su discurso y una crisis de creatividad y pensamiento.

Veamos algunas de las verdades escamoteadas a la opinión pública mundial y de los propios Estados Unidos hace 30 años:

- James Stockdale, un piloto de la Marina que participó en la “defensa” de los *destroyers Maddox* y *Turner Joy* aquel día de agosto, y que luego fuera derribado sobre Vietnam y pasó ocho años de su vida como prisionero de guerra, escribió, veinte años después en su libro *In Love and War*: “Yo tenía el mejor asiento de la casa para ver el evento, y nuestros *destroyers* estaban disparando contra blancos fantasmas: no había cañoneras enemigas allí; no había nada, excepto, el agua oscura y los disparos norteamericanos”.⁷⁴
- Desde los primeros meses de 1964, la administración Johnson había aprobado y puesto en vigor un programa de operaciones encubiertas, navales y terrestres, que involucraba a fuerzas de los Estados Unidos. El Plan Operativo 34-A dirigido contra Vietnam del Norte, perseguía la creación de un conflicto, real o ficticio, que les permitiese involucrarse en el trance. El lunes 3 de agosto de 1964, Johnson lo reconoció en privado, según grabaciones de la Casa Blanca que cita Bob Richter: “Algunas operaciones encubiertas nuestras habían tenido lugar en esa área (golfo de Tonkín), entre ellas, la voladura de puentes y cosas similares, así que imagino que los norvietnamitas deseaban ponerles fin”.⁷⁵

Daniell Hallin en su libro *The Uncensored War*, citado por Cohen y Solomon, reconoce que “[...] mucha información disponible, que contradecía la versión oficial sobre el incidente, no fue utilizada”,⁷⁶ y que la ausencia de puntos de vista independientes permitió que la “Resolución sobre el golfo de Tonkín” fuese aprobada casi por unanimidad en el Congreso.

James Bamford en su artículo “The Gulf of Tonkin Incident, Operation Northwoods, and Iraq”, cita a George Ball, por en-

tonces subsecretario de Estado, quien confirmó que todo el incidente fue fabricado para provocar la guerra:

Mucha gente que estaba asociada con la guerra buscaba una excusa para iniciar los bombardeos [...]. El envío de un *destroyer* al golfo de Tonkín fue, inicialmente, con fines de provocación [...]. Se sabía que si el *destroyer* sufría algún tipo de problema, esa sería la provocación que se necesitaba.⁷⁷

– En los documentos del Pentágono (edición Gravel, volumen 3, pp. 517-518), se recogen las “Reglas de Combate” aprobadas para las fuerzas norteamericanas, tras el supuesto incidente del golfo de Tonkín, y que entraron en vigor el 5 de agosto de 1964. En ellas se consagran las mentiras utilizadas para engañar a la opinión pública mundial, solo que esta vez perseguían embaucar a sus propias fuerzas armadas. Las “Reglas...” establecían tres situaciones que, de producirse, debían provocar respuestas de “defensa, persecución y destrucción” de objetivos norvietnamitas. Tales situaciones, por definición, partían de una supuesta certeza acerca del carácter agresor de los norvietnamitas y, en consecuencia, de hacerlos responsables por las ineludibles respuestas norteamericanas. Las situaciones previsibles eran:

- a) Ataques no provocados de naves hostiles contra navíos que se encuentren en aguas internacionales.
- b) Ataques no provocados de aviones hostiles contra aviones, naves o personal de los Estados Unidos.
- c) Sobrevuelo del espacio aéreo de la RVN* por aviones hostiles.⁷⁸

Un “Comentario general” se adicionaba a las “Reglas...”. En él se establecía el mecanismo preciso para provocar la tan anhelada escalada bélica:

A las fuerzas hostiles que inicien ataques no provocados contra nuestras fuerzas, sea en alta mar o desde la costa,

* República de Vietnam del Norte.

no se les debe permitir regresar a sus santuarios, desde donde podrían repetirlos. La mejor manera de impedir que tales ataques se repitan es persiguiendo y destruyendo a los atacantes. Tales acciones no deberán ser consideradas punitivas *per se*, sino de carácter elementalmente defensivo. Para su autodefensa y protección las fuerzas armadas de los Estados Unidos están autorizadas a llevar a cabo, de manera inmediata, acciones de persecución ilimitadas.⁷⁹

Las consecuencias de la entrada en vigor de semejantes órdenes no eran difíciles de prever. La escalada de la guerra estaba en marcha. La hoja de parra de la autodefensa norteamericana colgaba, pudorosamente, sobre las vergüenzas que debían ser ocultadas. Los agresores norvietnamitas serían debidamente castigados.

El trauma nacional que provocó en la conciencia de los Estados Unidos la agresión y la derrota en Vietnam, mantuvo en bajo perfil los planes guerreristas del complejo militar industrial, de las grandes corporaciones oligárquicas y de sus voceros en los poderes ejecutivo y legislativo del país, hasta el 11 de septiembre de 2001.

El 11 de septiembre de 2001 o el ocaso del ingenio imperial

Tanto se han repetido las imágenes de los aviones secuestrados por terroristas islámicos impactando los edificios del World Trade Center, que Michael Moore se abstuvo de utilizarlas en *Fahrenheit 9/11*, documental realizado, precisamente, para analizar, a profundidad, las raíces de lo ocurrido ese día.

A Moore le bastó proyectar ante los espectadores de su film, en cámara lenta y con audio real de fondo, los rostros incrédulos, primero, y espantados, luego, de quienes presenciaban la tragedia esa mañana en New York. El horror total al que aspiraba H. P. Lovecraft en sus cuentos lo recibimos indirectamente, filtrado a través de las emociones de los testigos, y las tomas de un cielo ennegrecido por la ceniza de los incendios.

Mientras esto ocurría, en medio de la confusión, y sin contarse aún con evidencia alguna, las grandes cadenas televisivas norteamericanas que llevaban a todo el mundo las imágenes, las subtulaban con sospechosa perspicacia y desusada unanimidad, como obedeciendo a una indicación superior: “América under attack”.

El documental de Moore se engrandece y recibe su consagración, como obra de arte, precisamente, por la originalidad con que nos presenta aristas de la realidad más cruda, desde ángulos insospechados, recreándola a través de una estética de la imagen que elude el panfleto, pero que parte de un punto de vista, de una posición consciente, de un involucramiento, sin avergonzarse ni pedir perdón por ello. En medio de tanta santurronería hipócrita y tanta mojigatería intelectual que nos rodea —apoteosis de lo políticamente correcto y del miedo a quedar fuera del mercado de las ideas—, esta postura de Moore es no poca cosa.

Las escenas climáticas de *Fahrenheit 9/11*, como denuncia, son dos, y ambas son largas tomas mudas. Se conocen apenas un par de comentarios sobre ellas, a pesar de que, sin necesitar del auxilio de las palabras, resumen lo que su creador nos quiere transmitir con la sutileza del arte verdadero.

Una de ellas recoge las largas sesiones de maquillaje a que se someten los principales políticos norteamericanos antes de presentarse frente a las cámaras de la televisión. Como consumados actores antes de salir a escena a representar el papel asignado en el guión, vemos retocarse a Bush, Rumsfeld, Cheney, Condoleezza Rice, Wolfovitch, Aschcroft y Colin Powell. La genialidad de Moore estriba en que esta patética escena que condensa toda la extensión de la política norteamericana asumida como simulacro, como representación teatral, como espectáculo mediático, se ubica en el film exactamente después de que se muestran los antecedentes del 11 de septiembre, comenzando por el megafraude electoral de la Florida mediante el cual Bush se alzó con el botín de la presidencia, hasta la caída en picada, hasta niveles críticos, del apoyo interno y externo a su gestión, e inmediatamente antes del ataque terrorista.

La segunda escena muestra durante siete minutos, en silencio y en cámara lenta, a un desvalido Bush, sentado en un aula prescolar de

la Florida, con un libro de cuentos en la mano, tras serle susurrado al oído por un asesor lo que en ese mismo momento ocurría en New York. Pocas veces en la historia del arte y de la política, incluidos los ejemplos clásicos de la publicística al estilo del *Yo acuso*, de Zola o los artículos y cartas de Víctor Hugo, se ha dicho tanto, en tan poco tiempo y con tal economía de palabras.

El 11 de septiembre de 2001 como farsa teatral macabra, y la maldad e incapacidad evidente de Bush y el resto de los actores principales de esa puesta en escena constituyen las dos tesis centrales verdaderas de *Fahrenheit 9/11*. Lo demás, incluso las relaciones entre los Bush y los Bin Laden, el papel jugado por Israel y Arabia Saudita, la guerra de Iraq, los vínculos de Bush con la gran oligarquía norteamericana, a la que llama en el film “su base” (Al Qaeda significa en árabe, casualmente, “La Base”), no son más que arroyuelos tributarios de esos dos grandes ríos: refuerzan sus caudales, los robustecen, pero adoptan el rumbo que lleva la gran corriente, hasta llegar al fin deseado.

Moore no declara abiertamente sobre el carácter de lo ocurrido el 11 de septiembre, ni falta que hace: por él habla su obra, y lo hace con el lenguaje indirecto, sutil, sugerente del arte verdadero, que no por comprometido con la realidad y la necesidad de transformarla, deja de ser arte. Más, no se le puede pedir, no es necesario.

No ha habido que esperar 25 años para que se desclasifiquen los documentos del 11 de septiembre y se vaya abriendo paso en la opinión pública mundial, con fuerza creciente, la sospecha de que los ataques terroristas pudieron ser evitados por el gobierno de los Estados Unidos, y que se dejaron ocurrir para utilizarlos como coartada en la realización de un autogolpe pretoriano, dentro de la propia Casa Blanca, que permitiese el despliegue de planes de contingencia imperial, largamente acariciados, tanto en el plano interno como internacional.

Una de las películas de la saga de *La guerra de las galaxias* tenía como subtítulo “El Imperio contrataca”. A nadie debe asombrar que, al ocurrir el ataque de los Estados Unidos contra Afganistán –primera estación de la guerra infinita que Bush se apresta a librar contra sus adversarios internos y externos–, las grandes cadenas televisivas norteamericanas subtitaran las imágenes de los bombardeos, con idéntica unanimidad: “America strike back”.

El mundo del 11 de septiembre es mucho más complejo, y a la vez, mucho más sencillo y transparente, que el del 15 de febrero de 1898, cuando la voladura del *Maine* en aguas habaneras abrió las compuertas al derrame imperial americano sobre los pueblos de dos continentes. Haber repetido de manera mecánicamente mediocre los mismos pasos que antes fueron eficaces para engañar a la opinión pública mundial, y en primer lugar, de su propio país, ha sido un inmenso error de la elite de poder de los Estados Unidos, que es la misma que ostentaba el respetable promedio de cinco incidentes internacionales, y cuatro guerras “justas”.

El error ha sido de tal magnitud, que ha puesto en evidencia las trampas a que la rutina y la soberbia pueden someter a la razón imperial, y de paso, la lamentable decadencia en que se encuentra su capacidad para mantener en las sombras sus mecanismos de dominación y su habilidad para imponer al mundo, y a su propio pueblo, una lógica y un imaginario exculpadores, absolutorios y exorcizadores de la mala conciencia y los demonios interiores derivados de sus políticas hegemónicas.

Nunca, como después del 11 de septiembre, y vinculados a sus consecuencias, se han transparentado tanto los más sacrosantos y ocultos mecanismos de dominación imperial que vienen garantizando el predominio de los Estados Unidos sobre los demás países del mundo, desde hace más de un siglo.

Jamás se había presenciado el espectáculo de cómo funciona, a cielo abierto, la relojería imperial, sus instituciones nebulosas y sus más celosos funcionarios de las tinieblas.

Pocas veces, como ahora, hemos podido aquilatar, con pruebas en la mano, el abismo moral de donde saca la elite de poder norteamericana las justificaciones que le permiten preservar sus intereses materiales, y en primer lugar, sus ganancias, a cualquier precio, aun a costa de sus propios ciudadanos, no importa si ello implica la pérdida de 266 vidas norteamericanas en el *Maine*, 2 000 en Pearl Harbor, o 3 000 en el World Trade Center.

Los pretextos imperiales se encarecen en la misma medida que su credibilidad disminuye. A la luz de la decadencia del aparato creativo encargado de esta tarea hoy, y sus magros resultados para vender al mundo la versión americana del 11 de septiembre de 2001, hubiera podido temerse una verdadera hecatombe antes del 2 de

noviembre de 2004, fecha en que en las elecciones norteamericanas se jugaba el destino de la vieja forma de hacer política imperial que ha marcado la vida del planeta en el último siglo.

Es de imaginar a los brillantes asalariados creativos de las agencias de inteligencia norteamericanas con la mirada en el techo de sus oficinas, las pantallas de sus computadoras en blanco, tamborileando con los dedos de la mano izquierda sobre el teclado y presionando el *mouse* con la derecha, esperando la llegada de alguna musa romana capaz de sacarlos del atolladero.

Pero es demasiado tarde: ninguna idea brillante, ninguna inspiración genial, ninguna experiencia crapulosa derivada de las glorias pasadas podrá servir para recomponer el enorme daño causado a la forma tradicional de hacer política en los Estados Unidos, tras lo ocurrido en el World Trade Center.

El enemigo que ha logrado ponerlos en semejante trance es imbatible, no puede ser aniquilado ni bombardeado porque es invisible: está dentro de la propia casa. Sin él no se puede concebir el presente y el futuro, y forma parte consustancial de la imagen que tienen de sí los norteamericanos, que es la misma que exportan para consumo del resto del mundo. Destruirlo es equivalente al suicidio o la automutilación: los Estados Unidos no se conciben sin televisión por cable y satélite, sin computadoras, correo electrónico e Internet, sin teléfonos celulares, cámaras fotográficas y de video digitales, sin la acción de lo que dicen son medios alternativos de información, sin mantener lo que llaman libre flujo de ideas, libertad de expresión y libre acceso a la información.

Dejemos de lado, por un momento, la discusión acerca de si estos artículos de fe son reales o ficticios dentro del entramado de poder del capital, y si lo son, hasta dónde les está permitido actuar, en un escenario donde las verdaderas decisiones que afectan la vida de las personas en todo el mundo no son tomadas por los políticos electos en elecciones más o menos decentes, sino por las grandes corporaciones sin rostro, sin patria, y sin más ideología que el acrecentamiento de sus utilidades.

Coveniemos, a los efectos del presente análisis, que los Estados Unidos son como se sueñan y como hacen soñar que son, al resto de los mortales. La pregunta crucial a la que se debe responder —y de cuya respuesta depende la capacidad de sobrevida del imperialismo

tradicional norteamericano—, es la siguiente: ¿cómo mantener el dominio imperial e imponerlo de manera total y definitiva al resto del mundo, con la anuencia y complicidad de las propias víctimas, o sea, a los costos más reducidos en que esto se pueda lograr, tanto morales como materiales, en las nuevas condiciones de flujo incontrolado de información y de proliferación de tecnologías, que por primera vez en la historia humana, están democratizando y subvirtiendo los procesos tradicionales de emisión activa-recepción pasiva de mensajes y, en consecuencia, están sustrayendo a millones de personas de la influencia tiránica y el control totalitario de la información, piedra angular de la hegemonía clásica?

La resistencia iraquí contra el ocupante invasor no es un fenómeno nuevo en la historia del colonialismo y el imperialismo. Tanto como el pueblo iraquí rechaza hoy, con las armas en la mano, a los que violan su soberanía y restringen su libertad, lo hicieron antes, entre otros: los filipinos, los argelinos, los angolanos y los propios cubanos que durante 30 años pelearon por su independencia. Pero nunca antes los resultados de la resistencia, el día a día de la lucha, pudo ser conocido en tiempo real en todo el mundo, como lo es hoy gracias a Internet, y también a *Al Jazeera* y *Al Arabiya*, que escapan al control mediático imperial.

Las torturas y la represión han sido siempre consustanciales a la dominación hegemónica imperial, pero nunca, como en nuestros días, ha sido más difícil mantener en silencio lo que ocurre tras los muros de Abu Ghraib, la base naval de Guantánamo o las cárceles secretas afganas, al extremo de que el corresponsal británico en Bagdad, Robert Fisk, ha declarado que las cámaras digitales que llevan en sus mochilas los propios soldados norteamericanos son el verdadero enemigo letal de esas fuerzas de ocupación, y que el Pentágono se ha visto obligado a prohibir la posesión de teléfonos celulares capaces de servir, a la vez, como cámaras fotográficas, entre sus efectivos desplegados en Iraq.

La guerra ha dejado de ser el espectáculo aséptico, incoloro e indoloro, en que se convirtió tras las invasiones a Panamá, Granada, la Guerra del Golfo y Yugoslavia. Los cadáveres, la sangre, el dolor y los sufrimientos, junto a las imágenes de los féretros cubiertos con la bandera de los Estados Unidos, con toda su carga subversiva, han vuelto a nuestros televisores y páginas web, muy a pesar

de la censura militar y las manipulaciones. No importa que no las transmitan la *CNN* o *Fox Chanel*, siempre encuentran la forma de asaltar la placidez de buena parte de la humanidad.

Ante el auge de la resistencia global y la creciente pérdida de la inocencia de su pueblo, el imperio se aboca a dos escenarios posibles: o implanta su dominio de forma brutal, descarnada, como suele hacer cuando sus intereses vitales se hallan en peligro, utilizando para ello todo el arsenal represivo que lo desnuda ante los ojos del mundo al que pretende vender sus mantras libertarias y democráticas, el primer producto nacional exportable, o avanza hacia formas inéditas, creativas, de control y dominio en las nuevas condiciones derivadas de la implantación masiva de las nuevas tecnologías en las sociedades modernas.

En nuestros días, Marx no podría definir al proletariado como al sepulturero del capital postmoderno, pero quizás podría hacerlo mostrando en sus manos un pequeño teléfono Nokia o una *laptop* Fujitsu con acceso a Internet.

El 11 de septiembre de 2001 fue la apoteosis de la chapucería imperial, puesta de manifiesto, en todo su decadente esplendor, a través de Internet. Quienes permitieron que ocurriese, dentro de los Estados Unidos, no pudieron prever que se convertiría en un bumerán, una vez recogidos y dilapidados sus frutos iniciales, cuando el apoyo interno a un usurpador como Bush subió hasta el 85%, sin contar el cheque en blanco que le extendieron casi todos los gobiernos del mundo.

El guión del espectáculo no tuvo en cuenta los cambios experimentados por las sociedades humanas en el último siglo, ni que los eventuales espectadores no eran los mismos de 1898, 1915 ó 1964.

La inercia suele jugar malas pasadas, cuando ha llegado el tiempo de los cambios. Pero la clase dominante en los Estados Unidos lo ha entendido un poco tarde.

A fin de cuentas, ¿quiénes gobiernan hoy los Estados Unidos detrás de George W. Bush, y qué esperanzas tienen de, a pesar de todo, mantener el poder en sus manos?

Referencias

- ¹⁻² Contreras Valverde, José, Gracia Ramos Acebes e Inés Rico Rico: *Diccionario de la religión romana*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1992, pp. 14-15.
- ³ Busby, Michael: “[E mail a Ronald Hilton]”, Aug. 5, 2001. En: ESPO-RAL@listproc.cc.ku.edu
- ⁴ Hilton, Ronald: Respuesta a Michael Busby. *Ibidem*.
- ⁵ Rickover, Hyman G.: *How the Battleship Maine Was Destroyed*, Naval History Division, Washington DC, 1976, p. vii.
- ⁶ *Ibidem*, p. viiii.
- ⁷ *Ibidem*, p. 3.
- ⁸ *Ibidem*, p. 18.
- ⁹ *Ibidem*, p. 20.
- ¹⁰⁻¹¹ *Ibidem*.
- ¹² *Ibidem*, p. 21.
- ¹³ *Ibidem*, p. 22.
- ¹⁴ *Ibidem*, p. 22.
- ¹⁵ *Ibidem*, p. 23.
- ¹⁶ *Ibidem*.
- ¹⁷ *Ibidem*, p. 25.
- ¹⁸ *Ibidem*, p. 27.
- ¹⁹ *Ibidem*, p. 32.
- ²⁰ *Ibidem*, p. 36.
- ²¹ *Ibidem*, p. 38.
- ²² *Ibidem*.
- ²³ Fuentevilla, J. M. (Manuel Morphy): *España y el Maine*, Impr. Avisador Comercial, La Habana, 1910, p. 39.
- ²⁴ Remesal, Agustín: *El enigma del Maine*, Plaza & Janés, Madrid, 1998, p. 242.
- ²⁵ Rickover, H. G.: Ob. cit. (5), p. 40.
- ²⁶ *Ibidem*.
- ²⁷ Warfield, Ethelbert Dudley: *Joseph Cabell Breckenridge. A Brief Story of a Short Life*, The Knicker Bocker Press, New York, 1898, p. 58.
- ²⁸ *Ibidem*, pp. vi-vii.
- ²⁹ “William Wirt Kimball”. En: *Who Was Who in American History-The Military*, Marquis Who’s Who Inc., 1975, p. 306.
- ³⁰ *Ibidem*.
- ³¹ Rickover, H. G.: Ob. cit. (5), p. 41.
- ³² *Ibidem*.
- ³³ *Ibidem*, p. 47.
- ³⁴ *Ibidem*, p. 55.
- ³⁵ “Blandin Letter”. En: <http://www.spanamwar.com/blandinletter.htm>

- ³⁶ “Blandin Obituary”, *Eagle*, July 9, 1898, p. 9. En: <http://www.spanam-war.com/maineblan.dinobit.htm>
- ³⁷ Rickover, H. G.: Ob. cit. (5), p. 71.
- ³⁸ Fenn, Emory W.: “Ten Months with the Cuban Insurgents”. En: <http://cdl.library.cornell-edu/cgi-bin/moa-idx?notisid=ABP2287-0056-62>
- ³⁹ García del Pino, César: *Expediciones de la Guerra de Independencia, 1895-1898*, Edit. Ciencias Sociales, La Habana, 1996, pp. 67-68.
- ⁴⁰⁻⁴³ Fenn, Emory: Ob. cit. (38).
- ⁴⁴ “A History of the County of Montgomery from the Earliest Day to 1906” (Cap. 27, p. 250). En: http://www.usgennet.org/usa/topic/historical/montgomery_1906/1916_mont_ch27b.htm
- ⁴⁵ *Ibíd.*, p. 251.
- ⁴⁶ Monterde Orejón, Edith: “Despejando incógnitas”, *Ciudad de Mármol, Boletín* (La Habana), s.f.
- ⁴⁷ *Ibíd.*, p. 1.
- ⁴⁸ “Carta del capellán Bueno al Obispo. 22 de marzo de 1898”, Archivo del Cementerio de Colón, La Habana, Cuba. Legajo 8-A, Exp. # 236, 27 de abril-1898.
- ⁴⁹ Monterde O., E.: Ob. cit. (46), p. 1.
- ⁵⁰ Remesal, A.: Ob. cit. (24), p. 241.
- ⁵¹ Beveridge, Albert Jeremiah: “In Support of an American Empire”. En: <http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/ajb72.htm>
- ⁵²⁻⁵⁵ Sardi, Bill: “Remember the Maine! And the Others Ships Sunk to Start a War”. En: <http://www.lewrockwell.com/orig/sardi1.html>
- ⁵⁶⁻⁵⁷ Lusitania. En: www.occultopedia.com/l/lusitania.htm
- ⁵⁸ “The Sinking of the Lusitania: 1915”. En: <http://www.campus.northpark.edu/history/WebCron/USA/Lusitania.CP.html>
- ⁵⁹ “Lost Liners. Lusitania”. En: <http://www.pbs.org/lostliners/lusitania.html>
- ⁶⁰⁻⁶¹ Comisión Congressional Barkley. “Conclusions and Recommendations. Pearl Harbor=Mother of All Conspiracies”. En: <http://www.geocities.com/Pentagon/6315/pearl.html>
- ⁶²⁻⁶³ Department of the Navy. Naval Historical Center: “Pearl Harbor Revisited United States Navy Communications Intelligence, 1924-1941”. En: <http://www.history.navy.mil/books/comint/>
- ⁶⁴⁻⁶⁷ Ob. cit. (61).
- ⁶⁸ Cohen, Jeff y Norman Solomon: “30 Year Anniversary: Tonkin Gulf. Lie Launched Viet Nam War”. En: <http://www.fair.org/media-beat/940727.html>
- ⁶⁹ Bradlee, Ben: “Deceit in America Government: Gulf of Tonkin”. En: www.the7thfire.com/Politics%20and%20History/Gulf-of-Tonkin.htm
- ⁷⁰ Cohen, J. y N. Solomon: Ob. cit. (69).
- ⁷¹ “President Johnson’s Message to Congress”, Aug. 5, 1964. En: www.yale.edu/lawweb/avalon/tonkin-g.htm

El Apocalipsis según San George

⁷²⁻⁷³ “Joint Resolution of Congress”, Aug., 1964. *Ibíd.*

⁷⁴⁻⁷⁵ Richter, Bob: “Tonkin Incident Might Not Have Occurred”. En: www-com-mondreams.org/cgi-bin/print.cgi?file=/headlines02/0805-09.htm

⁷⁶ Cohen, J. y N. Solomon: *Ob. cit.* (69).

⁷⁷ Bamford, James: “The Gulf of Tonkin Incident, Operation Northwoods, and Iraq”. En: www.freemasonrywatch.org/pretext.html

⁷⁸⁻⁷⁹ “Rules of Engagement After the Gulf of Tonkin Incident”, Aug., 5, 1964. Tomado de: *The Pentagon Papers*, Gravel Edition, vol. 3, pp. 517-518. En: www.mtholyoke.edu/acad/intrel/pentagon3/doc165.htm



CAPÍTULO 3

EL DISCRETO ENCANTO DE LO INVISIBLE

Fabricando enemigos y amenazas

El repudio universal a la figura y las políticas puestas en vigor por George W. Bush, comenzó a incrementarse a partir de la forma descarada en que robó las elecciones presidenciales a su oponente, Al Gore, y ha alcanzado sus cotas más elevadas tras la invasión a Afganistán e Iraq. Pero ese fenómeno global, positivo en sí mismo, ha desperdiciado una gran parte de su energía transitando por los caminos secundarios y sin salida, de la burla a los disparates del Presidente y la demostración de que eran falsos los pretextos para justificar la guerra.

Tales pequeñas venganzas del choteo y lo epidérmico pueden satisfacer a quienes se acercan por primera vez a la política y la historia y, por lo tanto, creen que de esta manera pueden ser desmontados los mecanismos infernales que generan decisiones y declaraciones estúpidas y guerras imperialistas. En realidad, son desahogos de novatos que creen que un campeonato mundial de béisbol se decide en el segundo inning del primer juego. En lo profundo, esta errónea percepción es útil a quienes desean que nada cambie en el ADN de un sistema capaz de generar e imponer con falsos pretextos, una y otra vez, a presidentes ignorantes y guerras de expansión.

Ahora mismo, cuando los Estados Unidos no han logrado aún salir del pantano iraquí, se prepara ya la guerra de turno, apelando a los mismos pretextos que resultaron ser probadamente falsos.

Sin tomarse el trabajo de cambiar ni una coma al guión bufo del 11 de septiembre, a pesar de su aplastante insostenibilidad y descrédito, un sospechoso informe “disidente” de una facción de la misma clase que gobierna los Estados Unidos desde hace más de 200 años, en este caso, el Consejo de Relaciones Exteriores, un tanque pensante formado por cerca de 3 600 miembros de la elite de poder de

los Estados Unidos y Europa, dirigido por Zbigniew Brzezinski, ex consejero de Seguridad Nacional de Carter y Robert Gates, ex director de la CIA de Bush Sr., alerta sobre los planes de los neocons del gobierno de Bush Jr., para provocar un ataque a Irán, tras ser reelegido. La enumeración de los pretextos les sonará harto familiar:

- 1- El régimen islámico de Irán se encuentra en una fase de “decaencia”. Según Douglas Feith, del American Enterprise Institute, “[...] Irán está maduro para una revolución encabezada por fuerzas democráticas”.¹
- 2- Irán forma parte del “eje del mal” y es “[...] la capital mundial de los amos del terrorismo”,² según afirmaciones de Michael Ledeen, otro neocon emblemático, también del American Enterprise Institute.
- 3- El programa armamentista nuclear de Irán compromete la seguridad de los Estados Unidos e Israel.
- 4- Según informes de inteligencia en poder del Congreso norteamericano, “[...] el régimen fundamentalista de Irán colaboró activamente con la red terrorista de Bin Laden en la ejecución de los atentados del 11 de septiembre [suministrando] logística y financiamiento [y] brindando refugio a algunos de los terroristas que cometieron esos atentados”.³

Cambie usted “Irán” por “Iraq” y le parecerá estar escuchando los mismos mantras y letanías con que los neocons adormecieron a la opinión pública de su país y de parte del mundo, procurando construir el “peligro Saddam”, mucho antes que el primer soldado estadounidense pisara suelo iraquí.

Habiendo testificado a principios de este año ante el Comité Especial para la Inteligencia del Senado de los Estados Unidos y la Comisión Butler, de Gran Bretaña, cuerpos encargados de determinar los errores cometidos por las agencias de inteligencia de ambos países en la identificación del grado de amenaza real que representaba Saddam, antes de la guerra, Scott Ritter, jefe de Inspectores de Armas de la ONU en Iraq, hasta 1998, ha puesto el dedo en la llaga, como se lee en su artículo “How We Got It so Wrong in Iraq”, publicado el domingo 18 de julio en el periódico *Times Union*, de Albany, New York. Sus objeciones a la forma y

el contenido de las investigaciones de tales comisiones se concentran en dos aspectos, en los que casi nadie repara al abordar estos temas:

a) El asunto, quiero hacer notar, es mucho más complicado y comprende años de propaganda previa en ambos países para provocar un cambio de régimen en Bagdad, lo cual permeó todas las instancias de sus gobiernos, contaminando y corrompiendo la formulación de las políticas con un “pensamiento grupal” que proclamaba a Saddam Hussein como una amenaza. En consecuencia, todo lo que pudiese facilitar su remoción era bienvenido, sin tener en cuenta su veracidad.

Este “pensamiento grupal” puede ser rastreado desde los primeros meses de 1995, cuando el MI-6, trabajando de conjunto con la estación de la CIA en Londres, promovió la figura de Iyad Allawi [...] como vehículo viable para lograr el derrocamiento de Saddam.⁴

b) Tanto el Comité del Senado, como la Comisión Butler están formadas, en su mayoría, por personas que tomaron parte en la implementación de las políticas destinadas a provocar un cambio de régimen [en Iraq]. Ambas son responsables de los esfuerzos para utilizar el proceso de inspección de armas de la ONU, no como vehículo para el desarme, sino para provocar un cambio de régimen. Tales actividades no habían sido aprobadas por el Consejo de Seguridad y destruyeron la integridad del esfuerzo para llegar al desarme a través de las inspecciones.⁵

Si algo tan serio como llevar al país a una guerra puede dejarse descansar en manos de *lobbyistas* capaces de imponer su “pensamiento grupal” al país –fruto directo de sus “intereses grupales”–, entonces, ante los ojos asombrados del mundo, el bucólico escenario de la política norteamericana, con su democracia representativa paradigmática y sus prohombres en emulación permanente con los Padres Fundadores, supuestamente ocupados siempre en asegurar la justicia, las libertades y los derechos de la nación, cambia al instante, como sucede con los escenarios de *The Matrix*: una realidad descarnada y nada edificante se revela, la de una selva letal en la que manadas de

depredadores hacen valer sus intereses a fuerza de mentiras, propaganda y mucho dinero.

Se conocen perfectamente los mecanismos que permiten utilizar la prensa, la televisión, el cine y otros medios de comunicación, en manos del poder invisible, para llevar mansamente a los norteamericanos hacia los fines deseados, incluyendo las guerras, pero en la misma proporción se desconoce cómo se alimentan con el “pensamiento grupal” de las elites de poder de ese país las instancias donde se toman o se consagran las decisiones, para que estas conserven esa pátina democrática y glamorosa que con tanto éxito se ha vendido al mundo, anunciadas como modelo de contrapeso de poderes, participación y soberanía populares.

El consorcio formado por las grandes corporaciones, los aparatos de inteligencia y los tanques pensantes conservadores, utiliza a los medios de comunicación para promover sus intereses y hacerles creer a los ciudadanos de a pie que estos son idénticos a los suyos. Pero a la vez, provee permanentemente al Congreso y a todas las instancias del Gobierno con resultados de estudios, investigaciones y memorándums de dudosa objetividad y rigor, que “demuestran” y “alertan” acerca de peligros reales o inexistentes y van logrando el efecto obnubilador que criticaba Scoot Ritter. Esta callada y persuasiva labor de catequesis se realiza envolviendo el producto que se desea colocar en el mercado en los atractivos celofanes de la objetividad académica, el uso de métodos científicos, el prestigio de los firmantes y las instituciones auspiciadoras. No pocas veces, con los mismos fines, se publican “indiscreciones”, “rumores”, “trascendidos” de fuentes que “desean conservar el anonimato”, o se “filtran” al descuido opiniones o críticas a las políticas en vigor para ir preparando el camino de su cambio o continuación, como es el caso de la alerta “pacifista” sobre Irán que Brzezinski y Gates, tan halcones como Rumsfeld y Cheney, dirigieron a un inocente e inadvertido Bush.

¿Cómo se alimenta al Congreso de los Estados Unidos y al propio Gobierno con materiales preparados por las agencias de inteligencia?

¿De qué manera se puede lograr vender a la nación, una y otra vez, una guerra, o muchas guerras, con materiales de dudosa veracidad o simplemente falsos, sin que nadie alerte acerca de la

acción de los estafadores, e incluso, puedan quedar impunes cuando son descubiertos?

Manual del perfecto titiritero

Es posible acceder por Internet –en el sitio web del Center for The Study of Intelligence, de la CIA–, a un informe de 50 páginas bajo el título de “Sharing Secrets with Lawmakers: Congress as a user of Intelligence”, preparado en febrero de 1997 por L. Britt Snider, quien fuera, entre 1977 y 1986, subsecretario asistente del Secretario de Defensa para la política de contrainteligencia y seguridad. El estudio versa sobre las ventajas, desventajas y problemas que implica compartir datos de inteligencia con los poderes ejecutivo y legislativo de los Estados Unidos.

Cualquiera que acceda a él recibirá, en seis capítulos, un curso abreviado de intensa desinformación, pero si es suspicaz y logra leer entre líneas lo que se le informa, podrá entender, aproximadamente, cómo se produce el ritmo de bombeo de los oleoductos informacionales (o desinformacionales) del sistema, que alimentan, a su vez, los mecanismos internos de los que depende la vida de la maquinaria.

Téngase en cuenta que el documento está destinado a examinar los engranajes que permiten suministrar información de inteligencia al Gobierno y al Congreso de los Estados Unidos y no se detiene a examinar la calidad u objetividad de dicha información, ni las instancias o contrapartidas que puedan medirla. En ello radica la trampa: mientras se hace un alarde de falsa transparencia, que deja el agradable sabor de las cuentas a rendir cuando no hay nada que ocultar, se mantienen en las más espesas tinieblas los indicadores de la autenticidad y confiabilidad de la información brindada, callando que de esto depende, en realidad, su valor de uso y su justificación política.

Desde su propia “Introducción”, el informe establece la peculiaridad de la labor de los servicios norteamericanos a los que llama “usuarios de la información de inteligencia”: “Los servicios de inteligencia de los Estados Unidos, como sus contrapartes en la mayoría de los países, existen principalmente para atender las necesidades de las autoridades ejecutivas, pero, a diferencia de la mayoría de estos, también comparten mucha de la información disponible con el cuerpo legislativo”.⁶

En su “Introducción”, el estudio se dedica a mostrar cómo se ha llegado a la situación actual, donde la mayor parte de la información disponible en manos de los legisladores proviene de los aparatos de inteligencia, los cuales a su vez responden a los funcionarios del Ejecutivo, o sea, que la información que respalda la aprobación o el rechazo a las decisiones tomadas al más alto nivel y de las que depende el país, no proviene de fuentes independientes ni ajenas a los intereses políticos del momento. Lejos de tranquilizar a cualquier lector responsable, según pretende el informe, se comprende la creciente preocupación de este cuando lee: “Las reglas que rigen la entrega de información de inteligencia [al Legislativo] fueron establecidas poco después de que los comités de supervisión [sobre estas mismas actividades] comenzaran a funcionar, pero no estaban escritas [...]. Veinte años después el sistema continúa operando y aún carece de tales reglas”.⁷

Esta curiosa revelación se explica por sí misma: las reglas son necesarias en toda competencia verdadera, cuando se enfrentan intereses rivales, no cuando se practica entre miembros de un mismo equipo y los resultados de esta práctica no cuentan para el campeonato.

Veamos algunos ejemplos de la conmovedora laxitud y ambigüedad que rodea la relación entre proveedores y consumidores de información de inteligencia en los Estados Unidos, que, de hecho, adultera la limpieza del lente con el cual se dice mirar al mundo:

- a) En 1992 el Congreso enmendó el Acta de Seguridad Nacional de 1947 y fijó, como tarea específica del director de la CIA: “[...] hasta donde se considere apropiado, proveer de información de inteligencia al Senado, la Cámara y sus diferentes comités”.⁸ No queda claro qué entender por “apropiado”, ni quién decide cuándo una información no lo es.
- b) No solo se suministra al Congreso información acabada y comprobada, sino también inconclusa o en proceso de verificación, con las consecuencias previsibles. “Cada legislador o miembro de su equipo puede disponer de *briefings* de las agencias de inteligencia sobre cualquier tema de su interés”,⁹ dice el informe.
- c) Muchos datos que los miembros del Legislativo obtienen por esta vía se utilizan como “[...] munición para provocar cambios en las

políticas de la administración”,¹⁰ a la vez que “[...] otras informaciones suministradas pueden servir de apoyo a las iniciativas de la administración, lo que hace que algunos funcionarios del Ejecutivo vean a las agencias como aliados en su lucha contra el Capitolio”.¹¹ En medio de estas tensiones, ¿es arriesgado pensar que ambos cuerpos y las agencias utilicen la información de inteligencia recolectada para sus propios fines, olvidando el bien común y la objetividad?

- d) Por lo anterior, las tensiones entre el Ejecutivo y las agencias se acrecientan, lejos de reducirse, a partir de la información que estas comparten con el Legislativo. El informe lo reconoce de manera suave: “[...] poco se ha hecho para estructurar el apoyo de la inteligencia de manera tal que se reduzcan las tensiones entre la comunidad de inteligencia y el resto de las dependencias del Ejecutivo, mientras se preserva la independencia analítica y la integridad de la primera”.¹² A la luz de los últimos acontecimientos y luego de conocerse cómo las agencias de inteligencia de Inglaterra y los Estados Unidos capitularon ante las presiones de sus respectivos gobiernos para justificar la invasión a Iraq, parece un chiste de Woody Allen leer en el informe lo que se afirma sea la garantía de que el Ejecutivo respeta la mencionada “independencia analítica e integridad profesional” de las agencias: “Los políticos temen ser acusados de politizar los procesos de inteligencia y de intentar dirigirlos; a su vez, los productores de reportes de inteligencia huyen de los políticos que intentan interferir en lo que ellos planean decir al Congreso”.¹³ Es evidente que ni el temor ni la fuga han podido evitar lo que ahora investigan varias comisiones.
- e) Hasta que fueron creados, en enero de 1975 y en julio de ese mismo año, los Comités Church y Pike —del Senado y la Cámara, respectivamente—, para investigar el papel de las agencias de inteligencia en la vida de la nación, a partir de la denuncia del *New York Times*, en diciembre de 1974, de que “[...] la CIA había llevado a cabo numerosas operaciones domésticas ilegales [...] contra el movimiento antibelicista y otros grupos disidentes en los Estados Unidos, violando su carta constitutiva”,¹⁴ esas agencias no solían compartir mucha información con el Legislativo, y cuando lo hacían eran datos

de escaso valor, como prueba la declaración, en 1966, del senador Fulbright, que recoge el informe: “[...] la CIA nunca revela nada de verdadera significación”.¹⁵ La presión de la opinión pública para conocer sobre el verdadero carácter de las agencias obligó a senadores y representantes a tomar cartas en el asunto y a las agencias a compartir mucha más información. Lo que se hizo a regañadientes, de inicio, se fue revelando como una nueva y muy poderosa herramienta para influir, decisivamente, en la marcha de los asuntos de política interior y exterior. Las agencias pronto lo comprendieron así.

f) En 1975, la CIA brindó al Congreso 188 *briefings* y entregó 204 productos clasificados de inteligencia. Cuatro años después, la cifra de *briefings* brindados ascendió a 420 y la de productos clasificados de inteligencia entregados a 1 800. Trece años más tarde, en 1988, por los *briefings* llegaron a 1 000, mientras la de publicaciones de inteligencia compartidas con el Congreso superaron las 4 000, en un año, a lo que deben sumarse más de 100 visitas de Congresistas y miembros de sus equipos a instalaciones de la CIA, en el exterior.

¿Cuáles serán las estadísticas de 2003 y 2004?

¿Puede o no decirse, con toda razón, que, en nuestros días, los límites de los análisis y decisiones del Congreso de los Estados Unidos son los límites que establece la información de inteligencia generosamente compartida con él por esa rama del poder Ejecutivo conocida como comunidad de inteligencia?

Cuando el informe se adentra en el análisis del desarrollo de las relaciones entre las agencias y el Congreso en los 90, se detiene en un momento curioso: las audiencias de 1991 para la confirmación de Robert Gates, propuesto por el presidente Bush Sr. al cargo de director de la CIA.

Once años antes, bajo la presidencia de Ronald Reagan, las agencias alcanzaron tal grado de accionar independiente e ilimitado que desembocó, en 1986, en el escándalo Irán-Contra. Desde 1981 el cargo de director de la CIA había sido ocupado por William Casey. No es casual que en 1991, durante las audiencias para la confirmación de Gates, adquiriese gran relevancia el asunto que el informe llama “[...] examen congresional de los análisis de inteli-

gencia”¹⁶ y que esto se llevase a cabo, por primera vez, de manera pública. “El tema central –de acuerdo al informe– consistía en determinar hasta dónde los análisis de la CIA habían sido distorsionados por intereses políticos, en tiempos de la dirección de Casey y la subdirección de Gates”.¹⁷ Al final, Gates fue ratificado en el cargo, pero quedó en todos la percepción de que politizar la inteligencia es un mal que se debe evitar, a toda costa.

En la Sección 103 del Acta de Seguridad Nacional de 1947, tal como fue enmendada en 1992, se recoge el deber del director de la CIA de brindar inteligencia sustantiva, “[...] a tiempo, de carácter objetivo, con independencia de consideraciones políticas y basada, sobre todo, en las fuentes de que dispone la comunidad de inteligencia”,¹⁸ a sus usuarios en el Ejecutivo y “[...] hasta donde sea apropiado, en el Senado, la Cámara y sus comités”.¹⁹ Esta normativa no pasa de ser una normativa axiológica o del “cómo debe ser”, lo cual no significa que así sean las cosas.

Las agencias de inteligencia tienen en sus manos todas las cartas de triunfo ante el Congreso y el mismo Ejecutivo, en un juego que está ganado desde el inicio. Ellas pueden mentir, ocultar o tergiversar información básica para la toma de decisiones, sin que se les pueda probar ni pedir responsabilidades, a menos que rebasen, escandalosamente, ciertos límites, como ha ocurrido en el caso de Iraq. Si no actúan de manera independiente –según la agenda de quienes las dirigen o están tras ellas–, como se sospecha, dependen, en última instancia del Gobierno. ¿Qué impide que este las utilice como pioleta de transmisión hacia el Congreso, en pro del condicionamiento de sus decisiones políticas?

Recordemos que, como recoge el informe, el Congreso tiene misiones asignadas por la Constitución que lo hacen imprescindible en la toma de decisiones políticas relevantes dentro de los Estados Unidos y lo convierten en un campo de batalla donde se decide, no pocas veces, el éxito de las estrategias internas y mundiales. Entre sus funciones están:

[...] aprobar los tratados internacionales y el nombramiento de Embajadores, declarar la guerra, regular el comercio entre los Estados y las naciones extranjeras, liberar los fondos necesarios para el funcionamiento del Gobierno y las

Fuerzas Armadas, incluido el despliegue de los sistemas de armamento y sus desplazamientos en el exterior, apoyar a gobiernos extranjeros y establecer la defensa de los Estados Unidos ante las amenazas del exterior.²⁰

Evidentemente, el Congreso es una pieza que no se puede dejar suelta dentro del sistema.

Veamos algunas herramientas que tiene a su disposición el Gobierno para llevar a cabo la tarea de influir indirectamente sobre el Congreso mediante el suministro de información de inteligencia:

- a) Por definición, y en la práctica, la información de inteligencia compartida con el Congreso es selectiva. Se le informa lo que las agencias y el propio Gobierno consideran que es suficiente y necesario suministrar, ni más ni menos. “Ninguno de los usuarios tiene el derecho a recibir toda la inteligencia que se acopia, ni siquiera el Congreso –le dijo al autor del informe un oficial de inteligencia entrevistado–. Le damos lo que ellos necesitan, pero no deben ver todo lo que se produce. El Presidente tiene el derecho y la responsabilidad de controlarlo”.²¹
- b) La inexperiencia de los miembros del Congreso en materia de política internacional y de seguridad nacional los pone en desventaja ante las agencias de inteligencia y el Gobierno, cuyos representantes, por lo general, han desarrollado largas carreras profesionales en estos campos.
- c) Los congresistas, como se reconoce en el informe, “[...] tienen que dividir su tiempo ante la gama diversa de asuntos públicos a atender, que van de lo local a lo internacional”.²² En contraste, los funcionarios del Gobierno (y los de las agencias de inteligencia) “[...] tiene[n] muy bien definidas sus áreas de competencia, sea en la arena internacional o en la nacional”.²³
- d) La avalancha diaria de información a los congresistas termina desorientándolos o creando en ellos un efecto de retroalimentación. “A través de todo el día son bombardeados con información: *clips* de prensa, notas de las reuniones con su equipo de trabajo, *briefings*, audiencias, conversaciones con sus colegas, llamadas telefónicas de sus electores [...]”.²⁴ En contraste, los miembros del Ejecutivo (y de las agencias) “[...] también son

bombardeados con información, pero de un rango más limitado de asuntos y con interlocutores más afines a los temas de su directa competencia”.²⁵

- e) Los congresistas, alegando “[...] que temen ser influenciados por los reportes de inteligencia [...]”,²⁶ no siguen diariamente la marcha de los asuntos vinculados con estos, ni asisten con regularidad a las audiencias de tales temas, limitándose a informarse sobre tópicos selectivos, de manera “[...] episódica y como reacción a los hechos”.²⁷ Esta desventaja informativa los convierte en pasivos (no críticos) consumidores de las informaciones de inteligencia. “Ellos son espectadores, más que consumidores, en sentido estricto –afirma un oficial de inteligencia entrevistado por Snider–. [...] Nosotros tenemos otro tipo de diálogo con los usuarios del Gobierno”.²⁸
- f) Mientras los funcionarios de las agencias y del Ejecutivo están acostumbrados a observar las reglas de la actividad secreta, los congresistas carecen de esta disciplina, haciéndose sospechosos de constantes indiscreciones bajo la excusa de que “[...] el pueblo americano debe saber esto”,²⁹ o “[...] mis electores necesitan conocer sobre esto”.³⁰ Como consecuencia de ello, se brinda un sólido pretexto para tenerlos alejados de la información verdaderamente sensible sobre ciertos temas candentes.
- g) El hecho de que el Congreso mantiene varias comisiones encargadas de monitorear el funcionamiento de las agencias de inteligencia y aprobar sus presupuestos no lo hace más fuerte, sino, paradójicamente, más vulnerable ante ellas. Un oficial de la inteligencia entrevistado para el informe, en un arranque de sinceridad, reconoció que “[...] las agencias gastan dinero en ilustrar al Congreso, pero, en realidad, lo que las motiva son las funciones de sus comités relacionados con la vigilancia [del funcionamiento de las propias agencias] y sus decisiones presupuestarias”.³¹ Este interés material, ¿no puede estar influyendo en la objetividad de lo que el Congreso recibe como información por parte de las agencias y del propio Gobierno?
- h) Al depender las asignaciones de fondos de las agencias de varios comités del Congreso, se crea una relación ficticia, cortésana, entre ellos. Bajo una supuesta prioridad y preferencia con respecto a los requerimientos del Ejecutivo, las agencias

ofrecen al Congreso “[...] todo lo que necesita, cuando lo de-see”,³² lo que hace suponer que se le brinda mucha información “amable”, de la que “se agradece”. Un funcionario del Gobierno lo corrobora al formular una irónica definición: “Para el Congreso, la comunidad de inteligencia es como una tienda de caramelos, que nunca cierra”.³³

- i) Los documentos de inteligencia que se comparten con el Congreso se archivan en áreas seguras del Capitolio. Para ser consultados, se requiere cumplir ciertos requisitos.

Las oficinas de los comités de inteligencia del Congreso y sus locales de audiencia se ubican en áreas cerradas que cumplen los estándares para almacenar y discutir la información sobre métodos y fuentes de información. Son vigilados las 24 horas del día por la Policía del Capitolio. Para llegar a esas áreas, se requiere autorización especial y si se penetra en ellas, será bajo escolta.³⁴

No es difícil entender que quien controla la información y su acceso a ella, controla todo lo que de ella depende.

- j) Con frecuencia, los congresistas no leen los informes de inteligencia que a través de diversas vías se comparten con ellos. Las agencias de inteligencia y el Gobierno lo saben y sacan un buen partido de la desventaja que para el poder Legislativo se deriva de su escasa información. “Los congresistas raramente dedican tiempo a leer [los informes]. Si se muestran algo informados, se debe, usualmente, a que sus asesores le indiquen lo que deben leer, o le resumen lo leído”.³⁵ Llegado el momento de las polémicas sobre cualquier tópico, se impondrá quien se encuentre mejor informado. Un antiguo asesor congresional caracteriza así la situación: “Es irrelevante qué tipo de información de inteligencia se envíe al Capitolio. De todas formas, nadie tendrá tiempo para leerla”.³⁶

El funcionamiento interno de los mecanismos de alimentación del Congreso con la información capaz de hacerlo claudicar ante los planes que otros diseñan es complejo, pero eficaz. Si alguna vez llega el momento de las cuentas a rendir, como bien señala Scott Ritter,

es imposible hallar a muchos legisladores con suficiente independencia como para perseguir la verdad hasta las últimas consecuencias. La impunidad está de antemano asegurada y las buenas intenciones del Presidente se dan siempre por descontadas.

Compartir información con el Congreso lejos de resultar perjudicial para las agencias de inteligencia, como estas pensaron al inicio, ni atarlas a una nueva instancia a la que rendir cuentas, ha resultado un negocio insospechado y beneficioso. Es interesante la opinión de Robert Gates, cuando ocupaba el cargo de vicedirector de la CIA, publicada en un número de *Foreign Affairs* correspondiente a 1988: “Se ha alterado el balance de poder entre el Congreso y el Ejecutivo, en lo relativo a la política de seguridad nacional y no por Watergate o la guerra de Vietnam, [...] sino por causa de que, a mediados de los 70, el Congreso logró acceso a información de inteligencia esencial que lo equiparó al poder Ejecutivo”.³⁷ Lo verdaderamente importante es algo menos notorio, constatado por Gates en el mismo artículo: “Hoy, como resultado de tales realidades, la CIA se encuentra en un punto equidistante entre las ramas legislativa y ejecutiva del poder”,³⁸ o lo que es lo mismo, más independiente de ambas.

La historia reciente de los Estados Unidos demuestra, dramáticamente, que cuando agencias de seguridad, como la CIA, comienzan a disfrutar de libertades, en esa misma proporción los norteamericanos y el resto del mundo comienzan a perderla.

Construyendo el laberinto conservador

Para los no elegidos, o sea, para los millones de personas de todo el planeta que nunca serán funcionarios del Gobierno de los Estados Unidos, ni legisladores, ni oficiales de las agencias de inteligencia de ese país; para los rebeldes irreductibles, que insisten en pensar con cabeza propia y ver al mundo tal como es, un verdadero ejército de tanques pensantes, de prestigiosos académicos conservadores, de intelectuales públicos formadores de opinión, que, a diferencia del presidente Bush, jamás disfrutaron de vacaciones, se ha encargado de tejer una tupida red de conceptos y teorías tan desmovilizadoras y paralizantes como para hacernos reconocer que otro mundo mejor no es posible.

La manipulación de la información que se brinda al público, o la forma en que se prepara a los legisladores norteamericanos para que secunden los planes expansionistas del gobierno de Bush, son expresiones de un proceso de derechización de la sociedad global para el cual han trabajado con denuedo los tanques pensantes neoconservadores. El ascenso por primera vez al poder de George W. Bush y la forma en que lo hizo, son etapas del cumplimiento de una estrategia inflexible diseñada paso a paso y cuyo inicio se remonta al gobierno de Ronald Reagan, en los Estados Unidos y Margaret Thatcher, en el Reino Unido, en los años de lo que dio en llamarse, con alevosa superficialidad, “la revolución conservadora”.

Para poder definir lo que son los tanques pensantes y entender su forma tan influyente de actuar en la política norteamericana, debemos remitirnos a la definición que de ellos brinda la *disinfopedia* o *Enciclopedia de la Propaganda*:

Un tanque pensante es una organización que dice servir como centro de investigación y análisis de temas de importancia pública. En realidad, muchos tanques pensantes no son más que frentes de relaciones públicas, generalmente asentados en las mismas ciudades donde están los gobiernos locales o nacionales, y que generan investigaciones que abogan por los mismos objetivos que persiguen las industrias que los auspician.³⁹

Para John Chuckman, columnista del *yellowtimes.org*, los tanques pensantes son “[...] instituciones falsas donde propagandistas e ideólogos se hacen pasar por académicos. En ellas el dinero fluye como la sangre que escapa de una arteria abierta para alimentar recomendaciones sin sentido que sofocan el debate verdadero”.⁴⁰

La *disinfopedia* no tiene reparo en precisar que “[...] en general, las investigaciones que provienen de los tanques pensantes se guían ideológicamente por los intereses de sus patrocinadores”.⁴¹

Con un poco más de sentido del humor en la página web *hereinreality*, bajo el título de “The People We Pay to Think”, se

El Apocalipsis según San George

transcribe un diálogo imaginario entre el redactor y el lector acerca de Rand Corporation, un tanque pensante:

- *¿Qué es Rand?*
- Rand es una más de las instituciones no profesionales, o sea, que no pagan impuestos, conocidas como tanques pensantes.
- *¿Qué es un tanque pensante?*
- Es algo parecido a las grandes corporaciones, solo que en ellas la gente cobra por pensar.
- *¿Quién les paga por hacer eso?*
- Usted y yo. El Gobierno paga a Rand con los dólares que nos quita mediante los impuestos, para que piense sobre los problemas de nuestra nación.
- *¿Qué tipos de problemas son aquellos en los que Rand piensa?*
- Desde 1948, le hemos estado pagando a Rand para que piense sobre el bienestar de los niños, el sistema educacional, nuestra política nacional para enfrentar las drogas, la seguridad nacional y el seguro social.
- *Pero todos esos problemas han empeorado mucho desde 1948, fecha en que comenzamos a pagarle a Rand para que piense en ellos. ¿Cuánto le ha pagado el Gobierno a Rand para que piense?*
- Solo en el año 2000, nosotros pagamos a Rand más de 140 000 000 de dólares.
- *¿Quiénes están involucrados con Rand?*
- La Junta Directiva de Rand incluye representantes de los medios de comunicación, Wall Street, grandes firmas de abogados, líderes de las industrias médicas, de armamento y del automóvil, junto a representantes de otros tanques pensantes y un profesor universitario.⁴²

El columnista del *Washington Post*, Joel Achenbach, adopta un tono similar al decir que en los Estados Unidos “[...] tenemos tanques pensantes, de la misma manera que en otros lugares tienen cuarteles de bomberos [...]”.⁴³ Sin dudas, una aguda definición.

Pero estos bomberos ideológicos, a diferencia de los verdaderos, no aparecen en la vida de los norteamericanos de manera

excepcional, cuando estalla un incendio, sino que los acompañan en cada asunto que roza su existencia, como una presencia inmaterial e insoslayable encargada de velar para evitarles el duro trance de recordar, pensar, decidir, criticar y participar.

Y subraya *disinfopedia*:

Ellos aconsejan y promueven políticas en áreas que conforman la vida de cada norteamericano, entre ellas, la privatización de la seguridad social, las leyes de impuestos e inversiones, la regulación de prácticamente todo, desde el petróleo hasta Internet. Aportan expertos [los tanques pensantes] para testificar ante el Congreso, escribir artículos editoriales para los periódicos, y figurar como comentaristas de televisión. Ellos asesoran a los aspirantes presidenciales y convocan seminarios orientadores para los miembros del Congreso recién electos.⁴⁴

La pregunta decisiva acerca de los tanques pensantes la formula Jill Junnola en su artículo “Who funds whom?”: “¿De dónde sacan sus fondos los tanques pensantes conservadores?”⁴⁵

Existe el doble de tanques pensantes conservadores que progresistas –precisa la *disinfopedia*– y los primeros disponen de mucho más dinero que los segundos. Esto no es casual: una de sus más importantes misiones es asegurar el respaldo a los intereses de las empresas millonarias con el objetivo de que promuevan sus ideas o reciban la validación investigaciones económicas o sociológicas siempre que estas le favorezcan.⁴⁶

Un reporte del National Committee for Responsive Philanthropy (NCRP), citado en el artículo “The Strategic Philanthropy of Conservatives Foundations” documenta lo que define como “[...] el papel jugado por las fundaciones conservadoras en el desarrollo y sustentación del laberinto conservador norteamericano”.⁴⁷ En apenas tres años (1992-1994), 12 de las más importantes fundaciones conservadoras destinaron 210 000 000 de dólares a proyectos y programas de ese mismo carácter en diversas instituciones afines.

¿A qué se dedicó, en rigor, tanto dinero? La respuesta es obvia: “Las inversiones de las fundaciones conservadoras han sido destinadas a crear y mantener una infraestructura política que promueve y entrena instituciones para el logro de objetivos políticos conservadores”.⁴⁸

Según la base de datos de *mediatransparency*, estos magníficos filántropos han donado, desde 1985 y hasta el 2000, cerca de un billón de dólares. Las áreas a que se dedicaron son:

- Programas educacionales conservadores, entrenamiento de nuevas generaciones de pensadores y activistas conservadores y la lucha contra los currículos y las políticas progresistas en los colleges y los campus universitarios de la nación.
- Construcción y fortalecimiento de una infraestructura nacional de tanques pensantes y grupos de *lobby*, priorizando a las instituciones dedicadas a la política interna, la seguridad nacional, la política exterior y los problemas globales.
- Financiamiento de medios alternativos, grupos de vigilancia y a la televisión y la radio públicas en temas específicos orientados a esferas de interés público o los informativos.
- Apoyar a los bufetes de abogados conservadores y partidarios de leyes pro-mercado, así como a las redes de tanques pensantes y grupos de *lobby* regionales y estatales.
- Trabajar por transformar los puntos de vista sociales y plasmar, en la práctica, a escala nacional, los ideales de los líderes religiosos y filantrópicos.⁴⁹

Para seguir la ruta del dinero con que se engrasa la maquinaria conservadora norteamericana bastan algunos ejemplos tomados del informe del NCRP:

I) Heritage Foundation (según el informe):

[...] se considera la institución política conservadora más importante de los Estados Unidos. Fue creada en 1973 por el magnate racista, antisindicalista y homofóbico Joseph Coors, junto a los prominentes activistas de derecha, los

millonarios Paul Weyrich, Richard Scaife y Edward Noble. Sus fondos iniciales fueron aportados por Coors (250 000 USD), Scaife (900 000 USD) y “una suma significativa”, por Noble. Grandes corporaciones, como la Gulf Oil, hicieron importantes aportes iniciales. A principios de los 80, la Heritage reportó que las 87 primeras corporaciones del país se hallaban entre sus patrocinadores. En 1995 tenía un presupuesto anual de 25 000 000 de USD.⁵⁰

Entre 1985 y el 2000 recibieron 234 donativos (declarados y públicos), por un valor total de 46 735 437 USD. Entre sus principales donantes están 16 fundaciones conservadoras como la Lynde and Harry Bradley Foundation Inc, la Sarah Scaife Foundation, la Carthage Foundation, la Castle Rock Foundation y la John M. Olin Foundation.

Lo donado –según los estados de cuenta que publica anualmente la Heritage Foundation–, se ha utilizado para el logro de los objetivos compartidos, por ejemplo:

- 1º de enero de 1999: 200 000 USD, de la Castle Rock Foundation, para “[...] apoyar a los tanques pensantes que defiendan el punto de vista del mercado libre en los debates sobre las políticas nacionales de interés público”.⁵¹
- 1º de enero de 1985: 300 000 USD, de la John M. Olin Foundation, para “[...] apoyar el Programa Ejecutivo de investigaciones económicas sobre temas de políticas públicas”.⁵²
- 13 de febrero de 1989: 19 000 USD, de la Lynde and Harry Bradley Foundation Inc., para “[...] apoyar el trabajo de Elliot Abrams”.⁵³
- 14 de mayo de 1993: 20 000 USD, de la Lynde and Harry Bradley Foundation Inc., para “apoyar una investigación sobre los conservadores americanos”.⁵⁴
- 1º de enero de 1996: 100 000 USD, de la Castle Rock Foundation, para “[...] programas generales de apoyo a agencias que brindan información y publicaciones que promuevan la libertad, en el exterior y límites al gobierno, en lo interno”.⁵⁵

II) Association of Literary Scholars and Critics: recibió, entre 1994 y el 2002, 25 donativos por valor de 647 000 USD, de cinco

fundaciones, entre ellas, la Lynde and Harry Bradley Foundation Inc, Carthage Foundation, John M. Olin Foundation, Sarah Scaife Foundation y Earhart Foundation.

III) American Academy for Liberal Education: recibió, entre 1993 y el 2002, 39 donativos por valor de 2 455 000 USD.

Pero donde los donativos de las grandes corporaciones conservadoras llegan al apogeo, es cuando se les destina a universidades como las de Chicago, Harvard o Yale y especialmente, a aquellas facultades o centros de investigación que se encargan de reproducir sus mismos puntos de vista en economía o política. Veamos:

La Universidad de Chicago, “[...] sede de la Milton Friedman y del Chicago School of Economy, defensores radicales de los principios del mercado libre, sede de otros organismos conservadores y de la escuela de leyes”,⁵⁶ es la receptora privilegiada de los donativos de las fundaciones conservadoras de los Estados Unidos: recibió, entre 1985 y el 2002, 531 donativos por un valor de 33 402 058 USD.

La Universidad de Harvard ocupa el segundo lugar entre las instituciones receptoras de donativos conservadores en los Estados Unidos. Entre 1985 y el 2002, admitió 383 donaciones por valor de 32 504 919 USD.

La Universidad de Yale, entre 1985 y el 2002, aceptó 222 donativos de fundaciones conservadoras, por un valor total de 21 424 700 USD.

Quien conozca estas cifras y la tenacidad con que se aportan para la fabricación del laberinto conservador norteamericano entenderá mejor la manera casi perfecta en que se controlan los incendios ideológicos en ese país, y por supuesto, que proliferen los cuarteles de bomberos del pensamiento, cuando se paga tan generosamente.

La prodigalidad de las grandes corporaciones a través de sus testaferros, las fundaciones conservadoras, es la fuente de donde mana el caudal que hace sucesos editoriales de alcance mundial un libro o un ensayo menor, como por ejemplo, *El fin de la historia*, de Francis Fukuyama, o *The Thirty Years War*, de un tal Tom Pauken, cuya promoción aparece financiada con 10 000 USD, el 1º de enero de 1995, a cuenta de la John M. Olin Foundation, a través de la Heritage Foundation y su distribución respaldada por idéntica cifra, donada por la Lynde and Harry Bradley Foundation, a través de la Heritage, el 20 de febrero de 1986.

La manuficencia ilimitada de las corporaciones fabrica expertos de prestigio mundial, oráculos inapelables y gurúes infalibles sobre todas las temáticas humanas y divinas que puedan interceptarse con sus intereses tácticos y estratégicos, pero sobre todo, en temas económicos, culturales y políticos.

Cuando el 15 de febrero de 1991 la Heritage Foundation canalizó 208 500 USD de la Lynde and Harry Bradley Foundation para apoyar las investigaciones, publicaciones y actividades educacionales de tres investigadores residentes de la Bradley; cuando el 1º de enero de 1994, Heritage dice haber destinado 125 000 USD de la John M. Olin Foundation Inc para... “el Programa de Estudios Culturales que dirige William J. Bennett”⁵⁷ y cuando, un año después, se otorga la beca John M. Olin en estudios de las Políticas Culturales a William J. Bennett, es posible seguir la pista del proceso mediante el cual se construyen reputaciones y se promueven autoridades conservadoras, fieles y probadas, de falso pedigrí académico e intelectual.

Cuando el 28 de mayo de 1995 –siempre a través de la Heritage Foundation–, la Lynde and Harry Bradley Foundation destina 24 850 USD para apoyar reuniones sobre política interna, sin entrar en mayores detalles, podemos suponer qué tipo de reunión, qué tipo de políticos y qué tipo de políticas se respaldaron con esa suma. Pero no seamos demasiados suspicaces: nadie podría probar que estamos en presencia de manipulación, corrupción o simonía, cuando lo que presenciamos son enternecedoras muestras de la vocación cívica de las corporaciones y de su desinteresado mecenazgo.

Pero no existe mecenazgo desinteresado, mucho menos en política. Para demostrarlo tomemos el caso de esa mente brillante, la de William J. Bennett, que ha costado tanto a la generosidad de las fundaciones conservadoras, haciéndose acreedor de tantos reconocimientos y premios académicos.

Según la página web de la Heritage Foundation:

William J. Bennett es un destacado miembro de la Heritage Foundation y copresidente de Empower America [otro tanque pensante conservador]. Se graduó de Bachiller en Filosofía y Artes en el Williams College, de Dr. en Filosofía Política en la Universidad de Texas, y de Leyes, en Harvard.

El Apocalipsis según San George

Fue presidente de la National Endowment for the Humanities, secretario de Educación, en el gobierno de Reagan y “zar antidrogas”, en el gobierno de Bush Sr. Ha escrito once libros, entre ellos, *The Book of Virtues*, *The Children’s Book of Virtues*, *The Death of Outrage: Bill Clinton and The Assault on Americans Ideals*, el cual ocupó los primeros lugares de la lista de best sellers del *New York Times*.⁵⁸

Lo que no dice la página web de la Heritage Foundation es:

- Entre 1990 y el 2000, el Dr. Bennett recibió diez donativos por un valor total de 1 025 000 USD de la Olin M. Foundation y de la Lynde and Harry Bradley Foundation, canalizados a través del Hudson Institute, de la Heritage Foundation y de Empower America.
- También recibió donaciones, no especificadas, del American Jewish Committee y del National College.
- Entre los proyectos del Dr. Bennett que han financiado estas donaciones se encuentran las ediciones de 1994, 1999 y 2000 del *Index of Leading Cultural Indicators*, que pretendió erigir al propio Bennett en juez supremo capaz de repartir calificaciones o descalificaciones a las políticas culturales de los diferentes Estados del país. La edición de 1999 fue caracterizada por Timothy Noah como un “[...] compendio de retractaciones, manipulación partidista [Bennett fue director del Comité Nacional del Partido Republicano] y deshonestidad”.⁵⁹

Tampoco se dice que este paladín de las virtudes heroicas y ciudadanas de los Estados Unidos, este predicador constante de los valores nacionales, este insobornable luchador contra los vicios públicos y secretos que ponen en peligro el futuro de la República, es, a la vez, un jugador compulsivo secreto, cliente furtivo de los casinos de Las Vegas y Atlantic City, denunciado por *Newsweek* y *The Washington Monthly*, en el artículo de Joshua Green titulado “The Bookie of Virtue”, de junio de 2003:

Durante sus años de funcionario público, los casinos que estaban confinados a Nevada y New Jersey se extendieron a

28 Estados y continúan haciéndolo [...]. Bennett juega desde inicios de los 90, se queda en los casinos durante dos o tres días y disfruta líneas de crédito de 200 000 USD. “Nos llama antes y nos dice cuándo vendrá —explica uno de los informantes—. Prefiere el salón alto, lejos del público. Llega tarde en la noche o temprano en la mañana”.

Este cliente especial ha perdido en los casinos, en los últimos años, más de 8 000 000 de USD.⁶⁰

Según Bennett, cuando gana da siempre algo para la caridad y todo lo reporta al IRS, pero esto no convence a Timothy Green, ni es de suponer, tampoco a los generosos donantes conservadores que han entregado dinero al brillante predicador que es el Dr. Bennett, para convencer a la sociedad de la importancia de sus valores, y no para que desaparezcan en las ruletas en movimiento o las ágiles manos de los *croupiers*. “Bennett ha minado profundamente su credibilidad en temas morales”⁶¹ —concluye Green.

Aparte de procurar bienestar y placer a los ideólogos que ficha para sus equipos, como lo demuestra el caso del Dr. Bennett, ¿cuáles son las ideas esenciales o las políticas cuya difusión garantiza el incesante flujo de capital de las grandes corporaciones, cuando estas juegan a construir el laberinto conservador americano?

En 1995, durante una presentación ante la conferencia anual de la Philanthropy Roundtable, Richard Fink, presidente de las fundaciones de caridad “Charles G. Koch” y “Claude R. Lambe”, realizó una declaración inusualmente sincera, que responde a estas preguntas, para lo cual adaptó el modelo del proceso de producción del economista Friederich Hayek al proceso de cambios sociales: “Llevar ideas a la práctica exige el desarrollo de materiales intelectuales en bruto, su conversión en productos políticos específicos, el mercadeo y la distribución de tales productos a los ciudadanos-consumidores”⁶².

Algunas de las ideas esenciales que caracterizan al producto ideológico que fabrica la industria de los tanques pensantes conservadores para la política doméstica, son las siguientes:

- a) Desregulación industrial y ambiental.
- b) Privatización de los servicios del gobierno.

- c) Disminución drástica de los gastos federales para reducir la pobreza, transfiriendo la autoridad y la responsabilidad por el bienestar social del gobierno nacional a los sectores filantrópicos de los gobiernos estatales y locales.

Estas líneas generales se concretan de manera específica en cada ideólogo conservador que trabaja para los tanques pensantes. Veamos, por ejemplo, cómo las expresa el Dr. Bennett en una conferencia dictada el 16 de abril de 1994 en la Heritage Foundation, bajo el título de “A Strategy for Transforming America’s Culture”:

- a) Los crímenes, las drogas, la descomposición familiar, el declive educacional y otras patologías sociales son incompatibles con la continuidad de la sociedad americana, tal y como la conocemos. Si tales fenómenos continúan, la República dejará de existir. Se trata de amenazas peligrosas y catastróficas.
- b) Debemos avanzar en la idea del federalismo, no debe haber aplicación de iniciativas locales, como la del bilingüismo, a escala nacional.
- c) América es una sociedad “Hágalo-usted mismo”. Busque su propia satisfacción. Vele por su propia seguridad. Busque su propio sustento.
- d) Hay que luchar por acabar el creciente sentido de dependencia del individuo con respecto al Estado.
- e) Tenemos que premiar las buenas conductas y castigar las malas.
- f) Hay que reconstruir a la familia y hacer del matrimonio la institución a través de la cual se ejercen todos los derechos y obligaciones.
- g) Hay que acometer la reespiritualización de América, su reencuentro con Dios. La educación es la arquitectura del alma. Debe promoverse la inhibición y la autorrestricción de jóvenes y adolescentes.⁶³

Un buen ejemplo de cómo se intenta, en la práctica, imponer los puntos de vista sociales y los ideales que defienden los conservadores, vuelve a aportarlo el Dr. Bennett en su conferencia “Thoughts on Iraq and the War on Terrorism”, leída en la Heritage

Foundation, el 3 de febrero de 2004, sin dudas, un galante esfuerzo neocon de lanzarse al rescate de la maltrecha política iraquí del presidente Bush. Las ideas expresadas, de manera resumida, son las siguientes:

- Discrepancias con el gobierno de Bush:
 - Intentos de amnistiar a los emigrantes ilegales.
 - Mantener un comercio normal con China aunque este país no ha realizado reformas políticas sustantivas.
 - Vínculos demasiado estrechos con Arabia Saudita.

- Coincidencias fundamentales con el gobierno de Bush:
 - La lucha que lleva a cabo por la sobrevivencia de los Estados Unidos y del mundo civilizado, por la difusión de la democracia, expresada en la guerra contra el terrorismo y el radicalismo islámico.

- Crítica principal que debe hacerse al gobierno de Bush:
 - Estar demasiado a la defensiva.
 - No debe importarnos la opinión pública.
 - Si miramos las votaciones en la ONU durante los últimos 40 años, veremos que nunca hemos sido amados por el mundo antidemocrático allí representado, porque amenazamos su liderazgo. Somos el gran país que se alza en su camino. Que los demás nos amen o no, debe sernos indiferente. Los Estados Unidos continuarán haciendo lo correcto.
 - El enemigo principal no es Israel o los Estados Unidos, sino el Islam radical.

- Los Estados Unidos deben enorgullecerse de lo hecho en Iraq, como evidencian los siguientes logros alcanzados:
 - Iraq no abriga ya a terroristas como Abu Nidal o Al-Zarqawi.
 - Iraq ha dejado de exportar el terrorismo.
 - Iraq ha dejado de amenazar al mundo con sus armas de destrucción masiva.
 - Iraq ya no mantiene hospitales y escuelas cerradas.
 - No mueren en Iraq 5 000 niños mensualmente, según declaraciones de la UNICEF.

- Iraq ha dejado de subsidiar a los atacantes suicidas que atacan a Israel.
- Conclusión: “Le decimos a nuestros críticos, con pasión y convicción, que estamos orgullosos de nuestro país; de la lucha de sus hombres y mujeres en Iraq y, lo decimos en alta voz: estamos orgullosos de nuestro Presidente”.⁶⁴

En el caso de William J Bennett, se comprueba que el dinero de las corporaciones conservadoras no solo es bueno para pagar deudas de juego.

Las maquilas* ideológicas

El mundo de los tanques pensantes conservadores es la frontera oeste, el Dodge City ideológico de nuestra época, un espacio sin leyes ni reglas habitado por seres violentos, armados y sin escrúpulos, que actúan movidos por la búsqueda de crecientes ganancias, el mismo motor del sistema que los ha hecho sus escuderos y heraldos asalariados. Es el escenario donde se revelan todas las pasiones ideológicas oscuras; donde se sacian todos los apetitos académicos inconfesables; donde se transgreden, jubilosamente, todas las convenciones de la ciencia, la decencia y el *fair play*. Sin dudas, el paciente colectivo perfecto soñado por Freud.

Sobre este terreno, pantanoso y corruptor, escribió Tom Brazatis, para el *Cleveland Plain Dealer*:

Los tanques pensantes modernos son factorías políticas ideales, sin fines de lucro y exentas de impuestos, donde las donaciones pueden ser tan grandes como la chequera de los donantes y todo se hace sin publicidad. Las compañías que se dedican a la tecnología garantizan a los tanques pensantes que patrocinan acceso ilimitado a Internet y las firmas de Wall Street proveen de los fondos inversión o de retiro.⁶⁵

* De maquiladora: industria filial de una empresa extranjera que opera con materias primas importadas y exporta toda su producción al país de origen, fundamentalmente a EE.UU.

Como ocurría en los pueblitos del oeste donde la vida cotidiana, las relaciones de vecindad, la integridad, las lealtades, el respeto y acatamiento de las leyes eran puestos a prueba y de manera inexorable, hechos saltar en pedazos tras el hallazgo de algún rico filón de oro, así ha sucedido con las reglas del mundo académico cuando comenzó a manar el dinero de las corporaciones y se le dirigió hacia las arcas de los tanques pensantes que les sirven, con la misma obsequiosa servidumbre de los porteros de Chéjov.

Los expertos de los tanques pensantes que disfrutan de los buenos salarios y contratos que garantiza la exhibición de títulos de “investigador adjunto”, o “miembro principal” que estos otorgan, aclara la *disinfopedia*, “[...] no necesariamente lo son, en estricto sentido académico, ni poseen los títulos universitarios requeridos en las áreas donde dicen ser expertos. Los fondos donados pueden corromper la integridad de la vida académica”.⁶⁶

Por supuesto que la corrompen; para eso y no para otra cosa personas y corporaciones que miden cada centavo de sus ingresos son capaces de pagar enormes sumas a intelectuales y a fundaciones para que piensen por ellos y defiendan sus intereses.

La *disinfopedia* subraya:

“Los verdaderos académicos investigan, primero y muestran luego las conclusiones a las que han arribado, pero este proceso está invertido en la mayoría de los tanques pensantes [...]. Como ha dicho dicho el economista Jonathan Rowe refiriéndose a la Heritage Foundation: ‘Su tarea no es pensar, sino justificar’”.⁶⁷

Según enumera *disinfopedia*, solo en los Estados Unidos, 218 tanques pensantes, desde el Nixon Center hasta el Center for Digital Democracy, y 28 en Inglaterra, desde el Adam Smith Institute, hasta el Institute of Ideas.

La eficacia del financiamiento de las corporaciones a los tanques pensantes se expresa en lo que *mediatransparency* denomina como su decisiva contribución a la derechización del diálogo político de la nación y de las políticas de interés público. No se puede explicar el éxito de estas estrategias apelando solo a los millones que generosamente se dedican a dicho financiamiento; se debe

profundizar también en la forma en que se usa el dinero y en los mecanismos que, en la mejor tradición neoliberal, permiten la mayor rentabilidad posible de la inversión.

¿A qué se debe lo que *mediatransparency* califica como “efectividad” del dinero que se invierte en estas maquilas ideológicas?

Los factores del éxito son varios:

- 1) “Las fundaciones donantes transmiten a las receptoras la misma claridad de puntos de vista y de intenciones políticas que sustentan”,⁶⁸ lo que puede también considerarse expresión de cínica prepotencia de quien paga y por lo tanto, ordena. A la larga, se erradica cualquier ambigüedad en los planteamientos ideológicos que se esperan, lo cual le da coherencia a un movimiento que gira alrededor de dos pilares esenciales: mercado libre y gobierno limitado.
- 2) Se invierte el dinero en instituciones que cubren los sectores estratégicos de los Estados Unidos y lo que se invierte no se orienta a respaldar programas específicos, sino a garantizar fondos operacionales generales. Esta flexibilidad tiene también otra ventaja: el dinero puede usarse para lo que sea más necesario en cada momento. Las cuentas a rendir son también flexibles, como los fondos reservados de los gobiernos o de las agencias de inteligencia.
- 3) Los recursos invertidos se concentran en todo lo que pueda garantizarles alcance nacional y se dispersan lo menos posible. Esta concentración de las inversiones explica la manera en que grandes donantes “comparten” fundaciones receptoras, o lo que es lo mismo, por qué siempre “van al seguro”: “el 18% de los receptores recibe el 75% de lo donado”.⁶⁹
- 4) Los donantes invierten fuertemente:

[...] en instituciones y proyectos orientados al mercadeo de ideas políticas conservadoras, [...] para lo cual se les exige desarrollar campañas agresivas, usando los medios de difusión y las nuevas herramientas de comunicación para crear sus propias bases, movilizar a la opinión pública y establecer redes con otras organizaciones alrededor de una agenda común.⁷⁰

No es casual que, en julio de 2002, en un encuentro que reunió a los más importantes tanques pensantes de los Estados Unidos, Edwin Feulner, de la Heritage Foundation, hablase de “[...] las cuatro M”, (*mission, money, managements y marketing*),⁷¹ que encierran la clave de su éxito.

- 5) Las fundaciones proveen de considerables recursos para “[...] crear y cultivar intelectuales públicos y líderes políticos con fuertes convicciones sobre el mercado libre y el Estado limitado”,⁷² fortaleciendo así la imagen de tales políticas y garantizándole permanente visibilidad.
- 6) La mayoría de estas fundaciones vienen haciendo donativos desde hace más de 20 años, “[...] lo cual les ha permitido dotar de bases financieras sólidas a las instituciones conservadoras, crearles una tremenda capacidad ofensiva para influir en audiencias específicas y sobre determinadas políticas, a la vez que llegar hasta los niveles donde se deciden las políticas sociales, fiscales y regulatorias”.⁷³

La voz autorizada de Christopher DeMuth, quien fuera presidente del American Enterprise Institute, citada por Robert Kuttner en su artículo, se remite a otras aristas de la eficacia:

- 1) “Las cosas toman su tiempo”,⁷⁴ o lo que es lo mismo, los inversores no pueden apremiar a sus voceros ideológicos pidiéndoles resultados inmediatos por la inversión realizada, teniendo en cuenta lo difícil que es imponer una idea nueva en la conciencia de la nación y el mundo.
- 2) “El movimiento conservador necesita también de ideas positivas”,⁷⁵ o sea, de afirmaciones y no solo negaciones, como vía ideal para lograr apoyo popular para los objetivos que persigue.
- 3) “Todos los cambios que se producen [en la política de los Estados Unidos] son bipartidistas [...] por lo que la derecha debe esforzarse por atraer hacia sus posiciones a los Nuevos Demócratas”.⁷⁶

El propio Kuttner, que se autorreconoce como liberal, no escapa a la tentación de apuntar algunas de las estrategias que han

aportado éxito a los tanques pensantes y las fundaciones que conforman el llamado “movimiento conservador”:

- 1) Dicho movimiento tiene profunda conciencia de sí mismo y sus voceros hablan con el lenguaje de “los fundadores”, pero sin ambigüedades, pues creen ser un movimiento progresista.
- 2) Las fundaciones conservadoras y sus tanques pensantes nunca se definen como “políticos”, a pesar de serlo, sino como “instituciones filantrópicas”, que se limitan, aparentemente, a diagnosticar y proponer soluciones, que “otros” han de llevar a la práctica.
- 3) La mayoría de las juntas directivas de las fundaciones conservadoras están formadas por “patricios y empresarios corporativos”, lo que les aporta claras jerarquías no escritas y en consecuencia, un espíritu de cuerpo.

Aunque apenas se hable de ello, Jill Junnolas apunta en su artículo otra fortaleza más: el entramado de relaciones personales que se crea al repetirse en las juntas directivas, o al frente de los programas de las fundaciones y tanques pensantes, los nombres de las mismas personas que, como ocurre ahora con el gobierno de Bush, ocupan también altas posiciones gubernamentales:

- La Smith Richardson Foundation otorgó al American Enterprise Institute en el año 2000 un donativo del cual se destinaron 125 000 USD para un estudio sobre cómo se influye en las relaciones exteriores de los Estados Unidos. Al frente del estudio se ubicó a John Bolton, quien trabajaba, precisamente, en la Secretaría de Estado.⁷⁷
- En la Junta Directiva del American Enterprise Institute (AEI) es posible hallar a Richard Perle, presidente de la semigubernamental Junta de Política para la Defensa, a Irving Kristol, el abuelo de los neocons, a Michael Ledeen, primer director ejecutivo del Jewish Institute for National Security Affairs (JINSA) [...] a Lee Raymond, presidente de Exxon Mobil y a William Stavropoulos, presidente de Dow Chemical Co.⁷⁸
- El actual presidente de Lynde and Harry Bradley Foundation, Michael Grebe, también es miembro del Buró de Supervisión

del Instituto Hoover de la Universidad de Stanford, del cual formó parte Condoleezza Rice [...].⁷⁹

Se entiende por qué Jill Junnola habla de que las relaciones entre “[...] las fundaciones, los tanques pensantes y el equipo de Bush bordean lo incestuoso”.⁸⁰

Tras construir el laberinto conservador, con tenaz constancia, las grandes corporaciones han ubicado en cada rincón o recodo a sus tanques pensantes. Grandes sumas de dinero y eficaces estrategias han sido movilizadas para influir sobre la sociedad norteamericana y el resto del mundo mediante las ideas que promueven estas infatigables factorías.

¿Cuáles son esas ideas y quiénes los hombres que las promueven?

Referencias

- ¹⁻³ Freytas, Manuel: “Según un informe de ex altos miembros de la seguridad del Estado, los halcones planean invadir Irán si Bush gana las elecciones”. En: http://iranoticias.com/secciones/norteamerica/0057_halcones_iran_21jul-04.html
- ⁴⁻⁵ Ritter, Scott. “How We Got It so Wrong in Iraq?”, *Times Union*, July 18, 2004. En: <http://www.lists.cu.groogroo.com/cgi-bin/listinfo/peace-discuss>
- ⁶⁻¹³ Snider, L. Britt: “Introduction”. Tomado de: *Sharing Secrets With Lawmakers: Congress as a User of Intelligence*. En: <http://www.cia.gov/csi/monograph/lawmaker/1.htm>
- ¹⁴⁻¹⁹ _____: “How Intelligence-Sharing with Congress Has Evolved”. *Ibidem*.
- ²⁰⁻³³ _____: “What Distinguishes Congress as a Consumer of Intelligence?”. *Ibidem*.
- ³⁴⁻³⁶ _____: “How Intelligence-Sharing Works at Present”. *Ibidem*.
- ³⁷⁻³⁸ _____: “Impact of Intelligence-Sharing with Congress”. *Ibidem*.
- ³⁹⁻⁴¹ “Think Tanks”. En: www.disinfopedia.org/wiki.phtml?title=think_tanks&printable=yes
- ⁴² “The People We Pay to Think”. En: <http://www.hereinreality.com/news/rand.html>
- ⁴³⁻⁴⁴ Ob. cit. (40).
- ⁴⁵ Junnola, Jill: “Perspectives: Who Funds Whom?”, Oct. 4, 2002. En: <http://www.campus-watch.org/article/id/243>
- ⁴⁶ Ob. cit. (40).
- ⁴⁷⁻⁵⁷ “The Strategic Philanthropy of Conservative Foundations”. En: <http://www.mediatransparency.org/movement.htm>
- ⁵⁸ Bennett, William J.: “About the Heritage Foundation”, Our Staff. En: www.heritage.org/about/staff/williambennet.cfm
- ⁵⁹ Noah, Timothy: “Bill Bennett and the Cultural-Decline Decline”, Oct. 21, 1999. En: <http://slate.msn.com/?id=1003865>
- ⁶⁰⁻⁶² Green, Joshua: “The Bookie of Virtue”, *The Washington Monthly*, June, 2003. En: www.washingtonmonthly.com
- ⁶³ Bennett, William J.: “A Strategy for Transforming America’s Culture”, Apr. 16, 1994. Heritage Lecture # 489. En: <http://www.heritage.org/Research/Family/HL489.cfm>
- ⁶⁴ _____: “Thoughts on Iraq and the War on Terrorism”, Heritage Lecture # 819, Febr. 3, 2004. En: <http://www.heritage.org/Research/Middle-East/hL819.cfm>
- ⁶⁵⁻⁶⁷ Ob. cit. (40).
- ⁶⁸⁻⁷³ Ob. cit. (48).
- ⁷⁴⁻⁷⁶ Kuttner, Robert: “Philanthropy and Movements”, July 15, 2002. En: www.prospect.org/web/
- ⁷⁷⁻⁷⁹ Ob. cit. (48).
- ⁸⁰ Ob. cit. (46).



CAPÍTULO 4

LAS LEGIONES DEL IMPERIO

El Leviatán-Padre

Quien quiera entender las ideas que promueve el movimiento neoconservador norteamericano debe remontarse a la era en que Ronald Reagan y Margaret Thatcher derrochaban la tenacidad de los predestinados para salvar al mundo de la amenaza comunista.

Remontándonos al pasado, o siguiendo la corriente en sentido inverso, se encontrarán las huellas de un movimiento cuya etapa de esplendor ya ha pasado. Lo que se muestra a nuestros ojos, bajo la presidencia de Bush Jr., es la penosa decadencia de una obra teatral que se vio temporalmente interrumpida, en su versión original, por la presidencia de Clinton, y que pretendió continuarse a toda costa, y casi con los mismos protagonistas, sin reparar en que el público espectador había perdido el asombro inicial y, de paso, la inocencia.

Lo que bajo Reagan fue novedad y audacia, bajo Bush Jr. es rutina, *remake* y bostezo. Ni las estrellas del espectáculo de los 80 y la presidencia de Bush Sr., al estilo de Elliot Abrams, John Negroponte o Jeanne Kirpatrick, han logrado actuaciones medianamente convincentes en estas segundas partes. Y por si fuera poco, el guión se ha filtrado a la platea, demostrando ser algo muy diferente de la obra maestra que se anunciaba.

Lo que se conoció como “experimento Reagan” fue, en rigor, “[...] una contrarrevolución, después de medio siglo de progresivos esfuerzos federales por estabilizar la economía, asegurar a los individuos contra el infortunio, redistribuir los ingresos y las oportunidades”.¹ Se llevó a cabo cuando el sistema se consideró lo suficientemente fuerte y confiado como para arremeter contra las concesiones temporales hechas a las masas después de la crisis de

1929, la Segunda Guerra Mundial, y el auge de los movimientos obreros y comunista internacionales, que lo pusieron al borde de una crisis decisiva.

Había llegado el momento de ripostar, contratando a un experimentado actor de Hollywood para hacer creíble la trama. Y sobre todo, que gozara del favor popular.

El primer paso para desplegar la estrategia contrarrevolucionaria conservadora fue copar el poder, o lo que es lo mismo, ocupar el Estado y desde allí propiciar un golpe palaciego, un autogol, cuya segunda versión ha sido protagonizada por Bush Jr., tras el 11 de septiembre de 2001.

La misión que se dio a Ronald Reagan, en el plano interno, fue la de dismantelar el estado de bienestar socialdemócrata-keynesiano, reducir todo lo posible las funciones reguladoras y distributivas del propio Estado en beneficio de las grandes corporaciones y, fuera de sus fronteras, detener el avance del movimiento revolucionario mundial, respaldado por el campo socialista y la URSS.

Para poder cumplir tan difícil agenda y construir lo que Thomas Hobbe definió como “Estado-Leviatán”, Reg Whitaker señala en su artículo “Neoconservadurismo y Estado”, que Reagan apeló a un modelo de Estado, el de Seguridad Nacional, que presenta los siguientes elementos distintivos:

- Concentración de poderes militares y otros recursos del Estado.
- Concentración del poder de las fuerzas de seguridad y su capacidad de vigilancia.
- Control de la libertad de expresión, de la privacidad de las personas y recorte de los derechos civiles conquistados durante las luchas de los 60 y 70, bajo pretextos morales.

Para Whitaker, el proceso de construcción del Leviatán-Padre comenzó bajo la presidencia de Franklin Delano Roosevelt, un demócrata, con la justificación de que se necesitaba concentrar mucho poder y alejar las decisiones del escrutinio y la opinión pública, con tal de lograr la victoria en la Segunda Guerra Mundial. Su cota más alta la alcanzó con el Proyecto Manhattan que culmi-

nó con el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Otro demócrata, Truman:

[...] llevó a cabo la transición hacia el Estado de Seguridad Nacional, en tiempos de paz, con la consolidación de la Guerra Fría, a finales de los 40, y fueron los gobiernos demócratas de Kennedy y Johnson los que la desarrollaron aún más mediante intervenciones armadas en Asia y América Latina.²

Este interesante itinerario, demostrativo de que el instinto de conservación del sistema opera de manera bipartidista, culmina con la llegada de Reagan al poder, caracterizada por Whitaker como “[...] nueva fase siniestra de la entrega de los republicanos a la expansión del Estado de Seguridad Nacional”.³

En teoría, el Estado de Seguridad Nacional tiene una tarea esencial ante sí, la primera de todas: la de impedir que sus enemigos, internos y externos, puedan dañar sus intereses, y por extensión, a él mismo. Aunque lo disimule bajo la supuesta protección de intereses nacionales sagrados, o la defensa de sus ciudadanos, lo que provoca la construcción del Leviatán de Hobbes es la defensa del propio Estado ante peligros que pueden frecuentemente rebasar su capacidad de control y respuesta proveniente de sus propios ciudadanos e instituciones internas, antes que de enemigos externos. Hobbes lo expresa con claridad:

[En situaciones de desconfianza mutua] ningún procedimiento tan razonable existe para que un hombre [o un Estado] se proteja a sí mismo, como la anticipación, es decir, dominar por medio de la fuerza o por la astucia a todos los hombres que pueda, durante el tiempo preciso, hasta que ningún otro poder sea capaz de amenazarle.⁴

La capacidad del sistema para enfrentar las amenazas reales o ficticias que se alzaban ante él hacia 1981, cuando Reagan es elegido a la presidencia, estaba bastante deteriorada –tras la administración Carter–, lo suficiente como para decretar la Ley Marcial, en secreto, y poner al frente a un hombre que sabía sonreírle a las

cámaras. Siguiendo la lógica de Hobbes, el soberano, y por extensión el Estado-Leviatán que encarna, no tiene que rendir cuentas en la Tierra ante nadie, justo lo que se necesitaba: “La misión del soberano (sea monarca o asamblea), consiste en el fin para el cual fue investido con el soberano poder, que no es otro sino el de procurar la seguridad del pueblo; a ello está obligado por la ley de la naturaleza, así como a rendir cuentas a Dios, autor de esta ley, y a nadie sino a Él”.⁵

Ronald Reagan dio buena cuenta de las indicaciones metodológicas de Thomas Hobbes: jamás dejó de hablar de la seguridad del pueblo americano, ni dejó de mostrarse absolutamente indiferente hacia las opiniones que sus decisiones generasen. De manera similar se comportó siempre Margaret Thatcher.

Los gobiernos neoconservadores controlan a Gran Bretaña desde 1979 y a los Estados Unidos, desde 1981. Con ligeras variaciones folclóricas en la primera, las ideas que figuraron en el programa de gobierno de Reagan fueron:

- Construcción de un “gobierno más limitado”, destinando la mayor parte de los impuestos a la defensa y las fuerzas de seguridad. La primera parte de esta consigna fue útil para la propaganda, pero jamás se llevó a la realidad: en los Estados Unidos los gastos totales del gobierno de Reagan, con respecto al PIB aumentaron en un 2,5% en 1985, con respecto a los años de Carter. La segunda parte se cumplió al pie de la letra: en seis años de gobierno de Reagan, los gastos de defensa y seguridad, con respecto al PIB, aumentaron en un 117%.
- Reducción de los gastos destinados a programas sociales, y más que reducción, crecimiento de estos a ritmos más lentos que los destinados a la defensa y seguridad: mientras estos últimos crecían en un 117%, los primeros lo hacían en un 76,4%.
- Restricción de las libertades democráticas: bajo la presidencia de Reagan se puso de nuevo en vigor la Ley McCarran-Walter de la época del McCarthysmo para prohibir o controlar la entrada de visitantes extranjeros.
- Incremento del secreto en la vida pública y estatal: la aplicación de la Ley de Libertad de Información fue selectiva y, lejos de cumplirse la desclasificación de los documentos públicos, se pro-

- cedió a la reclasificación de muchos de ellos. Se intentó transformar la Ley de Espionaje de 1917 en una normativa para impedir la discusión abierta de asuntos vinculados con la defensa.
- Justificación de las acciones autoritarias, dentro del país y fuera de él, apelando a las amenazas del “terrorismo internacional”.
 - Convocatoria a una cruzada moralizante a nombre de una Mayoría Moral, cuya misión principal era “restaurar la fibra moral americana”. Las principales demandas de esta cruzada eran antiabortistas, antifeministas, antihomosexuales, antipornografía; la obligatoriedad del rezo en las escuelas; la oposición a la música rock, etc., todo lo cual requería una creciente intervención del Estado en la vida privada de los ciudadanos.
 - Se exacerbaron, además, las expresiones más superficiales y chovinistas del nacionalismo, coartada justificativa para la movilización engañosa de la nación contra sus enemigos y rivales exteriores, independientemente de su verdadera magnitud, y respaldo a todas las acciones agresivas e imperialistas, en política exterior. No en vano la era Reagan se ha llamado también “la era Rambo”.
 - Ostentación “escandalosa, por parte de los nuevos republicanos de su riqueza personal”, en el plano interno, y de la fuerza militar y las presiones brutales contra sus enemigos en el plano externo, en una especie de unilateralismo fundamentalista de corte clasista y militar, con el consabido mensaje de que “[...] tras las humillaciones sufridas por culpa del inepto y demasiado pacífico Carter, un hombre fuerte estaba al frente [de los destinos del país]”.⁶ A pesar de esas declaraciones altisonantes, todas las aventuras bélicas de Reagan tuvieron por blanco a enemigos pequeños, naciones devastadas del Tercer Mundo (Nicaragua, Afganistán, Angola, Granada, etc.) donde se podían recoger los frutos de una supuesta invencibilidad del sistema, a relativamente bajo costo.
 - Declaraciones de que “[...] con la ayuda de Dios, antiguo aliado de los Estados Unidos, podremos solucionar y solucionaremos todos los problemas que nos acechan”,⁷ lo cual remite al uso del fundamentalismo religioso con fines políticos.
 - Unión descarnada y cínica entre nacionalismo y autoritarismo, que es la característica central del movimiento neoconservador,

mientras se declaraba, de manera abierta y sin remordimientos, que “la acumulación de capital” es la preocupación o meta final del movimiento, o lo que es lo mismo, que es un movimiento que pretende involucrar a la nación completa en beneficio de su “mejor parte”, o sea, los más ricos. “Lo que distingue al neoconservadurismo de otras estrategias capitalistas –afirma Whitaker– es su defensa sin tapujos de la redistribución a favor de los ricos [hacia arriba], y el consiguiente acento que pone en la coacción, en detrimento de la legitimación”.⁸

Se asume como natural que la desigualdad sea un factor esencial en la estrategia neoconservadora, lo cual la consagra, legitima y hace superflua y antinatural, desde el punto de vista de la propaganda estatal, cualquier acción para hacerla disminuir o erradicarla.

Por lo anterior, se ataca de manera directa y a la luz pública, al sindicalismo, las reivindicaciones salariales, las pretensiones corporativas, a todas las manifestaciones de la sociedad civil que asuman una postura crítica o de lucha contra el sistema. Se acusa a las posturas progresistas o de izquierda como “poco patrióticas o claramente antipatrióticas”.

Mientras se institucionalizaba la coacción sobre los ciudadanos mediante la fuerza del Estado y del mercado, el reaganismo se apropiaba del lenguaje de los derechos y las libertades, en flagrante contradicción hipócrita entre el discurso y la realidad, pero como bien subraya Whitaker, “[...] el discurso político de la tradición anglo-americana no se caracteriza por la claridad filosófica de sus intenciones”.⁹

Lo que Whitaker llama, acertadamente, “la redefinición de los límites” del Estado neoconservador, a partir de Reagan y la Thatcher, y sus características arriba enunciadas, que comportaron, en sí mismas, no pocas innovaciones y cambios en las definiciones y límites clásicos entre Estado y mercado, Estado y capital, progresistas y conservadores, izquierdas y derechas, introdujo una enorme confusión en las filas de los que, por definición, debían oponerse a los programas y planes de ese mismo Estado, reduciendo de manera sensible su capacidad de resistencia y movilización, lo cual benefició, de manera directa, a los neoconservadores. Los efectos de este proceso son aún visibles en nuestros días, pero van retrocediendo pues

—según Whitaker—, se ha logrado cumplir que “[...] la izquierda empezara el difícil proceso de establecer su cartografía”.¹⁰

¿Les parecen conocidas estas características del Leviatán-Padre? ¿Les parece haber escuchado, en los últimos tiempos, mucho más después del 11 de septiembre de 2001, los mismos mantras propiciatorios, el mismo discurso reaganista desenterrado y vuelto a la vida por los conjuros alquímicos del equipo de Bush Jr.? ¿Reconocen los mismos rasgos, el mismo aire familiar que los identifica, desde el ADN neoconservador que comparten?

Para los fines últimos de la teología neocon, da lo mismo el Leviatán-Padre, que el Leviatán-Hijo, que el Leviatán-Espíritu Santo. Da lo mismo el ascenso, la decadencia del imperio, o las ideas que lo nutren, siempre que se incrementen las ganancias de la “parte mejor de la sociedad”, a la que Bush Jr. llamó “mi base”, con cínico desparpajo.

Y tal como hace la *Biblia*, descrito ya el milagro del Génesis, corresponde ahora la anotación detallada, y en verdad algo aburrida, del glorioso linaje de los neocons americanos, de sus ideas, trayectorias, y cargos actuales en la corte de este Mesías texano que ha llegado a nosotros, para salvarnos, no con la Buena Nueva de la redención humana, ni trayendo a la diestra la paloma del Señor, sino halando de una correa a la bestia del Apocalipsis, con el mismo garbo aburrido con que la soldado Lynndie England, de sus legiones en Iraq, arrastraba a un maltrecho prisionero iraquí en Abu Ghraib ante las cámaras, básicamente para divertirse y expresar su frustración, según acaba de declarar el suboficial Paul Arthur —de las mismas legiones—, encargado de investigar los “pequeños excesos” cometidos allí por algunos soldados, siempre, eso sí, por “iniciativa propia”.

El linaje neocon

Existe una definición clásica del término neoconservador, tan clásica que Norman Podhoretz, uno de sus patriarcas, la calificó de cliché en una conferencia leída en el American Enterprise Institute, el 15 de enero de 1996. Según la leyenda, en algún momento y lugar, Irving Kristol, el Gran Mogol del movimiento, pontificó que “[...] un neoconservador es un liberal que ha sido asaltado por la realidad”.¹¹

Es imposible hallar otra frase más exacta para dar, en pocas palabras, el complicado pedigrí de los neocons.

Como suele ocurrir con los movimientos ideológicos tan abigarrados como este, las definiciones que intentan atrapar su esencia son legión, y difieren en la medida que se acercan o alejan de sus posiciones. Veamos algunas:

1- Los neoconservadores son pesos pesados intelectuales pro-guerras y pro-imperio, que han llenado el vacío de la derecha, cuando a la mayoría de los norteamericanos les interesa poco la política exterior. Dominan la política exterior del Partido Republicano porque los demás no nos ocupamos de eso [...]. Influyen también fuertemente sobre el Partido Demócrata, de cuyas filas provienen. Se encuentran cercanos a los social-demócratas europeos, muchos de los cuales, tras el colapso del comunismo, apoyan las guerras intervencionistas.

Son el cerebro del Partido de la Guerra. Están bien organizados, muy bien financiados, y se concentran [en su programa]. Sus miembros saben bien lo que quieren: instaurar el Imperio Americano, que los gastos militares alcancen el nivel logrado durante los años de la Guerra Fría, mucho armamento nuevo, y una política global que proyecte a los militares americanos a lo profundo de Asia y a todos los demás puntos intermedios.¹²

2- Los conservadores tradicionales favorecían la fuerza militar y tenían un concepto estrecho de los intereses nacionales, mientras que los liberales eran devotos y se inclinaban hacia los ideales abstractos. Los neoconservadores tienen algo de ambos: son halcones, pero también defienden los derechos humanos y los principios del orden mundial.¹³

3- Los neocons se caracterizan por creer que los Estados Unidos no deben avergonzarse por usar su poder indisputado, de manera abrumadora si es necesario, para promover sus valores alrededor del mundo. Algunos hablan, aun, de la necesidad de establecer un imperio americano. Los neocons creen que las amenazas que actualmente enfrenta su país no deben solo ser contenidas, sino evitadas, incluso, mediante el uso de acciones militares preventivas.¹⁴

- 4- Los neoconservadores son un producto del antiguo movimiento judeo-trotskyista norteamericano de los años 30 y 40, que se metamorfoseó en comunista-liberal, entre los 50 y los 70, y finalmente, se transformó en una variante del militarismo imperialista de derecha.¹⁵
- 5- El neoconservatismo es una filosofía política secular que expresa la reacción de un grupo de antiguos liberales ante lo que creían era la política de apaciguamiento hacia la URSS, del Partido Demócrata, motivada, sobre todo, por el tratamiento que se daba en aquel país a su población judía y por sus relaciones con el mundo árabe. Era un grupo pequeño, pero influyente, formado por escritores, comentaristas y funcionarios gubernamentales.¹⁶

No es difícil imaginar un movimiento como el de los neoconservadores naciendo por inseminación artificial en los años de la Guerra Fría, amamantado en sus primeros días por los generosos donativos de las agencias de inteligencia norteamericanas y las grandes corporaciones, a través del laberinto conservador de los tanques pensantes y las fundaciones filantrópicas.

No es difícil tampoco definir a un movimiento como este, nutrido de conversos y apóstatas del movimiento obrero y comunista internacional, como un Caballo de Troya utilizado para penetrar, dividir y derrotar a ese mismo movimiento, de la misma forma que, para tales fines se han utilizado y financiado, bajo cuerda, a otras tendencias similares.

No es difícil intentar caracterizarlo como un destacamento de guerra asimétrica, una especie de Legión Extranjera contra las ideas progresistas, liberales y de izquierda, sirviéndose para ello de oportunistas y desertores, cuya prédica va dirigida a desmoralizar a sus oponentes a través de constantes llamados a la desertión, más o menos la misma labor que realizaban en las guerras de independencia cubana las contraguerrillas formadas por desertores del campo rebelde, al servicio del colonialismo español.

Analogías aparte, para entender al movimiento neoconservador norteamericano, que es la fuerza organizada que ha nutrido de cuadros al gobierno de Bush Jr., y le ha dado la escalofriante coherencia ideológica que ostenta, a pesar de las incoherencias y vacuidades

del presidente, es imprescindible remitirse a su historia, aunque esa disciplina actúe en los neocons a la manera del agua bendita sobre los vampiros.

Adam Wolfson, editor del *The Public Interest*—considerado por muchos uno de los órganos principales del movimiento—, es una voz autorizada para desentrañar los orígenes los neocons, al menos, para transmitirnos cómo estos imaginan su propio alumbramiento, y la mitología que sueñan para sus primeros pasos. A ello dedicó, en el invierno de 2004, un artículo titulado “Conservatism and Neoconservatism”.

Para Wolfson, es parcialmente correcta la afirmación que Irving Kristol plasmara en 1995 en su libro *Neoconservatism: The Autobiography of an Idea*, algo así como el *Mein Kampf* de los neocons, acerca de que “[...] lo que puede ser descrito como el impulso neoconservador fue [...] un fenómeno generacional, y ha sido ya lo suficientemente incorporado dentro de un movimiento más amplio, que es el propio movimiento conservador”,¹⁷ a lo que Wolfson añade: “[...] más que un fenómeno generacional [y en consecuencia, transitorio], el neoconservatismo es una de las principales tendencias dentro del conservatismo, tomado este como un todo”.¹⁸

Si aceptamos la afirmación de Wolfson, debemos preguntarnos, ¿cuáles son las otras tendencias que conviven con los neocons dentro del movimiento conservador americano?

El contorno básico del neoconservatismo es apreciable cuando se le compara con sus dos rivales conservadores fundamentales: los libertarios y los tradicionales [...]. Generalmente hablando, los tradicionalistas miran hacia Edmund Burke, los libertarios hacia Frederick Hayes, y los neocons hacia Alexis de Tocqueville [...]. Aquellos de nosotros que se quejan de la vida moderna americana y encuentran solaz en el pasado, pertenecen a los tradicionalistas. Aquellos que celebran las nuevas libertades y las nuevas tecnologías, pertenecen a los libertarios. Y los que ven en la modernidad principios admirables, pero también tendencias preocupantes, son los neoconservadores.¹⁹

Empecemos por caracterizar a los tradicionalistas, conocidos como “trads”, los miembros más antiguos de la familia conservadora norteamericana:

- Tras la Segunda Guerra Mundial, un grupo de importantes pensadores conocidos como “nuevos conservadores” intentaron unir las ideas de Edmund Burke a la vida pública norteamericana. En la obra *The Conservative Mind*, escrita en 1953 por uno de ellos, Russell Kirk, es apreciable el intento de llevar al pensamiento conservador norteamericano, desde su variante filosófica burguesa, de raíz lockeana, a su variante aristocrática, cercana a las posiciones contrarrevolucionarias de Burke, con lamentos al estilo de “[...] la edad de la caballería ha pasado”²⁰ y las denuncias “[...] al nuevo imperio de la razón y la ilustración”,²¹ condensadas en su obra *Reflections on the Revolution in France*.
- El regreso a Burke, protagonizado por Kirk y sus aliados, no era gratuito. En el terreno de la política internacional, este propugnaba “el principio de intervención”, por el cual “los Estados tenían el derecho de intervenir en otros Estados, si consideraban que en ellos se estaba pervirtiendo el orden natural, dando lugar a la anarquía, la tiranía, y el desorden”,²² tal como Burke decía que había ocurrido en la Francia revolucionaria.
- El anhelo de detener, reconsiderar y, quizás, hacer retroceder [a la sociedad norteamericana, en el tiempo] –apunta Wolfson–, se mantenía vivo entre estos círculos conservadores, lo cual se reflejaba en la defensa de la familia tradicional, el cultivo de sus virtudes y la sensibilidad religiosa. Es típico de este punto de vista acusar al gobierno federal de usurpar las prerrogativas de las localidades. El ideal era regresar a un país de pueblos pequeños y de comunidades muy vinculadas entre sí.²³
- Para Kirk, seis eran los grandes temas del pensamiento conservador norteamericano, según lo reflejó en su obra *La mentalidad conservadora en Inglaterra y los Estados Unidos*:

[...] la creencia de que un destino divino rige la sociedad y la conciencia humana; la lucha por la pluralidad tradicional frente a la uniformidad del igualitarismo moderno; la convicción

de la necesidad de la jerarquía; la defensa de la tradición; la creencia de que la propiedad y la libertad son indisolubles; la idea de que cambio y reforma no son cosas idénticas. [Para finalizar] la afirmación de que Dios instituyó un orden que debe ser respetado.²⁴

Ante estas posiciones de los tradicionalistas, viene a la mente la definición clásica que Abraham Lincoln brindase sobre el conservatismo, en discurso pronunciado el 27 de febrero de 1860: “¿Qué es el conservatismo, sino lo viejo y ya intentado, que se opone a lo nuevo y no intentado aún?”²⁵

El órgano difusor de las ideas “trads”, en sus inicios, fue la *National Review*, donde Kirk tenía una columna semanal. El primer editorial de la revista fue escrito en 1955 por William F. Buckley, y tal como Wolfson lo describe, fue un “llamado a las armas” para decir: “*Stop*”.

Cercanos en algunos aspectos a los “trads”, pero alejados en otros, sin llegar a constituir una corriente dominante dentro del movimiento conservador norteamericano, existe una especie de iglesia fundamentalista disidente, y como todas las de su tipo, pequeña, pero muy activa. Este grupo es conocido como “paleoconservadores”. A los efectos del presente análisis, debemos examinarlos como una derivación de los “trads”. Sus características son:

– Según Wolfson:

Los “paleos” desprecian muchos aspectos de la vida moderna norteamericana y pretenden moverse más allá del debate político contemporáneo.

Se dieron a conocer en los 90, cuando Patrick Buchanan intentó transformar el Partido Republicano de acuerdo a esas ideas: no para restaurar el viejo ideal conservador, sino para iniciar la reforma de la derecha.²⁶

– Buchanan se declaraba anti-mercado libre y antiglobalización, en la economía; antiemigrantes y antiaborto, en la vida social, y aislacionista, en política exterior. “Declaró una guerra reli-

giosa por ganar el alma y el corazón de la nación. Se le consideraba un intento quijotesco”.²⁷

- En asuntos tales como la conveniencia de la igualdad social y política, o el derecho humano a pensar, “[...] los “paleos” revelan una exhuberancia iconoclasta que se encuentra raramente en la derecha de post-guerra. Su espíritu es cercano a Nietzsche y como este, se mueven tras los ídolos democráticos, movidos por el desdén hacia lo que creen deshumanizador”.²⁸

El órgano de difusión de los “paleos” ha sido la revista *Chronicles: A Magazine of American Culture*, del editor Thomas Fleming, quien se ha dedicado a la sociobiología, la teoría evolucionista y la antropología, para propiciarle un “renacer” a la derecha. Entre sus teóricos se encuentran Paul Gottfried y Samuel Francis.

Los libertarios o “libs”, como también se les conoce, constituyen la tendencia dominante dentro del espectro conservador norteamericano. A diferencia de los “trads” y los “paleos”, los libertarios consideran que su ámbito natural es el mundo moderno, y en consecuencia, no luchan por el retorno a ninguna época dorada del pasado. Sus rasgos distintivos son:

- Se consideran sucesores de John Locke, Adam Smith, John Stuart Mill, Frederick Hayek y Milton Friedman, por lo que, como indica Wolfson, “[...] creen actuar dentro de una línea progresista y luchan por expandir, todo lo posible, las libertades económicas y las oportunidades individuales. Se oponen a todas las regulaciones, sean de índole económica o moral”.²⁹ Esta posición crea en los “libs” el espejismo de que no son conservadores, como se resume en la afirmación de Friedman de que no era un conservador, sino un liberal del siglo XIX.
- Los “libs” son especialmente activos en la oposición a los gobiernos grandes y fuertes. Uno de sus clásicos lo constituyó la obra de Hayek *The Road to Serfdom*, escrita en 1944, como respuesta al auge del nazismo alemán, el socialismo soviético, y “[...] a todos los intentos de planificación económica”.³⁰ Para Hayek, la libertad política y personal dependen de la libertad en los asuntos económicos, por lo que, incluso, los

- estados de bienestar de los Estados Unidos y Europa conducirían “[...] al eclipse de la libertad”.³¹
- La crítica al estado de bienestar de los “libs” es menos romántica, más analítica y política que la que realizan –con el mismo objetivo–, los “trads”, y es la adoptada por los tanques pensantes conservadores más importantes, al estilo del Cato Institute, el American Enterprise Institute y la Heritage Foundation. “[...] Su portavoz principal fue Newt Gingrich, vocero de la Cámara de Representantes en 1994. [...] El llamado ‘Contrato con América’ del Partido Republicano llamaba a [...] terminar con el gobierno que sea demasiado grande, demasiado intruso y demasiado ligero con los dineros públicos”.³²
 - El consejo que brindan los “libs” cuando critican a los gobiernos grandes y fuertes es aprender de la eficiencia de las corporaciones privadas. Gingrich lo definió en su discurso inaugural al asumir como vocero de la Cámara: “Aprendamos del sector privado [...], de la Ford, de IBM, de Microsoft”.³³ Tales declaraciones, en opinión de Wolfson, “[...] traslucen el amor que sienten los “libs” por todo lo relacionado con las nuevas tecnologías: ellos creen que el gobierno puede modernizarse con las tecnologías electrónicas, así como garantizar la felicidad de las personas mediante la biotecnología”.³⁴

Pero como suele ocurrir, todas estas son divisiones convencionales, que en la vida de personas concretas se solapan, y jamás actúan en estado puro. Veamos, a través de la biografía y la visión personal de un neocon, cómo interactúan estas ideas.

El Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Berkeley desarrolla un programa de entrevistas grabadas con personalidades políticas del país, conocido como “Conversaciones con la Historia”, que generalmente es conducido por Harry Kreisler. El 25 de abril de 1990 Kreisler entrevistó a William A. Rusher, dentro de la serie “El movimiento conservador”. La elección no era casual: Kreisler era un destacado columnista y figura de la televisión, conocido como conductor del programa “The Advocate”, editor por 31 años de la *National Review*, y autor de numerosos libros, entre ellos *The Rise of the Right*.

Al ser entrevistado, Rusher explicó así el surgimiento del movimiento conservador, desde su perspectiva personal:

El movimiento conservador se inicia a principios de los 50, con sus tres componentes esenciales. Estaban los libertarios y la Escuela Austriaca de Economía, seguidores de Von Mises y Hayek. Estaban los tradicionalistas de Burke, seguidores de Russell Kirk [...] mi llegada al campo conservador fue a través del anticomunismo. El “anticomunismo operativo” fue el tercer elemento tributario del movimiento conservador norteamericano. Allí se encontraban todos los que se oponían a la URSS, y tomaban la controversia muy en serio, sobre todo en el terreno filosófico, creyendo que el Partido Comunista representaba un problema para el país, tanto como en lo internacional.³⁵

La interesante revelación de Rusher introduce un elemento nuevo en el estudio del movimiento conservador norteamericano, el del anticomunismo, sobre el cual no se habla, o se menciona de soslayo, vergonzantemente. Mientras se hace énfasis en las diferencias de matices entre “libs” y “trads”, se obvia, con toda intención, el anticomunismo que comparten.

Rusher reconoce que las ideas de libertarios y tradicionalistas fueron importadas, y que el propio anticomunismo, en gran medida, también lo fue:

La mayoría de los anticomunistas más notables eran refugiados de Europa del Este, aunque también muchos eran norteamericanos. Un gran número había sido comunista, como Whitaker Chambers y Frank Meyer. James Burham nunca fue comunista, sino un trostkysta muy prominente. Pero el anticomunismo llegó después, en el terreno intelectual, como respuesta a la revolución y al mundo comunista, al que se opusieron a ultranza [...] yo me hice amigo de Robert Morris, quien era jefe del Consejo del Subcomité de Seguridad Interna, y me pidió que fuera su asociado, así que me convertí en un anticomunista operativo, activo, en el sentido de la batalla [...]³⁶

El carácter batallador, agresivo, que hoy ostentan los neocons proviene, en gran medida, de esa marca anticomunista que porta desde su origen el movimiento conservador norteamericano; de esa conciencia de que tiene enemigos que combatir, e ideas que imponer, para lo cual ha escogido el campo de batalla nacional, y también, el internacional.

Las formas en que los neocons expresan este pecado original son disímiles, pero es apreciable en ellos un recurrente sentido fundamentalista, de desprecio a las razones y la lógica de sus oponentes, de creencia fanática en sus propias verdades, más allá de los datos de la realidad. En gran medida, los neocons son clones reciclados de las luchas ideológicas de la Guerra Fría, que han sido capaces de evolucionar para subsistir en las condiciones del mundo post-muro de Berlín.

Precisamente, fue el derrumbe del campo socialista, y en especial la desaparición de la URSS, lo que dio coherencia al movimiento neoconservador y brindó todas las oportunidades para que hiciese su entrada triunfal en la escena política norteamericana, y en consecuencia, en la arena mundial.

Quince minutos de fama

Tres momentos históricos se encuentran inscriptos, con toda seguridad, en las páginas doradas del movimiento neoconservador, en sus brevariarios y libros de horas destinados a los neófitos recién captados para la fe: la caída del muro de Berlín, la llegada a la presidencia de George W. Bush, y el 11 de septiembre de 2001.

En esta Santísima Trinidad se resume el ascenso, apogeo y declive de los neoconservadores. Nunca antes, en la larga historia de la humanidad, un movimiento político experimentó un ascenso tan arrollador, logró reunir en sus manos tanto poder en el epicentro mismo del poder mundial, ni lo retuvo más fugazmente, arrastrado por el desmoronamiento y la desintegración de su organismo anfitrión, el gobierno de Bush Jr.

“Mucha gente que se concentraba alrededor de ese círculo [el del *Weekly Standard*, órgano de los neoconservadores] alertaron, tras la caída del muro de Berlín, que no debía hacerse una pausa

estratégica, y que no era el momento adecuado para tomarse unas vacaciones históricas³⁷.

Así definía Max Boot, uno de los editores del *Weekly Standard*, la situación creada ante la derecha tradicional conservadora norteamericana, mientras su enemigo tradicional desaparecía. Todas sus estrategias e ideas, de un momento para otro, quedaban en la arena político-ideológica sin referencias, desorientadas, obsoletas. Había llegado el momento de los neocons, sus 15 minutos de fama.

Y precisaba:

Mucha de esa gente alertaba acerca de los grandes peligros que nos esperaban en el futuro, y que la única manera que tenían los Estados Unidos para sortearlos era asumiendo el liderazgo mundial, tal y como hizo después de 1945. Ellos alegaban que no podíamos abandonar nuestros deberes ante el mundo, como hicimos en 1919, sin pagar un precio terrible.³⁸

El olfato empresarial de los neocons, obtenido por sus relaciones carnales con las grandes corporaciones que los financian, les indicaba que ante aquel vacío había llegado el momento para el que se habían preparado. Debutaban pretendiendo tener las fórmulas políticas y las nuevas ideas que reclamaban los nuevos tiempos. Llegaban hablando alto, con el aplomo de los salvadores que aparecen en el momento preciso:

Los republicanos sabíamos cómo hacer política en los años que median entre 1968 y 1991 –reconocía David Frum, miembro del American Enterprise Institute, periodista y redactor de los discursos del presidente Bush Jr.–. Nosotros sabíamos cómo luchar en aquellos años, cuando la gente temía al ascenso de la criminalidad, el problema principal era la inflación, y los soviéticos avanzaban. Pero el mundo cambió, y nosotros no lo hicimos. El castigo que recibimos por no cambiar, fue la pérdida del propio poder, no saber qué hacer ante ello, y al final, tropezar.³⁹

Norman Podhoretz, con el cinismo que lo caracteriza y da brillo a su prosa, con los tintes postmodernos que nadie se imaginaría a su avanzada edad, reconocía de manera simplista que defendiendo a los Estados Unidos en la Guerra Fría, se hicieron proamericanos y antisoviéticos.

Pero el mundo, tras la desaparición de la URSS, resultó mucho más complejo de lo que alguien como Podhoretz podría suponer, a pesar de ser uno de los gurúes de los neocons.

La pérdida de un enemigo exterior bien identificado, durante la Guerra Fría, que había servido como aglutinador perfecto de la derecha norteamericana, lejos de favorecerla, provocó una peligrosa atomización, que los neocons trataron de resolver con su debut:

Un pequeño grupo dentro de la derecha [los neocons] afirmaba que la misión no estaba cumplida, solo porque se había producido el colapso del comunismo —expresaba Max Boot—. El mundo no es todavía un lugar seguro para la democracia. Los peligros seguían acechando afuera [...]. Pienso que, en los 90, esa era la opinión de una minoría dentro del Partido Republicano, de hecho, era también minoritaria dentro de la propia administración Bush, hasta el 11 de septiembre. Esos ataques cambiaron las cosas, de la misma forma que el 7 de diciembre de 1941 [Pearl Harbor] lo cambió todo.⁴⁰

¿No es interesante observar la manera en que se produjo el ascenso y la llegada al poder de este pequeño grupo de ideólogos? Su imposición dentro del espectro ideológico norteamericano, incluso, dentro de la propia derecha conservadora, ¿no recuerda, acaso, la emergencia de un tipo de fuerza fundamentalista, como la del fascismo alemán, que se impone mediante una agenda despiadada, sin matices, de ideas simplistas repetidas hasta el infinito; que exige sumisión, antes que coherencia; que no admite tonos diferentes a los propios, y que apela al terror intelectual para prevalecer sobre sus oponentes y críticos?

“La brecha abierta en la ideología conservadora y el desplazamiento de los genuinos herederos del conservatismo contrarre-

volucionario de Edmund Burke, tienen el cariz de un secuestro de la ideología conservadora por parte de un pequeño grupo de ideólogos neocons⁴¹ –afirma Eduardo Arroyo.

Este secuestro fue sospechosamente propiciado también por los secuestradores terroristas del 11 de septiembre. Cualquier detective, al estilo de Adrian Monk, Colombo o Perry Mason no hubiese tardado en preguntarse: “¿A quién benefició el crimen?”

Norman Podhoretz parece responder con una afirmación rotunda, escrita en su libro *Making It*: “Un escritor aspira a la coherencia y al orden: coherencia para sí y orden para el mundo”.⁴²

Un interesante artículo de James Zogby, presidente del Arab American Institute, publicado en el *mediamonitors* del 1º de julio de 2003, bajo el sugestivo título de “How The Neo-Cons Operate” permite intuir la forma en que los neocons han obtenido la coherencia para sí y propiciado el orden para el resto del mundo. En opinión de Zogby, el *modus operandi* neocon se basa en:

– El secreto y la premeditación:

Dentro de los éxitos cosechados por el neoconservatismo se encuentra el haber desatado la guerra en Iraq, pero fue precisamente ese éxito el que lo ubicó bajo el escrutinio de la opinión pública. Inicialmente se dedicaron a copar revistas y tanques pensantes conservadores, y a buscar posiciones claves en la administración Bush, en puestos relacionados con la política exterior, creando una red pequeña, pero influyente, de columnistas y comentaristas que logró condicionar el debate político, dentro del Gobierno y fuera de él.⁴³

– El carácter cerrado que caracteriza los clanes endogámicos: “Ellos están conectados entre sí por matrimonios, porque fueron juntos a la escuela, comparten los mismos empleadores, [...] o simplemente, porque son vecinos [...]”.⁴⁴

– Un superobjetivo compartido: “La piedra angular del pensamiento neoconservador radica en la creencia de que los Estados Unidos deben dominar al mundo, en lo político y en lo militar, tras el fin de la Guerra Fría”.⁴⁵

– La influencia filosófica de Leo Strauss y sus discípulos:

Las tres nociones esenciales que emergen [derivadas de la influencia de Strauss] son:

- a) El papel de las elites: Las verdades esenciales sobre la sociedad humana y la historia deben ser del dominio solo de las elites [...].
- b) El engaño como diplomacia: Los filósofos deben mentir piadosamente no solo al pueblo, sino también a los poderosos a los que sirven.
- c) La necesidad de tener una amenaza exterior: Strauss pensaba que un orden político estable solo es posible si la unidad proviene del enfrentamiento a una amenaza exterior.⁴⁶

No es difícil entender cómo, después del 11 de septiembre de 2001, este pequeño, pero combativo grupo de doctrinarios, logró que Bush Jr. cayese rendido en sus brazos: era el destacamento mejor organizado, mejor pagado, y más coherente de todos los que podían aconsejarlo en la inusual coyuntura en que los ataques terroristas lo habían situado. Su fuga hacia delante requería de ciertos visos de legitimidad ideológica, de cierta rotundidad y un tono agresivo, de bravucón de barrio, lo más alejado de lo políticamente correcto que se pudiera.

Todos estos requisitos eran reunidos, con creces, por los neocons. La simbiosis no tardó en establecerse.

“Los ataques terroristas hicieron que la administración Bush se acercase, como nunca antes, a la política exterior que preconizaban los neocons”⁴⁷ –se corrobora en el artículo del *Christian Science Monitor*.

¿Cómo es el mundo futuro que imaginan los neocons, cuya visión le fue tan útil a un gobierno acorralado como el de Bush?

Los neocons profetizaban un mundo futuro donde los Estados Unidos fuese el superpoder indisputado, inmune a las amenazas –precisa el artículo “What do Neoconservatives Believe?”–. Ellos creían que los Estados Unidos tenían la responsabilidad de actuar como “un hegemón global bené-

voló”. En dicha capacidad, la nación debía actuar como un imperio que garantizase la creación de gobiernos democráticos, económicamente liberales, capaces de reemplazar a los “Estados fallidos” u opresivos que amenazan a los Estados Unidos, o a sus intereses[...].

Cada régimen hostil a los Estados Unidos, o que se suponga sea una amenaza, deberá ser confrontado agresivamente, y no “apaciguado” o contenido. Las fuerzas militares del país deberán ser reconfiguradas para adquirir gran flexibilidad y capacidad de despliegue rápido, y se deben aumentar los gastos para la defensa, especialmente en armamentos de precisión y alta tecnología, capaz de ser usado en ataques preventivos [...]. Se deberá trabajar de conjunto con los organismos internacionales, al estilo de la ONU, siempre que sea posible, pero ello no debe jamás limitar las acciones encaminadas al logro de los objetivos propuestos, cuando sea necesario.⁴⁸

En efecto, aquellas declaraciones debieron sonar como acordes celestiales a los oídos del Emperador, tan vapuleado ese otoño de 2001.

Los neocons fueron definitivamente aceptados a bordo del carro imperial, convirtiéndose en la Guardia Pretoriana de Bush Jr.

La ofrenda de los Reyes Magos

No se entra a formar parte de un gobierno ultrapragmático, como son todos los gobiernos de los Estados Unidos, sin traer en las manos, de manera bien visible, las ofrendas políticas correspondientes. Los neocons llegaron con las manos llenas, en el momento preciso, como se cuenta de los Reyes Magos que viajaron hasta Belén para agazajar al Mesías recién nacido.

Las ofrendas neocons fueron espléndidas y sumamente útiles, a diferencia de lo que se suele, en ocasiones, regalar. Sus Reyes Magos colmaron al gobierno de Bush Jr. de lo que este carecía y desesperadamente buscaba: coherencia, rigurosa disciplina ideológica, visos de legitimidad, y un linaje medianamente presentable.

Lo que los gobiernos de Reagan y Margaret Thatcher combatieron con denuedo, en sus sociedades y el resto del mundo, bajo

la acusación de “permisividad”, al momento de tomar el poder Bush Jr. y hasta el 11 de septiembre de 2001, continuaba obstaculizando el despliegue de las políticas neoconservadoras definitivas que debían meter en cintura a las naciones e implantar el orden interno y mundial soñado desde siempre por el gran capital.

Aquello a lo que llamaban “permisividad” los arquitectos del Gran Leviatán, y también los neocons, sus entusiastas continuadores es, ni más ni menos, lo que los demás mortales conocemos como derechos civiles, sociales, económicos, culturales y políticos, logrados por los pueblos tras arduas luchas. Para lograr combatir a tan “perniciosa” tendencia, tanto Thatcher como Reagan apelaron a la intimidación interna, a la proclamación de que se encontraban en peligro los altos intereses de la seguridad nacional, y los llamados “viejos valores”. Con singular maestría Norman Tebbit, uno de los ideólogos conservadores británicos de la Thatcher, definió los males de la “permisividad social”:

El mal arte valía tanto como el bueno. La gramática y la ortografía ya no eran importantes. Ser limpio no era mejor que ser sucio [...]. La vida familiar era ridiculizada como un concepto burgués pasado de moda. Los criminales inspiraban tanta simpatía como sus víctimas. Muchos hogares y aulas abandonaron la disciplina –si nada era bueno o malo, no podía haber un fundamento para castigar o recompensar–. La violencia y la pornografía blanda fueron aceptadas en los medios de comunicación. Estos vientos fueron sembrados, y ahora estamos recogiendo tempestades.⁴⁹

Lo que se proclamaba por los 80, en medio de la ofensiva conservadora anglo-americana, era que los conservadores tenían la misión sagrada y la posibilidad, como partido y tendencia política, de erradicar la “sociedad de la permisividad”, y que debían hacerlo porque “[...] la defensa de la libertad implica la defensa de los valores que hacen que la libertad sea posible, sin que degeneren en libertinaje”.⁵⁰

De tales declaraciones de principios, los conservadores pasaron al despliegue de políticas abiertamente represivas. Sus herederos, los neoconservadores, también lo son, a tal grado que Whitaker lo recuerda al precisar que “[...] el nacionalismo y el autoritarismo enmarcan el proyecto neoconservador”.⁵¹

Nacionalismo y autoritarismo fueron excelentes ofrendas de los neocons al bushismo. La prepotencia y el cinismo de las declaraciones políticas internas y externas de Bush y sus funcionarios provienen de lo que Whitaker define como rasgo distintivo del neoconservatismo, en relación con otras tendencias similares de la misma familia: “Lo que [lo] distingue de otras estrategias capitalistas es su defensa sin tapujos de la redistribución a favor de los ricos y el consiguiente acento que pone en la coacción en detrimento de la legitimación”.⁵²

El despliegue de políticas represivas, dentro del país y fuera de él, contrariamente a lo que proclaman los neocons al referirse a la necesidad de limitar el Estado al máximo, exige un gobierno cada vez más fuerte y agresivo, alejado de cualquier veleidad redistributiva, lo que constituye otra ofrenda propiciatoria. George Gilder, uno de los ideólogos del reaganismo, lo definió así: “Al enfrentarse a los problemas de la pobreza, uno también debe olvidar la idea de vencer la desigualdad mediante la redistribución”.⁵³

Whitaker reconoce, acertadamente, que el primer paso para este “olvido” debe ser despejar de política al ámbito del mercado, para lo cual son sumamente útiles “[...] altos niveles de desempleo, la racionalización que tiende a hacer disminuir las reivindicaciones salariales y el activismo sindical [y] renunciar a cualquier pretensión de corporativismo [...]”.⁵⁴

Pero aunque abogaban por mantener y ampliar, en lo posible, las desigualdades clasistas, incluso, consagrándolas como insolubles y eternas, los neocons aportaron también un enfoque que fue bienvenido dentro de un tipo de gobierno como el de Bush Jr., necesitado de apoyo interno para el despliegue de su agenda política: el de la necesidad de unidad nacional y patriotismo para enfrentar los desafíos de la era postmoderna.

En resumen, los neocons regalaron también a Bush una lógica y un discurso que intentaban suplir las desigualdades sociológicas y económicas con un aglutinante de índole moral y nacionalista; con la retórica de la unidad nacional por encima de las diferencias derivadas de la posición que se ocupe en los esquemas de producción y reproducción social.

Durante una conferencia ofrecida, en febrero de 1992, en el American Enterprise Institute (AEI), Thomas Pangle—profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Toronto—, afirmó: “Hoy

el Estado nacional se halla en una difícil situación, fundamentalmente en la esfera moral. Incluso en los Estados Unidos y otros países similares, donde el patriotismo y la unidad nacional continúan siendo relativamente fuertes, las fuerzas del localismo y el globalismo constituyen desafíos morales a la unidad nacional”.⁵⁵

Una sociedad como la norteamericana que –según los planes del gobierno de Bush Jr.–, debía apoyar una política exterior agresiva y expansionista, necesitaba ser primero convencida de que los sacrificios que esto representaría hallarían sentido y recompensa en los marcos de su propio sistema. Los neocons acunaban la paternidad del espejismo y el bushismo se apresuraba a recoger el providencial regalo:

Para pedir a sus miembros el afrontar riesgos o sacrificios –apuntaba el profesor Pangle ante el selecto auditorio del AEI–, una sociedad debe ser capaz de ofrecer algo que trascienda el interés o la seguridad colectiva [...].

Una sociedad que demande sacrificios debe presentarse como un todo en el cual el individuo podrá encontrar significado para su vida y una permanencia que trascienda su ser mortal.⁵⁶

La conclusión a la que arribó Pangle en su conferencia fue sencilla y elocuente, todo lo sencilla que exigía su auditorio, y todo lo elocuente que esperaba de su conferenciante el American Enterprise Institute: “Me inclino a considerar que, mientras los problemas transnacionales y las autoridades multilaterales constituidas para lidiar con tales problemas serán más poderosos en los años venideros, los Estados nacionales continuarán siendo más decisivos que cualquier organización supranacional”.⁵⁷

¿No es cierto que tales profecías se vieron milagrosamente cumplidas durante la etapa preparatoria para la guerra de Iraq, cuando el gobierno de Bush pidió sacrificios a los norteamericanos, el Estado se erigió en la instancia de salvación nacional, la ONU fue echada a un lado –como herramienta inútil para lidiar contra la amenaza del terrorismo–, y una arrebatada ola de patriotismo recorrió la Union, de costa a costa, con un fondo de banderitas estremecidas?

Pero valorar solo por su utilidad política inmediata las ofrendas realizadas por los Reyes Magos neocons ante el pesebre fraudulento donde Bush Jr. abrió sus ojos al poder imperial, sería un craso error. En realidad, resultaron ser mucho más útiles, lo que se comprende al analizar opiniones como las de George F. Will, ganador del premio “Francis Boyer”, del American Enterprise Institute, en 1995.

El 6 de diciembre de 1995 le correspondió a Geoges F. Will impartir una conferencia titulada: “The Cultural Contradictions of Conservatism” durante la Cena Anual del American Enterprise Institute. Con gran sentido de la oportunidad, el texto íntegro fue publicado el 1 de enero de 2000, en la web de la AEI.

“Hoy el conservatismo se pregunta si un gobierno grande es una necesidad o una contingencia en un gran país que ostenta una gran economía [...]”⁵⁸ –inició Will su razonamiento, en lo que, a primera vista no prometía ser más que la repetición del tradicional ataque neocon contra el Estado. Pero pronto los disparos apuntaron hacia otra dirección, y confirieron a sus palabras la importancia que, tal vez, no le concedieron los asistentes a la Cena Anual, previsiblemente ocupados en atacar al salmón:

Estamos en el último mes de un año de intenso debate sobre nuestra organización nacional, el más intenso en los últimos 62 años, desde 1933. En esa fecha, el New Deal aceleró la ya cambiante relación existente entre el ciudadano individual y el gobierno central. Desde entonces, el gobierno se ha vuelto omnipresente en nuestra sociedad, aspirando también a ser omniprovidente. Mientras transcurría ese proceso, el gobierno ha sufrido una debilitante pérdida de legitimidad [...].⁵⁹

La principal preocupación de Will, de los neocons, y de sus anfitriones del AEI era fundamentar la crítica de lo que este llamó “[...] tendencias políticas de este siglo en los Estados Unidos”,⁶⁰ y en primer lugar, de la política liberal-demócrata iniciada por Franklin Delano Roosevelt destinada a evitar, en lo posible, estallidos revolucionarios mediante reformas que beneficiaban a los más desposeídos. Se trata, ni más ni menos, que de reducir las obligaciones del Estado invocando motivos morales, tales como la necesidad de tener un tipo de gobierno que no obstaculice, sino

que forme, como proclamaba Wilson, “[...] inteligencia e independencia de espíritu en sus ciudadanos”.⁶¹

El debate sobre lo que se dio en llamar “las contradicciones culturales del capitalismo” signó el ambiente intelectual occidental durante la década de los 60. No es casual que un avisado Will haya echado mano a su recuerdo, cuando recibió la misión de hacer lo más placentera posible la digestión de los prohombres de AEI presentes en aquella cena. Para ello, nada como empezar definiendo el concepto:

Se postula que el capitalismo es amenazado por su propio éxito: el prodigio que realiza al crear riquezas produce hábitos y rasgos de carácter que subvierten virtudes, como la industriosisidad, que son prerequisites del propio capitalismo [...].

En carta de Adams a Jefferson, de enero de 1819, puede leerse: “¿Podrías decirme cómo evitar que el lujo produzca afeminamiento, disolución, extravagancia, vicios y tontería?”⁶²

Extrapolando al presente aquella supuesta maldición enquistada en el seno de un capitalismo, diz que exitoso, Will intentó hacer lo mismo con la ideología conservadora:

Esta contradicción es coyuntural, no constituye, necesariamente, un rasgo obligatorio del conservatismo, pero si no se le corrige, puede llegar a serlo. Su esencia es la siguiente: el conservatismo no proclama irrespeto al gobierno, pero no oculta su desdén por este y por la vocación política, en general. Su visión acerca de las virtudes cívicas no depende de la lealtad a una agenda política determinada, sino del respeto a nuestro régimen político, a nuestro orden constitucional entendido como empresa formativa.⁶³

Una vez reconocida la tensión existente entre el pensamiento “apolítico” neoconservador y su declarada defensa del sistema, Will avanzó otro paso en la construcción de su contradicción:

El mayor servicio que ha prestado a la nación el conservatismo contemporáneo ha sido volver a llamar la atención

sobre algo en lo que ya habían reparado los Padres Fundadores: la sociedad es un crisol para la formación del carácter. El género humano es esencialmente político y su destino social solo se cumple a través de la asociación. Los gobiernos pueden dañar la vida asociativa, y los gobiernos grandes suelen causar grandes daños.

[...] los gobiernos son esencialmente hostiles a las virtudes derivadas de la responsabilidad y el autogobierno [de los ciudadanos].

[...] Hoy por hoy el gobierno se ha convertido en una fuerza deformadora del carácter, corruptora del carácter nacional.⁶⁴

La cabriola conceptual de Will debió obrar un milagro. Es casi seguro que a esta altura de su disertación los presentes dejaran momentáneamente sus cubiertos para aplaudirlo con rabia. Y no era para menos: mejor que engullir el asado estaba aquello que acababa de ser dicho contra el gobierno, claro está, contra el gobierno liberal-demócrata de William Clinton, tan odiado por los invitados de AEI como aquel de Roosevelt.

Los liberales, según Will “[...] han aniquilado todo sentido del límite cuando se trata de la competencia y la responsabilidad [del gobierno]”.⁶⁵ Este pecado ha borrado la distinción existente entre las esferas de la vida pública y privada, “de lo cual depende la libertad”, confiriendo al gobierno funciones que no le pertenecen, como aquellas que Roosevelt proclamó en su Segundo Informe a la Nación, al decir que nadie debía sentirse contento, a pesar del estándar general de vida, mientras “[...] alguna fracción del pueblo, sea la que sea, sufra de hambre o carezca de abrigo”.⁶⁶

Tan odiados arranques de igualitarismo, de la famosa “compasión” de los liberales, no pueden conducir sino a la obligación de satisfacer todos los deseos de la gente, de lo cual se deriva un problema político central para el conservatismo: “[...] lograr que esa misma gente acepte un gobierno que censure sus deseos, que se niegue a cumplir muchos de ellos”.⁶⁷

¿Qué tipo de gobierno es capaz de actuar de la manera en que los neocons, al estilo de Will, lo desean?

La fórmula es sencilla, y tan antigua como la humanidad misma: “La agenda conservativa para un gobierno restrictivo depende

de que este tenga la fuerza que se deriva del respeto, y el respeto jamás se concede a los débiles”.⁶⁸

No encontró Will fórmula más adecuada para alegrar la sobremesa de sus correligionarios, que redondear sus argumentos con un par de aseveraciones más que adornaban lo dicho sobre la necesidad de un gobierno fuerte en los Estados Unidos:

- La misión real de los conservadores no es remover todo impedimento que limite la expresión de la opinión popular, sino engrandecer y refinar dicha opinión [...]. El problema no radica en reconocer que esta es una idea elitista, sino en decidir qué elite debe gobernar.
- El partido que, por primera vez, se constituyó en un factor nacional, debe agradecerlo a la negativa de un hombre a aceptar la soberanía popular como elemento constitutivo de la política americana. Ese partido es el Republicano, cuyo pedigrí intelectual se remonta directamente a la negativa de Lincoln a aceptar que los ciudadanos de Kansas tuviesen el derecho a poseer esclavos.⁶⁹

La mesa quedaba servida, y no precisamente para los ahítos comensales que se habían aprovechado de la proverbial hospitalidad de AEI, mientras a Will se le enfriaban los platos, sino para el equipo electoral de Bush Jr.

¿Se podía esperar más? ¡Ah, claro!: los postres, el café, un buen habano de contrabando y una copa de Cointreau para la digestión.

A pesar de sus denodados esfuerzos por parecer original durante aquella cena memorable, Will pecaba exactamente de lo contrario. Puede que no lo supiera, pero cada vez que un gobierno en su país se aprestaba a experimentar un trance imperial aparecían –con admirable puntualidad–, ciertos eruditos encargados de lanzar la clarinada de alerta contra la enervante atmósfera que aniquilaba las virtudes primigenias americanas, sobre todo, entre la juventud. Habitualmente, tal como ocurría con Will, quienes agitaban esas banderas de arrebatado patriotismo moralizante eran, a la vez, los más decididos partidarios de la expansión y la rapiña.

El Apocalipsis según San George

La frugalidad, la industriosisidad, el respeto a la ley, y el cultivo del intelecto, son cualidades esenciales que adornan a cualquier pueblo exitoso, pero ningún pueblo será verdaderamente grande si no posee también las virtudes heroicas que son tan necesarias para tiempos de guerra como de paz [...]. Los Estados Unidos dejarán de ser una gran nación cuando sus jóvenes carezcan de la energía y el estoicismo, tanto como la voluntad y el poder necesarios para luchar contra los enemigos de la nación.⁷⁰

Estas palabras no fueron pronunciadas durante la suculenta cena que amenizó Will con su elocuente verbo neocon. Aparecen recogidas en la introducción del libro *Hero Tales from American History* y fechadas el 19 de abril de 1895. Se deben a dos plumas, tan conservadoras e imperialistas –pero no menos elocuentes–, como la de Will: la de Theodore Roosevelt, futuro presidente de los Estados Unidos, y Henry Cabot Lodge, senador e ideólogo del Partido de la Guerra, antes, durante, y después de 1898.

Faltaban algo menos de tres años para que el *Maine* estallase en la bahía de La Habana.

George F. Will, con su conferencia, se adelantó en algo menos de seis años a la tragedia del 11 de septiembre de 2001, que permitió a Bush Jr. protagonizar su autocoronación, y cumplir con las profecías del gobierno fuerte y respetado que fueron hechas sobre los manteles impolutos de AEI.

Y después hay quienes ponen en duda la idea del progreso.

Referencias

- ¹ Whitaker, Reg: “Neoconservadurismo y Estado”. En: Miliband, Ralph, Leo Panitch y John Saville, eds. *El Neoconservadurismo en Gran Bretaña y Estados Unidos*, Ediciones Alfons el Magnànim, 1992, p. 10.
- ² Ibídem, p. 17.
- ³ Ibídem.
- ⁴ “Leviatán” (cap. 13). Tomado de: *Thomas Hobbes: selección de textos*. En: <http://www.economia.ufm.edu.gt/mpolanco/hobbes.htm>
- ⁵ Ibídem, cap. 30.
- ⁶ Whitaker, R.: Ob. cit. (1), p. 25.
- ⁷ Ibídem.
- ⁸ Ibídem, p. 35.
- ⁹ Ibídem, p. 42.
- ¹⁰ Ibídem, p. 46.
- ¹¹ Podhoretz, Norman: “Neoconservatism. A Eulogy”, March 1, 1996. En: http://www.aei.org/newsID.160009,filter./news_detail.asp
- ¹² “Neoconservatives. What and Who They Are”. En: <http://www.iconservative.com/neoconservatives.htm>
- ¹³ Muravchik, Joshua: “The Neoconservatives Unmasked”, *International Herald Tribune*, May 6, 2003. En: www.iht.com
- ¹⁴ “Neocon 101. Some Basic Questions Answered”. Tomado de: US News-Special Empire Builders-Neocon 101, *Christian Science Monitor*, 2004. En: <http://search.csmonitor.com/specials/neocon101.html>
- ¹⁵⁻¹⁶ “Towards a New World Order: America’s Neoconservative”. En: <http://www.eurolegal.org/useur/usneocon.htm>
- ¹⁷⁻²¹ Wolfson, Adam: “Conservatives and Neoconservatives”, Winter, 2004. En: <http://www.thepublicinterest.com/current/article2.html>
- ²² Burke, Edmund: “Protagonistas de la historia”. En: www.artehistoria.com/historia/personajes/6558.htm
- ²³ Wolfson, A.: Ob. cit. (17).
- ²⁴ Arroyo, Eduardo: “Una fractura en el conservadurismo mundial”, *El Semanal Digital*. En: http://www.elsemanaldigital.com/articulos_impre-so.asp?idarticulo=13386&fuente=3&tipo=
- ²⁵ Lincoln, Abraham: “Discurso del 27 de febrero de 1860”. En: Cohen, J. M. and M. J. *The Penguin Dictionary of Modern Quotations*, Penguin USA, 1981, p. 234.
- ²⁶⁻³⁴ Wolfson, A.: Ob. cit. (17).
- ³⁵⁻³⁶ “The Conservative Movement. Conversation with William A. Rusher by Harry Kreisler”, Apr. 25, 1990. En: <http://globetrotter.berkeley.edu/conversations/Rusher/rusher-con0.html>
- ³⁷⁻³⁸ “Small Wars and U.S. Foreign Policy. Conversation with Max Boot by Harry Kreisler”, March 12, 2003. En: <http://globetrotter.berkeley.edu/people3/Boot/boot-con0.html>

El Apocalipsis según San George

- ³⁹ “Foreign Policy Ideas in the George W. Bush Administration. Conversation with David Frum by Harry Kreisler”, Jan. 20, 2004. En: <http://globetrotter.berkeley.edu/people4/Frum/frum-con0.html>
- ⁴⁰ Ob. cit. (37).
- ⁴¹ Arroyo, E.: Ob. cit. (24).
- ⁴² Podhoretz, Norman: “The Battle over Ideas. Conversation with Norman Podhoretz, Former Editor, *Commentary*, by Harry Kreisler”, Apr. 6, 1999. En: <http://globetrotter.berkeley.edu/conversations/Podhoretz/podhoretz-con2.html>
- ⁴³ Zogby, James: “How the Neo-Cons Operate”, *mediamonitors*, July 1, 2003. En: <http://new.globalfreepress.com/article.pl?sid=03/07/27/1153241&mode=thread>
- ⁴⁴⁻⁴⁶ Ob. cit. (14).
- ⁴⁷⁻⁴⁸ Ob. cit. (14).
- ⁴⁹ Whitaker, R.: Ob. cit. (1). p. 34.
- ⁵⁰⁻⁵¹ *Ibíd.*
- ⁵² *Ibíd.*, p. 35.
- ⁵³ *Ibíd.*, p. 36.
- ⁵⁴ *Ibíd.*, p. 37.
- ⁵⁵⁻⁵⁷ Pangle, Thomas: “The Spirit of Postmodern Politics”, Jan. 1, 2000. En: http://www.aei.org/include/news_print.asp?newsID=17939
- ⁵⁸⁻⁶⁹ Will, George F.: “The Cultural Contradictions of Conservatism”. En: http://www.aei.org/news/newsID.6134/news_detail.asp
- ⁷⁰ Roosevelt, Theodore y Harry Cabot Lodge: “To E. K. R.”. En: *Hero Tales from American History*, The Century Co., 1895, pp. ix-x.



CAPÍTULO 5

TRILLING, STRAUSS & WOHLSTETTER, S.A

“Los dos pensadores que han tenido el mayor impacto en la formación de mi pensamiento han sido Lionel Trilling, en los 40, y Leo Strauss, en los 50. El primero, un liberal; el segundo, un conservador: ambos esencialmente escépticos”.¹

La confesión de Irving Kristol —el Mesías del neoconservatismo en los Estados Unidos—, pone sobre el tapete una cuestión importante: la de la filiación filosófica del propio movimiento neocon, su adscripción a una determinada escuela de pensamiento que da coherencia a las posturas de miembros tan disímiles y pertenecientes a generaciones tan diversas como las que lo componen.

Esta declaración de Kristol alumbrá zonas oscuras de los orígenes del pensamiento neocon y de su decidida vocación por la publicística sazónada con frases ingeniosas extraídas de la literatura moderna. La ligera envoltura poética de sus conceptos habituales se diferencia de la densidad del enfoque sociologista o economicista clásico. Que sean agradables al paladar, no necesariamente les otorga un mayor fundamento.

Para compensar la ligereza de Trilling, “[...] crítico literario elegante”² —según arrobada declaración de Kristol—, nada mejor que utilizar como lastre la pesadez de Strauss, “[...] un poderoso filósofo germano de la política”.³

De semejantes padres tan opuestos no podía surgir, como no surgió, nada diferente a una criatura apta para servir de festín a Sigmund Freud. Veamos qué aportaron a Kristol, según sus propias palabras:

Recuerdo vívidamente mi primera lectura de los ensayos de Trilling publicados en *Partisan Review* reunidos luego bajo el título de *The Liberal Imagination*. Me impactaron con la fuerza de una revelación. Sin haberlos leído, hubiese

podido imaginar que los escritores modernos, al estilo de D. H. Lawrence, T. S. Eliots, W. B. Yeats, Franz Kafka y Faulkner, tenían una visión incompatible con la que predominaba entre los círculos liberales y socialistas intelectuales de New York, que eran para mí como el Sanedrin* de la sabiduría y la sensibilidad. “Lo moderno” se mostraba como algo sumamente complejo: la sensibilidad artística y la razón política estaban en conflicto, o dicho de otra forma, la metafísica de la vanguardia artística moderna estaba en conflicto con la *metafísica* de la política “progresista” moderna [...]. Comprendí que ninguna política era viable si su propia cultura le era radicalmente subversiva. Mi parte “neo” se sintió fortalecida.⁴

Lo que de Trilling actuó sobre Kristol con la fuerza arrasadora de una revelación fue la afirmación de que las vanguardias artísticas y las vanguardias políticas podían no coincidir, incluso, estar enfrentadas a muerte. Visto en su contexto, Kristol intuyó que existía una brecha sutil que podía servir para los fines que se había trazado, y que le habían sido trazados por sus patrocinadores, siendo como era, tal y como le gustaba denominarse, “un guerrero de la Guerra Fría”.

Hay mucho de arrogante manipulación, de cumplimiento de una agenda política preconcebida en el enfoque neoconservador que Kristol y sus seguidores han hecho de la literatura, desde entonces. El objetivo se ha alcanzado, al menos, de manera transitoria, aunque no debe pensarse que solo por el esfuerzo neocon: desgajarla de su condición de secular rebeldía crítica ante el poder, las injusticias y desigualdades; llevarla al punto muerto en que se halla, en plena luna de miel con los poderes establecidos; prostituirla, convirtiéndola en mera maquila reproductora de los modelos de vida y valores conservadores que se importan de Occidente para obligado consumo mundial.

Al ser entrevistado por Harry Kreysler dentro del programa “Conversando con la Historia”, de la Universidad de Berkeley,

* Tribunal supremo de los judíos, establecido en la época de los Macabeos. Estaba compuesto por 71 miembros y era presidido por el *nasi* (príncipe).

Norman Podhoretz coincidió con Kristol en su valoración sobre la influencia de Trilling en la conformación literaria del movimiento neocon.

Tras reconocer que Trilling les enseñó que la ambición era una condición de carácter admirable, y que la honestidad intelectual tenía el más alto valor, Podhoretz afirmó:

Uno no es el ventrílocuo de los demás. Lo que tengas que decir puede no ser de lo más importante ni interesante, de hecho, muchos escritores temen que lo que escriben no tenga gran significación por lo que intentan imitar a otras voces. Pero lo que aprendí de Trilling, y en lo que creo fervientemente, es que cuando vayas a escribir debes ser tú mismo, y no otra persona.⁵

Esta afirmación en boca de Zola o Víctor Hugo, de Hemingway o Saramago no causaría extrañeza, pero en boca de Podhoretz o Kristol, voceros de las grandes corporaciones conservadoras de los Estados Unidos, no pueden menos que provocar una piadosa sonrisa, la de un escepticismo que no viole las reglas de urbanidad. A fin de cuenta, se trata de personas mayores, y lo que está de moda es lo políticamente correcto.

Lionel Trilling fue, según la página web del Columbia College, “[...] el crítico más famoso de esa institución, tanto como Mark Van Doren fue su más famoso autor”.⁶ La razón que hizo de Trilling “[...] uno de los intelectuales públicos más famosos del siglo, reside en sus investigaciones, tanto como en su crítica literaria dirigida a una amplia audiencia”.⁷ Su influencia se debe también a un factor nada despreciable que se puede hallar en casi todos los currículos de sus continuadores neocons: el ejercicio de la docencia universitaria. “En Columbia –se confirma en la web ya citada– Trilling es recordado como un profesor muy entregado, con un especial compromiso para con la docencia de pre grado. No era raro, debido a su reputación, que estudiantes de todo tipo viniesen a Columbia para tomar las clases de Trilling”.⁸

Trilling comenzó sus estudios en Columbia en 1921, y se graduó como Bachiller en Artes, en 1925, Máster en Artes, en 1926, y Doctor en Filosofía, en 1938. A principios de los 30 ya era profesor,

siendo reconocido desde el inicio como una de las mentes más agudas, aunque también más iconoclastas de la institución. Fue también profesor, junto a Jacques Barzun, de la asignatura Coloquio sobre libros importantes, antes de dedicarse a la enseñanza de otra signatura conocida como Humanidades A.

Sus novelas y cuentos, al estilo de *Middle of the Journey* (1947) y *Matthew Arnold* (1939) no le dieron la fama nacional que logró con sus numerosos ensayos críticos. Escribió regularmente para *Partisan Review*, y publicó los siguientes volúmenes de ensayos: *The Liberal Imagination* (1950), *The Opposing Self* (1955, reeditado en 1979), *A Gathering of Fugitives* (1956), *Sincerity and Authenticity* (1972) y *Beyond Culture* (póstuma, 1979). También con este carácter se publicó *The Moral Obligation To Be Intelligent*, editado por L. Wieseltier, en el 2000. Se considera que su obra ensayística combina lo social, lo psicológico y lo político con la crítica y la investigación literarias, una escuela que cuenta entre sus seguidores a Podhoretz y Kristol, entre otros.

“Fue una de las personas que creó el clima intelectual en el cual nos movemos –dijo tras su muerte Steven Marcus, su compañero de 48 años en Columbia–. Él hizo que este pareciese parte de la naturaleza, antes que de la cultura”.⁹

Debe recordarse que el clima intelectual con el cual tuvo que lidiar la crítica literaria de Lionel Trilling no era, precisamente, el que le hubiese gustado. La apreciación que hace Marcus de su esfuerzo por construir un ambiente más acorde con sus ideas lo retrata de cuerpo entero, como una especie de precursor de quienes nadan a contracorriente, especialmente cuando esto se hace hacia la orilla derecha. Al crítico Trilling le tocó debutar nada más y nada menos que teniendo como compañeros de clima intelectual a los escritores y poetas de la calificada por Gertrude Stein como la “Generación Perdida”.

Solo teniendo en cuenta los rasgos filosóficos e ideológicos dominantes en la época, se puede aquilatar lo que Trilling realizó con su obra crítica; que esta haya sido y sea tan reverenciada por los neocons en su carácter de precursora, y que se le pudiese considerar en Columbia como “un iconoclasta”: era la época que siguió al fin de la Primera Guerra Mundial caracterizada por la rebelión contra el orden social establecido, contra las convenciones de todo

tipo, incluyendo las sexuales y las estéticas, y el deseo de establecer un nuevo orden, un arte nuevo. Oponerse a ello, como hizo Trilling, debió ser tan radical y estridente como promoverlo.

A partir de los 20 –y al propio tiempo que Trilling ingresaba en Columbia –los escritores al estilo de James Branch Cabell, Henry Miller, Hemingway, Scott Fitzgerald, William Faulkner, Thomas Wolfe, John Dos Passos, Steinbeck y E. E. Cummings, entre otros, tenían en común la desilusión y la oposición a lo existente, el abandono de los clichés románticos por un realismo extremo; lleno de simbolismos y mitos; además de un lenguaje franco, hiriente, casi obsceno, influenciado por la psicología y la teoría marxista.

A pesar de la mitificación de los neocons, Trilling no fue el único que se opuso a los nuevos aires que soplaban en su época. Lo hicieron también, en la poesía, Conrad Aiken, Sara Teasdale, Edna St. Vincent, Vincent Millay y Elinor Wylie, y más adelante, Wallace Stevens y William Carlos Williams; en la novela, Willa Cather; en el ensayo, E. B. White; y en el cuento, Anne Porter y Jean Stafford. Es más, la poesía en los Estados Unidos, tras la Primera Guerra Mundial, continuó dominada por el aristocrático estilo intelectual de T. S. Elliot y Ezra Pound, creadores de una nueva especie de clasicismo que influyó en la propia crítica y en los críticos literarios posteriores, entre ellos, H. L. Mecken, Edmund Wilson, Malcolm Cowley, Lewis Mumford, Van Wyck Brooks, John Crowe Ransom, Yvor Winters, Allen Tate, R. P. Blackmur, Penn Warren, Cleanth Brooks y... Lionel Trilling. En consecuencia, ni por su oposición a los nuevos aires, ni por reflejarlo en la obra crítica, Trilling puede considerarse precursor o excepcional.

Tampoco el enfoque metodológico de la crítica de Trilling fue original: lo compartió, según *The Columbia Electronic Encyclopedia*, con Cleanth Brooks y Allan Tate. Se caracterizó por su “[...] técnica de lecturas cerradas, que ignoraba los condicionamientos biográficos e históricos, [...] reviviendo la noción del poema como objeto artístico autónomo”.¹⁰ Para aquilatar lo que esto significó, más como crítica literaria reaccionaria y conservadora, que como actitud iconoclasta, baste señalar que lo nuevo eran entonces los enfoques psicológicos y antropológicos en la crítica, condicionados por la influencia freudiana y marxista.

¿O precisamente por ello, los astutos críticos que adversaban este enfoque, al estilo de Trilling, se autoproclamaron “nuevos”?

En abril de 1999, el Board of Modern Library de Random House hizo pública su selección de los 100 mejores libros de no ficción, en lengua inglesa, publicados en el siglo xx.¹¹ En esta interesante y exigente lista aparece la obra más reconocida de Trilling, *The Liberal Imagination* que ocupó la posición 56, después de *Darkness Visible*, de William Styron, y antes de *The Second World War*, de Sir Winston Churchill. Por su parte, en una selección de *IC Books Rewiew*, compilada por el Dr. Enrico Peppe, y titulada “IC’s Top 25 Philosophical and Ideological Conservatives Books”,¹² el mismo libro de Trilling obtiene el lugar 14, después de *William F. Buckley Jr., Patron Saint of the Conservatives*, de John B. Judis, y antes de *The Guilty Conscience of a Conservative*, de Craig Schiller. En el primer listado no se incluye ninguna obra de Leo Strauss; en el segundo, y en el puesto 25, se encuentra *Natural Right and History*, de este autor.

No hay dudas de que Trilling figura entre los arcángeles mayores del retablo neocon, y que sus obras, y el uso que de ellas se ha hecho, abonaron el camino de un movimiento que llega hasta el presente. Analicemos algunas de las ideas que contiene *The Liberal Imagination* para explicarnos semejante devoción.

En la reseña que hace el Dr. Peppe del libro, se comienza por citar las palabras que Trilling escribió para el prefacio, y que ilustran suficientemente bien su punto de partida:

En los Estados Unidos, actualmente, el liberalismo no es solo la tradición intelectual dominante, sino la única existente. A ello se debe el hecho comprobado de que no circulen las ideas reaccionarias o conservadoras. Las tendencias conservadoras y reaccionarias no se expresan hoy mediante ideas, sino a través de actitudes mentales airadas que intentan semejarse a las ideas.¹³

Los ensayos de Trilling intentan profundizar (¿para desmitificar?) los iconos y arquetipos liberales y las ideas centrales que los expresan, por eso pasa del análisis de la obra de V. L. Parrington—historiador cultural, autor de un clásico en tres volúmenes, ganador de un Pulitzer, titulado *Main Currents in American Thought*, de enorme

influencia en los círculos liberales de los 30–, a la de Sherwood Anderson –autor de siete novelas y otros libros sobre el americano común–, para alcanzar su mayor agudeza en los ensayos dedicados a Freud, el *Kinsey Report*, estudio estadístico de 1948 que desmentía las imágenes puritanas idealizadas sobre la sexualidad de los norteamericanos, y la revista *Partisan Review*, creada en 1933 por William Phillips y Phillip Rahv, compañera de viaje de los intelectuales liberales, quien como estos, oscilaba intermitentemente entre la izquierda y la derecha. Según el Dr. Peppe, a pesar de que tales críticas dicen concentrarse en lo socio-cultural, es apreciable en ellas que “[...] lo político y lo sociológico germinan como si fuesen el centro de la interpretación”.¹⁴

No es de extrañar: esto último, debe ser considerado el sentido profundo de la crítica “literaria” de Trilling a la imaginación liberal. En ello radica su actualidad y vigencia perfectamente intuida y exaltada por los neocons. Con no menos agudeza, el Dr. Peppe reconoce que “[...] cada página de ese libro refuerza en el lector la percepción de que [Trilling] es el jefe de la crítica para reformar al liberalismo, o lo que es lo mismo, para inclinarlo a la derecha”.¹⁵

El Dr. Peppe no escapa a la tentación de citar a Damon Linker cuando, el 28 de agosto de 2000, en *The New Republic*, reseñó la compilación que de la obra de Trilling hiciese Leon Wieselter, en la que destaca el papel jugado por el crítico en la reformulación de la cartografía ideológica de su época y su país:

La obra de Trilling –escribe Linker– se hace notoria por el papel que jugó en la historia intelectual norteamericana del siglo xx. Trilling estuvo entre los primeros y los pocos intelectuales de New York que se distanciaron del socialismo trotskista que llegó a ser dominante en *Partisan Review*, en los 30. Por su disposición, antes que por sus convicciones políticas, Trilling fue el primer neoconservador.¹⁶

El Dr. Peppe acota, con certera puntería: “La influencia de Trilling sobre Kristol, Podhoretz y los otros de New York, fue enorme. Sin aquellos ‘Intelectuales de New York’, no habría hoy movimiento neocon”.¹⁷

Existe un documental de Joseph Dorman, producido en 1997 por Riverside Productions y titulado *Arguing the World* que recoge la trayectoria de aquel grupo de intelectuales neoyorkinos, al cual hay que regresar, una y otra vez, para entender el surgimiento del movimiento neocon y la evolución de la intelectualidad norteamericana, desde principios de siglo, hasta el presente. Dedicado a la vida de Irving Howe, Irving Kristol, Daniel Bell y Nathan Glazer –grupo que se nucleó inicialmente alrededor de *Partisan Review*–, el filme exalta lo que los productores consideran “el primer grupo de intelectuales críticos influyentes surgido de la clase obrera de los Estados Unidos”,¹⁸ la segunda generación intelectual neoyorkina que en los 30 del siglo xx, nacidos en el seno de familias humildes de emigrantes judíos este-europeos “[...] formaron un oscuro círculo donde las políticas radicales y las vanguardias culturales se unían”.¹⁹

La lista de los 58 pensadores y artistas pertenecientes a esas tres generaciones es impresionante por la huella e influencia dejada tras de sí, aunque con signos ideológicos dispares. A la generación inicial, surgida a finales de la década del 20 y principios del 30, conocida como la de “Los Ancianos”, junto a Phillip Rahv, William Phillip y Hanna Arendt, entre otros, aparece el nombre de Lionel Trilling.

Para entender la significación exacta de la ruptura protagonizada por estos “ancianos” en el ambiente liberal de izquierda reinante en New York y otros centros intelectuales de los 30, baste decir que la derecha conservadora, arrinconada y a la defensiva entonces, supo aprovechar, con sagacidad y olfato político, los crímenes del stalinismo, y entre ellos uno de los mayores, por no decir el más grave y el que ha proyectado una sombra más tenaz sobre la idea socialista, hasta hoy: el de separar brutalmente a la vanguardia artística de la vanguardia política. Este nuevo aire para los conservadores reaccionarios fue el más espléndido regalo que pudo hacer Stalin a sus encarnizados enemigos de clase, y lo más grave: sin tener la conciencia ni la cultura para entenderlo.

La nueva derecha intelectual, de la que era “adelantado” Trilling, supo escoger su campo de batalla. Por ello se refugió en la literatura, y más específicamente, en la crítica literaria. Pero aquella derecha, aún vergonzante, camuflada bajo la crítica a la “imaginación liberal”, comenzó con Trilling y su círculo neoyorkino por diferenciarse de la derecha tradicional, y de la izquierda socialista,

a través de la cual pasó, incontaminada, pero contaminante, como una estrella fugaz.

¿Cómo lo logró?

Para explicarlo, el Dr. Peppe recurre a lo escrito por M. H. Abrams:

La Segunda Guerra Mundial, y especialmente la desilusión con el comunismo soviético que siguió a los procesos de Moscú, motivados por supuestas traiciones a Stalin, tanto como la firma del pacto con Hitler, en 1939, terminó con el radicalismo literario de los años 30 [...]. Durante algunas décadas el *New Criticism*, dominado por los escritores conservadores sureños, los Agrarios, tipificó la tendencia crítica prevaleciente que buscaba aislar a la literatura de la sociedad [...].

Críticos influyentes, como Edmund Wilson, Lionel Trilling, Philip Rahv, Alfred Kagan e Irving Howe, conocidos como “New York’s Intellectuals”, continuaron, a través de los 60, analizando las obras literarias en el contexto de la vida de sus autores, y en función de la significación moral e imaginativa de las obras y de las consecuencias que provocaban en la sociedad.²⁰

A diferencia de la Vieja Derecha, el nuevo enfoque de Trilling y sus amigos neoyorkinos preocupa al Dr. Peppe, intentan controlar la propiedad, la libertad, y la paz, o sea, todo el imaginario burgués. A nadie debe extrañar, en consecuencia, las tendencias totalitarias que exhibe —elitistas rayanas en la devoción a un sistema de castas que es, en sí mismo, la negación de la democracia—, ni la arrogancia del pensamiento neocon, versión extrema de aquellas ideas literarias de Trilling, y de otras no tan literarias, como cuando expresó: “Nosotros, como liberales y progresistas, sabemos que los pobres son nuestros iguales en todo sentido, excepto en el de ser iguales a nosotros”.²¹

En cuanto a sus diferencias con la tradición socialista y trotskista, de la que, supuestamente procede también Trilling, vale la pena detenerse un poco, pues semejante origen se atribuye también a otros destacados neocons, que se reputan como sus descendientes y continuadores.

Una interesante polémica motivada por un artículo de Vicky Peláez aparecido el 20 de mayo de 2003 en *El Diario*, de New York bajo el título “De la revolución permanente a la conquista permanente”, permite profundizar en la alegada conexión trostkista o en el supuesto pecado original de izquierda del movimiento neocon.

“Alumnos dilectos de Strauss fueron Paul Wolfowitz y Abram Shulsky –escribe Vicky Peláez–. También Stephen Cambone y William Kristol, alumno este último de otro alumno de Strauss llamado Harvey Mansfield [...]”.²²

Para demostrar el nexo con el trostkismo, Vicky Peláez cita a Frances Stonor Saunders, quien escribió en su libro *La CIA y la Guerra Fría Cultural*, que los padres de muchos de los actuales neocons fueron militantes trostkistas antiestalinistas, en los años 30 y 40; formaron parte de los movimientos anticomunistas liberales de los 50, 60 y 70, para convertirse luego en neoconservadores, al transformar la Teoría de la Revolución Permanente en Teoría de la Conquista Permanente, basados en Strauss, para convertirla luego en Expansión Permanente, al llegar al poder.

Tres días después de haber sido publicado este artículo, Bill Vann lo sometió a fuerte crítica en el *World Socialist Web Site*, órgano del Comité Internacional de la Cuarta Internacional, mediante una reseña titulada “Las raíces históricas del neoconservatismo: réplica a un calumnioso ataque contra el trostkismo”.

Rechazando las acusaciones de que existió semejante conexión, y que esta fue propiciada por la CIA y el gobierno de los Estados Unidos en su lucha contra la URSS y el comunismo, Vann aporta los siguientes elementos:

– No existen evidencias de que los Estados Unidos hayan propiciado la difusión de las ideas del movimiento trostkista:

El Embajador norteamericano en Moscú, Joseph Davies, apoyó los procesos mediante los cuales líderes, como Trotsky, fueron juzgados en ausencia [...].

A Trotsky se le negó asilo en numerosos países, entre ellos, los Estados Unidos [...]. Tampoco se permitió, en 1940, tras su asesinato, celebrarle funerales en territorio norteamericano.²³

- El movimiento trostkista norteamericano jamás fue beneficiado ni tolerado por las autoridades: “18 de sus líderes fueron encarcelados bajo el Acta Smith, los primeros en sufrir tales penas anticomunistas [...]. A otros [...] se les amenazó con la deportación.”²⁴
- “Existen amplias evidencias de que el FBI y la CIA han espionado y espían a los trostkistas norteamericanos”.²⁵
- En 1949, lo que se celebró en el Waldorf Astoria con el apoyo de la CIA no fue un congreso trostkista, sino un encuentro de intelectuales promovido por Aaron Copland, Arthur Miller, Norman Mailer y Lillian Hellman, entre otros.
- El único nexo existente entre el actual movimiento neoconservador y el trostkismo:

[...] debe buscarse en la lucha política que se desarrolló, hace seis décadas, en el interior del trostkismo. Y, particularmente, en la carrera de dos individuos concretos: Max Shachtman e Irving Kristol [...]. En 1939, este último se unió a la “Young People’s Socialist League”, que estaba afiliada al partido trostkista [...]. Pronto el joven Kristol gravitó hacia una tendencia pequeño-burguesa dentro del partido, liderada por James Burnham y Max Shachtman [...]. Poco antes de su muerte, el propio Trotsky llevó a cabo una intensa lucha política contra esos elementos.

[...] La documentación de ese proceso se halla en el volumen titulado *En defensa del Marxismo*.²⁶

Los seguidores de Burnham y Shachtman repitieron su trayectoria hacia la derecha “[...] rechazando el socialismo, pidiendo una agresión atómica contra la URSS, [...] apoyando la agresión contra Corea, [...] asesorando a la anticomunista AFL-CIO y a la Secretaría de Estado, [...] apoyando la Guerra de Vietnam y el sionismo [...]”.²⁷ La relación de tales elementos con Shachtman:

[...] no fue resultado de la conexión de este con el trostkismo, sino de la aceptación de su línea de anticomunismo, militarismo y sionismo [...]. No cabe duda de que Shachtman y Kristol usaron las habilidades políticas logradas dentro del

movimiento marxista para servir luego a la causa de la reacción [...]. El destino de ambos lo único que demuestra es la vigencia y significación de la lucha del marxismo contra el oportunismo.²⁸

Por mucho que se desvelase por cuestiones relacionadas con la crítica literaria, Trilling fue un anticomunista militante. Por ese, y no por otro rasgo, es que ha sido canonizado y exaltado al altar neocon. El propio Kristol, en su libro ya citado, no titubea en afirmarlo:

Todos los que formaban parte de la comunidad intelectual anticomunista de New York compartían similares experiencias. Muchos de ellos se convirtieron [luego] en gente famosa y distinguida: Diana y Lionel Trilling, Daniel Bell, Mary McCarthy, los editores de *Partisan Review* [...]. En la primera década posterior a la Segunda Guerra Mundial su fama y distinción se limitaban, al igual que su talento, a un círculo muy pequeño de personas [...].

Por cerca de dos décadas el anticomunismo liberal fue un movimiento minoritario entre los intelectuales.²⁹

Cabría preguntar, ¿gracias a qué milagroso proceso, en apenas unos años, este movimiento se ha convertido, no solo en el más visible dentro del panorama intelectual de los Estados Unidos, sino también en rico y poderoso, fungiendo como la retaguardia ideológica del propio gobierno, y como religión laica del Imperio?

Esto no puede explicarse de otra manera que remitiéndonos a su utilidad: sencillamente es aceptado y promovido por las corporaciones y sus tanques pensantes, y por las agencias de inteligencia que actúan como Ministerio de las Ideas en los Estados Unidos porque es un movimiento que les resulta útil, cómodo, manuable, leal. De ahí a formar gobierno resta un solo paso: Reagan, Bush Sr. y Bush Jr. lo comprendieron.

Si la influencia de Lionel Trilling es palpable dentro de los neocons, mucho más lo es la de Leo Strauss.

La “proeza” intelectual atribuida a Strauss, y que hace de sus ideas filosóficas y políticas una especie de Arca de la Alianza

neocon, puede hallarse descrita en las siguientes palabras de Kristol:

Los escritos de Leo Strauss han sido extraordinariamente influyentes en los Estados Unidos. Su análisis acerca de los elementos destructivos que actúan desde el interior del liberalismo (análisis que fue popularizado por sus alumnos y los alumnos de sus alumnos), transformó el tono del discurso público del país. ¿Quién hubiera imaginado, treinta años atrás, que en 1995 la tercera parte del público americano se proclamaría “conservador”, que apenas el 17% se reconocería como “liberal”, y el resto, afirmarían ser “moderado”? Haber llevado el liberalismo contemporáneo a la situación de desprestigio que hoy ostentan sus concepciones, entre ellas, la visión simplista de la naturaleza humana, su filosofía social utópica, y su ánimo secularista contra la religión, es un triunfo nada despreciable.³⁰

Comparando estas declaraciones de Kristol sobre Leo Strauss con las de otros neocons ilustres, como por ejemplo Paul Wolfowitz, se aprecia una divergencia: mientras unos elevan por las nubes el papel jugado por Strauss como precursor del movimiento, otros tratan de demostrarnos, con enorme vehemencia, lo absurdo de estas afirmaciones, llegando casi a convencernos de que jamás existió, que se trata de un mito urbano más, y que quienes lo invocan lo hacen siguiendo el ritual y el dogma con que los fieles conjuran a las deidades en las que creen.

[Hablar de la “conexión straussiana”] es un producto de mentes calenturientas, incapaces de entender que el 11 de septiembre cambió muchas cosas, incluyendo la manera en que debemos enfocar al mundo –ha declarado Wolfowitz a Sam Tannenhaus, en entrevista del 20 de septiembre de 2003–. Dado que esas personas se niegan a confrontar esta realidad, apelan a todo tipo de teorías conspirativas para explicarlo. Yo tomé dos “terroríficos” cursos de postgrado con Leo Strauss: uno sobre Montesquieu y el espíritu de las leyes, que me ayudó a entender mejor nuestra Constitución;

el otro sobre las leyes en Platón. La idea de que esto tiene algo que ver con la política exterior de los Estados Unidos es risible.³¹

Pero muchos no comparten tan candorosas afirmaciones de Wolfowitz, y enarbolan, al menos, una certeza incontrovertible: Leo Strauss existió.

Según David Mc Bryde, uno de sus biógrafos, Leo Strauss nació el 20 de septiembre de 1899 en Kirchnain, Hesse, Alemania, en el seno de una familia judía ortodoxa. En 1905 comenzó sus estudios primarios en su pueblo natal. Tras la preparatoria entró, en 1912, al Gymnasium Philippinum, en Marburgo, donde entró en contacto con el pensamiento humanista alemán.

“En el Gimnasio leía furtivamente a Schopenhauer y Nietzsche –se dice de aquellos años–. Al cumplir los 16 expresó su decisión de dedicar su vida a criar conejos y leer a Platón, aspirando a convertirse en cartero rural. [...] A los 17 se adhirió al sionismo político. Concluyó el Gimnasio en 1917”.³²

Ingresó en la universidad ese mismo año, en su curso de verano, pero tuvo que interrumpir sus estudios para servir en el ejército alemán, y fue destinado como intérprete a la ocupada Bélgica, entre julio de 1917 y diciembre de 1918. Continuó estudios de Matemática, Filosofía y Ciencias Naturales en las universidades de Marburg, Frankfurt del Meno, Berlín y Hamburgo, y alcanzó el título de Doctor en Filosofía. En Marburgo estuvo bajo la influencia de la Escuela Neokantiana fundada por Hermann Cohen, “[...] quien sobrepasaba a todos los demás profesores de Filosofía germanos entre 1871 y 1925, por el fuego y poder de su alma”,³³ según palabras del propio Strauss.

A pesar de esta devoción, el joven Strauss nunca se encontró con su admirado mentor, quien murió en 1918, en Berlín, dejando tras de sí una escuela neokantiana marburguesa a punto de desintegrarse, y la enseñanza, nada despreciable, de que la fe judía debía ser vivida con intensidad y fervor. La escuela filosófica dominante que sustituyó a la neokantiana fue la fenomenológica fundada por Edmund Husserl.

A los 22 años, un imberbe Strauss neokantiano fue presentado a Husserl quien le resumió sus diferencias con Cohen en pocas pala-

bras: “La Escuela de Marburgo comenzó por el techo. Yo he comenzado por los cimientos”.³⁴ A pesar de eso, Strauss no resultó convencido, y llegó a la conclusión de que “[...] tanto Cohen como Husserl pertenecían al mismo mundo de la preguerra. Más acorde con el mundo de postguerra estaba el resurgimiento de la Teología, asociada a los trabajos de Karl Barth”.³⁵ Sobre Strauss influyó notablemente, en este período, el renacimiento de la teología judía, vinculada a las investigaciones de Franz Rosenzweig.

En la Universidad de Marburgo, Strauss frecuentó a estudiantes, profesores y bibliotecarios de la talla de Jacob Klein, filósofo de las matemáticas, y Hans George Gadamer. En 1921 se trasladó a la Universidad de Hamburgo, donde se doctoró con la tesis “La epistemología en la filosofía política de F. H. Jacobi”, bajo la tutoría de Ernest Cassirer. Strauss reconocería, más adelante que “[...] entre mis 22 y 30 años estuve completamente dominado por Nietzsche”.³⁶

En 1922 se trasladó a la Universidad de Freiburg para un curso postdoctoral de un año bajo la dirección de Husserl, que no fue de su interés por el acento teológico. En cambio, el impartido por Julios Ebbinghaus captó enseguida su devoción, pues estaba dedicado a las doctrinas sociales de la Reforma y la Ilustración. “Fue la primera vez que se puso en contacto con las teorías de Hobbes —diría su biógrafo—, lo cual influiría en él de manera decisiva”.³⁷

De aquel período, Strauss recordaba también sus relaciones con Martin Heidegger, miembro del grupo de Husserl. De Heidegger le impresionó “[...] la precisión e intensidad con que interpretaba un texto filosófico, especialmente la *Metafísica* de Aristóteles”.³⁸ Pero quien influyó más notablemente sobre él, por aquellos días, al igual que ocurría con el resto de su generación filosófica, fue Max Weber, debido a “[...] su intransigente devoción a la honestidad intelectual, y su apasionada defensa de las ideas de las ciencias”.³⁹ A pesar de ello, Strauss siempre consideró a la filosofía husserliana superior a la weberiana.

En Giessen, Marburgo y Berlín, Strauss recibió también cursos de Historia. Por entonces sostuvo una reunión con Vladimir Jabotinski, líder de la línea dura, revisionista, dentro del sionismo, quien le reprochó por no combinar, consecuentemente, las lecturas religiosas y filosóficas con el entrenamiento con rifles.

De 1922 a 1924 se vinculó con la Escuela Judía Libre de Frankfurt, que dirigía Rosenweig, impartiendo cursos sobre Cohen, Maimónides, Platón, Spinoza, y la teoría política del sionismo. Por su destacada labor, fue invitado por Julius Guttman a impartir cursos en la Academia de las Ciencias Judías de Berlín, y a investigar sobre la filosofía hebrea. Allí, entre 1925 y 1928, escribió su primer libro, dedicado al *Tratado teológico-político* de Spinoza, que fuera publicado en 1930.

Los estudios sobre Spinoza, Hobbes y Maimónides de Strauss lo condujeron hasta el umbral de Carl Schmitt, quien fue decisivo con su recomendación para que se concediera a Strauss una beca de la Fundación Rockefeller, en Alemania, para investigaciones sobre la filosofía medieval judía y árabe. A finales de 1932 se encontraba en París realizando sus investigaciones. En 1933 le prorrogan la beca Rockefeller y se traslada a Londres para iniciar estudios sobre Hobbes.

De 1928 a 1932 escribe su segundo libro dedicado a Maimónides, que no se publicó hasta 1935. En 1936 publica uno de sus textos más importantes, *The Political Philosophy of Thomas Hobbes* (Clarendon Press, Oxford). La Universidad de Cambridge le confirió su Premio Académico correspondiente al período comprendido entre 1936-1937. En el otoño de 1937 recibió la condición de Investigador en el Departamento de Historia de la Columbia University, en New York, por lo que se traslada a los Estados Unidos.

Strauss fue profesor del New School for Social Research, en New York, entre 1938 y 1948 donde impartió clases de Ciencias Políticas. En 1941 se convirtió en Profesor Asociado en Ciencias Políticas y Filosofía, y brindó conferencias en numerosos centros universitarios del país. Entre 1941 y 1948 escribió *Persecution and the Art of Writing*, publicado en 1952. En 1942 numerosos familiares de Strauss que habían quedado en Alemania fueron deportados a campos de concentración, donde murieron. En 1944 obtuvo la ciudadanía norteamericana y cuatro años más tarde (1948), concluye y publica *On Tyranny*. De 1949 a 1973, los años más fecundos de su carrera, Strauss fue profesor de la Universidad de Chicago. De 1949 a 1953 trabajó en su obra más famosa, *Natural Right and History*, que se publicó en 1953. De 1949 a 1968 impartió clases de Filosofía Política. También fue Profesor Visitante en la Universidad de Berkeley. Entre 1954

El Apocalipsis según San George

y 1955 se desempeñó de igual manera en la Universidad Hebrea, de Jerusalem, donde enseñó Filosofía y Ciencias Políticas.

Desde 1957 hasta su muerte, sus conferencias y seminarios comenzaron a ser grabados y transcritos gracias a los fondos aportados por sus estudiantes. Entre 1953 y 1957 escribe su libro *Thoughts on Machiavelli*, publicado en 1958. Entre 1962 y 1964 trabaja en *The City and Man*, publicada en 1964. En 1966 publica *Sócrates and Aristophanes*.

En 1965 recibe el título de Doctor Honoris Causa en Filosofía Política por la Universidad de Hamburgo. Al año siguiente recibió el mismo homenaje por parte del Hebrew Union College, de Cincinnati, por su contribución “[...] al desarrollo del pensamiento hebreo”.⁴⁰ A fines de 1967 se jubila en la Universidad de Chicago, incorporándose al Claermont Men’s College, en California.

En 1968 publica *Liberalism Ancient and Modern*. En 1972 concluye su *Xenophon’s Socratic Discourse*. Entre 1967 y 1973 trabajó en *Studies in Platonic Political Philosophy*, que no fue publicado hasta 1983.

El 18 de octubre de 1973, Leo Strauss murió de neumonía y fue sepultado en el cementerio de Knesseth Israel Synagogue, Annapolis. A petición de sus familiares y amigos, el Salmo 114 se leyó en sus funerales. Un fragmento de su texto ayuda a entender mejor a este hombre, a su obra, y a las acciones de sus sucesores neocons, pues en él no se habla de la piedad, sino de la fuerza:

Cuando salió Israel de Egipto,
La casa de Jacob del pueblo extranjero,
Judá vino a ser su santuario,
E Israel su señorío.
El mar lo vio, y huyó;
El Jordán se volvió atrás
Los montes saltaron como carneros,
Los collados como corderitos.
[...] A la presencia de Jehová tiembla la tierra
A la presencia del Dios de Jacob...⁴¹

Al recorrer la trayectoria de Strauss salta a la vista que fue un profundo conocedor de la Filosofía clásica oriental y occidental,

un devoto investigador de sus nexos con la política, y un activo creyente judío. Ninguna de tales certezas alumbró lo suficiente las esencias de su pensamiento ni por qué ejerce tanta influencia, a treinta años de su desaparición, sobre hombres que tienen en sus manos un inmenso poder.

Existe una página web oficial de los fervientes seguidores de Strauss (straussian.net). En ella se encuentra un interesante y muy útil resumen del pensamiento straussiano, bajo el título “What is the Straussian Political Philosophy?”, que nos permite un primer acercamiento a su actualidad y vigencia:

Lo que distingue al straussianismo en el terreno de la Filosofía Política es:

- 1- El retorno a un tratamiento serio de los “viejos textos”, leyéndolos cuidadosamente, intentando entender a sus autores, antes que a lo que se dice de ellos en la historia.
- 2- El reconocimiento de la naturaleza política de la Filosofía, y del hecho de que la mayoría de los filósofos hayan escrito sus obras con este objetivo.
- 3- El reconocimiento de que los grandes pensadores de todos los tiempos han dotado a sus enseñanzas con un doble sentido, el esotérico, y el exotérico, para preservarlas de persecuciones, o para destinarlas solo a los más receptivos. Esto obliga a desentrañar las enseñanzas esotéricas de los grandes filósofos, siguiendo las pistas que dejaron en sus obras.
- 4- El reconocimiento de los peligros que entrañan el historicismo, el relativismo, el eclecticismo, el cientificismo y el nihilismo para la Filosofía y la cultura occidental y, en consecuencia, un esfuerzo por alejarla de tales influencias devastadoras mediante el retorno a los textos seminales del pensamiento occidental.
- 5- Cuidadosa atención al diálogo como método de desarrollo de la cultura occidental, a partir de dos puntos iniciales enfrentados: Atenas y Jerusalem. El reconocimiento de que la Razón y la Revelación, originadas en esos dos puntos de vista, son fuentes diferentes de conocimiento en la tradición occidental, y pueden ser utilizadas para apoyarse la una a la otra, no para refutarse mutuamente.

- 6- Examen constante de la distinción más drástica existente entre las escuelas filosóficas, la que las divide en Antiguas y Modernas; un intento por entender mejor a los filósofos de cualquier época en relación con esta distinción, y un intento por aprender todo lo que pueda ser de utilidad estudiando ambas épocas.⁴²

A leer las anteriores características del pensamiento straussiano, comprendemos por qué es tan socorrido en nuestros días: se trata de un pensamiento erudito, que envuelve con una cubierta glamorosa a ideas muy conservadoras. No solo somete a crítica, negándose a reconocer los aportes de las ideas derivadas de la propia evolución de la humanidad, especialmente todo lo que siguió a las revoluciones liberales-burguesas, sino que además recomienda releer a los clásicos para captar los mensajes esotéricos de sus doctrinas: esta relectura está vedada para el común de los mortales, reservada a círculos cerrados de elegidos.

¿Qué pasa cuando quienes creen estar entre los elegidos tienen en sus manos las riendas del gobierno de la mayor superpotencia de la historia?

Mi padre no era un político —escribió el 7 de junio de 2003 su hija, Jenny Strauss Clay, en un artículo del *New York Times* titulado “The Real Leo Strauss”—. Era conservador porque no creía que los cambios eran necesariamente para mejorar.

Leo Strauss creía en la dignidad intrínseca de la política. Creía en la democracia liberal, y la defendía, aunque no estaba ciego ante sus imperfecciones. Para él era la mejor forma de gobierno que pueda establecerse, “la mejor y última esperanza”.⁴³

Ocho años antes, Kristol había expresado una opinión sobre Leo Strauss que aunque no contradice la expresada por su hija, sí la matiza:

No era el intelectual tipo —escribe Kristol—. [...] Sus alumnos se hacen llamar “straussianos”, aunque prefieren ser

identificados como “políticos teóricos”. [...] Ellos, a su vez, han producido otra generación de políticos teóricos [los neocons], que se ha asentado en Washington, debido a que el mundo académico se ha vuelto más hostil al straussianismo.⁴⁴

La profesora canadiense Shadia Drury —una de las más reputadas investigadoras de las ideas y la práctica política de los neocons—, parece responderle a Kristol:

El problema de los straussianos es que son mentirosos compulsivos. [Strauss] sentía una profunda antipatía por el liberalismo y la democracia, y sus discípulos hacen todo lo posible por esconderlo. [...] La imagen de Leo Strauss como gran patriota americano, amante de la libertad y la democracia, es pura invención.⁴⁵

¿Cuáles son, en opinión de esta especialista, los aspectos impresionables de la teoría straussiana y que, a su vez, revelan su verdadera esencia?

- 1- La afirmación de que la verdad es muy difícil de aceptar por cualquier sociedad, y que quienes la porten sufren persecuciones, especialmente en las sociedades liberales.
- 2- Strauss y sus discípulos se creen portadores de la verdad, en consecuencia, padecen un notable complejo de superioridad y persecución.
- 3- Strauss no fue un enemigo de los Estados Unidos, sino de la libertad, en general.
- 4- La constante preocupación de Strauss por el secreto estaba en relación directa con el hecho de que tenía conciencia de que muchas de sus ideas estaban en contradicción con la modernidad liberal norteamericana. Mantener sobre ellas un denso velo de secreto resultaba la mejor manera de protegerlas y protegerse.
- 5- Las quejas constantes de los straussianos acerca de su hipotética exclusión y discriminación de la vida cultural y académica del país, como resultado de sus ideas, es absolutamente falsa.

Shadia Drury, afirma:

Los straussianos son el grupo más poderoso, más organizado y que dispone de mayores fondos entre los investigadores de Canadá y los Estados Unidos. Son los dueños indiscutidos de los fondos de los tanques pensantes de derecha, de las fundaciones y las corporaciones. Gozan también de la atención de los poderosos de la Casa Blanca. Nada daría mayor placer a Strauss, creyente convencido de que los intelectuales tenían que jugar un importante papel en la política.⁴⁶

- 6- Los intelectuales (de derecha, claro está) no deben ejercer directamente el poder, pues esto puede atraerles el odio de las masas, pero deben hacerlo aconsejando discretamente a los poderosos.
- 7- El tema fundamental de la filosofía de Strauss es la distinción que se establece entre filósofos antiguos y modernos:

En su opinión, los antiguos, como Platón, fueron sabios, mientras los modernos, como Locke y otros liberales, fueron tontos y vulgares. Los antiguos no compartían los tesoros de la verdad o la libertad con las masas, que no estaban preparadas para asimilarlos. Ellos creían que las sociedades necesitan de una elite de filósofos o intelectuales capaces de crear “nobles mentiras” para consumo de las masas. No es sorprendente que los antiguos no se inclinassen hacia la democracia.⁴⁷

- 8- A diferencia de los modernos, que creen en el derecho natural al disfrute de la libertad y que los seres humanos nacen libres e iguales, los antiguos niegan la posible existencia del derecho natural, tanto como la creencia de que todos nacen libres e iguales. En consecuencia, la condición humana no se expresa en la libertad, sino en la subordinación: el único derecho natural posible es el de la dominación de los fuertes sobre los débiles, de los superiores sobre los inferiores. Este es el tema central de su libro más conocido: *Natural Right and History*.

- 9- Los antiguos legaron a los superiores, según Strauss en su obra *On Tyranny*, el mandato de mantener en secreto “sus enseñanzas tiránicas”, debido a dos razones: la necesidad de no herir los sentimientos de las personas, y proteger a las elites de las represalias, pues, a pesar de todo, “[...] la gente no está dispuesta a admitir que está predestinada a la subordinación”.⁴⁸
- 10- El objetivo de los sabios superiores es “ennoblecere al vulgo”, no “[...] facilitarles el acceso a la libertad, la felicidad, ni la prosperidad”.⁴⁹ Este objetivo solo puede lograrse mediante “[...] el sudor, el trabajo y el sacrificio”.⁵⁰ La religión y la guerra “[...] elevan a los hombres de la condición animal en que los hunde el consumo burgués [...]”.⁵¹
- 11- El sentido profundo de esta concepción straussiana lleva al ascetismo, lo cual explica “[...] la atracción que ejerce sobre aquellos que tienen inclinaciones religiosas”.⁵²
- 12- Los discípulos de Strauss han abandonado el mundo académico en busca del poder político, no porque se les haya rechazado, sino:

[...] porque carecen de herramientas para desarrollar el debate académico [...]. El estilo secreto y esotérico de los escritos de Strauss es enemigo de las disputas filosóficas, en el interior de la academia [...]. Para ellos a la verdad se llega por intuición, por lo que quienes no comparten sus puntos de vista [el de los sabios y elegidos] no son dignos de ser tomados en cuenta.⁵³

- 13- Las ideas de Strauss, a fin de cuentas, no están preparadas para la vida académica, porque “aspiran a la acción”, o lo que es lo mismo, a ser llevadas a la práctica política. “El neoconservatismo, a diferencia del tradicional, que era cauto y moderado [...] es activo, agresivo y reaccionario: su objetivo final es hacer retroceder el reloj de la historia, y combatir a las revoluciones liberales y sus logros”.⁵⁴
- 14- Para Strauss y sus discípulos –al estilo de Irving Kristol o Allan Bloom, o de los discípulos de este último, como Francis Fukuyama–, los 60 fueron el origen de todo el mal que aqueja a la sociedad norteamericana actual, de su decadencia, expresada en la violencia, las drogas y el auge del crimen, “[...] por-

que el libertinaje engendra decadencia social”.⁵⁵ La mejor manera de salvar a los Estados Unidos de su “[...] fascinación nefasta por la libertad [que deriva siempre en libertinaje], según Kristol, es usando a la democracia para derrotar a la libertad, convenciendo a la gente de que la libertad termina en anarquía, conduce al crimen, las drogas, el homosexualismo, la ruptura de los vínculos familiares [...] con lo cual apoyarán, al final, a las políticas conservadoras”.⁵⁶

Shadia B. Drury concluye este recorrido por el lado oculto de la filosofía de Leo Strauss y sus seguidores con el siguiente llamado de alerta: “Es irónico que los neoconservadores norteamericanos hayan decidido conquistar el mundo en nombre de la misma libertad y democracia a las que nada los une”.⁵⁷

A nadie debe extrañar que los principios filosóficos strausianos sean perfectamente identificables en la base de la política exterior del actual gobierno bushista, desmintiendo las seráficas declaraciones de Wolfowitz, curiosamente, uno de sus artífices. El análisis que de ella hace Thomas G. West, del Claremont Institute, en su artículo “Leo Strauss and American Foreign Policy”, así lo demuestra, aunque afirme que “[...] dicha influencia sobre la administración [de Bush] ha sido muy exagerada”.⁵⁸ Vale la pena analizarla comparándola con la realidad:

- 1- “De acuerdo con Strauss –afirma West–, cada nación debe conducir su propia política exterior y no debe hacerla descansar sobre los organismos internacionales: Strauss era unilateralista, no multilateralista”.⁵⁹ Casualmente, de la misma manera en que se comporta hoy el gobierno de Bush Jr. con respecto a la ONU y otras agencias internacionales.
- 2- “De acuerdo con Strauss –comenta West–, el objetivo de toda política exterior es, o debe ser, la supervivencia, la independencia y la autoconservación [de la nación], y nada más”.⁶⁰ Esta afirmación de West se clarifica, y clarifica su nexo con la política exterior de Bush Jr., cuando dice, citando las ideas de Strauss: “La política exterior de cada nación se consagra a su propio beneficio [...]. Por la misma razón, ningún país sensible se compromete con la expansión imperial para su engrandecimiento,

pero puede hacerlo cuando considere que se encuentre en peligro su supervivencia”.⁶¹ Casualmente, el mismo pretexto que esgrimieron Bush y sus acólitos cuando diseñaron la guerra infinita contra “más de 60 oscuros rincones del planeta”, comenzando por Afganistán e Iraq.

- 3- “Strauss, siguiendo las ideas de Tucídides –comenta West–, afirma que ‘lo que conocemos como el derecho natural de los fuertes a conquistar y expandirse, [...] no siempre lleva al expansionismo [...]. En otras palabras, decir que bajo ciertas condiciones el imperio sea posible y necesario, no significa que se sea imperialista’”.⁶² Ni más ni menos, la esencia de lo que el presidente Bush afirma de su propio gobierno, apelando a los malabarismos verbales que caracterizan a los neocons, cuando de parecer “políticamente correctos” se trata.
- 4- “La política exterior para Strauss, tanto como para los clásicos, es un asunto de hegemonismo, antes que de benevolencia [...]. Su justificación moral radica en que mediante él se procura la mejor vida posible para el pueblo, mientras se le preserva de los daños que otros intenten causarle”.⁶³ El argumento parece sacado de algún discurso de Bush Jr., tras el 11 de septiembre.
- 5- West se aventura a conjeturar que:

Strauss [en el caso de Iraq] hubiese recomendado a los Estados Unidos hacer todo lo que pudiera beneficiar su propia seguridad. Si ello beneficia a otras naciones, mucho mejor. Pero intentar construir la democracia donde no existen las condiciones mínimas para ello, traerá más perjuicios que beneficios [...]. Kristol y Kagan, por su parte, argumentan que los Estados Unidos tienen la obligación moral, no solo de hacer el mundo más seguro, sino más democrático.⁶⁴

Como se aprecia, de una u otra manera, lo más importante continúa siendo el “derecho” del más fuerte a intervenir en otras naciones para su propio beneficio. Suena conocido, ¿verdad?

- 6- West escribe:

Sospecho, que Kristol y Kagan [y los neocons, en general] coinciden menos con Strauss y los Padres Fundadores, que

con los principios políticos del Progresismo Americano de Theodore Roosevelt, quien proclamó en “Expansion and Peace” (1899): “[...] La mejor política es el franco expansionismo a costa del resto del mundo: cada expansión de un Estado civilizado significa una victoria para la ley, el orden y el derecho”.⁶⁵

A pesar del heroico esfuerzo de West, queda claro lo mucho que debe al pensamiento straussiano la filosofía del gobierno de Bush Jr., en lo tocante a política exterior. Y el balance final es –como pedía Teddy Roosevelt–, “francamente imperialista”.

“Expansión and Peace” es el segundo de los escritos recogidos en el libro de Roosevelt *The Strenuous Life* dedicado a compilar sus ensayos y discursos. El libro fue publicado en 1900, en New York, por The Century Co. El artículo, que vio inicialmente la luz en el periódico *Independent*, del 21 de diciembre de 1899, constituye una abierta declaración imperialista y un llamado a subyugar a “las naciones bárbaras” mediante guerras civilizatorias, algo que parece sacado de un ensayo de Samuel Huntington, o del discurso de algún destacado neocon, al estilo de Dick Cheney o Paul Wolfowitz. Vale la pena citar un fragmento para experimentar la sensación de que acaba de ser escrito ayer, y no hace 105 años:

La tendencia al crecimiento del pacifismo entre las naciones se observa solo en aquellas que son civilizadas. En la frontera entre civilización y barbarie, la guerra es un proceso normal [...]. En su larga marcha los hombres civilizados han comprendido que solo les será dado mantener la paz si subyugan a sus vecinos salvajes: los bárbaros solo se rinden ante la fuerza bruta [...]. Cada expansión de la civilización se realiza por la paz [...]. La expansión redunda no solo en beneficio de la potencia que la protagoniza, sino del resto del mundo [...]. Las naciones que se expanden y las que no se expanden pueden caer, pero las primeras dejan herencia y gloriosas memorias, mientras que las segundas no dejan nada.⁶⁶

En esta misma dirección, o sea, en la defensa del uso descarnado de la fuerza en las relaciones internacionales, se inscribe

el aporte de Albert Wohlstetter, el tercero de los pensadores y estrategias que conformaron la fisonomía final del movimiento neocon.

Wohlstetter es una de esas figuras que se resiste a ser encasillada bajo una etiqueta política determinada –afirma Wolfowitz en la entrevista concedida a Tannenhaus–. Siempre fue muy exigente con el análisis de los datos. Sus acercamientos a la política se basaban en el estudio de la realidad [...] yo fui su alumno, y me identifiqué mucho con su método, que podría ser definido como un sistema de análisis ecuánime que, aparentemente, separaba la moral de la política, como si no formaran parte de la ecuación.

Fue muy gratificante para mí descubrir, al conocerlo mejor, que existían profundas consideraciones morales en la manera como se relacionaba con los asuntos.⁶⁷

Que alguien como Paul Wolfowitz, tan ignorante de las consideraciones morales a la hora de la toma de decisiones políticas, afirme que Albert Wohlstetter, su maestro y protector, le haya parecido un estratega despiadado, es sumamente relevante.

El 10 de enero de 1997, en Los Ángeles, falleció Albert Wohlstetter. Vale la pena reproducir parte de su obituario, escrito por Jude Wanniski, para comprender por qué despertaba tanta admiración y respeto entre los neoconservadores bushistas:

Si Henry Kissinger hubiese muerto el pasado viernes, los periódicos dominicales y los programas de televisión habrían dedicado un espacio considerable a recordarlo. Pero fue Albert Wohlstetter quien murió en su casa de Laurel Canyon, cerca de Los Ángeles. El *New York Times* no publicó la noticia, en su página B8, hasta el miércoles siguiente: “Albert Wohlstetter, 83 años, experto norteamericano en estrategia nuclear. Falleció”. De hecho, sin exageración alguna, de ambos hombres, fue Wohlstetter el más influyente. Puedo decir que Wohlstetter fue el desconocido que más influyó sobre el mundo durante los pasados cincuenta años, incluso, se hallaba entre los diez hombres más importantes del mundo. No

era, como se dijo, “un experto en estrategia nuclear”, sino “El Experto en estrategia nuclear”.⁶⁸

¿Dónde encaja la influencia de “El Experto” sobre los nebulosos orígenes del movimiento neocon? ¿Qué lugar se reserva al pensamiento de un estratega nuclear entre las ideas de los filósofos y críticos literarios que marcaron a los nuevos conservadores norteamericanos?

Albert Wohlstetter fue de los primeros en comprender la dramática diferencia que significaba disponer de armamento de alta precisión, para los mismos objetivos que se perseguían con las armas nucleares, y a la vez, al menor costo de vidas humanas posible –afirma Wolfowitz–. Fue el primer intelectual en reconocer que los misiles crucero *Tomahawk* –desarrollados por la Marina como sistemas de lanzamiento nuclear–, eran más importantes, precisamente, por constituir sistemas convencionales de alta precisión.⁶⁹

Según su obituario:

[...] a partir de 1951, en que [Wohlstetter] se desempeñó como jefe de los analistas políticos de la Rand Corporation [casualmente, uno de los tanques pensantes conservadores a los que nos referimos en anteriores capítulos], ascendió hasta el mismo centro del tablero donde se jugaba el ajedrez nuclear, y se mantuvo en la cima de la pirámide intelectual, sin rival, hasta el fin de la Guerra Fría. Actuó de incógnito, excepto para un reducido círculo de poder de nuestro país, pues no consideraba necesario ser un hombre público cuando su misión consistía en diseñar la gran estrategia capaz de vencer a la Unión Soviética sin necesidad de efectuar un solo disparo nuclear.⁷⁰

Albert Wohlstetter nació en New York y se graduó en la Universidad de Columbia. Trabajó en los 40 en la Junta de Producción de Guerra, y en la industria aeronáutica. Impartió clases en la Universidad de Los Ángeles y en la de Berkeley, California, a inicios de los 60. Entre 1964 y 1980 fue profesor de la Universidad de Chicago. De esta época datan las relaciones con dos de sus principales

protegidos, Richard Perle y Paul Wolfowitz, según su Obituario, “[...] dos de los hombres públicos que en las tres últimas décadas han estado más identificados con la política de confrontación estratégica desarrollada por Wohlstetter”.⁷¹ Él y su esposa Roberta —una historiadora, también experta en cuestiones de seguridad nacional—, fueron consejeros de diferentes administraciones norteamericanas, y se destacaron junto al presidente J. F. Kennedy durante la Crisis de los Misiles de 1962. Entre 1951 y 1963 Wohlstetter fue analista político superior de la Rand Corporation. En los 80 formó parte de la Junta Asesora Presidencial para el Trabajo de Inteligencia en el Extranjero.

El 7 de noviembre de 1985, él y su esposa recibieron de manos del presidente Ronald Reagan la Medalla de la Libertad, la más alta condecoración civil de los Estados Unidos, creada por Truman en 1945, y destinada a “[...] reconocer a individuos que hayan hecho ‘una meritoria contribución a la seguridad nacional y a los intereses de los Estados Unidos, a la paz mundial y a la cultura’”.⁷²

Es interesante constatar que Wohlstetter y su esposa recibieron la Medalla de la Libertad junto a personajes como Jacques Ives Costeau, el filósofo Sidney Hook, la embajadora Jeanne Kirpatrick, la Madre Teresa de Calcuta, dos generales, el actor James Stewart y Frank Sinatra. En su elogio de los galardonados, el presidente Reagan expresó de la siguiente manera el alto aprecio que le merecía el matrimonio Wohlstetter:

Roberta y Albert Wohlstetter son dos de los mejores analistas estratégicos y especialistas en seguridad que nuestro país haya conocido. Solo podríamos describir el trabajo que realizan diciendo que lo hacen para ayudar a la ciudadanía y a los estadistas a comprender las relaciones fundamentales existentes en la era nuclear entre tecnología, política, historia y psicología.⁷³

Refiriéndose específicamente a Albert Wohlstetter, Reagan sentenció: “Ha sido una mano amiga firme, en tiempos inciertos. Sus extensos conocimientos han sido indispensables para el bienestar del mundo libre”.⁷⁴

En sus palabras de agradecimiento, un conmovido Albert Wohlstetter expresó a Reagan “[...] su particular orgullo por recibir esta distinción de manos de un Presidente que se desvela porque la libertad que hemos defendido, y que defendemos, sea posible sin provocar un holocausto que terminaría con toda la humanidad”.⁷⁵

La conmovedora “piedad” de Wohlstetter ha trascendido como si fuese una denominación de origen que sus discípulos reivindicaban. Pero no es por ella, cierta o fingida, que Perle o Wolfowitz lo citan constantemente. Veamos qué ideas aportó a la conformación de la fisonomía definitiva del movimiento neocon.

En su artículo “The Delicate Balance of Terror”, del 6 de noviembre de 1958, las ideas centrales se concentran en la crítica a la concepción de la coexistencia pacífica, llamada por él “la estrategia soviética preferida de Occidente”, concluyendo que, contrariamente a la opinión reinante, “[...] debemos esperar un sensible aumento de los ataques que los soviéticos pueden realizar con pequeños márgenes de alerta previa. Como resultado de ello, la contención estratégica, aunque deseable, será extremadamente difícil de lograr en los momentos críticos de los 60 [...]”.⁷⁶ Así mismo alerta que: “[...] el poder de respuesta que poseemos ante un ataque termonuclear sorpresivo, no se concretará de manera automática, una vez producido, como muchos suponen [...]”,⁷⁷ y prosigue: “[...] el peligro de una guerra general está latente en cada escaramuza local que involucre a una potencia, [aunque] Corea demuestra que es posible llevar a cabo una guerra convencional sin que se convierta en nuclear”.⁷⁸

A manera de conclusión, Wohlstetter vaticina que “[...] será apropiado enfatizar en la importancia de aumentar la capacidad de nuestras armas convencionales, especialmente, la investigación y el desarrollo de armamento no nuclear”,⁷⁹ aunque para poder evitar una guerra atómica general, no solo hacen falta medidas militares, sino también “[...] la reorientación de la política exterior”.⁸⁰

Estas ideas, y su demostración lógica, más allá de cualquier pasión, tal como era costumbre en Albert Wohlstetter, impresionaron profundamente a un joven llamado Richard Perle. “La incontrolablemente analítica de este hombre me impresionó —afirmaría— al extremo de que si no me hubiese seducido con la discusión sobre temas políticos estratégicos, hubiese concluido mis estudios de Español”.⁸¹

En otro de sus reveladores artículos, esta vez titulado “No Highway to High Purpose”, publicado en junio de 1960 en la revista *Life*, Wohlstetter se muestra como un sagaz vendedor a domicilio de la Rand Corporation. La mercancía que pregonaba entonces a la puerta de cada hogar norteamericano mostraba la marca inequívoca de la Rand: se necesitaba una nación con ciudadanos capaces de sacrificarse por el futuro de los Estados Unidos y del “mundo libre”; que estuviesen dispuestos a sortear los espejismos del desarme y los acuerdos internacionales en esta materia, porque estos, lejos de acercar la paz, favorecían la posibilidad de una agresión del enemigo soviético.

En lugar de permitir a los norteamericanos sentarse a descansar sobre la precaria estabilidad que disfrutaban y el nivel de vida alcanzado, Wohlstetter les estruja la cara con razonamientos alarmantes:

Queremos hacer a las nuevas naciones más estables y ayudarlas a abolir la pobreza mediante las innovaciones tecnológicas, pero cada innovación implica cambios e inestabilidad. Deseamos que la democracia se incremente en todas partes, pero esto se contradice con nuestro deseo de no interferir en los asuntos internos de otras naciones. Confiamos en difundir el uso pacífico de la ciencia y la tecnología, pero al hacerlo diseminamos informaciones sobre métodos de destrucción. Queremos defender la independencia del mundo no comunista, pero ello eleva la hostilidad del mundo comunista hacia nosotros. En todos estos temas nuestros deseos son complejos y conflictivos.⁸²

Pronunciándose contra razonamientos facilistas al estilo de “La guerra es algo impensable”, Wohlstetter proclama que “no existen autopistas que conduzcan hacia los propósitos más elevados”,⁸³ o lo que es lo mismo, que el futuro de los Estados Unidos pasa por la asunción de los peligros reales que le rodean, aunque esto implique “sufrir grandes penas”, y hallar soluciones que, en el mundo moderno, jamás serán “ni baratas, ni simples”. “Tememos que nuestras conquistas se vean amenazadas por la necesidad de sacrificarnos –resume–. Pienso que este es un razonamiento equivocado: la amenaza proviene de los riesgos derivados de no hacerlo”.⁸⁴

Tras reseñar los desafíos que tiene ante sí la sociedad norteamericana, que van desde el auge de la cultura popular vinculada al *rock* y al consumo, hasta la necesidad de que alguna instancia (¿el gobierno?) regule las decisiones particulares que inciden sobre la vida social, Wohlstetter reconoce el “[...] creciente papel que juega la política exterior en la vida política del país [y] los enormes problemas que se derivan de nuestra asistencia a los países no comunistas en su desarrollo político y económico, para que continúen libres de la dominación comunista”.⁸⁵

El objetivo final de este razonamiento no se oculta: “Mucha gente influyente cree que el desarme es el camino más corto para llegar a un gobierno mundial y, a la vez, eludir la amenaza de una guerra mundial. Pero mientras algunos tratados favorecen en algo la estabilidad y la paz precarias que disfrutamos, otros harán este equilibrio aún más inestable”.⁸⁶

Como peligros potenciales derivados de los tratados para el desarme, Wohlstetter cita los siguientes:

- a) La historia está llena de tratados internacionales que han estimulado ulteriores agresiones.
- b) Muchos programas en curso para el uso pacífico de la energía atómica, en nombre de la paz, no han logrado otra cosa que difundir los conocimientos necesarios para producir bombas atómicas.
- c) Algunos tratados propugnan la dispersión de la tecnología militar, lo cual favorece las agresiones antes que la defensa.
- d) Se afirma que las armas son incapaces de detener la guerra, por tiempo indefinido, pero lo mismo puede decirse de los tratados de paz.
- e) La mejor razón que se aduce para justificar los tratados de limitación de armamentos es que permiten aminorar también los riesgos de una guerra. Para nosotros, el motivo más fútil para justificar los tratados es que reducen los gastos del presupuesto, lo que implica reducir nuestros sacrificios [para lograr nuestros objetivos].⁸⁸

Después de vender de manera tan brillante el miedo —la mercancía que le encomendase la Rand Corporation—, Wohlstetter aclara

que “[...] la mayor consecuencia de la gran prosperidad norteamericana [...] es que podemos desplegar considerables esfuerzos para el desarrollo económico, reducir los riesgos de una guerra nuclear, y proteger la independencia política y el desarrollo del mundo no comunista, sin que esto implique grandes sacrificios”.⁸⁹

No debe extrañar que Wohlstetter haya influido sobre el estilo de venta a domicilio de los neocons, pues, comparten el miedo como mercancía y también su corolario: la necesidad de armarse de manera creciente, o lo que es lo mismo, la necesidad de efectuar gastos multiplicados en materia de defensa que, casualmente, siempre benefician a corporaciones como Rand, encargadas de hacer *lobby* a favor del complejo militar-industrial.

Otro de los legados de Albert Wohlstetter puede hallarse en sus ideas sobre cómo lidiar con “la Cuba de Castro”, según sus propias palabras. Ese pensamiento se desarrolló mientras fungió como asesor de diversos presidentes, entre ellos John F. Kennedy, en los momentos más álgidos de la Crisis de Octubre. Tres de sus escritos fundamentales se dedican a este tema, presumiblemente redactados para asesorar a distintos presidentes de los Estados Unidos.

En “Notes on the Cuban Crisis”, fechado el 28 de octubre de 1962, Wohlstetter propugna la necesidad de mantener las bases militares norteamericanas en territorios extranjeros, y de incrementar la ayuda a las fuerzas contrarrevolucionarias cubanas, a pesar de las seguridades públicas ofrecidas por Kennedy de “no invadir el país”, pues ello, en su opinión, “[...] no constituye una explícita renuncia a apoyar a la resistencia interna”.⁹⁰ La parte más jugosa del pastel no estaba, por supuesto, en las millonarias cifras que ya se asignaban para subvertir la Revolución en Cuba, ni para mantener la mayor estación CIA que funcionase durante los años de la Guerra Fría, con similar objetivo. La pasión cubana de Wohlstetter, tras la crisis de Octubre, se explicaba en el siguiente razonamiento:

Tal como hemos formulado la cuestión [se refiere a los acuerdos logrados con la URSS para poner fin a la crisis], se pueden generar conversaciones ambiguas sobre qué entender por simetría y justicia en el campo del desarme, que pueden ser explotadas por Krushev* para demostrar la vali-

*Nikita Serguéievich Jruschov o Nikita Serguéievich Krushev.

dez de su posición en Cuba como un aporte a la distensión. No es de interés de los Estados Unidos hablar de limitaciones solo con respecto a los misiles superficie-superficie o los bombarderos en Cuba, sino también debemos tender a construir una **defensa activa**, traspasada la cual asumiremos que se trata de acciones ofensivas [de los soviéticos].⁹¹

El objetivo final de este aparentemente impecable razonamiento lógico-matemático de Wohlstetter queda claro: ¿cómo construir esa **defensa activa** si no es apelando a gastos crecientes en materia de armamento estratégico? La Rand Corporation debió darle varias palmaditas de felicitación a aquel avisado viajante de comercio que era capaz de sacar dinero hasta de una crisis que tuvo al mundo al borde del desastre nuclear.

En cuanto a Cuba, en opinión de Wohlstetter “[...] debemos esperar una acumulación de presión interna [sobre el gobierno cubano] en meses venideros, para tomar un papel activo [efectuar una invasión directa] y sacar del poder al comunismo en la Isla”.⁹²

En su “Studies for a Post-Communist Cuba”, fechado el 25 de febrero de 1963, y que constituye un temprano antecedente del recién aparecido “Informe para la Transición en Cuba” de Colin Powell, Wohlstetter resume sus ideas tras concluir varios encuentros de trabajo sostenidos con analistas estratégicos de Washington, entre los cuales se encontraban los cubanos Felipe Pasos y Ernesto Betancourt. El punto de partida se ubica en una afirmación de destacada sinceridad: “Las revoluciones son fenómenos altamente impredecibles que frecuentemente nos toman por sorpresa”.⁹³ Por ello —afirma el autor del estudio—, se hace necesario estar preparados para el inevitable fin de la Revolución cubana “con o sin nuestra ayuda”.

Todos los problemas que Wohlstetter plantea para ese hipotético futuro de Cuba, que 41 años después aún no ha llegado, exigen del gobierno, por supuesto, significativos desembolsos. Entre los problemas principales a encarar, y en consecuencia, los gastos principales a efectuar, están los siguientes:

- a) El examen de las alternativas político-militares que deben ser tomadas en Cuba.
- b) Estudios de cronogramas para restaurar los derechos civiles y las elecciones, ofreciendo ciertas garantías [no absolutas

garantías] como salvaguarda contra soluciones extremistas [léase, el genocidio contra los cubanos].

- c) Analizar las consecuencias de las alternativas económicas, sociales y políticas que se decidan. Estos estudios deben incluir las medidas que un gobierno cubano deberá implementar [...] y cómo afectarían los intereses de los Estados Unidos y sus aliados.⁹⁴

Tales estudios de factibilidad para rentabilizar la inversión cubana, en opinión de Wohlstetter, deben estar “[...] a la mano, antes de tomar cualesquiera de las opciones que se ofrecen, desde una invasión directa hasta la convivencia, aunque esto último no deberá ocurrir”.⁹⁵

Liquidar a la Revolución cubana, entonces y hoy, continúa siendo un asunto de importancia estratégica para la política exterior de los Estados Unidos y para sus más reaccionarios ideólogos. Pocas veces se ha definido el asunto con mayor exactitud que en las palabras de Wohlstetter:

La transformación de la Cuba comunista en una sociedad libre tendrá enorme importancia, no solo para América Latina, sino también para el resto del mundo. Será la primera transformación de este tipo, y ocurrirá sin que lleguemos a la guerra [con la URSS] ni nos amenacen mayores riesgos, debido a nuestra gran superioridad militar regional. Debemos poner manos a la obra.⁹⁶

En estas declaraciones de Wohlstetter se delinea, tempranamente, la estrategia de subversión contra los países socialistas puesta en práctica por los Estados Unidos, y que concluyó con la desaparición de la Unión Soviética. No debe excluirse en ellas una buena dosis de aliento para lanzar una agresión militar directa contra Cuba, para que se disparasen los gastos militares globales ante la presumible reacción de la URSS. Poco importaban los riesgos para cubanos, norteamericanos y ciudadanos del planeta siempre que la Rand Corporation y sus clientes se sintiesen satisfechos con las ganancias. A tal extremo se llega, que se recomienda al gobierno permitir el acceso a las fotografías del espionaje aéreo sobre Cuba, tomadas durante la Crisis de Octubre, “[...] para analizar el estado de la agri-

cultura y otros segmentos de la economía”,⁹⁷ con el objetivo de fundamentar las privatizaciones, tras el hipotético fin de la Revolución.

En “On Dealing with Castro’s Cuba: Part I”, del 16 de enero de 1965, Wohlstetter hace un desesperado esfuerzo por refutar los argumentos de quienes abogaban por una reaproximación de los Estados Unidos a Cuba, entre ellos, los gobiernos de Francia y el Reino Unido, lo cual significaría una notable reducción de las tensiones internacionales y, en consecuencia, de los gastos militares.

La estrategia que Wohlstetter recomienda es claramente maquiavélica, y tendía a mantener o aumentar, de ser posible, los problemas internos de Cuba y el cerco que la asfixia, como herramientas para que no se produzca una distensión internacional, ni avance la coexistencia pacífica. Veamos algunas de sus recomendaciones:

- a) “Debe exigirse a Castro la liberación de los 15 000 prisioneros políticos que existen en Cuba, no solo como un acto humanitario, sino además para dar un paso más en la formación de una oposición a su gobierno [...]. Sacarlos del país podría ser también un acto humanitario, pero [...] tendría menos valor para el futuro de la oposición a Castro”.⁹⁸
- b) No debe firmarse ningún acuerdo para limitar los vuelos espías de los U2 sobre Cuba.
- c) En la esfera comercial, no debe hablarse de “normalización” de las relaciones entre los dos países, pues “[...] hemos cortado los subsidios comerciales a Cuba, y en este sentido, retomar la ‘normalidad’ no es deseable”.⁹⁹ El bloqueo contra Cuba deberá mantenerse, pues por “normalización” se entiende su levantamiento, y para justificarlo “se deben repetir las razones aportadas por el subsecretario de Estado, George Ball, en su discurso del 23 de abril de 1964:
 - Para reducir la voluntad y el poder de Castro de exportar la subversión y la violencia a otros países de América Latina.
 - Para demostrar al pueblo de Cuba y a elementos dentro del propio gobierno cubano que el actual régimen no puede servir a sus intereses.
 - Para demostrar a los pueblos de las repúblicas latinoamericanas que el comunismo no tiene futuro en el Hemisferio Occidental.

- Para elevar los costos del mantenimiento soviético de un puesto de avanzada en el Hemisferio Occidental.¹⁰⁰

d) No debe aceptarse la lógica según la cual reducir la ayuda que presta el gobierno de los Estados Unidos al exilio cubano en su lucha contra la Revolución significaría una reducción paralela de la ayuda que presta el gobierno de Cuba a las revoluciones en la región. “No se debe aceptar esta lógica porque ofrecería cierto aliento a futuras revoluciones en América Latina, incluso si no son alentadas por Castro, siguiendo su exitoso ejemplo”.¹⁰¹

e) Contra la teoría del “comunismo opulento”, según la cual “[...] si ayudamos a Castro a reestablecer la economía, este relajará su seguridad interna y las limitaciones a las libertades civiles, volviendo gradualmente al seno de la democracia”,¹⁰² Wohlstetter aduce que “[...] no existen evidencias que demuestren la supuesta relación existente entre la opulencia y el ablandamiento”,¹⁰³ y que en el caso concreto de los cubanos, “[...] han sido más desafortunados y aventureros cuando su economía ha florecido”.¹⁰⁴ Si bien es cierto que “[...] ninguna revolución exitosa se avizora contra Castro”,¹⁰⁵ los Estados Unidos deben estar preparados para el supuesto caso de que ocurra, pues dada la insularidad de Cuba “[...] ni la URSS podrá practicar una intervención completa, ni los Estados Unidos quedarán indiferentes”.¹⁰⁶

f) A quienes creen que Cuba no es una amenaza militar para los Estados Unidos, debido a su pequeño tamaño, en comparación con China o la URSS, Wohlstetter les responde:

[...] por el solo hecho de encontrarse a 90 millas de las costas de los Estados Unidos [...] Cuba es una inmensa amenaza, no por su cercanía, sino por su lejanía de la URSS y China, una demostración de que en la confrontación Este-Oeste, el comunismo puede expandirse a través del océano. El solo hecho de que esta nueva avanzada comunista pueda fácilmente sobrevivir a nuestra hostilidad, e incluso florecer con nuestra ayuda, estimulará futuras imitaciones de Castro.¹⁰⁷

Entre esas “imitaciones” ya en curso, Wohlstetter cita a las FALN de Venezuela, “[...] movimiento que hoy no es menos exitoso de lo que fue el movimiento de Castro seis meses antes del derrocamiento de Batista”,¹⁰⁸ también el movimiento de Marquetalia, en Colombia, y el de los estudiantes y mineros en Bolivia y Panamá. Para cerrar con broche de oro esta estrategia del terror, Wohlstetter profetiza: “Solo necesitamos que otro país se incorpore a la senda del castrismo o se eche en brazos del comunismo para que el público de los Estados Unidos experimente una alarma extrema”.¹⁰⁹

g) Las conclusiones a que arriban estos razonamientos de Wohlstetter son en extremo sencillas: “No debemos hacer nada que contribuya a la consolidación del régimen de Castro, ni ahora, ni nunca”.¹¹⁰

Pasada ya su fiebre cubana, otros aspectos del pensamiento estratégico de la mente brillante de Wohlstetter asoman en trabajos como “Strenght, Interest and New Technologies”, del 24 de febrero de 1968, el cual tiene como centro la refutación de la teoría de que “[...] se ha llegado a una meseta en el desarrollo de las artes ofensivas y defensivas nucleares”,¹¹¹ una especie de punto muerto de equilibrio entre las capacidades ofensivas y defensivas creadas por las nuevas tecnologías. Tras analizar las consecuencias directas e indirectas del auge de las computadoras, la creciente exactitud de los misiles, la dispersión de la tecnología nuclear, las relaciones entre potencias nucleares y los países que carecen de este armamento, así como la situación en el llamado Tercer Mundo, Wohlstetter arriba a un grupo de deducciones interesantes:

- a) La llamada meseta en el desarrollo del armamento nuclear no pasa de ser “un espejismo”.
- b) Las armas nucleares no harán iguales a las potencias grandes y pequeñas, pero acrecentarán la posibilidad de accidentes e incomprensiones, en particular en la coerción sobre las potencias no nucleares.¹¹²
- c) Las nuevas tecnologías no eliminarán las disparidades existentes entre los países grandes y pequeños: en algunos aspectos

- las incrementarán, pues estos últimos no estarán en condiciones de erogar lo necesario para su sustentación.¹¹³
- e) Es una ilusión creer que el desarrollo técnico lleva de un modo directo a la omnipotencia. Existen diversos tipos de guerras difíciles de ganar, a pesar de tal desarrollo, como por ejemplo las guerras revolucionarias, donde las últimas tecnologías en armamento se han mostrado irrelevantes, como por ejemplo, lo ocurrido en Vietnam, que puede suceder en Colombia, o en Cuba.¹¹⁴
 - f) El hecho de que la tecnología militar permita a los Estados Unidos proyectarse a grandes distancias no significa, mecánicamente, la extensión de su hegemonía política.¹¹⁵
 - g) Los intereses distantes no deben ser tomados siempre como atributos del imperialismo; los países menos desarrollados pueden tener, quizás, más intereses en los países desarrollados distantes, como fuente de ayuda y mercado para sus exportaciones.¹¹⁶
 - h) [Las nuevas tecnologías] incrementan las posibilidades de cooperación y también las de coerción, a nivel mundial.¹¹⁷
 - i) Los cambios en las nuevas tecnologías han extendido de forma dramática el rango dentro del cual los adversarios potenciales pueden causar daño,¹¹⁸ [con lo cual la seguridad nacional está, como nunca antes, en peligro].

El corolario de estos razonamientos es obvio: hacen falta mayores inversiones en las nuevas tecnologías militares para reducir los peligros potenciales que han surgido y que ponen en peligro la seguridad nacional, no solo por emanar de otras potencias nucleares, sino también de países pequeños: ni más ni menos, otra vez, la estrategia del miedo.

En sus artículos “Metaphors and Models: Inequalities and Disorder at Home and Abroad”, del 27 de agosto de 1968, “Making Up for Lost Time or Lost Utility: Casual Notes on Equality and Equity”, de septiembre de 1968, y en “Race Differences in Income”, de octubre de 1970, los desvelos de Wohlstetter se dirigen hacia otra dirección: el creciente deterioro de la situación interna de los Estados Unidos y el mundo debido a las consecuencias de la guerra de Vietnam, el auge de los movimientos de liberación en el Tercer

Mundo, y sobre todo, la lucha de las minorías por sus derechos y reivindicaciones.

Wohlstetter se encontraba entonces muy impresionado por el ascenso de las luchas contra el imperialismo, el capitalismo y el colonialismo en todo el mundo, pero sobre todo, por la sintonía que se establecía entre los sujetos de esas luchas dentro de los Estados Unidos y fuera de ellos. La radicalización creciente de estos procesos lo espantaban, y no cesaba de alertar sobre el hecho de que “[...] para los militantes, y para la Nueva Izquierda, la identificación con el Tercer Mundo es muy apreciable en el caso de África, Cuba y Vietnam”.¹¹⁹

El esfuerzo que demandaba del país la guerra de Vietnam tenía también –como efecto colateral indeseable–, el aplazamiento de la urgente atención que necesitaban las comunidades marginadas, y en primer lugar, los negros, con lo cual su descontento y rebeldía subía de tono cada vez más. “El creciente extremismo en la política norteamericana era visible –alertaba Wohlstetter– en un lenguaje desmesurado y violento [...] llamaba ‘prisiones’ a los proyectos urbanísticos en los barrios negros, ‘esclavitud’ a la pobreza, y ‘liberación’ a las demandas por una vida mejor”.¹²⁰

Para aumentar la histeria y el creciente temor que agobiaba a la clase dominante y al gobierno de los Estados Unidos, Wohlstetter no titubeaba en citar a Ernesto Betancourt –funcionario de la OEA y exiliado cubano–, cuando –sobre las conexiones existentes entre lo que llama “desórdenes civiles” en los Estados Unidos y los frentes de liberación nacional, más allá de sus fronteras– comentaba: “Que Carmichael y Rap Brown hablen de revoluciones y guerrilla [en los Estados Unidos] –apunta Wohlstetter citando a Betancourt– constituye un aliento para los revolucionarios en América Latina”.¹²¹

Wohlstetter dedicó no poco esfuerzo en esta época a intentar profundizar en las causas de lo que llamaba “desórdenes sociales y raciales” en su país, no para intentar una solución, sino para paliar las graves afectaciones que provocaban a la estabilidad y credibilidad del sistema. Y alertaba:

Nuestras inequidades internas, tanto como los desórdenes civiles asociados a ellas afectan nuestras relaciones con el Tercer Mundo, y también con nuestros aliados europeos.

Los desórdenes raciales y la violencia sugieren una inesperada debilidad en el gigante americano, del cual Europa depende para su protección nuclear. La inequidad, que es la raíz de la violencia, afecta nuestro ejemplo ante el mundo.¹²²

Ante esta disyuntiva, la poderosa mente lógico-matemática de Wohlstetter arriba a una paradójica conclusión: lejos de proponer soluciones para lo que llama “inequidad”, fuente de todos los problemas, se preocupa por “[...] intentar desconectar nuestros problemas internos de los externos”,¹²³ y en primer lugar, “[...] alentar el crecimiento de la clase media entre los negros”.¹²⁴

Otra de las vertientes del pensamiento de Wohlstetter aparece recogida en sus impresiones y evaluaciones tras visitar –entre el 8 y el 19 de mayo de 1962–, Japón, Singapur y Hong-Kong, para explorar la posición de China con relación a la situación del Sudeste Asiático, sus lados débiles y sus fortalezas. Sin dudas, el verdadero objetivo de aquel extraño safari oriental era sondear la disposición real de China para servir de punta de lanza contra la URSS, el principal enemigo a vencer.

No menos elocuente fue su postura ante la guerra de Vietnam. En momentos en que gran parte de la opinión pública de los Estados Unidos, y casi la totalidad de la del mundo, se oponían a la genocida y rapaz agresión, Wohlstetter estaba también entre sus críticos, pero del lado de los que reprochaban al gobierno norteamericano no ser lo suficientemente enérgico como para vencer, a cualquier precio, la resistencia del pueblo vietnamita. Así lo expresó con claridad en su artículo “On Vietnam and Bureaucracy”, del 17 de julio de 1968:

Mientras que aplicar la política de la fuerza bruta fue errado, es concebible, según sus propios términos, que hubiese sido exitosa si se hubiese usado masivamente. Y no haberlo hecho no se debió, de ninguna manera, a la escasez de recursos norteamericanos. Después de todo, los Estados Unidos pusieron sobre las armas, durante la Segunda Guerra Mundial, un ejército de 16 354 000 hombres [...]. Tenemos la posibilidad ahora de tener sobre las armas a más de 20 000 000 de soldados, más que toda la población unida de Vietnam del Nor-

te. [...] Algo semejante hubiese facilitado, sin dudas, las operaciones de “búsqueda y destrucción” [del enemigo] [...] aunque no hubiese sido deseable, desde el ángulo político [...] ¹²⁵

Sobre Vietnam existe también otro documento de la autoría de Wohlstetter llamado “Comments on the Wolf-Leites Manuscript: ‘Rebelión and Authority’”, fechado el 30 de agosto de 1968. En él puede leerse una elocuente definición de la “insurgencia” en países como este, apelando a la sempiterna amenaza comunista:

No me queda claro cómo definir a “la insurgencia”. [En el caso de Vietnam] pienso que tenemos que lidiar con la misma rebelión comunista en las áreas rurales que suele tener lugar en los países subdesarrollados [...]. Existe un tipo de identificación romántica con las revoluciones como si estas fuesen algo intrínsecamente bueno... Pero es difícil sustentarlo como posición universal. ¹²⁶

Paradójicamente, una de las acciones más conocidas de alguien como Albert Wohlstetter —quien siempre procuró quedar en las sombras—, estuvo vinculada a una operación estratégica secreta, que por su envergadura y resultados, no pudo mantenerse oculta. Se trata de una operación de desinformación a gran escala sobre la verdadera magnitud del “peligro soviético” conocida como “Team B”, en opinión de quienes escriben en la página de Internet *rightweb*:

[...] el más notorio intento de los militaristas e ideólogos de derecha de desafiar a la CIA, a mediados de los 70, [...] un caso clásico de tergiversación de una amenaza por parte de los halcones, con el objetivo de incrementar los presupuestos militares y otorgar la primacía a los Estados Unidos en la Guerra Fría. El “Team B” contribuyó a enterrar la política de contención y los tratados SALT, que contaban con el apoyo de los líderes de ambos partidos. ¹²⁷

La relación de Wohlstetter con el “Team B” se remonta a 1974, cuando escribió el artículo “Is There a Strategic Arms Race?”, en el cual concluía que los Estados Unidos habían sido sobrepasados por la URSS, en lo tocante a superioridad militar, por no haber

cerrado a tiempo la brecha de los misiles. “Tras haberse inspirado en las conclusiones de la Comisión Gaither, de 1957, que dio la voz de alarma sobre la brecha de los misiles –apunta *rightweb*– Wohlstetter aplicó la misma metodología alarmista para activar a los halcones, a los partidarios de la Guerra Fría, y a los anticomunistas, a mediados de los 70”.¹²⁸

Por aquel entonces, Gerald Ford era el presidente. Las exigencias de los círculos de derecha más agresivos se centraban en la necesidad de convocar a un panel “independiente” para que valorara las conclusiones de la CIA sobre la envergadura de la amenaza soviética, a las que tildaba de “inexactas y falsamente apaciguadoras”. Solo con el nombramiento de George Bush Sr. como director de la CIA, en sustitución de William Colby, se dieron las condiciones ideales para que este autorizara la investigación alternativa.

Los investigadores se dividieron en tres paneles: el primero, para valorar el peligro que representaba la exactitud de los misiles soviéticos; el segundo, para determinar los probables efectos de la defensa antiaérea de la URSS sobre los bombarderos estratégicos norteamericanos; y el tercero, el Panel sobre Objetivos Estratégicos, el que al final produjo el llamado “Reporte del Team B”, encargado de determinar las intenciones reales de los soviéticos.¹²⁹

La sola intención de la convocatoria a una investigación independiente traslucía las secretas intenciones de sus propugnadores. Colby, mientras fue director de la CIA, refutó los llamados a semejantes investigaciones con un razonamiento lógico: “Es difícil entender cómo un grupo *ad-hoc* de analistas ‘independientes’ del gobierno puede preparar un informe más cuidadoso y amplio sobre las capacidades estratégicas soviéticas que el que puede preparar la comunidad de inteligencia”.¹³⁰ Pero la trampa no estaba solo en la intención, sino también en las personas escogidas para cumplir la exigencia de Wohlstetter y sus aliados, formando parte del “Team B”. Así lo percibió Paul Warnke, funcionario de la Agencia para el Control de Armamentos y el Desarme: “Lejos de incluir a personas con puntos de vista diversos, el Panel sobre Objetivos Estratégicos estaba completamen-

te compuesto por individuos que habían hecho su carrera mirando con alarma a la amenaza soviética [...]”.¹³¹

Al frente del “Team B” se nombró a Richard Pipes, “[...] un historiador conservador de Harvard, que había editado una colección de documentos sobre la estrategia soviética en Europa”.¹³² Los demás miembros fueron también connotados conservadores, como el Dr. Van Cleave, el general (r) Daniel O. Graham, el coronel (r) Thomas W. Wolfe y John Vogt. Entre sus asesores se encontraban Foy Kohler, Paul Nitze, Seymour Weiss, el general Jasper Welch, y... Paul Wolfowitz, quien entró al “Team B” como uno de los protegidos de Wohlstetter, “por recomendación de Richard Perle”, otro de sus discípulos, y en el mejor estilo nepótico de los neocons, yerno de Albert Wohlstetter.

Hoy se tienen las evidencias de que el reporte del “Team B” exageró, con toda premeditación, la amenaza que representaba la URSS para la seguridad de los Estados Unidos. Sobre la base de sus apreciaciones, se constituyó, en marzo de 1976, durante una cena en el Washington D.C. Metropolitan Club el primer “Committee on the Present Danger”, destinado a “[...] alertar a la opinión pública sobre la creciente amenaza soviética”,¹³³ formado por halcones de la talla de Richard Allen, Max Kampelman, Paul Nitze, Eugen Rostow y Elmo Zumwalt. En noviembre de ese mismo año, a escasos nueve días de que Jimmy Carter ganara las elecciones presidenciales de los Estados Unidos, el “Committee...” publicaba una tremebunda clarinada de alerta titulada “Common Sense and Common Danger”, que resumía no solo su filosofía, sino también la del “Team B”, y la del propio Wohlstetter, su Padre Fundador: “La amenaza principal contra nuestra nación, contra la paz mundial y la causa de la libertad humana es la aspiración soviética a la dominación mundial basada en su creciente militarización [...]”.¹³⁴

Debe recordarse que un año antes, el 1º de noviembre de 1975, Ronald Rumsfeld había sustituido a James Schlesinger al frente del Pentágono, a propuesta del presidente Ford. En un almuerzo de hora y media, arreglado por un amigo común, Rumsfeld conoció personalmente a Albert Wohlstetter, y comenzó a cooperar con él. Dos días antes de que Carter asumiese la presidencia, Rumsfeld no dudó en declarar, en plena sintonía con su nuevo amigo: “No existen dudas

acerca de la capacidad de las fuerzas armadas soviéticas [...]. Esa capacidad indica una clara tendencia hacia la guerra, antes que hacia el modelo occidental de contención a través del reconocimiento de la vulnerabilidad mutua”.¹³⁵

La exitosa experiencia del “Team B” reportó jugosas ganancias a sus promotores, demostrando que la carta del miedo y la exaltación de una amenaza exterior podían ser jugadas siempre, de manera exitosa, en el panorama político de la nación. No solo lograron disparar los gastos militares mediante la derrota total de la política de la contención y las negociaciones con los soviéticos, que habían propugnado personajes como Henry Kissinger, sino que además pusieron a la defensiva a la CIA, y arrastraron a la URSS a una carrera de gastos militares crecientes, que culminarían con el proyecto de “La Guerra de las Galaxias”, desangrando su economía y precipitando su fin.

Para culminar tan apoteósica marcha triunfal, Wohlstetter y su equipo, vieron llegar a la presidencia a Ronald Reagan, moviendo los mismos resortes del miedo y las crecientes amenazas exteriores.

Ann Hessing Cahn resume:

Por más de 30 años, la afirmación de que existía una superioridad militar soviética provocó constantes llamados al “rearme” de los Estados Unidos. En los 80, estos llamados se volvieron tan estridentes que el país se embarcó en una carrera armamentista que provocó el gasto de un trillón de dólares. Como resultado, descuidó sus escuelas, ciudades, carreteras, puentes y sistemas de salud, pasando de ser el mayor acreedor del mundo al más endeudado. La amenaza resultó falsa.¹³⁶

Como puede leerse en el Obituario escrito por Jude Wanniski, “[...] cada editorial en *The Wall Street Journal*, durante 25 años, fue producto del genio de Wohlstetter”.¹³⁷ Sin dudas, poseía una clara percepción de cómo influir sobre la opinión de las elites de poder del país. Otra lección que aprendieron muy bien sus discípulos neocons.

Al final de su vida, Wohlstetter desarrolló una última ofensiva con el objetivo de eliminar el obstáculo que una Yugoslavia unida e

independiente representaba para los planes estratégicos de los círculos imperialistas norteamericanos. Su dedicación compulsiva a satanizar al gobierno serbio, y su defensa a ultranza de los bosnios evidenciaron el formidable arsenal de trucos propagandísticos y manipulaciones, que poseía y habían sido acreditadas por experiencias precedentes:

- 1) Se pronunció contra los frágiles Acuerdos de Dayton, auspiciados por la administración Clinton, que buscaban el desarme y la coexistencia pacífica de las partes en conflicto, alegando que “[...] tanto la división territorial acordada, como la moratoria al comercio de armamento debían ser transformadas si Bosnia tuviese que defenderse sin ayuda exterior”.¹³⁸
- 2) Para justificar el mantenimiento o incremento de las tensiones, Wohlstetter apeló a la carta clásica del miedo y la disparidad de fuerzas: “A pesar de la hipotética reducción de los ejércitos en la región, Reuters reporta que Serbia ha duplicado su presupuesto federal, y que más de la mitad se ha destinado a gastos militares”.¹³⁹
- 3) Wohlstetter contó en su campaña con la eficaz ayuda de Margaret Thatcher, definida por Jude Wanniski como parte de su “vasta red privada de agentes”. Ambos coordinaron sus esfuerzos en el mes de mayo de 1994. El día 4, la dama escribió un artículo en *The New York Times* titulado “Stop the Serbs. Now. For Good”, y cinco días después, el 9, el caballero publicó uno en *The Wall Street Journal*, bajo el título “Genocide by Embargo”. Este coordinado arrebato justiciero no era casual: pocos días después se votaba en el Senado de los Estados Unidos el proyecto de ley S-2042, conocido como Ley Dole-Lieberman, cuyo objetivo era poner fin al embargo de armas impuesto por la ONU contra Bosnia y Herzegovina. El Center for Security Policy, otro de los tanques pensantes de la ultraderecha norteamericana, que con anterioridad había condecorado a la Thatcher y a Wohlstetter con la distinción “Freedom Flame”, resumió las opiniones de ambos en un comunicado titulado “Do the Right Thing: Lift the Inmoral, Unwise and Illegal Bosnian Arms Embargo-Now”. La concertación de esfuerzos que involucraba a pesos pesados de la política internacional, escribiendo en

- importantes órganos de prensa norteamericanos, a los tanques pensantes del complejo militar-industrial, y a cabilderos en Washington, todos agitando consignas humanitarias, objetivos estratégicos ineludibles, y alertando sobre amenazas contra la seguridad nacional y mundial, constituían la mezcla letal perfecta del arsenal de Wohlstetter contra sus enemigos. En este caso, quedaría demostrada la eficacia de semejante operación.
- 4) La posición “humanitaria” de Wohlstetter ante el supuesto genocidio contra los bosnios y sus llamados al levantamiento del embargo muestran otra de sus armas: la doble moral farisaica. Mientras con notoria hipocresía alega motivos para levantar las restricciones contra Bosnia, no duda en justificarlas contra Cuba e Iraq y pedir su incremento. En el primer caso, lo recomendó expresamente en su informe “On Dealing with Castro’s Cuba”, del 16 de enero de 1965; en el segundo, lo hizo con no menos vehemencia, en el artículo “Genocide by Embargo”, del 9 de mayo de 1994, aparecido en *The Wall Street Journal*: “Los Estados Unidos deben, simplemente, declarar que el embargo no es válido para las naciones soberanas que están sufriendo la agresión y el genocidio serbio. Esta declaración no debe poner ni remotamente en peligro, como se ha sugerido, la operación de embargo contra Iraq [...] el cual [el embargo] deberá concluir con la derrota y rendición de Iraq”.¹⁴⁰

La opinión que de Wohlstetter tienen sus discípulos aventajados, al estilo de Richard Perle y Paul Wolfowitz, ya la conocemos. Para complementarla citemos la de sus víctimas, como por ejemplo, la que aparece en la carta abierta, del 15 de febrero de 1997, enviada por William Dorich, presidente de la “Serbian American Voters Alliance”, dirigida a la Sra. Nalini Lasiewicz, presidenta de la “Laziewicz Foundation”, y cercana colaboradora de Wohlstetter en el tema de los Balcanes:

Usted nunca ha reconocido en público las atrocidades cometidas contra los serbios por parte de croatas y bosnios musulmanes, en esta guerra. Hay 1 200 000 refugiados serbios y más de 44 000 han muerto, de ellos, 26 000 civiles y 7 000 niños.

Tampoco el profesor Wohlstetter ha reconocido ni la más pequeña atrocidad cometida contra los serbios [...]. A cada artículo escrito por este arrogante serbiófobo, nosotros hemos respondido, pero jamás nos han dado la más mínima oportunidad de publicarlo.

[...] Conozco al profesor Wohlstetter, y sé que muchos de sus mismos colegas lo consideran “oportunista” y “bastardo”, pero no será juzgado por nosotros, sino por El Creador.

Hay muchos, como el profesor Wohlstetter, que abusan de su poder para hacer propaganda, no a favor de la reconciliación, sino para atizar aún más la guerra con discursos de odio y terminología insultante hacia los serbios.

El racismo adopta muchas formas, y presentar siempre a los serbios como “agresores malignos” es la especialidad del profesor Wohlstetter.

Sabemos que de los 1,8 billones de dólares de asistencia a Bosnia, los serbios, que constituyen el 49% de su población, han recibido apenas el 2% [...]. ¿Es esa, acaso, la manera en que garantizamos la democracia, matando a un pueblo de hambre?

Deberían avergonzarse. Deberían arder en el infierno, toda la eternidad, por cometer esos crímenes de odio y venganza contra la humanidad.¹⁴¹

No nos engañemos: tales palabras, aunque expresen la verdad, no son las que han trascendido al público norteamericano para que este pueda juzgar la vida y obra de Albert Wohlstetter. No disponemos de mejor indicador para aquilatar la enorme brecha que separa a la realidad de su reflejo en el discurso oficial de la elite política norteamericana, que la forma en que esta ha divinizado al fallecido halcón, casi tanto como a Ronald Reagan, absolviéndolo de culpas históricas en un reciclaje especialmente perverso y muy a tono con la hagiografía neoconservadora.

El 6 de febrero de 1997 el Senado de los Estados Unidos convocó a una sesión solemne para rendir homenaje al prohombre que había desaparecido casi un mes antes. El elogio fue pronunciado, como era de esperar, por Richard

Perle. “Albert Wohlstetter fue un hombre íntegro e intelectualmente honesto –dijo entonces Perle, y no es difícil imaginarlo enjugando, furtivamente una lágrima–. Nunca aceptó cargos en ninguna administración, pues jamás hubiese ocupado una posición que comprometiese la verdad ante las demandas de la política [...]”.¹⁴²

Para cerrar, un conmovido Perle, en un arranque ciceroniano, quiso que el mundo recordase a su suegro y maestro vinculado, no a las siluetas de los bombarderos estratégicos, las víctimas de los embargos, ni las explosiones de las muchas guerras que ayudó a desatar, sino a la poesía de Wallace Stevens y Dylan Thomas:

Do not go gentle into that good night
Old age should burn and rave at close of day;
Rage, rage against the dying of the light.
Though wise men at their end know dark is right,
Because their words had forked no lightning they
Do not go gentle into that good night [...]¹⁴³

Sin dudas, el elogio que hubiese siempre deseado un neocon como Albert Wohlstetter.

Referencias

- ¹⁻⁴ Kristol, Irving: Neo Conservatism, *The Autobiography of an Idea*, The Free Press, New York, 1995, p. 6.
- ⁵ “The Battle over Ideas. Conversation with Norman Podhoretz, Former Editor, *Commentary*, by Harry Kreisler”, Apr. 6, 1999. En: <http://globetrotter.ber-keley.edu/conversations/Podhoretz/podhoretz-con0.html>
- ⁶⁻⁹ “Lionel Trilling”. En: www.columbiacollege.com
- ¹⁰ “Criticism”. Tomado de: *The Columbia Encyclopedia*, Columbia University Press, 2003. En: <http://www.bartleby.com/65>
- ¹¹ “The 100 Best English-Language Nonfiction Books of the 20th Century”. En: <http://www.infoplease.com/ipea/A0777310.html>
- ¹²⁻¹⁷ “Lionel Trilling: The Liberal Imagination”. Tomado de: Peppe, Enrico. IC’S Top 25 Philosophical and Ideological Conservative Books”. En: <http://www.intellectualconservative.com/bookreviews.html>
- ¹⁸⁻¹⁹ “The New York Intellectuals in Perspective”. En: <http://www.pbs.org/arguing/about.html>
- ²⁰ Ob. cit. (12).
- ²¹ “Lionel Trilling Quotes and Quotations”. En: <http://www.brainyquotes/quotes/L/Lioneltrill112300.html>
- ²² Peláez, Vicky: “De la revolución permanente a la conquista permanente”, *El Diario*, May 20, 2003. En: www.eldiariony.com/noticias/columnistas-detail.com.aspx?sectionId=398xtxid=663394
- ²³⁻²⁸ Vann, Bill: “The Historical Roots of Neoconservatism: Reply to a Slandorous Attack on Trotskyism”, May 23, 2003. En: www.wsws.com
- ²⁹ Kristol, I.: Ob. cit. (1), p. 463.
- ³⁰ Ibidem, p. 380.
- ³¹ “Paul Wolfowitz and Leo Strauss. A Paul Wolfowitz’s Interview by Sam Tannenhaus”. En: http://phronesis.org/article.php?id_article=14
- ³²⁻⁴⁰ McBryde, David: “Leo Strauss”. En <http://members.tripod.com/Cato1/strauss-bio.htm>
- ⁴¹ “Salmo 114”, *Santa Biblia*, Sociedades Bíblicas Unidas, 1986, pp. 590-591.
- ⁴² “Some Distinguishing Aspects of a Straussian Approach to Political Philosophy”. En: <http://www2.bc.edu/~wilsonop/straussianosm.html>
- ⁴³ Strauss Clay, Jenny: “The Real Leo Strauss”. *The New York Times*. June 7, 2003. En: www.nytimes.com
- ⁴⁴ Kristol, I.: Ob. cit. (1), p. 7.
- ⁴⁵⁻⁵⁷ Drury, Shadia B.: “Saving America. Leo Strauss and the Neoconservatives”, Sept. 10, 2003. En: <http://evatt.org.au/publications/papers/112.html>
- ⁵⁸⁻⁶⁵ West, Thomas G.: “Leo Strauss and American Foreign Policy”, July 12, 2004. En: <http://www.claremont.org/writings/crb/summer2004/west.html>

- ⁶⁶ Roosevelt, Theodore: "Expansion and Peace", *The Strenuous Life. Essays and Addresses*, The Century Co. En: <http://www.bartle-by.com/br/58.html>
- ⁶⁷ Ob. cit. (31).
- ⁶⁸ Wanniski, Jude: "Albert Wohlstetter, R.I.P.", Jan. 16, 1997. En: <http://www.polyconomics.com/searchbase/fyi-01-16-97.html>
- ⁶⁹ Ob. cit. (31).
- ⁷⁰⁻⁷¹ Ob. cit. (68).
- ⁷²⁻⁷⁵ "1985 Presidential Medal of Freedom Recipients Ceremony", Apr. 8, 1985. En: <http://www.medaloffreedom.com/1985Recipients.htm>
- ⁷⁶⁻⁷⁷ Wohlstetter, Albert: "The Delicate Balance of Terror", Dec. 6, 1958. En: <http://www.rand.org/publications/wohlstetter/P1472/P1472.html>
- ⁷⁸⁻⁷⁹ "The Inadequacy of Strategic Deterrence and its Necessity". Ibidem.
- ⁸⁰ "Summary". Ibidem.
- ⁸¹ "The Analyst (Richard Perle, Paul Wolfowitz Alert)". En: <http://20g.157.64.200/focus/f-news/914053/posts>
- ⁸²⁻⁸⁹ Wohlstetter, Albert: "No Highway to High Purpose", June, 1960. En: <http://www.rand.org/publications/wohlstetter/>
- ⁹⁰ Wohlstetter, Albert y Roberta: "On the Importance of Overseas Bases in the 1960's". Tomado de: *Notes on the Cuban Crisis: On the Importance of Overseas Bases in the 1960's. Offense-Defense Semantics. Keeping Open Possible Aid to Cuban Resistance*, Oct. 28, 1962. Ibidem.
- ⁹¹ _____: "Offense-Defense Semantics". Ibidem.
- ⁹² _____: "Keeping Open Possible Aid to Cuban Resistance". Ibidem.
- ⁹³⁻⁹⁶ _____: "Why Study? Studies for a Post-Communist Cuba", Febr. 25, 1963. Ibidem.
- ⁹⁷ _____: "Proposal for a Study of an Economic and Social Program for Post-Communist Cuba". Ibidem.
- ⁹⁸⁻¹⁰⁰ _____: "Does the United States Want What Castro Offers?". Tomado de: *On Dealing With Castro's Cuba: Part I*, Jan. 16, 1965. Ibidem.
- ¹⁰¹ _____: "Stopping the Export of Subversion". Ibidem.
- ¹⁰²⁻¹⁰⁶ _____: "Arguments for a 'Deal' with Castro". Ibidem.
- ¹⁰⁷⁻¹¹⁰ _____: "Is the Communist Cuba no Danger and Are There No Alternatives?". Ibidem.
- ¹¹¹⁻¹¹³ _____: "The Receding Technological Plateau". Tomado de: *Strengh, Interest and New Technologies*, Jan. 24, 1968. Ibidem.
- ¹¹⁴⁻¹¹⁵ "Distant Classical Wars, Old Geopolitics, and New Isolation". Ibidem.
- ¹¹⁶⁻¹¹⁷ _____: "Distant Cultural and Economic Interests". Ibidem.
- ¹¹⁸ _____: "Interests in Safety". Ibidem.
- ¹¹⁹⁻¹²⁴ _____ y R.: "Metaphors and Models: Inequalities and Disorder at Home and Abroad". Aug. 27, 1968. Ibidem.

El Apocalipsis según San George

- ¹²⁵ Wohlstetter, A. "On Viet Nam and Bureaucracy", July 17, 1968. Ibidem.
- ¹²⁶ _____: "Comments on the Wolf-Leites Manuscript: 'Rebellion and Authority'", Aug. 30, 1968. Ibidem.
- ¹²⁷⁻¹²⁹ "Team B Strategic Objectives Panel". En: <http://rightweb.irc-online.org/govt/team-b.php>
- ¹³⁰ Cahn Hessing, Anne. "Part One. Team B: The Trillion Dolar Experiment", *The Bulletin of the Atomic Scientists*. En: http://www.thebulletin.org/article.php?art_ofin=apr93cahn
- ¹³¹ Ob. cit. (127).
- ¹³²⁻¹³⁴ Prados, John: "Part 2". Ob. cit. (130).
- ¹³⁵ Vest, Jason: "Darth Rumsfeld", *The American Prospect*, Febr. 26, 2001. En: <http://www.prospect.org/print-friendly/print/V12/4/vest-j.html>
- ¹³⁶ Cahn H., A.: Ob. cit. (130).
- ¹³⁷ Wanniski, J.: *Ob cit.* (68).
- ¹³⁸⁻¹³⁹ Wohlstetter, A.: "Since Bosnia Has Been Reduced to This". En: <http://www.armedia.net.au/content/bp08/bp08.html>
- ¹⁴⁰ _____: "Genocide by Embargo", *The Wall Street Journal*, May 9, 1994. En: <http://www.centerforsecuritypolicy.org/index.jsp?section=paper&code=94-D-48at2>
- ¹⁴¹ "Personalities: Nalini Lasiewicz. An Open Letter [de William Dorich a Lasiewicz]". En: <http://www.balkan-archive.org.yu/kosta/licnosti/lasiewicz.1.html>
- ¹⁴²⁻¹⁴³ Perle, Richard: "Remembering Albert Wohlstetter", Febr. 6, 1997. En: <http://thomas.loc.gov/cgi-bin/query/F?105:1/temp/~DDDMu2:e0>



CAPÍTULO 6

LA CLARIDAD MORAL
DE LA GUARDIA PRETORIANA

Disparando desde las rocas contra los indios

Un libro de Norman Podhoretz dedicado a saldar deudas con aquellos compañeros de su generación que no desertaron de las ideas políticas y sociales que compartieron en su juventud, entre ellos, Norman Mailer, Lillian Hellman y Allan Ginsberg, recibió el elocuente título de *Exfriends*. En él se llama “The Family” al grupo de intelectuales neoyorkinos que, entre 1930 y 1960 coincidió en situarse a la izquierda del espectro político y cultural de su país, hasta que la desintegración y las deserciones, al estilo de la protagonizada por el propio Podhoretz, culminaron, no solo con las ideas, sino también con la amistad que los unía.

Más allá de las connotaciones mafiosas que ha adquirido el término “The Family” después de la epopeya Corleone de Mario Puzo y Francis Ford Coppola, pocos pueden definir mejor el tipo de relación que une a los neocons norteamericanos.

Podhoretz ha reconocido, en la entrevista televisiva concedida en el 2003 a Ben Wattenberg para el programa “Think Tank”, que el clima intelectual que yace tras las políticas conservadoras norteamericanas –al estilo de las propugnadas por presidentes como Truman o Eisenhower, y de políticos como el senador Jackson–, fue fomentado por interminables discusiones en el seno de “The Family”, sobre todo, alrededor de “[...] cómo juzgar a la URSS, cuando se hablaba de totalitarismo, del carácter de la sociedad norteamericana, y de lo correcto y erróneo de la Guerra Fría”.¹ Las vías escogidas para crear este clima “[...] durante muchos años, [fueron] los debates y el análisis mediante libros y argumentos verbales, que concluyeron en el reconocimiento del tipo de amenaza que representaba la URSS”.²

Sentadas las bases de “The Family”, y fertilizado el terreno por las generosas contribuciones “filantrópicas” de las corporaciones, lo demás fue cumplir el mandato bíblico de “Creced y multiplicaos”. Pero antes de alcanzar el predominio que ostentan actualmente en Washington, los neocons tuvieron que recorrer un largo camino y ganarse un espacio dentro de la selva implacable que es la política tribal norteamericana. Su rasgo distintivo fue la eficacia, la falta de escrúpulos y el encarnizamiento en perseguir a sus antiguos camaradas ideológicos, que caracteriza a todos los conversos que en la historia han sido. Sin poseer estas características, de las cuales se ufanan, los neocons, no admiten a su lado a nadie, por muy conservador que sea. Así lo define Podhoretz:

[Ronald Reagan] fue el primer neocon [...]. Fue miembro del Partido Demócrata, y a la edad de 51 años se pasó al Partido Republicano. Se inició en la izquierda [i] y luego se movió a la derecha. Ese es el tipo de definición fundamental que caracteriza a los neocons.

[...] A partir de 1972, los intelectuales neoconservadores comenzaron a crear el clima de opinión necesario para des-
enmascarar la amenaza soviética [...] y hacer posible la elección de alguien como Reagan.³

Al ser interpelado acerca de la reputación y el poder logrados tan rápidamente por los neocons, Podhoretz fue categórico:

Los neocons son un desprendimiento de “The Family” [...]. Cuando llegamos con nuestros argumentos contra los izquierdistas, estos fueron mucho más efectivos que los de los conservadores tradicionales, al estilo de William Buckley, porque, a diferencia de ellos, nosotros conocíamos bien al enemigo, sabíamos de sus vulnerabilidades y cómo refutarlos. Ellos eran como un viejo peleador, un campeón que no ha tenido ningún contrincante serio durante mucho tiempo y ha perdido sus reflejos y su ritmo [...]. Triunfamos, en parte, porque ellos estaban fuera de forma, y también porque teníamos la razón [...].

Esto explica el éxito desproporcionado que logramos, si se tiene en cuenta el reducido número que éramos. Fue como en una de esas películas donde seis soldados de caballería se defienden de mil indios, disparando desde diferentes rocas para dar la impresión de que son muchos”.⁴

La metáfora, no por poco poética, deja de ser lograda. Podhoretz es un tipo de indudable talento para simplificar las cosas difíciles. Ha resultado ser, más o menos, el John Houston de la ideología neocon, con una obra que, como la de aquel, atrae mucho público, pero alcanza pocos reconocimientos de la Academia.

Sin lugar a dudas, lo que en la mitología neocon se denomina “claridad moral” está más cerca de lo cínico que de lo moral. Pero esto no debe llevarnos a la errónea conclusión de que sus Padres Fundadores no fueron capaces de profundizar en los desafíos del sistema cuya defensa han asumido, debe decirse, con la pasión de los apóstatas. Para entender cómo se organiza la galaxia neocon, debemos precisar cuál es su centro gravitacional, y la razón final de su propia existencia. La definición más aguda, y a la vez, más cínica, la aporta Irving Kristol en su clásico *Neoconservatism: The Autobiography of an Idea*, y dentro de él, en el ensayo “The Adversary Culture of Intellectuals”, de 1979:

No se puede negar que la cultura en que fuimos educados, y los sentimientos y percepciones que nuestros niños y jóvenes aprenden en sus escuelas, son inamistosas con respecto a la civilización burguesa [...]. ¿Hubo alguna vez, en toda la historia, una civilización [como la nuestra], cuya cultura estuviese en abierta contradicción con sus propios valores e ideales?⁵

La asunción de que el capitalismo –al que se quiere defender–, se encuentra cuestionado de frente por la cultura que produce, supuestamente surgida para reproducir y exaltar sus valores e ideales, es la campanada de alerta que Kristol (y los neocons) lanzaron desde sus primeras declaraciones públicas. La conclusión inicial a la que se arriba es lógica, y en consecuencia, de extraordinaria sencillez: es

en el terreno de la cultura y las ideas donde se decide el futuro del sistema.

“Las ideas son las fuerzas motrices de la historia –precisa Podhoretz, dando a su clarinada personal, lógicamente, un vago toque familiar al del Séptimo de Caballería–. A diferencia de lo que afirma el marxismo, no creo que la economía, estúpido, sea la que mueva la historia”.⁶

Escandalizado por lo que llama “disfuncionalidad” de la cultura burguesa, Kristol reconoce que “[...] la persona más culta de nuestra sociedad es, con frecuencia, la más descontenta y desafecta, no solo con nuestro presente, sino con sus ideales”.⁷ Se arriba a la segunda conclusión: la única fuerza que la cultura burguesa puede oponer a estas desafecciones tan peligrosas, radica en la llamada “cultura de masas o cultura popular” norteamericana.

Según Kristol:

El americano promedio, el “menos cultivado” no siente gran inquietud ni por el presente, ni por el ideal. Eso explica por qué ha demostrado ser errónea la visión marxista de una clase obrera radicalizada, en rebeldía contra la sociedad capitalista [...].

La sociedad burguesa es la más prosaica de todas las sociedades posibles [...]. Es prosaica no solo por su forma, sino también por su esencia. Es una sociedad organizada para la conveniencia y el confort del hombre común, no para la creación de figuras heroicas o memorables.⁸

Si el único valladar ideológico que la sociedad burguesa puede oponer contra el ascenso de la contracultura de vanguardia que genera en su seno, y que permanentemente desafía su presente y su futuro, es el fomento de una cultura “popular”, y esta debe ser estimulada por todos los medios posibles. La manera más eficiente de lograrlo es fomentando el individualismo egoísta. En ello radica la tercera conclusión a la que se arriba:

El propósito de esta sociedad es hacer el mundo lo mejor posible para el beneficio de hombres y mujeres ordinarios. Esto tiene sus raíces en la más común de las motivaciones: el interés particular. Se asume que, aunque pocos sean ca-

paces de lograr la excelencia, todos reconocen y persiguen su propio interés. Este “democrático” reconocimiento de las potencialidades igualitarias de la naturaleza humana es capaz de justificar la economía de mercado y deslegitimar todas las demás teorías económicas [...].

No debe sorprendernos que la visión burguesa del mundo, basada en las necesidades y deseos de la gente común, haya sido y sea popular entre la gente común.⁹

Aunque al inicio motivados y simpatizantes con la recién estrenada sociedad burguesa, los artistas e intelectuales –precisamente el destacamento con el que se contaba para fomentar y difundir la cultura popular que esta deseaba–, no tardaron en experimentar una gran desilusión y oponerse a ella. Las causas de este divorcio, examinadas por Kristol, permitieron arribar a lo que se llamó “fallas del sistema”, y con ellas, a la cuarta conclusión: la política cultural del capitalismo no debe marginar a los artistas e intelectuales, sino comprarlos mediante prebendas y remedos de participación.

Desde el punto de vista de los artistas e intelectuales, el nuevo orden tenía tres grandes fallas:

- 1- Amenazaba ser muy aburrido. El comercio, para los artistas, es una actividad que coarta y trivializa el espíritu humano.
- 2- Aunque la sociedad burguesa puede ofrecer a artistas e intelectuales todo tipo de cosas deseables, como la libertad de expresión y la popularidad, les privaba de ocupar el lugar social que ellos sienten les pertenece. Los artistas y escritores se consideran a sí mismos como personas muy importantes [...] y respetan a un régimen que tome a sus obras “seriamente”. Ser ubicados lejos del poder político y social es, para ellos, una privación.
- 3- La sociedad burguesa es una civilización que refleja los apetitos y preferencias de la gente común [...]. Los artistas e intelectuales ven en ello una inversión del orden natural [...]. Por su propia naturaleza “elitista”, creen que la civilización debe ser dirigida por un *aristoi** al cual se encuentran

* Se refiere a una persona de condición aristocrática.

unidos, reivindicando el derecho a representar los intereses del pueblo.¹⁰

La lógica de Kristol establece, de manera precisa, las tareas y funciones que deben asumir los intelectuales y artistas bajo el capitalismo, y también los peligros que representan cuando no son tomados “en serio” por el sistema. La contracultura que pueden generar debe ser sofocada, por todos los medios a la mano. Pero lo que es bueno para la salud del capitalismo, debe ser malo para la salud del socialismo, su oponente ideológico principal. La posibilidad de dirigir y fomentar la contracultura intelectual y artística en el seno del socialismo, es el núcleo de la quinta conclusión a la que arriba Kristol en su diseño estratégico de la concepción neoconservadora de la “batalla de ideas”:

El socialismo, de cualquier signo, es una pasión romántica que opera dentro de una estructura racionalista. Proclama la construcción de una sociedad humana en la cual todos antepongan la construcción del bien común a sus intereses y apetitos individuales [...].

La pasión moral legitima las pretensiones del socialismo científico a la verdad absoluta [...].

Pero el principio de la realidad siempre prevalecerá sobre las pasiones utópicas [...]. El más interesante factor de la vida intelectual contemporánea es la incapacidad del socialismo de producir intelectuales socialistas, incluso, de tolerar intelectuales socialistas. El destino de los intelectuales bajo el socialismo es la desilusión, el disenso, el exilio, el silencio [...].¹¹

Tras ajustar cuentas con la cultura del socialismo y fijar la manera más eficaz de luchar contra ella, Kristol avanza hacia los desafíos culturales del arte moderno y de la rebelión de lo que llama “romanticismo utópico o bohemia artística” de las sociedades capitalistas desarrolladas, a la que considera fuente de constante disenso del sistema. La sexta conclusión o tarea estratégica de Kristol para las milicias neocons que han jurado defender la eternidad de ese mismo sistema, radica en fomentar la lucha entre los

dos adversarios más importantes de la cultura burguesa, el interior y el exterior:

El racionalismo utópico [el socialismo], y el romanticismo utópico [el arte moderno o bohemia artística] son hostiles a la sociedad burguesa, pero a la larga, son igualmente hostiles entre sí.

En todas las naciones socialistas el arte moderno es reprimido, pues su espíritu nihilista es subversivo con respecto al orden establecido [...]. Picasso y Kafka, los *blue jeans* y el *rock and roll* pueden haberse convertido en los mayores enemigos internos de la burocracia socialista, uniendo a los intelectuales y a los jóvenes en una incorregible hostilidad hacia el status quo.¹²

A manera de epílogo, Kristol arriba a la séptima conclusión, la más aventurada de todas. A diferencia de las anteriores, se muestra cauto a la hora de responder a la pregunta que él mismo formulase (“¿Es posible restaurar la base espiritual de la sociedad burguesa?”), dejando entrever que algo podría hacerse si se lograba eliminar el análisis histórico como componente indispensable a la hora de examinar cualquier fenómeno social. Esto explicaría, en alguna medida, la abrupta aparición de lo que aspiró a ser la teoría del “fin de la historia” —de un entonces desconocido neoconservador llamado Francis Fukuyama—, que no rebasó la fase de experimento bonsai, apaleada por la irreverente realidad a la que pretendió dictar normas.

[Restaurar las bases espirituales de las sociedades burguesas], al parecer no es posible, sin echar atrás el reloj de la historia. Pero tal respuesta se deriva de la concepción romántico-racionalista de la historia elaborada por Saint Simon, Hegel y Marx [...]. La historia de la religión y la cultura no siempre es acumulativa. Se puede estudiar religión y cultura sin estudiar sus historias específicas. [...] Este enfoque abre ante nosotros una posibilidad [...]. Todo lo que puedo decir es que el futuro del capitalismo liberal estará significativamente ligado a las ideas que en este momento

germinan en la mente de algún joven y desconocido teólogo o filósofo, antes que a las nebulosas estadísticas del Producto Interno Bruto.¹³

Al arribar a estas siete conclusiones programáticas para luchar por la preservación de la sociedad capitalista, Kristol hace que la serpiente se muerda la cola: depende de las ideas, y no de la marcha de la economía el futuro del capitalismo; es en ese terreno donde se decide su futuro o su desaparición, acosado por temibles enemigos internos (el disenso de sus propios intelectuales) y externos (el socialismo); es posible aniquilar a esos enemigos fomentando con precisión sus contradicciones internas, y las que los enfrentan entre sí; la tarea central de los jóvenes intelectuales que llevarán adelante esta batalla decisiva para el futuro de la humanidad, y a quienes se imagina como discípulos neocons de maestros al estilo del propio Kristol o Podhoretz, ha de ser la elaboración de ideas que fundamenten la superioridad y el derecho al hegemonismo de la sociedad capitalista, y si para el logro de estos objetivos se hace necesario violentar la metodología del pensamiento científico y la lógica del historicismo, que representan conquistas del pensamiento racionalista moderno, esto deberá hacerse sin la menor vacilación o escrúpulo.

Haciendo uso de la cacareada “claridad moral” de la que se ufanan los neocons, podemos decir que su galaxia gira, sin equivocación, alrededor de un centro gravitacional: la defensa a ultranza del capitalismo, sin vacilación ni remordimientos. Para ello ha preparado, y prepara, sucesivos destacamentos de la Guardia Pretoriana, los jóvenes y ya no tan jóvenes intelectuales neoconservadores que operan las maquilas ideológicas del sistema, los fogoneros de las calderas del Imperio, sin los cuales la nave se detendría.

Después de un largo período de incubación, los neocons saltaron a la palestra de la política pública durante el gobierno de Ronald Reagan, y solo han bajado del carro imperial durante la era Clinton. En el primer y segundo períodos de Bush Jr. coparon los puestos claves de su administración, y acometieron la primera experiencia a gran escala de lo que son capaces, con tal de hacer cumplir su agenda estratégica.

Analicemos la manera en que coparon los puestos claves de la administración de George W. Bush, secuestraron a la nación y la empeñaron en una guerra infinita por la expansión hegemónica, sin dejar de disparar contra los indios desde las rocas, ni soltar de sus manos los elegantes tomos de Platón o Hobbes, a través de los cuales aprendieron a conocer el mundo en que viven, como les enseñaron sus maestros en Harvard o Chicago.

El bushismo como estrategia militar neoconservadora

Primero llegaron los neocons y luego George W. Bush, y no a la inversa, como pudiera pensarse. Lo que se critica a este último, por lo general, es su extrema supeditación a la agenda militante de aquellos.

Al trasmutar, después del 11 de septiembre de 2001, la lucha contra las redes terroristas transnacionales en una guerra contra “el eje del mal” —reconoce Philip S. Golub en *Le Monde Diplomatique*—, la administración actual de Bush no hace más que proseguir con el proyecto político y estratégico definido en los 70, y readaptado luego a comienzos de los 90 para la postguerra fría [...].

El 11 de septiembre transfiguró a un Presidente accidental en un César estadounidense. Desde entonces, Bush se ha convertido en el vector de una política que se apoya en el unilateralismo, la movilización permanente y la guerra preventiva.¹⁴

La historia más reciente de esta transfiguración comienza con la derrota de Bush Sr. ante Bill Clinton. Lejos de desanimarse o rendirse, los neocons que quedaban cesantes, al salir del gobierno, se dedicaron a hacer lo que mejor sabían: conspirar y enriquecerse, como se puede comprobar en la transcripción de una entrevista de Jonathan Holmes a Jim Lobe, del 17 de febrero de 2003:

Ellos hicieron dinero como consultantes porque se sabe que son inteligentes y están bien conectados. [Al principio] la mayoría de los neocons fueron excluidos del gobierno de

Bush Sr., porque esta administración era realista por excelencia, y ellos no se consideraban realistas, sino enemigos políticos de los realistas. Tras las elecciones de 1992 los neocons se escindieron [...] y alguno de ellos, como James Wolsey, apoyaron la candidatura de Clinton, mientras otros, como Robert Kagan, regresaron al Partido Demócrata.¹⁵

Desplazados del poder, y a pesar de las desafecciones, los neocons comenzaron a luchar desde la oposición, preparando las alianzas necesarias para retomarlos. Se mostraron eficaces, y en ello jugó un papel nada menor la experiencia que traían de su paso por la izquierda.

Son extremadamente activos en términos de organización. Lo hacen muy bien, y cuando se hallan en la oposición tratan de crear alianzas y nuevas coaliciones con personas que, aunque no estén completamente de acuerdo con ellos, sean capaces de unirse alrededor de programas básicos como hicieron en 1997, con el “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”. [...] En él se incluyeron republicanos de la derecha clásica, como Dick Cheney y Donald Rumsfeld; neoconservadores, como Richard Perle, Paul Wolfowitz y Elliot Abrams, que ahora ocupan importantes posiciones en el gobierno [de Bush Jr.]; representantes de la derecha cristiana, como Gary Bauer, y de la derecha católica, como William Bennett. Esta coalición se preparó, realmente, para tomar el poder, bajo una futura administración republicana, lo que, de hecho, se logró.¹⁶

Estas características de la filosofía neoconservadora, y sobre todo, de su práctica política, explican su extremo oportunismo. Quienes hablan todo el tiempo de “claridad moral” son los primeros que renuncian a cumplir cualquier precepto ético, cuando les conviene. Este rasgo distintivo lo imprimieron a la administración de Bush Sr., y también a la de Bush Jr.:

Los neocons no son idealistas –aclara Jim Lobe– cuando se trata de los fines y los medios. Creen que los fines jus-

tifican los medios, y si se debía luchar contra el mal mayor, representado por la URSS, no tenían escrúpulos en aliarse a gente despreciable, como la Junta Militar protonazi argentina, o el régimen de Saddam Hussein [...]. Nunca han perdido la calma en cuestiones de alianza; son muy flexibles en ese aspecto.¹⁷

El acoso a que los neocons sometieron todas las decisiones de política interior o exterior de la administración Clinton da la razón a quienes, como el investigador David Carbajal citando a Irwin M. Seltzer, afirman que, en rigor, protagonizaron una verdadera “contrarrevolución”.

El contragolpe neocon comenzó casi dos años antes del 20 de enero de 1993, fecha en que William Clinton asumió la presidencia de los Estados Unidos. Debe recordarse que el 28 de febrero de 1991 concluyó, oficialmente, la Guerra del Golfo, pero no con la remoción de Saddam Hussein del poder. La tarea inconclusa, como es habitual, no desanimó a los halcones, sino que actuó sobre su voluntad como una especie de afrodisíaco, llevándolos a iniciar una carrera enloquecida de la cual estamos observando su tramo final con la actual ocupación de Afganistán e Iraq.

El primer paso fue dado en 1992, aún bajo la presidencia de Bush Sr., o mejor dicho, precisamente por eso, como para legar a Clinton una herencia emponzoñada. El encargado de darlo no fue escogido al azar: correspondió a Paul Wolfowitz —entonces subsecretario de Defensa, el discípulo aventajado de Albert Wohlstetter—, lanzar la primera bola del partido con la elaboración del borrador de un documento conocido como “Defense Planning Guidance”.

Transcurridos 13 años de aquel primer partido de la serie, vale la pena destacar que el borrador íntegro de Wolfowitz nunca fue dado a la publicidad, y que las pocas partes que trascendieron fueron lo suficiente preocupantes y peligrosas como para levantar una polémica en la prensa, de tal magnitud, que Dick Cheney, por aquellos días secretario de Defensa, se vio obligado a “reescribirlo”. Algunas opiniones sobre aquella “Anunciación” retratan de cuerpo entero a un Wolfowitz transfigurado en Arcángel Gabriel del bushismo:

Wolfowitz, en 1992, se adelantó a su tiempo, intentando reflexionar sobre la era posterior a la Guerra Fría —afirmó

un conmovido William Kristol, editor de *The Weekly Standard*, vocero de los neoconservadores e hijo, por supuesto, del ya conocido Irving Kristol—. Comprendió, muy temprano, que debíamos escoger entre el liderazgo americano o el incremento del caos y los peligros.

El enfoque de Wolfowitz se diferenciaba del de Bush Sr., pero la historia lo ha vindicado, aunque se haya tomado tiempo para hacerlo [...]. No fue hasta después del 11 de septiembre que el papel jugado por Wolfowitz comenzó a reconocerse como profético.¹⁸

En efecto, lo fue. Si bien es cierto que aquel borrador, como señaló con razón Barton Gellman, reportero del *Washington Post*, reflejaba “[...] la continuidad de los aspectos menos diplomáticos de la política norteamericana desde la Segunda Guerra Mundial”,¹⁹ también intentaba adaptarse a un mundo libre de la competencia soviética, reconociendo que otras regiones del mundo tenían la población, los recursos y la tecnología indispensables para poder constituirse en rivales potenciales que desafiasen la supremacía de los Estados Unidos. Gellman, citando al documento de Wolfowitz, lo sintetiza: “Nuestra misión primordial en el mundo, ahora que somos la única superpotencia, es asegurarnos de que lo seguiremos siendo”.²⁰

Aquel célebre borrador de Wolfowitz reconocía la conveniencia de no reducir los gastos militares del país, a pesar de haber desaparecido la URSS, manteniéndolos cerca de los 300 billones USD que se gastaban en los períodos más álgidos de la carrera armamentista. Lejos de abogar por la reducción de los más de 1,6 millones de hombres que los Estados Unidos mantenía sobre las armas, alertaba sobre la posibilidad de tener que enfrentar guerras en dos escenarios militares distantes, como podían ser Iraq y Corea del Norte. Dos eran los conceptos básicos alrededor de los cuales giraba el documento:

- a) La necesidad de preservar el sistema mundial de alianzas de los Estados Unidos.
- b) La necesidad de que los Estados Unidos estén listos para defender sus propios intereses, junto con sus aliados, o de manera unilateral.

Otro de los elementos “revolucionarios” para la doctrina militar tradicional del borrador Wolfowitz radicaba en la identificación de los rivales potenciales contra los cuales, llegado el momento, dirigir las armas. Hasta entonces, y de acuerdo con la clasificación propuesta por George Kennan en su célebre artículo para el *Foreign Affairs*:

[...] los desafíos mayores al dominio estadounidense podrían provenir de cinco regiones del planeta que contaban con los recursos para crear un poder militar global. El objetivo principal de los Estados Unidos durante la Guerra Fría fue asegurarse de que los soviéticos no se anexasen ninguna de tales regiones a su esfera de influencia, cambiando con ello el balance global de poder.²¹

Desaparecidos los soviéticos de la escena mundial, el enfoque propuesto por Wolfowitz alertaba de que el poder de tales regiones, por sí solo, podía crecer hasta desafiar al de los Estados Unidos. Para conjurar el peligro se proponía una pequeña, pero decisiva adición: “[...] los Estados Unidos debían estar preparados para evitar el uso de armas nucleares, químicas o biológicas por parte de cualquier otro país, aunque esta amenaza no se esgrimiese directamente contra él, lo cual significa que se reservaba el derecho a la venganza o al castigo, de manera ‘preventiva’”.²²

Debutaba así, la ya célebre “Doctrina de la guerra preventiva”, y lo hacía de la mano de Wolfowitz, Cheney, y Scooter Libby, tres neoconservadores de la primera oleada, que hoy ocupan, bajo la presidencia de Bush Jr, los cargos de vicepresidente, subsecretario de Defensa y jefe del equipo estratégico del propio Cheney, respectivamente.

En vez de la contención, concepto central para la doctrina militar norteamericana durante los años de la Guerra Fría, aparece en escena el concepto de la guerra preventiva. A pesar del denodado esfuerzo de sus promotores, los años de la era Clinton no favorecieron su aplicación: la contención marcó los esfuerzos de la administración para mantener a raya, por ejemplo, a Saddam Hussein. Frustrados, pero no vencidos, los neoconservadores, agrupados ya para entonces bajo el “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”,

dirigieron al Presidente una carta abierta sobre el tema, con fecha 26 de enero de 1998. Las ideas esenciales que aparecían en ella fueron:

- a) La aplicación de la política norteamericana en Iraq, actualmente, no es exitosa, y desembocará en una amenaza de tal magnitud como no hemos conocido desde el fin de la Guerra Fría [...].
- b) La estrategia implicaría, en primer lugar, sacar del poder a Saddam Hussein.
- c) La política de contención [en Iraq] se ha visto sensiblemente erosionada en los últimos meses.
- d) La única estrategia aceptable es la eliminación de la posibilidad de que Iraq pueda usar o amenazar con usar armas de destrucción masiva.
- e) Estamos seguros de que, bajo las actuales Resoluciones de la ONU, los Estados Unidos están autorizados a dar los pasos requeridos, incluyendo los militares, para proteger nuestros intereses vitales en el Medio Oriente. De cualquier manera, nuestra política no debe continuar paralizada esperando por la unanimidad del Consejo de Seguridad.
- f) Lo exhortamos a actuar de manera decidida [...]. Si aceptamos la continuación del actual curso a la deriva, plagado de flaquezas, pondremos en riesgo nuestros intereses y nuestro futuro.²³

Bajo aquel virtual chantaje mediático estamparon sus firmas neoconservadores de la talla de Elliot Abrams, Richard Armitage, William Bennett, John Bolton, Francis Fukuyama, William Kristol, Richard Perle, Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz.

Entre el 16 y el 19 de diciembre de 1998, las fuerzas angloamericanas bombardearon más de 100 blancos iraquíes, bajo el pretexto de castigar al país por no aceptar a los inspectores de armamento de la ONU. Los resultados de lo que se conoció como Operación “Zorro del Desierto” debió provocar un inmenso júbilo entre los zorros neoconservadores, en vista de la efectividad de las presiones sobre Clinton, por el solo gasto de las hojas de papel usadas para escribirle. Debieron también celebrar el debut, en la vida real, de un ataque preventivo contra un rival potencial.

La escalada de la retórica agresiva de los neocons es muy apreciable durante el tiempo que media entre la administración Clinton y los meses posteriores al escandaloso proceso electoral en el que resultó “electo” George W. Bush. Mediante un constante bombardeo de prensa, y utilizando herramientas tales como los criterios y predicciones de tanques pensantes conservadores al estilo del PNAC, los neocons lograron influir sobre la doctrina militar del país, imponiendo poco a poco su agenda y los métodos recomendados para hacerla realidad.

Un rápido examen, por ejemplo, de una parte de lo publicado en la prensa neoconservadora durante el 2001, año crucial para conformar el rostro definitivo de la doctrina militar del bushismo, permite delinear su cartografía conceptual mediante el trazado de los siguientes hitos:

1- El 14 de mayo el *Weekly Standard* publica el artículo de Reuel Marc Gerecht, ex oficial de la CIA y director de la Iniciativa para el Medio Oriente del PNAC, titulado “Liberate Iraq”. En dicho artículo se establece un paralelo entre Saddam y Hitler, y se intenta convencer a Bush Jr. de la necesidad de sacarlo del poder a partir de afirmar:

- Que Saddam intenta dominar todo el Medio Oriente mediante la producción de armas de destrucción masiva, cuyas variantes químicas y biológicas ha usado para masacrar a los kurdos.
- Que, en los últimos meses, ha aumentado su poder de fuego antiaéreo.
- Que intentó asesinar al presidente Bush (Sr.) en Kuwait, en 1993.
- Que los regímenes totalitarios, como el de Saddam, tienen un sexto sentido para detectar las debilidades de sus enemigos democráticos.
- Que los árabes se han tornado contra los Estados Unidos porque ven a Saddam como un triunfador.
- Que Saddam, al igual que otros regímenes conservadores árabes, se ha beneficiado con la colisión entre el mundo musulmán y el Occidente moderno. Los Estados Unidos no

deben preocuparse de ser populares en el mundo árabe, a partir de las medidas a aplicar.

- Que Saddam debe ser confrontado, no con nuevas sanciones, sino por medio de las armas.
- Para combatir a Saddam debe combinarse el uso de grandes contingentes de tropas norteamericanas con el apoyo que se debe brindar a los aliados iraquíes que lo combaten, bajo la dirección de Amhed Chalabi, al que se califica de “proamericano”. Chalabi es ideal para la tarea, a pesar de que se rumorea que es corrupto.
- La intervención militar, aun cuando sea preventiva, no está reñida con la concepción de la *Pax Americana*.²⁴

2- El 6 de julio, Tom Donnelly, vicedirector Ejecutivo del PNAC, vuelve al tema de Iraq en un “Memorandum to Opinion Leaders” alertando que:

- La administración de Bush Jr., antes que cumplir lo prometido de “sacar a Saddam del poder”, parece inclinarse hacia las “sanciones inteligentes” contra Iraq, al estilo de lo preconizado por Colin Powell.
- El secretario de Defensa, Donald Rumsfeld parece inclinado a reducir las fuerzas armadas combativas en el orden del 20%, lo cual compromete la posibilidad de librar acciones terrestres exitosas en Iraq, haciendo vacilar, aún más, al Presidente, a la hora de tomar las decisiones pertinentes.
- No plantearse la eliminación de Saddam deja sus manos libres para seguir creando problemas en la región y el mundo.²⁵

3- El 30 de julio de 2001 Reuel Marc Gerechta vuelve a la carga en *The Weekly Standard* con su artículo “A Cowering Superpower: It’s time to fight against terrorism”, en el que plantea:

- La administración Bush ha continuado y sobrepasado la timidez desplegada por la de su predecesor en el Medio Oriente, lo cual pone en duda, a los ojos del mundo, que los Estados Unidos sean una superpotencia.

- Osama Bin Laden y su organización terrorista lograron una gran victoria cuando atacaron y casi hundieron en Adén al buque *Cole* de la Marina de Guerra norteamericana, sin sufrir represalias de este país. “Nuestro temor bombea oxígeno a los militantes islámicos”.
- El terrorismo despliega su guerra por medios no convencionales; su objetivo final es el debilitamiento psicológico del enemigo mediante el uso del miedo.
- Existen agentes “dormidos” de Bin Laden, en países del mundo occidental, esperando la orden para atacar blancos estadounidenses.
- Osama Bin Laden, sin lugar a duda, volverá a atacarnos. Si encuentra nuestros puntos débiles –lo que hará con seguridad–, atacará a sitios del Primer Mundo, por donde sus hombres se mueven.
- El subsecretario de Defensa, Richard Armitage, ha alertado recientemente que los Estados Unidos culparán a los talibanes si se producen futuros ataques de Al Qaeda.²⁶

4- Siguiendo la escalada, el 27 de agosto de 2001, a escasos 14 días de los atentados contra el Pentágono y el World Trade Center, desde las páginas de *The Weekly Standard*, Robert Kagan y William Kristol clamaban por dar “A Green Light for Israel”:

- Si los Estados Unidos son un aliado en el que se pueda confiar en momentos de crisis, ha llegado el momento de que se ponga, de manera evidente, del lado de Israel.
- Las exigencias a Israel para que “no responda a los ataques terroristas que sufre”, y a los Estados Unidos para que asuma un papel “más activo” en el conflicto palestino-israelí, son, en realidad, llamados a que este último país “abdique a su derecho al juicio moral y al liderazgo político (global)”.
- Debe quedar claro que en este conflicto, los Estados Unidos tienen el deber de ayudar de forma moral y estratégica a su aliado Israel, y en consecuencia, en las condiciones y el momento presente, la mejor esperanza para el proceso de paz en el Medio Oriente, y para la paz misma, es dar luz verde a Israel.²⁷

5- En un “Memorandum to Opinión Leaders” con fecha 6 de septiembre de 2001, Reuel Marc Gerecht, director de la Iniciativa para el Medio Oriente del PNAC, formulaba las siguientes propuestas “brillantes”, en el mejor estilo neocon, para el logro de la paz en tan convulsa región. Obsérvese el “penetrante” análisis acerca de las motivaciones de los combatientes suicidas palestinos, y las “recomendaciones” que se hacen acerca de la mejor manera de luchar contra ellos. Recuérdese que entonces faltaban apenas 5 días para el 11 de septiembre:

- “Los islamistas de la Jihad o de Hamas no quieren ningún proceso de paz. Ellos no se suicidan por estar deprimidos, sino por sentir la euforia de los santos guerreros”.²⁸
- “Los israelíes se ven obligados a actuar como lo hiciese el rey Hussein de Jordania en 1970, cuando la OLP intentó arrastrar al país a una guerra civil [...]. La táctica israelí de asesinar a los extremistas palestinos, el uso de helicópteros y la rápida penetración en el terreno, han contribuido mucho a la disminución de las bajas israelíes y palestinas. Si tales tácticas son suficientes [para enfrentar la amenaza] está por verse”.²⁹

El camino quedaba trazado.

6- El 11 de septiembre de 2001, en medio de la tragedia, se producen dos importantes declaraciones que evidencian la evolución de la doctrina militar del bushismo. La primera es la comparecencia del presidente Bush ante la nación, a las 8.30 pm, y es bastante conocida. La segunda puede hallarse en el artículo de Robert Kagan de ese mismo día en *The Washington Post*, titulado “We Must Fight this War”. Ambas declaraciones, a escasas horas del suceso, aportan significativos elementos para el análisis.

De la Declaración Presidencial vale la pena destacar:

- Los actos terroristas intentaban sumir a la nación “en el caos y el retraimiento”,³⁰ o sea, pretendían apartar a los Estados Unidos de cumplir de lo que considera sus deberes

globales, lo cual provocará y justificará, como reacción inversa, el inicio de una era de intervenciones abiertas en los asuntos internos del resto de los países del mundo.

- Ante lo sucedido, los Estados Unidos abandonan solemnemente los mecanismos de seguridad global, aceptados por la comunidad internacional, asumiendo el derecho a actuar de manera unilateral. Para ello se esgrime una justificación: “No haremos distinción entre los terroristas que llevaron a cabo tales actos y aquellos que les brinden abrigo”.³¹ El Presidente de los Estados Unidos, a partir de asumir esta facultad, tiene el derecho casi divino de decidir, por sí y ante sí, a quién atacar y por qué causas.

Robert Kagan es, según un estudio de *rightweb*, el neoconservador más públicamente activo, signatario de diez de los once documentos programáticos del PNAC, entre la Declaración de Principios del 3 de junio de 1997, y la Segunda Declaración sobre el Iraq de postguerra, del 28 de marzo de 2003, solo igualado en *average* por William Kristol. No es casual que, llegado el momento crucial, le haya correspondido hablar a nombre del clan. De su artículo para el *Post* se pueden extraer las siguientes ideas básicas:

- Este día (11 de septiembre de 2001) será recordado como un día de infamia, el día en que la post Guerra Fría terminó, y en el que el mundo, para los estadounidenses, cambió completamente [...]. Fuimos tocados por la tragedia, sin dudas, por lo no hecho en el Medio Oriente, por omisión, y por lo hecho, por comisión.³²
- Solo tenemos una esperanza: que los Estados Unidos respondan al monstruoso ataque de hoy, perpetrado en su suelo, con la misma claridad moral y valor de que hicieron gala nuestros abuelos cuando sucedió lo de Pearl Harbor. No debemos involucrarnos en largos esfuerzos legales para llevar ante los tribunales a los terroristas, sino hacer lo único que nos corresponde en un momento como este: la guerra. A fin de cuentas, estamos en guerra; hemos recibido el primer golpe devastador de esta guerra, que no será el último

[...]. No nos amedrentemos por las identidades misteriosas de nuestros atacantes; pronto se hará evidente que solo unas pocas organizaciones terroristas son capaces de llevar a cabo un ataque tan masivo y bien coordinado como este. Debemos disponer de todos los medios posibles en un esfuerzo global por capturarlos o matarlos. Se hará evidente que tales organizaciones no podrían operar sin la asistencia de algunos gobiernos con un abultado récord de hostilidad hacia los Estados Unidos y de apoyo al terrorismo. Debemos, de inmediato, movilizar a nuestras fuerzas convencionales para una inevitable escalada que llegue hasta la confrontación con uno o más de tales gobiernos. El Congreso debe declarar la guerra, no a ningún Estado en concreto, sino a aquel que haya apoyado los ataques de hoy contra cualquier nación que lo haya hecho. Esta declaración de guerra no debe ser puramente simbólica.³³

- Para terminar, Kagan hizo una curiosa declaración que permite entender el callado regocijo con que los neocons debieron presenciar las imágenes dantescas del colapso de las Torres Gemelas: “Afortunadamente, con el fin de la Guerra Fría no existen ya amenazas en el mundo que impidan que concentremos nuestras energías y recursos en la guerra contra el terrorismo internacional”.³⁴

7- El 19 de octubre de 2001, Gary Schmitt, uno de los ideólogos del rotativo *The Weekly Standard*, cuya firma aparece en siete de los once documentos programáticos del PNAC, publicó un artículo titulado “Why Iraq?: If Saddam stay in power, the war on terrorism will have failed”, grosero chantaje al gobierno de Bush para que se decidiese atacar a Iraq, apelando a los siguientes argumentos:

- Oficiales de inteligencia del gobierno de Saddam Hussein estuvieron vinculados a los terroristas que llevaron a cabo los atentados del 11 de septiembre. En campos de entrenamiento existentes en ese país se enseñaban las técnicas para el secuestro de aviones.

- Iraq desarrolla un amplio programa de fabricación de armas biológicas, como el ántrax, el mismo que se utilizó en ataques contra la Florida y el Congreso. Los grupos terroristas no poseen los recursos para ello.
- En 1993 Saddam ordenó a sus oficiales de inteligencia organizar el asesinato del presidente Bush Sr., durante su visita a Kuwait. También tuvo que ver con el atentado de ese mismo año contra el World Trade Center.³⁵
- El continuado programa de desarrollo de armas de destrucción masiva –nucleares, químicas y biológicas– que se lleva a cabo en Iraq nos hace pensar que se trata de destruir el dominio norteamericano en la región [...]. El costo de dejar a Saddam en el poder sería, simplemente, demasiado alto [...]. Se sabe que, en un plazo no mayor de tres años, Iraq logrará obtener el arma nuclear”.³⁶
- Para concluir, una solemne declaración: “Esta es una oportunidad que no se debe desperdiciar. Si de aquí a dos o tres años Saddam continúa en el poder, la guerra contra el terrorismo habrá fracasado”.³⁷

A tono con esto, el 6 de diciembre de ese mismo año, William Kristol enviaba a “los líderes de opinión” un nuevo memorándum sobre Iraq.³⁸ En él se incluía una carta firmada por seis senadores y tres representantes norteamericanos al presidente Bush, todos de antigua estirpe conservadora, al estilo de Trent Lott, Joseph Lieberman o Jesse Helms, exigiendo que los Estados Unidos abandonasen la “política de contención” con respecto a Iraq, pasando a la “confrontación directa” que deberá terminar con la salida de Saddam Hussein del poder. Ni más ni menos que lo que los neocons habían venido pregonando, ante sus rivales y enemigos, desde los ya míticos años de la Guerra Fría.

8- El siguiente paso en la delineación de los conceptos centrales que conforman la doctrina militar del bushismo es apreciable en el discurso del Presidente en enero de 2002, conocido como “Informe sobre el estado de la Unión”. En él aparece, por primera vez el concepto del “Eje del Mal”, que incluye a

Iraq, Irán y Corea del Norte, países a los que se describe de la siguiente manera:

- Corea del Norte es un régimen armado con misiles y armas de destrucción masiva, mientras su población sufre una verdadera hambruna [...].
- Irán busca intensamente la posesión de armas de exterminio masivo y la exportación del terror [...].
- Iraq continúa desplegando su hostilidad contra los Estados Unidos y apoyando el terrorismo [...].³⁹
- Ante la existencia de lo que se define como “Eje del Mal”, el Presidente de los Estados Unidos declara a la nación, sin ambigüedad alguna, que “[...] no tenemos tiempo para largas deliberaciones. No esperaremos a que los peligros se acumulen y nos amenacen. Estados Unidos no permitirá que los regímenes más peligrosos del mundo nos amenacen con sus armas de destrucción masiva”.⁴⁰

9- La próxima estación en el viaje iniciático de la doctrina militar del bushismo se aprecia en el discurso del Presidente durante la ceremonia de graduación 2002 de los cadetes de West Point, celebrada en junio de ese año. Se trata de la primera exposición sistemática de la nueva doctrina militar de su gobierno, y muestra todas las señales de su origen inequívocamente neoconservador. Las “nuevas ideas” allí expuestas fueron:

- Nuestra guerra contra el terrorismo recién acaba de comenzar, pero en Afganistán ha comenzado bien.
- Luchamos ahora, y siempre lo hemos hecho, por una paz justa, una paz a favor de la libertad humana. Defenderemos la paz contra la amenaza de terroristas y tiranos [...] y estimularemos a las sociedades libres y abiertas en todos los continentes.
- Los Estados Unidos no son un imperio que extender ni una utopía que realizar. Deseamos para los demás lo mismo que para nosotros: seguridad, la recompensa de la libertad y la esperanza de una vida mejor.

- Enfrentamos amenazas sin precedentes. En el pasado, los enemigos necesitaban grandes ejércitos y gran capacidad industrial para causar daño a nuestra nación y a nuestro pueblo. El ataque del 11 de septiembre requirió de unos pocos centenares de miles de dólares en las manos de unas docenas de personas malas y falsas. Todo el daño que causaron se pagó con algo menos de lo que cuesta un tanque de guerra.
- Las mayores amenazas contra la libertad provienen del cruce que se produce entre radicalismo y tecnología. Cuando las armas nucleares, químicas y biológicas proliferan junto a la tecnología coheteril, incluso Estados débiles y grupos pequeños pueden tener el poder catastrófico de golpear a las grandes naciones.
- En el pasado siglo, la defensa de los Estados Unidos descansaba en la “Doctrina de la Contención” [...], pero nuevas amenazas exigen un nuevo pensamiento. La Contención, o sea, la promesa de una respuesta masiva contra las naciones agresoras, no significa nada para las sombrías redes terroristas que no tienen naciones o ciudadanos que defender. La Contención no es posible cuando dictadores desenfrenados con armas de destrucción masiva pueden lanzar ataques con misiles o las entregan en secreto a sus aliados.
- La guerra contra el terrorismo no se ganará a la defensiva. Debemos combatir al enemigo, interrumpir sus planes, y enfrentar las peores amenazas antes de que estas se hagan realidad. En el mundo en que nos adentramos, el único camino posible es el de la acción, y nuestra nación actuará.
- Nuestra seguridad exige disponer del mejor trabajo de inteligencia posible [...] exige modernizar nuestras agencias nacionales, como el FBI [...] precisa transformar a las Fuerzas Armadas, para que sean capaces de golpear en cualquier momento, en cualquier oscuro rincón del planeta. Nuestra voluntad requiere que todos los norteamericanos miren adelante, resueltamente, y sean capaces de tomar acciones preventivas, cuando sean necesarias, para defender nuestra libertad y nuestras vidas.

- Debemos descubrir células terroristas en 60 o más países, usando para ello las herramientas de las finanzas, la inteligencia y las fuerzas de la ley [...]. Algunas naciones requieren entrenamiento militar para lidiar contra el terror, y nosotros se lo brindaremos [...]. Enviaremos diplomáticos allí donde sea necesario, y también militares adonde haga falta.
- La claridad moral fue decisiva para lograr la victoria en la Guerra Fría.
Diferentes circunstancias requieren métodos diferentes, pero una misma moralidad. Lo moralmente correcto es idéntico en cualquier cultura, en cualquier tiempo y lugar [...]. No estamos creando un problema, sino revelándolo, y conduciendo al mundo hacia su enfrentamiento. Los Estados Unidos ostentan la supremacía militar y tratarán de mantenerla, más allá de cualquier desafío [...].
Cuando la acción se asienta sobre los derechos comunes y las necesidades de los hombres y las mujeres, entonces no hay choque de civilizaciones.⁴¹

10- El paso definitivo para la conformación de la doctrina militar del bushismo fue dado el 17 de septiembre de 2002, 20 meses después del inicio de la presidencia de Bush Jr., cuando fue dada a conocer “The National Security Strategy of the United States of America”, documento de 33 páginas que resume todos los cambios experimentados en la política exterior del país, en sus conceptos militares y estratégicos cardinales por los que habían venido trabajando, desde hacía diez años, neoconservadores al estilo de Paul Wolfowitz y Dick Cheney. Se trata de un compendio de nueve capítulos encabezados por citas extraídas de intervenciones públicas del presidente Bush sobre estos temas, pronunciadas entre septiembre de 2001 y septiembre de 2002.

Un ensayo o borrador previo de la “Estrategia...” debe considerarse el reporte del PNAC conocido como “Rebuilding America’s Defenses”, de septiembre de 2000.⁴² En rigor, este documento era una especie de lista navideña de anhelos que el complejo militar

industrial formulaba para que el Presidente que resultase electo unos meses después cumpliera sus demandas de aumento en los gastos militares del país, tras los recortes a que los sometiese la administración Clinton.

Partiendo de la afirmación de que los promotores del PNAC, desde su misma creación en la primavera de 1997, expresaban una gran preocupación por lo que definían como decadencia del poderío defensivo de los Estados Unidos, el reporte que incluía:

- El análisis de los dos estudios sobre la defensa del país que, por mandato del Congreso, aparecieron en mayo de 1997 (*Quadrennial Defense Review*) y en diciembre de 1997 (*Report of the National Defense Panel*), que aceptaban como válidas las rebajas en las asignaciones presupuestarias destinadas a la esfera militar, y en compensación, proponían la reducción de los fines estratégicos a alcanzar.
- El estudio de “The Defense Policy Guidance” de 1992, redactado por Dick Cheney, cuyo primer borrador fallido perteneció a Wolfowitz, reconocía la necesidad de aumentar sostenidamente los gastos militares para garantizar la preeminencia del poderío norteamericano y el desarrollo de la seguridad mundial, “de acuerdo con los principios e intereses de los Estados Unidos”.
- La realización de una serie de seminarios con especialistas militares neoconservadores, entre ellos, Stephen Cambone, William Kristol, Donald Kagan, I. Lewis Libby, Gary Schmitt y Paul Wolfowitz, para examinar tópicos tales como las misiones futuras del servicio militar, el papel de la reserva, los presupuestos de defensa y la modernización militar, la planificación para diferentes teatros bélicos, las guerras pequeñas y las nuevas operaciones policíacas a desarrollar por las tropas.

Este documento neoconservador pasa a la historia como la axiología, el “deber ser” de la doctrina militar del bushismo. Su importancia estriba en que confirma, inobjetablemente, la supeditación de Bush Jr. a la agenda neoconservadora, imperialista y hegemónica del PNAC, y en consecuencia, de las grandes corporaciones

y del complejo militar industrial que los mantiene como a empleados de lujo y especialistas en Relaciones Públicas.

Los redactores del reporte no escogieron casualmente el momento en que lo dieron a la publicidad: era la víspera del asalto a la Presidencia que protagonizaría el equipo encargado de la campaña de Bush Jr. Y así lo manifestaron:

- Nuevas circunstancias nos hicieron pensar que el reporte sería mejor recibido que en años anteriores [...].
- Nuevas historias, reportes del Pentágono, testimonios congresionales, y anécdotas de los propios militares conformaban un panorama preocupante dentro de las fuerzas armadas [...].
- El reporte se redactó cuando había transcurrido una década del fin de la Guerra Fría [...], por lo que teníamos una mejor idea acerca de cuáles eran nuestras responsabilidades, las amenazas que se cernían sobre nosotros, y qué debíamos hacer para asegurar la estabilidad y paz relativa de que disfrutábamos.
- Nuestro reporte se publicaba en un año electoral. La nueva administración tendría que proponer un segundo *Quadrennial Defense Review*, poco después de asumir sus funciones. Esperábamos que nuestro reporte sirviese como mapa de ruta para los planes futuros de defensa.
- [...] el mundo de la post Guerra Fría no continuará siendo un lugar relativamente seguro, si los Estados Unidos insisten en mantenerse tan negligentes en asuntos de defensa y política exterior.⁴³

Tras asegurar la atención del auditorio, los encargados del reporte resumieron las cuatro nuevas misiones que deberían asumir las fuerzas armadas de los Estados Unidos en el siglo XXI:

- 1- Asegurar la defensa de la seguridad nacional.
- 2- Estar en condiciones de luchar y vencer, de manera simultánea, en múltiples escenarios de guerra.
- 3- Cumplir los deberes inherentes a las misiones policíacas que garantizan un ambiente seguro en regiones críticas.

4- Transformar a las fuerzas armadas de manera tal que puedan beneficiarse de la revolución que tiene lugar en la esfera militar”.⁴⁴

Para que los Estados Unidos puedan asumir tales funciones, es necesario que destinen suficiente presupuesto para:

- a) Mantener la supremacía nuclear, no solo con respecto a Rusia, sino también con respecto a cualquier otra amenaza que pueda emerger.
- b) Incrementar la fuerza militar para que sobrepase el nivel solicitado por el presidente Bush Sr., llevándolas de 1,4 millones a 1,6 millones de soldados.
- c) Reposicionar a las fuerzas militares norteamericanas para que puedan responder a las realidades estratégicas del siglo XXI, ubicándolas en bases permanentes del sureste de Europa y el de Asia, y cambiando la ubicación de las fuerzas navales para que puedan reflejar la creciente preocupación estratégica en Asia Oriental.
- d) Modernizar selectivamente el armamento de las fuerzas armadas, expandiendo los submarinos y las unidades de superficie, adquiriendo helicópteros *Comanche*, vehículos semipesados para el ejército, etc.
- e) Desarrollar y desplegar nuevos sistemas de misiles para defender el territorio nacional y a nuestros aliados, y asegurar la proyección del poder estadounidense alrededor del mundo.
- f) Dominar el ciberespacio y crear las condiciones para la fundación de una nueva fuerza, la Fuerza Espacial de los Estados Unidos, encargada de controlar el espacio cósmico.
- g) Explotar la revolución que tiene lugar en la esfera militar para asegurar la superioridad futura de las fuerzas convencionales de los Estados Unidos.
- h) Incrementar los gastos de defensa, gradualmente, utilizando para ello, al menos, entre el 3,5 y el 3,8% del PIB del país, adicionando de 15 a 20 billones de dólares cada año.

Este detallado programa de gastos y crecimiento militar, con bien delineadas misiones para sus fuerzas armadas; que proyectaba

no solo mantener la supremacía de la superpotencia, sino que también le exigía aplastar a cualquier rival potencial; que preveía la ingerencia en los asuntos internos de numerosos países bajo el pretexto de cumplir misiones policiales; que incluía el control del ciberespacio y el espacio cósmico, como por mandato divino; concluía con la certeza de que las misiones policiales a cumplir demandan el liderazgo moral de los Estados Unidos antes que el de la ONU, y que al restaurar las bases de la seguridad exterior mediante operaciones militares, se desarrollarían las defensas que garantizan la seguridad interna.

En el reporte de 2000 se definía con absoluta precisión lo que Bush Jr. reivindicaría, dos años después, como algo de su propia cosecha, al utilizar en enero de 2002, por primera vez, el concepto de “Eje del Mal” expresado de la siguiente manera:

La actual paz norteamericana tendrá corta vida si el país se muestra vulnerable ante los Estados delincuentes que posean arsenales pequeños y baratos de misiles con cabezas nucleares u otras armas de destrucción masiva. No debemos permitir que Corea del Norte, Irán, Iraq y otros, minen el liderazgo americano, intimiden a nuestros aliados, o amenacen a la nación [...]. El liderazgo global no es algo que se ejerce a discreción, solo cuando nos atacan, o cuando peligran nuestros intereses nacionales: para entonces ya será demasiado tarde. Mantener la preeminencia militar es la oportunidad de asegurar el liderazgo geopolítico y preservar la *Pax Americana*.⁴⁵

¿Qué cambios sustanciales recoge la nueva versión de este documento –*The National Security Strategy of the United States of America*–, que resume la doctrina militar del bushismo?

La esencia de los cambios que se consagran en la “Estrategia...” bien podría hallarse en cualquier manual de Economía Política neoconservadora, o en las exhortaciones del American Enterprise Institute, antes que en un documento de estas características. No es casual que en su “Introducción”, que ostenta la firma del presidente George W. Bush, y tiene fecha 17 de septiem-

bre de 2002, se nos remita a conceptos sociológicos y filosóficos antes que a conceptos militares:

Hoy los Estados Unidos gozan de una posición sin paralelo en lo tocante a poderío militar e influencia económica y política. Para preservar nuestro patrimonio y principios, no utilizamos nuestra fortaleza, tampoco para lograr ventajas unilaterales: tratamos de crear un balance de poder que favorezca la causa de la libertad humana. [...]. Defenderemos la paz combatiendo a terroristas y tiranos. Preservaremos la paz construyendo buenas relaciones con las grandes potencias. Extenderemos la paz fomentando sociedades libres y abiertas en todos los continentes.⁴⁶

Pocas afirmaciones en este documento son más sinceras que esta. Pocas sirven mejor para demostrar el nexo que existe entre una doctrina militar de este tipo y los objetivos finales que persiguen quienes la propugnan. Bajo los nobles propósitos que se declaman, subyace la voluntad tiránica de forzar a las demás naciones a adoptar, a la fuerza, el modelo de sociedad capitalista.

La doctrina militar del bushismo apela al uso de todas las armas posibles para derrotar a los enemigos que engloba bajo la genérica denominación de “terroristas”, entre ellas, el poder militar, mejores defensas nacionales, la fuerza de la ley, los organismos de inteligencia, y esfuerzos vigorosos para cortar las finanzas del terrorismo.

El teatro de operaciones donde se desarrollarán las acciones de esta guerra y su duración son bien definidos en el documento:

La guerra contra el terrorismo de alcance global es una empresa también global, de duración indefinida. Los Estados Unidos ayudarán a las naciones que combatan el terrorismo, y que necesiten asistencia, pero también tomarán nota de aquellas que están comprometidas con el terror, incluyendo a las que acogen a los terroristas, porque los aliados del terror son enemigos de la civilización.⁴⁷

Los Estados Unidos bajo el gobierno de Bush Jr., declaran ser el juez supremo capaz de decretar recompensas o castigos a las

demás naciones, en la misma medida en que se acerquen o alejen de su órbita de influencia. Bajo este prisma debe ser leída la anterior afirmación y las listas al estilo de la del “Eje del Mal”.

El concepto de las “guerras preventivas” es consagrado definitivamente en la “Estrategia...”, imponiéndose al resto de la humanidad la espada de Damocles de amanecer algún día bajo los ataques preventivos que se hubiese ganado por cualquier pequeña infracción, real o supuesta, de la Ley Imperial. Así se justifica:

Por sentido común y derecho a la autodefensa, los Estados Unidos actuarán contra los peligros emergentes, antes de que estos se formen. No podremos defendernos, ni defender a nuestros aliados esperando lo mejor. Estaremos preparados para derrotar los planes del enemigo usando mecanismos de inteligencia y actuando con determinación [...]. En el nuevo orden mundial en el que nos adentramos, el único camino hacia la paz es el de la acción.⁴⁸

Más que el discurso de un Comandante en Jefe al exponer ante el mundo los principios de su doctrina militar, la “Estrategia...” recoge la retórica de un viajante de comercio cuya misión es convencernos, por las buenas, o bajo la amenaza de una golphiza preventiva, que debemos comprar “voluntariamente” los productos que nos oferta, entre ellos, “democracia, desarrollo, mercado libre, y libre comercio”, todos facturados de acuerdo con sus propias patentes.

Y para que nadie dude del derecho divino que asiste al líder de la nación más poderosa de la Tierra, el documento concluye afirmando que en la lucha contra los tiranos, los terroristas, las epidemias y la pobreza, “[...] los Estados Unidos dan la bienvenida a nuestra responsabilidad de conducirlo en esta gran misión”.⁴⁹

Del compendio que es, de hecho, la “Estrategia...”, merece la pena subrayar algunas otras ideas que ayudan a entender, en su integralidad, la doctrina militar del bushismo:

- Llevaremos también a cabo una guerra de ideas para derrotar la amenaza del terrorismo internacional [...]. Apoyare-

mos a los gobiernos modernos y moderados [léase, conservadores], sobre todo en el mundo musulmán [...]. Usaremos con efectividad la diplomacia pública para promover el libre flujo de información e ideas [...].

- Una economía global fuerte amplía nuestra seguridad nacional, al hacer avanzar la prosperidad y la libertad en el resto del mundo. El crecimiento económico se basa en el libre comercio y el libre mercado [...].
- Denunciaremos abiertamente las violaciones de los principios no negociables de la dignidad humana [...]. Usaremos nuestra ayuda exterior para apoyar a aquellos que promueven la libertad humana y el avance hacia la democracia.
- Nuestra estrategia para combatir la proliferación de las armas de destrucción masiva incluye: activos esfuerzos contra la proliferación, que nos permitan detener y defendernos de tales amenazas; fortalecer los esfuerzos contra la proliferación que evite que los Estados delincuentes y los terroristas adquieran material, tecnología y conocimientos necesarios para construirlas; efectiva conducción para responder a los efectos del uso de armas de destrucción masiva por parte de terroristas o Estados hostiles. Para poder desarrollar la opción preventiva debemos construir mejores y más integradas capacidades de inteligencia para estar alertas a tiempo sobre las amenazas, coordinar mejor con nuestros aliados las acciones que emprenderemos, y continuar transformando nuestras fuerzas militares para llevar a cabo operaciones precisas que logren resultados decisivos.

Los Estados Unidos deberán invertir tiempo y recursos para construir relaciones internacionales e instituciones que ayuden a manejar las crisis regionales, cuando estas emerjan. Los Estados Unidos deberán también ser realistas acerca de su habilidad para ayudar a quienes no son capaces ni están listos para ayudarse a sí mismos. Donde y cuando exista un pueblo listo para hacer lo que le corresponde, nosotros estaremos listos y decididos a actuar de manera decisiva.

- Las lecciones de la historia son claras: las economías de mercado, las economías sin control estatal, son la mejor

vía para promover la prosperidad y reducir la pobreza. Un desarrollo económico fuerte en Europa y Japón es decisivo para los intereses vinculados con la seguridad nacional de los Estados Unidos [...]. Para promover el libre comercio debemos tomar la iniciativa global, presionar por la adopción de iniciativas regionales [como el ALCA para América Latina], desarrollar acuerdos bilaterales de libre comercio [como los negociados con Chile y Singapur], promover la conexión existente entre comercio y desarrollo, reforzar los acuerdos de comercio, las leyes contra las prácticas desleales [...] y ampliar la seguridad energética.

- Es un imperativo moral y una de las primeras prioridades de la política exterior de los Estados Unidos incluir a los países más pobres en un esfuerzo por el desarrollo, para lo cual [...] proveeremos recursos que les permitan emprender las reformas nacionales, aumentar la efectividad del Banco Mundial, abrir las sociedades al comercio y a las inversiones [...] y asegurar la salud pública.
- Los Estados Unidos deberán desarrollar estrategias para la organización de coaliciones de Estados listos para promover un balance de poder a favor de la libertad [...]. Expandir la OTAN entre aquellos países democráticos que estén dispuestos a defender y hacer avanzar nuestros intereses comunes [...]. Expandir nuestros aliados en Asia [...]. Algunas grandes potencias en ciernes [China, India y Rusia], se encuentran a mitad de sus transiciones internas, lo cual refuerza nuestra esperanza de que un verdadero consenso en cuestiones globales sobre principios básicos emerge lentamente.
- Los Estados Unidos requieren bases militares y estaciones dentro y más allá de Europa Occidental y el noreste de Asia [...]. Debemos transformar nuestras capacidades de inteligencia e integrarlas con nuestras defensas y con las fuerzas de la ley [...] fortalecer la autoridad del director de la CIA, y asegurarnos de que el Departamento de Estado reciba los fondos necesarios para garantizar el éxito de la diplomacia norteamericana.⁵⁰

Las palabras finales de la “Estrategia...” merecen figurar en un libro, de esos que recogen frases breves que resumen en sí mismas toda una filosofía o una historia capaces de llenar muchos tomos abultados. No hace falta decir más sobre los móviles profundos y los objetivos no declarados de un documento de esta naturaleza, cuando uno puede leer en él: “A una sociedad moderna y diversa le son inherentes la energía de los emprendedores y ambiciosos. Nuestra fuerza proviene de lo que seamos capaces de hacer con esa energía. Con ella se inicia nuestra seguridad nacional”.⁵¹

Elocuente metáfora, digna de ser asentada, como ya lo está, en los libros sagrados de los neoconservadores.

Iraq, el paraíso perdido

En la Plaza Firdos de Bagdad un cabo del Cuerpo de Marines llamado Ed Chin logró sus 15 minutos de fama, cuando ante las cámaras de la televisión cubrió el rostro de la estatua de Saddam Hussein con una bandera norteamericana.

Los noticieros del mundo transmitieron una y otra vez aquella imagen, símbolos de una victoria alcanzada a un costo casi simbólico. Una multitud de iraquíes vitoreaban a los simpáticos recién llegados del otro lado del océano, con el solo objetivo, decían, de liberarlos. La memorable imagen, ensayada y puesta en escena hasta en sus más mínimos detalle, continuó y alcanzó su clímax cuando unos transportadores blindados de los Marines encadenaron la escultura y la hicieron caer desde su pedestal, en medio de los vítores emocionados de los presentes. Un habitante de la ciudad recién liberada trajo una mandarria para concluir con aquel símbolo maldito.

Pero los avispados especialistas en operaciones psicológicas del Cuerpo de Marines no lograron que la imagen de la estatua de Saddam viniéndose abajo, a la par que el régimen que representaba, quedase en el imaginario popular simbolizando la guerra de Iraq al mismo nivel de las que inmortalizaron la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial. Tampoco que en la guerra de símbolos que acompaña a toda contienda verdadera resultase lo suficientemente fuerte y rotunda como para desplazar de la memoria a la del avión del vuelo 175 de *American Airline* impactando la Torre Sur

del World Trade Center. Y no porque una indiscreta toma alejada de las cámaras de Reuters demostró que en la Plaza Firdos había apenas dos centenares de personas observando el heroico gesto del cabo Chin, la mayoría de ellas marines y periodistas extranjeros.

Cuando se hable de la guerra de Iraq, el imaginario colectivo no disfrutará reviviendo, una y otra vez, los momentos de mansa gloria que rodearon el derribo de una estatua, sino sufrirá con las de aquel prisionero iraquí de Abu Ghraib, conectado a cables eléctricos, cubierto con la misma tela de estameña* y tocado con el mismo capirote infamante con que la Inquisición desmoralizaba a los herejes contumaces, antes de entregarlos a la hoguera.

A pesar de dominar sin disputa el imaginario colectivo de nuestra época, auxiliado por el cine de Hollywood, los comerciales, la moda y la música, los Estados Unidos han fracasado en su intento por vencer en la guerra de las imágenes que simbolizan la cruzada contra Iraq. No lo consiguieron a pesar de inundar los televisores del mundo con la extraña decapitación ante las cámaras del contrastista norteamericano Nick Berg, apresado en Iraq, según la versión oficial, por los seguidores de Al Zarquawi, ejecución ocurrida, curiosamente, el mismo día en que el general Antonino Taguba daba a conocer los resultados de las investigaciones en Abu Ghraib. No lo habían conseguido antes, cuando mostraron a un recién capturado Saddam, con barba descuidada y mirada errática de pirata berberisco, obligado a mostrar los dientes y el oído a un médico militar que cubría sus manos con guantes asépticos.

En Iraq, entre otros desastres, fracasó la estrategia norteamericana de contrapropaganda calificada por el periodista mexicano Jenaro Villamil, de *La Jornada*, como el “zapping** de la barbarie”.

Desde el mismo momento en que los Estados Unidos se mostraron impotentes para vencer en el terreno de las ideas y los símbolos sobre el escenario iraquí, quedó claro que tampoco podría hacerlo en el terreno militar.

Iraq se ha convertido en un amor largamente acariciado pero no consumado, en el paraíso prometido pero inalcanzable para los

* Tejido basto de estambre, que se usa fundamentalmente para hábitos religiosos.

** Cambio continuo, mediante el mando a distancia, de canal televisivo sin seguir una emisión particular.

estrategas neoconservadores del “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”, para las corporaciones y el complejo militar industrial que los promueve y financia, para los halcones del gobierno de George W. Bush, y para los estrategas de la “Revolución Conservadora” que planificaron, desde antes de los 80, esta larga marcha por el dominio imperial del mundo.

Lo que debió ser una estación intermedia en el viaje avizorado en “The National Security Strategy of the United States of America” de 2002, o en el discurso de graduación de los cadetes de West Point, se ha convertido para todo lo que encarna el gobierno de George W. Bush en la accidentada estación final donde, por ahora, todos los caminos terminan.

Iraq es mucho más que un campo de batalla de contornos imprecisos y enemigos sin rostro que hacen volar por los aires los transportes blindados de los ocupantes con bombas colocadas al borde de los caminos. Iraq se ha convertido en un inesperado escollo para el despliegue de un pensamiento y una práctica neoconservadora imperialista que contaba, para esta fecha, haber presentado miles de veces por la televisión las imágenes de los ineludibles cabos de Marines, estilo Chin, filmados mientras cubrían con banderas de su país las estatuas derribadas de Kim Il Sung, Hafezz El Assad o el Ayatholla Roullah Jomeini.

Las consecuencias del evidente empantanamiento político y militar de los Estados Unidos en Iraq se reflejan hacia el interior del país en fenómenos indeseables para los planes de los neoconservadores y sus patrocinadores. Como ocurrió durante los 60, en medio de la guerra de Vietnam, los mecanismos de dominación, antes ocultos y consensuados, comienzan a transparentarse, o lo que es lo mismo, comienzan a mostrar su verdadera esencia represiva, dictatorial, y antidemocrática. Veamos tres de esas consecuencias, apreciables a simple vista:

I- Expansión del secreto sobre los asuntos de gobierno y todo lo que pueda revelar detalles del plan de dominación global de los neocons:

Desde hace 25 años, la Sonoma State University, de California, lleva a cabo un interesante proyecto de investigación que le permite dar a conocer los 25 temas o noticias más censuradas en los

medios de comunicación de los Estados Unidos, durante el año fiscal transcurrido. Según declaran los animadores del Project Censored, su misión es “[...] educar a la gente sobre el papel que desempeña el periodismo independiente en una sociedad democrática, y publicar las noticias que no aparecen en los medios, explicando el porqué de esa omisión”.⁵²

Nadie duda que los principales medios de difusión en los Estados Unidos siempre han censurado aquellos temas inconvenientes a sus intereses, que son los mismos que molestan a las corporaciones y a los gobiernos. La forma en que se censura no es, por supuesto, la manera clásica que implicaba ubicar un censor militar con un lápiz rojo en cada redacción, sino mediante métodos más sofisticados, usando guantes de seda.

En la introducción a la edición por el 25 aniversario del Project Censored, Noam Chomsky escribió:

Tales historias [inconvenientes] cuando se publican, reciben un bajo perfil, son reconfiguradas y oscurecidas, “censuradas”, según la terminología del Proyecto.

En los primeros años del Proyecto, la mitad del público sentía que el gobierno del país era conducido por “un reducido grupo de representantes de grandes intereses que trabajaban para sí mismos”. En los primeros años de las reformas neoliberales de Reagan, se llegó al 80% [...]. Ni siquiera el hecho más insignificante recibirá la menor cobertura si interfiere con la imagen de benevolencia imparcial que los medios intentan dar.⁵³

Lo nuevo, bajo la presidencia de Bush Jr. y el reinado neocon, sobre todo a partir de la guerra en Iraq, es que ha cambiado la naturaleza de los temas que figuran entre los cuatro más censurados. Así lo refleja el Project Censored:

1999

- a) Las trasnacionales obtienen ganancias de la violencia internacional.
- b) Las empresas farmacéuticas anteponen las ganancias a la necesidad.

El Apocalipsis según San George

- c) A pesar de estar inflada, desde el punto de vista financiero, la Sociedad Norteamericana del Cáncer es incapaz de prevenirlo.
- d) Maquilas americanas cosen uniformes militares para el Ejército.⁵⁴

2001-2002

- a) El gobierno intenta privatizar las frecuencias radiales.
- b) Nuevo tratado de comercio busca privatizar los servicios sociales globales.
- c) La política de los Estados Unidos en Colombia apoya las masacres.
- d) La administración Bush obstaculiza investigación del FBI sobre la familia Bin Laden.⁵⁵

2003

- a) El plan neoconservador para implantar un dominio global.
- b) El Departamento de Seguridad de la Patria amenaza las libertades civiles.
- c) Los Estados Unidos eliminaron ilegalmente páginas de un informe a la ONU sobre Iraq.
- d) El plan de Rumsfeld para provocar a los terroristas.⁵⁶

En lo tocante al 2003, es obvio que el epicentro de los temas tabúes se ha desplazado hacia las acciones del gobierno y las medidas adoptadas por este para llevar adelante su proclamada guerra contra el terrorismo. Lo interesante es constatar que a los grandes medios no les interesa analizar las denuncias acerca de la existencia de un plan de dominio mundial promovido por los neoconservadores del gobierno de Bush Jr. realizadas por seis órganos de prensa (*The Sunday Herald, Harper's Magazine, Mother Jones, pilger.com, Atlantic Journal Constitution y Random Lengths News*), entre septiembre de 2002 y marzo de 2003. Según declaró al Project Censored, Robert Dreyfuss –uno de los periodistas “censurados”–, no se puede afirmar que los medios dieran cobertura a sus opiniones sobre este evento.

El segundo tema más censurado, el de las libertades civiles amenazadas por el recién creado Departamento de Seguridad de la Patria, corrobora la espesa nube de silencio con que la administración

intenta ocultar sus acciones. Según Frank Morales, otro de los periodistas “censurados”:

[...] de acuerdo con la ACLU, el Departamento de Seguridad de la Patria será 100% secreto y 0% controlable. Precisamente, en el centro de la nueva agenda de la administración se encuentra la recolección, retención y uso de la información. La información supuestamente recogida para neutralizar a los terroristas puede también ser usada contra los disidentes, ciudadanos americanos o extranjeros, violentos o pacíficos. La reciente clasificación de las marchas pacifistas y las protestas como “eventos terroristas” lo demuestra.⁵⁷

Un editorial de Dorothy Samuels en *The New York Times*, del 1º de noviembre de 2004, hace un detallado recuento de los obsesivos intentos de George W. Bush por aumentar los límites del secreto gubernamental, violando numerosas leyes vigentes. Remitiéndose a un informe de 90 páginas sobre este tema, elaborado por Henry Waxman, representante demócrata por California, y titulado “Secrecy in Bush Administration”, Samuels detalla, entre los casos más conocidos:

[...] la negativa a dar a la publicidad los detalles de los contactos sostenidos entre la Comisión para la Energía, presidida por Dick Cheney y los ejecutivos de las empresas energéticas; el no dar explicaciones sobre el involucramiento de la oficina de Cheney en el otorgamiento de grandes contratos para la reconstrucción de Iraq a la Halliburton; la práctica ilegal de las detenciones y juicios secretos, tras el 11 de septiembre; y la demora en entregar documentos claves acerca de este suceso a la comisión encargada de investigarlo.⁵⁸

La lista citada por la Samuels añade que:

[...] Mr. Bush y sus funcionarios, de manera continua, niegan información básica a miembros de los comités congresionales que la solicitan. Han obligado a la corte a pelear

por el acceso a datos contables del Departamento de Comercio; retenido documentos relacionados con los abusos en Abu Ghraib, y obstruido las solicitudes para obtener informes sobre las conversaciones telefónicas sostenidas entre Carl Rove, consejero presidencial, y ejecutivos de firmas en las que tiene acciones. La administración ha intentado también revertir decisiones anteriores gracias a las cuales algunos documentos habían sido desclasificados, de acuerdo con el Freedom of Information Act [...].

En el 2001, Bush firmó una orden ejecutiva según la cual se derogaba el acceso a los papeles presidenciales regulado por el Presidential Records Act, de 1978.⁵⁹

Un suceso más reciente confirma esta nefasta tendencia de la administración Bush, que se refuerza en la misma medida en que la situación interna y externa del país la obliga a tomar decisiones cada vez más ilegales y dictatoriales para mantener el control: la denuncia de que oficiales de la CIA han estado extrayendo documentos de las colecciones públicas del Archivo Nacional, según las actas de una reunión del State Department Historical Advisory Committee, celebrada el pasado mes de septiembre.

La exigencia de que la CIA revise:

[...] cada manuscrito de la Secretaría de Estado, antes de ser publicado, implica la reclasificación de los documentos depositados en el Archivo Nacional.

Los inspectores de la CIA reclaman el derecho a retirar los documentos ubicados en files públicos, pues, en su opinión, nunca debieron ser desclasificados.⁶⁰

Como colofón, en el país que se reserva el derecho a juzgar el estado de la libertad de prensa en los demás países de la Tierra, se observa una creciente tendencia a enjuiciar y enviar periodistas a prisión, como denunciara Nicholas D. Kristoff en *The New York Times*, el pasado 10 de noviembre:

En los últimos meses, tres jueces de diferentes cortes de los Estados Unidos, todos nombrados por Reagan, han

sometido a proceso a ocho periodistas por negarse a revelar las fuentes confidenciales de sus informaciones. Uno de ellos puede estar en prisión antes de que se acabe el año, y el resto podría estarlo antes de la próxima primavera.⁶¹

II- Se acrecientan los síntomas que muestran la profunda división interna que desgarró al país:

No se combate solo entre los partidarios y adversarios de la guerra, o entre quienes preferían a Bush o a Kerry para la presidencia, en el 2004, sino que el frente interno abarca también antiguas fracturas de la unidad nacional que afloran con fuerza indetenible, presagiando épocas muy tormentosas para la nación.

Los desastres de la guerra de Iraq; las denuncias de masacres y torturas; la muerte de civiles iraquíes y de soldados norteamericanos; el creciente repudio universal ante la invasión y el desarrollo de los acontecimientos; el auge del racismo y la xenofobia; la erosión del orgullo y la autoestima nacionales; el recuerdo amargo de la derrota en Vietnam; la polarización de la sociedad entre ricos y pobres; el deterioro de las condiciones de vida derivadas de la crisis económica que se nutre de los gastos militares galopantes; la caída del dólar ante el euro y el aumento de los precios del petróleo; el auge creciente del poderío económico de China; los cambios políticos que experimentan diversos países latinoamericanos; la acre polémica redoblada entre liberales y conservadores y entre estos últimos y los neoconservadores, que abarca todos los temas sociales, incluidos el de la filosofía, la religión y los valores morales; el conflicto palestino-israelí sin solución a corto plazo; las amenazas de un terrorismo que crece, lejos de dar señales de derrota; el aumento de la violencia juvenil y el crimen en las calles estadounidenses; y la redescubierta rivalidad, siempre latente, entre el Norte y el Sur son algunas de las expresiones de las muchas batallas que están conmoviendo, cada día, el alma del ciudadano norteamericano promedio, arrancándolo de su sopor y autoindulgencia crónicos.

Una muestra simbólica de los tiempos que corren la hallamos en las “Profecías tras la elección de Bush” que un anónimo

“Kklingong”* ubicó en su sitio de Internet, el 5 de noviembre, al día siguiente de las elecciones. Tras declarar que el segundo mandato de Bush Jr. presagiaba grandes problemas para la nación y el mundo, entre los cuales estaban conflictos con Corea del Norte, Irán y Siria, dificultades en Pakistán, crisis con Canadá y México, desastres navales y en el espacio cósmico, crisis económica la cual revelará que la situación era mucho peor de lo que se decía a la gente, y una grave confrontación en el seno de la ONU, el profeta terminaba proclamando que:

[...] Bush será aún más repudiado en la arena internacional, y ocurrirán grandes desavenencias entre las mitades enfrentadas en el interior de los Estados Unidos, sin llegar a la violencia. En un futuro no lejano, los Estados Unidos se fragmentarán en dos o tres Estados independientes. Esto tendrá lugar entre el 2010 y el 2020, pero en el intermedio la sociedad norteamericana se irá tornando cada vez más violenta e infeliz.⁶²

No creo que muchos dejen de tomar en cuenta las “profecías” de Kklingong, y no precisamente porque provienen de alguien que dice tener el don adivinatorio, sino porque es evidente que se trata de un agudo observador de la vida política y social de su país. Las últimas palabras de sus “profecías” lo demuestran: “Lo más importante de todo: presiento que los neoconservadores sufrirán una gran desgracia y serán tratados como traidores cuando, finalmente, sus secretos sean revelados”.⁶³

La división o polarización de la nación fue vista, en toda su profundidad, en los días previos y posteriores a las elecciones presidenciales de 2004. Nunca antes votaron tantos ciudadanos norteamericanos con derecho al sufragio, ni lo hicieron tan divididos. Nunca antes un Presidente había recibido tantos millones de votos para resultar electo, ni tampoco tantos millones para que no lo fuese. Seis días después del 4 de noviembre, en las páginas de *townhall.com*, el boletín electrónico diario de los neoconservadores, Walter E. Williams escribió un comentario bajo el elocuente título de

* Página web dedicada a profesías diversas.

“Why We’re Are a Divided Nation”, en el que comentaban: “Las recientes elecciones demostraron la existencia de una profunda división en el seno del pueblo norteamericano, pero pocos se han detenido a responder por qué [...]”.⁶⁴

Las explicaciones neoconservadoras sobre las raíces de este fenómeno son ampliamente oportunistas, cuando no caricaturescas, y evidencian la continuidad de la tradicional política de mentiras, medias verdades y manipulaciones que caracteriza el accionar de este grupo:

Cualquier decisión política entraña un juego de “suma cero”. Una persona o grupo ganan y, necesariamente, otra persona u otro grupo pierden [...]. La mayor parte de las decisiones que se toman en la arena política poseen un gran potencial conflictivo [...].

Muchas de las cuestiones que nos dividen, apartando la guerra de Iraq, son precisamente del tipo “suma cero”: mientras un grupo gana, otro pierde, por ejemplo, las preferencias raciales, la Seguridad Social, las restricciones al comercio, y otras políticas del gobierno que benefician a unos norteamericanos en perjuicio de otros [...].

La mejor decisión que pueden tomar el Presidente y el Congreso para cicatrizar las heridas de nuestro país es reducir el impacto del propio gobierno sobre nuestras vidas. Si lo hacen no solo reducirían la división interna, aumentarían la eficiencia económica y demostrarían confianza y fidelidad a la visión que de nuestro país tuvieron los Padres Fundadores: una nación con un gobierno limitado.⁶⁵

Un análisis objetivo y radical de las verdaderas causas del proceso de creciente fractura nacional que sufren los Estados Unidos, y de las razones que subyacen tras la reelección de George W. Bush lo aporta el Consejo editorial del *World Socialist Web Site (WSWS)*, órgano del Comité Internacional de la Cuarta Internacional. En una declaración emitida tras conocerse los resultados de las elecciones, se afirma:

La reelección de George W. Bush, mediante la movilización del voto cristiano evangélico, tendrá consecuencias desastrosas para la democracia norteamericana [...].

Las elecciones de 2004 no traerán el renacimiento de la unidad nacional, sino que representan un paso más en la crisis y decadencia del sistema político estadounidense. Es la culminación de la estrategia desarrollada por el Partido Republicano, durante las pasadas tres décadas, para cultivar el fundamentalismo religioso y crear una base social de apoyo a la reacción y el militarismo. La oligarquía financiera y corporativa ha creado su propio Frankenstein, una fuerza cuya agenda política y social es incompatible con el mantenimiento de las normas democráticas.⁶⁶

Para los editores del *WSWS*:

[...] las elecciones fueron no tanto una victoria de Bush, como una colosal derrota histórica para el Partido Demócrata.

[...] Kerry y su partido fueron incapaces de enfrentar con efectividad la estrategia republicana del miedo, los prejuicios y la desorientación política [...].

Las vacilaciones de Kerry reflejan las contradicciones de un partido que dice hablar a nombre de las clases trabajadoras, mientras defiende los intereses internos y externos de las elites que gobiernan el país [...].

Este grotesco desequilibrio político es insostenible, teniendo en cuenta la enorme polarización actual de la sociedad norteamericana [...].

En los meses venideros la intensificación de la crisis económica y política de la nación provocará el auge de las luchas.⁶⁷

Mientras crece la preocupación por el futuro incierto del país, los neoconservadores en el poder se encuentran muy lejos de plantearse siquiera la posibilidad de poner en práctica políticas de reconciliación nacional, aun cuando estas solo puedan ser cosméticas y a corto plazo en sociedades como la norteamericana.

Linda Chavez, nominada antes, sin éxito, por Bush al cargo de secretaria del Trabajo, exponente del trabajo de laboratorio que realizan los neoconservadores con aquellos miembros de minorías

raciales que adornan su pretendida imagen de representantes legítimos de los intereses de todo el pueblo norteamericano, publicó en *townhall.com* un artículo titulado “Down with the elites” que resume los ánimos post electorales en las filas republicanas y neoconservadoras:

Los verdaderos perdedores en las recién concluidas elecciones fueron los medios liberales y la elite intelectual, que demostraron, una vez más, estar aislados del pueblo norteamericano [...] [lo ocurrido en las elecciones] no se suponía que ocurriera.

[...] Los norteamericanos votaron por los candidatos y el partido que reflejaba sus valores esenciales. No se dejaron confundir por los derrotistas que decían que no podemos vencer en Iraq. Escogieron no dejarse intimidar por Osama Bin Laden [...]. Escogieron no dejarse dividir por la lucha de clases, o ser engañados por ultrajantes rumores de que serían privados de los beneficios de la Seguridad Social [...]. Los norteamericanos votaron por el hombre en el que creen se puede confiar porque es como ellos.

[...] Si quieren entender al electorado norteamericano deben pasar más tiempo en las cervecerías que leyendo el *Sunday Times*; más en la iglesia, en los partidos locales de fútbol, o en la cola de Walt-Mart. Aprenderán que los valores centrales que mueven a la mayoría de los norteamericanos son la fe, la familia, y un gran amor por su patria.⁶⁸

En resumen, no habrá esfuerzo alguno para intentar cerrar la brecha creciente que desgarrar a los Estados Unidos, y que la guerra en Iraq ahonda por días. No mientras estén en el poder los neoconservadores que marcan el paso a la administración Bush en su segundo mandato. Así lo resumió Ben Shapiro en su artículo “Now’s no Time to Compromise”, publicado en *townhall.com*, el 4 de noviembre de 2004:

Estas elecciones son un espaldarazo a los valores tradicionales, a la búsqueda de la paz a través de la fuerza, y al optimismo norteamericano.

La tentación lógica para los republicanos es ser magnánimos en la victoria, pero eso es un error.

Ni el Presidente ni el Partido Republicano han vencido para terminar en la moderación [...].

[...] este nuevo mandato será crucial. El Presidente deberá reemplazar, al menos, a dos jueces del Tribunal Supremo; deberá estabilizar la situación de Iraq; tendrá que enfrentar la amenaza nuclear de Irán, pero no deberá dispersarse buscando compromisos políticos [...].⁶⁹

III- Concentración inédita de poder en manos de la extrema derecha neoconservadora de los Estados Unidos:

Según Linda Chavez, al concluir el conteo de los votos “[...] el Partido Republicano tendrá 55 escaños en el Senado, de 99 posibles; 435 escaños en la Cámara de Representantes, de 435 posibles; y controlará a 29 de los 50 gobernadores de los Estados”.⁷⁰ Para Ben Shapiro “[...] las elecciones de 2004 son las primeras, desde 1924, en que el Partido Republicano logra la reelección presidencial, y a la vez, obtiene la mayoría en el Senado y la Cámara, junto a la más grande votación popular, desde la elección de Bush Sr., en 1988”.⁷¹

Pero la concentración de poder no termina ahí. En el mejor estilo de las películas de Hollywood, el Presidente reelecto se ha apresurado a consumir una *vendetta* sumaria contra los críticos, los poco entusiastas, y los tibios entre las propias filas de su partido, recompensando a los incondicionales, o sea, a los más neos entre los neos.

Tras las elecciones, mientras Jonathan Garthwaite, editor de *townhall.com*, se apresuraba a pasar el cepillo entre sus suscriptores, bajo el pretexto de que el aporte de “\$35.00 puede marcar una gran diferencia” para el futuro del país, declaraba también:

Cuatro años más: ese es el veredicto de los votantes. El presidente George W. Bush ha logrado un segundo mandato. Nosotros, los conservadores, hemos recibido una nueva oportunidad para garantizarle el futuro a las generaciones venideras.

[...] Daremos al Presidente y a los miembros del Congreso toda la información que necesiten para seguir reduciendo los impuestos, modernizar el Seguro Social, vencer al terrorismo y perfeccionar nuestras fuerzas armadas.

[...] Pero debemos también vigilar a los liberales, rabiosos por la derrota sufrida, y más desesperados que nunca [...].⁷²

La lista de las cuentas a pasar, tan típicas del folclore neoconservador, florecieron, una vez concluido el conteo de los votos. Una de ellas, publicada en el órgano oficial del clan, *The Weekly Standard*, pertenece a la pluma de Jonathan V. Last, uno de sus editores, e incluye a Michael Moore, los medios, Howard Dean, la jerarquía de la Iglesia Católica, y John Edward, a los que engloba bajo la denominación de “los que odian a Bush”. La pregunta final que se formula es suficientemente clara: “¿Pagarán ellos un precio [por sus posiciones]?”.

Charles Krauthammer, uno de los neoconservadores de la primera hora, tras enumerar los éxitos de Bush, entre los cuales destaca que “[...] Osama Bin Laden le dio la libertad suficiente para llevar a cabo sus planes a gran escala, entre ellos, dos guerras y el Acta Patriótica [...]”;⁷³ también expresa la convicción de que el Presidente no perderá la oportunidad de este segundo mandato para concluir o comenzar grandes planes, asegurando que cuenta para ello “[...] con el voto popular, el control incrementado sobre las dos Cámaras del Congreso, y no tener que preocuparse por la reelección”.⁷⁴ Y para forzar a Bush a hacer lo que los neoconservadores esperan de él, Krauthammer concluye, profetizando: “Los grandes líderes se retiran del poder sin recibir el amor de sus ciudadanos, ni alcanzar la popularidad: ese es el precio de sus ingentes esfuerzos [...]”.⁷⁵

Cuando Hugh Hewitt, periodista y escritor, publica en *The Weekly Standard*, el 4 de noviembre de 2004, su artículo “The End of the Sixties”, pone sobre el tapete otra arista del problema, el de la necesidad de remontar el llamado “Síndrome de Vietnam” para que Bush pueda explotar a cabalidad el capital político que declaró haber ganado y estar ansioso por gastar. Esta peligrosa declaración presagia nuevas aventuras militares, fuera de las fronteras del país:

Los 60 terminaron el 11 de septiembre de 2001, pero fueron enterrados en la mañana del 3 de noviembre de 2004.

La aparición de varios líderes demócratas diferentes a la vieja guardia, voces genuinamente occidentales en medio de un club largamente dominado por los tipos de Yale y de Hollywood, como es el caso de Kent Salazar, Barak Obama, y Pete Coors; [...] la superación del “Síndrome de Vietnam”, que no ha terminado, pero es difícil de creer que pueda continuar en el centro de la escena; [...] y una nueva izquierda, simbolizada en Joe Lieberman, más confiada en el poder de los Estados Unidos para garantizar la seguridad y la libertad dentro y fuera del país, pueden ser el necesario *revival* del partido conservador de Scoop Jackson, pero solo se logrará cuando los fantasmas de los 60 sean definitivamente exorcizados o se exilien definitivamente en Hollywood.⁷⁶

En la misma línea de Hewitt, escribe Frank J. Gaffney Jr., presidente del Center for Security Policy, en Washington, en el *National Review On Line* del 5 de noviembre de 2004. Tras enumerar una larga lista de neoconservadores que ayudaron decisivamente a Bush a lograr la reelección (Cheney, Lewis Lobby, Condoleezza Rice, Elliot Abrams, Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Douglas Feith, John Bolton, Paula Dobriansky, etc.), Gaffney les atribuye también “[...] haber ayudado al Presidente a imprimir valores morales a la política de seguridad nacional de una manera y una extensión que no se había visto desde la época de Reagan”.⁷⁷

A pesar de reconocer tales “éxitos”, Gaffney Jr. enumera otra larga lista de anhelos neoconservadores que Bush deberá cumplir en su segundo mandato, entre ellos:

[...] reducir a Fallujah y otros santuarios en Iraq que sirven a los enemigos de la libertad; cambiar los regímenes que gobiernan en Irán y Corea del Norte y evitar que tales Estados, pertenecientes al “Eje del Mal”, puedan continuar con sus ambiciones nucleares y terroristas; otorgar los recursos necesarios para reequipar y transformar a las fuerzas armadas y a los organismos de inteligencia involucrados en nuestra Cuarta Guerra Mundial; mantener estrechas relaciones

con Israel, cuya destrucción continúa siendo una prioridad para los mismos que intentan destruirnos; enfrentar la dinámica subyacente que provoca que Francia y Alemania sean tan problemáticos [...], garantizando que Europa apoye la expansión y aplicación de su poder donde Washington lo considere necesario; adoptar las estrategias para contender con las crecientes políticas fascistas de China en las esferas militar y del comercio; la aceleración del autoritarismo de Putin; la difusión mundial del Islamo-fascismo; y la emergencia de un cierto número de regímenes en América Latina agresivamente antinorteamericanos.⁷⁸

Aunque todas las evidencias apunten –tras leer este detallado plan de trabajo para el Presidente–, a un programa de expansión imperial, Gaffney se apresuró a tranquilizar a sus lectores con una afirmación final: “[...] estos puntos no forman parte de ningún plan imperialista neoconservador, solo constituyen una relación de aquellas tareas que el mundo demanda del Presidente y sus subordinados en este segundo período [...]”⁷⁹.

A pesar de los votos de 58 000 000 de norteamericanos, la tendencia que se avizora en el segundo mandato de Bush no tendrá en cuenta los criterios de quienes votaron contra sus políticas, ni tan siquiera, la de sus electores, mucho menos la del resto del mundo. La agenda que Gaffney Jr. le recordó, inmediatamente después de su reelección, es el precio a pagar por ese segundo mandato. A fin de cuentas –como bien pudiese pensar Gaffney Jr., Cheney o el propio Bush Jr.–, para la política neoconservadora que propugnan, poco importan las opiniones de millones de personas, ni siquiera del mundo entero.

¿Qué se espera de George W. Bush en este segundo mandato persidencial?

“Garantizar una larga hegemonía de los republicanos en la política norteamericana, y asegurar una larga hegemonía norteamericana sobre el resto del mundo”⁸⁰ –según la opinión de David Gergen, profesor de la Universidad de Harvard y editor del *US News & World Report*, en una columna de opinión publicada en *The New York Times*, el 19 de noviembre.

Y para que el Presidente pueda cumplir esta tarea, Gergen no dudó en recomendar la liquidación de las voces rebeldes dentro de la Secretaría de Estado y la CIA, y que:

[...] a la par que trabaje por fortalecer la seguridad nacional y endurecer su línea militar con respecto al mundo, [...] si usted fuese Karl Rove, y tuviese la tarea de asesorar al Presidente, ¿no le recomendaría que intentase garantizar un par de años de relativa paz en el campo internacional, para poder concentrarse en la agenda interna? Está bien que termine en Iraq, pero, por amor de Dios, no bombardee a Irán o Corea del Norte, al menos, no por ahora [...].⁸¹

Las listas de anhelos navideños de los neocons, al parecer están siendo satisfechas con generosidad por el Presidente: Colin Powell ha sido sustituido al frente de la secretaría de Estado, puesto que ha sido ocupado por la incondicional Condoleezza Rice, y la purga contra la CIA ha comenzado. Cabe pensar que el Presidente siga complaciendo en todo a sus mentores y no ordene bombardear, por ahora, a las ciudades de Irán y Corea del Norte.

Mientras, unos regocijados neoconservadores hacen su agosto promoviendo por *townhall.com* los regalos navideños que se recomiendan para este año, entre los cuales están los libros de Ann Coulter, las gorras para la toma de posesión de Bush Jr., afiches de la Convención republicana de 1984 con los rostros sonrientes de Reagan y Bush Sr., adornos para árboles navideños con el rostro del reelecto Presidente, y un grueso tomo que tiene en la portada la imagen de un oficial confederado, con su sable al costado, símbolo inconfundible del Sur esclavista profundo que sigue sin rendirse: “The Politically Incorrect Guide to American History”, el que, según reza en la propia portada:

[...] es ideal para aquellos que quieran conocer la verdadera historia de los Estados Unidos, y enterarse de lo que sus maestros nunca le han contado, como por ejemplo, que los revolucionarios americanos son los actuales conservadores; que Jefferson dijo a los Estados que podían anular las leyes federales inconstitucionales; que la Guerra Civil no se inició

para liberar a los esclavos; que Franklin Delano Roosevelt agravó la Depresión; que no fue el Plan Marshall el que levantó a la Europa de postguerra, sino el mercado libre y que los trabajadores norteamericanos han prosperado siempre, sin necesidad de los sindicatos.⁸²

Son los tiempos que corren. Es el gobierno de la superpotencia que domina al resto del mundo.

Son días que traen a la mente la anécdota que narra G. K. Chesterton en un capítulo de su libro de 1922 titulado “What I Saw in América”, cuando viajó por tercera vez a los Estados Unidos y tuvo que enfrentarse a un formulario en la aduana donde, entre otras preguntas, se indagaba: “¿Está usted a favor de subvertir por la fuerza al gobierno de los Estados Unidos?”. “Esta pregunta –razonaba Chesterton– solo estaré en condiciones de responderla cuando termine mi gira por el país, nunca al comienzo”.⁸³

Y eso que no tuvo que viajar por los Estados Unidos en vísperas de que George W. Bush se coronase para un segundo mandato, rodeado de su incondicional Guardia Pretoriana neoconservadora.

Referencias

- ¹⁻⁴ “Intellectuals at War. [Entrevista de Ben Wattenberg a Norman Podhoretz para Think Tank]”, *PBS On Line*, 2003. En: www.pbs.org
- ⁵ Kristol, Irving: “The Adversary Culture of Intellectual”, *Neo-Conservatism. The Autobiography of an Idea*, The Free Press, New York, 1995, p. 106.
- ⁶ Ob. cit. (1).
- ⁷ Ob. cit. (5). p. 107.
- ⁸ *Ibidem*, pp. 107-108.
- ⁹ *Ibidem*, pp. 108, 109.
- ¹⁰ *Ibidem*, pp. 111-112.
- ¹¹ *Ibidem*, pp. 112-114.
- ¹² *Ibidem*, p. 120.
- ¹³ *Ibidem*, p. 121.
- ¹⁴ Golub, Philip S.: “Metamorfosis de una política imperial”, *Le Monde Diplomatique* (ed. española), marzo 2003. En: <http://www.monde-diplomatique.es/2003/03/golub.html>
- ¹⁵⁻¹⁷ Holmes, Jonathan: “The American Neo-Conservatives: Interview with Jim Lobe”, March 10, 2003. En: http://www.abc.net.au/4corners/content/2003/20030310_american_dreamers/int_lobe.htm
- ¹⁸ Analyses. 1992: “First Draft of a Grand Strategy. [Entrevista a William Kristol]”. En: <http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/shows/iraq/themes/1992.html>
- ¹⁹⁻²² “[Entrevista a Barton Gellman]”. *Ibidem*.
- ²³ “Letter to President Clinton on Iraq”, Project for the New American Century, Jan. 26, 1998. En: <http://www.newamericancentury.org/iraq-20040217.htm>
- ²⁴ Gerecht, Reuel Marc: “Liberate Iraq”, *The Weekly Standard*, May 14, 2001. En: <http://www.newamericancentury.org/iraq-20010514.htm>
- ²⁵ Donnelly, Tom: “Memorandum to Opinion Leaders”, July 6, 2001. En: <http://www.newamericancentury.org/iraq-070601.htm>
- ²⁶ Gerecht, R. M.: “A Cowering Superpower: It’s Time to Fight Against Terrorism”, *The Weekly Standard*, July 30, 2001. En: <http://www.new-americancentury.org/iraqmideast2001.htm>
- ²⁷ Kagan, Robert y William Kristol: “A Green Light for Israel”, Aug. 27, 2001. En: <http://www.weeklystandard.com/content/public/articles/000/000/000/136vctnf.asp>
- ²⁸⁻²⁹ Gerecht, R. M.: “Memorandum to Opinion Leaders”. Sept. 6, 2001. En: <http://www.newamericancentury.org/israel-090601.htm>
- ³⁰⁻³¹ [Bush, George W.]: “Statement by the President in his Address to the Nation”. Sept. 11, 2004. En: http://www.wwnfsept11.com/Presidential-Speech_911.htm

- ³²⁻³⁴ Kagan, R.: “We Must Fight This War”, *The Washington Post*, Sept. 11, 2001. En: <http://www.newamericancentury.org/kagan-091101.htm>
- ³⁵⁻³⁷ Schmitt, Gary: “Why Iraq?”, *The Weekly Standard*, Oct. 19, 2001. En: <http://www.newamericancentury.org/schmitt-102901.pdf>
- ³⁸ Kristol, William: “Memorandum to Opinion Leaders”, Dec. 6, 2001. En: <http://www.newamericancentury.org/congress-120601.htm>
- ³⁹⁻⁴⁰ “Informe sobre el estado de la Unión”, Jan. 26, 2002. En: <http://www.white-house.gov/news/releases/2002/01/20020126.es.html>
- ⁴¹ “President Bush Delivers Graduation Speech at West Point”, June 1, 2002. En: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2002/01/20020601-3.html>
- ⁴² “Rebuilding America’s Defenses: Strategy, Forces and Resources for a New Century”, Sept. 2000. En: <http://www.newamericancentury.org/RebuildingAmericasDefenses.pdf>
- ⁴³ *Ibíd*em, p. III.
- ⁴⁴ *Ibíd*em, pp. IV-V.
- ⁴⁵ *Ibíd*em.
- ⁴⁶⁻⁵¹ “The National Security Strategy of the United States of America”, Sept., 2002. En: <http://www.whitehouse.gov/nsc/nss.pdf>
- ⁵² Hertzgaard, Mark: “Project Censored”. En: http://www.thirdworldtraveler.com/Project%20Censored/Project_Censored.html
- ⁵³ Chomsky, Noam: “Introduction: Project Censored 25th Anniversary”. En: <http://www.chomsky.info/articles/200104.htm>
- ⁵⁴ “Censored 2000: The Top 25 Censored Media Stories of 1999”. En: <http://www.projectcensored.org/publications/2000/index/html>
- ⁵⁵ “Censored 2003: The Top 25 Censored Media Stories of 2001-2002”. En: <http://www.projectcensored.org/publications/2003/index/html>
- ⁵⁶ “Censored 2004: The Top 25 Censored Media Stories of 2002-2003”. En: <http://www.projectcensored.org/publications/2004/index/html>
- ⁵⁷ Morales, Frank: “Homeland Offense: Pentagon Declares War on America”, Fall 2002. En: <http://www.southbaymobilization.org/homepage/HomelandOffense2002.pdf>
- ⁵⁸⁻⁵⁹ Samuels, Dorothy: “Psst. Presidential Bush Is Hard at Work Expanding Government Secrecy”, *The New York Times*, Nov. 1, 2004. En: <http://www.nytimes.com/2004/11/01/opinion/01mon4.html?th=&pagewanted=print&position=03/11/04>
- ⁶⁰ Kagan, Alfred: “CIA Removes Records from National Archives”, Dec. 24, 2004. En: <http://www.underreported.com/modules.php?op=modload&na-me=News&file=article&SID=1415>
- ⁶¹ Kristof, Nicholas D.: “Our Not-So-Free Press”, *The New York Times*, Nov. 10, 2004. En: <http://www.nytimes.com/2004/11/10/opinion/10kris.html?th=&pagewanted=print&position=10/11/04>
- ⁶²⁻⁶³ Kklingong: “Post Election Bush Prophecies”, Nov. 5, 2004. En: <http://www.prophecies.us/article.php?sid=566>

El Apocalipsis según San George

- ⁶⁴⁻⁶⁵ Williams, Walter E.: “Why We’re a Divided Nation”, Nov. 10, 2004. En: <http://www.townhall.com/columnists/walterwilliams/printww20041-110.shtml>
- ⁶⁶⁻⁶⁷ “After the 2004 Elections: the Political and Social Crisis Will Intensify”, Nov. 3, 2004. En: <http://www.wsws.org/articles/2004/nov2004/election03.shtml>
- ⁶⁸ Chavez, Linda: “Down with the Elites”, Nov. 3, 2004. En: <http://www.townhall.com/columnists/lindachavez/printlc20041103.shtml>
- ⁶⁹ Shapiro, Ben: “Now’s No Time to Compromise”, Nov. 4, 2004. En: <http://www.townhall.com/columnists/benshapiro/printbs-20041104.shtml>
- ⁷⁰ Chavez, L.: Ob. cit. (68).
- ⁷¹ Shapiro, B.: Ob. cit. (69).
- ⁷² Garthwaite, Jonathan: “Bush Wins. What’s Next for Conservatives?”. En: <http://www.townhall.com>
- ⁷³⁻⁷⁵ Krauthammer, Charles: “Chapter Two”, Nov. 5, 2004. En: <http://www.townhall.com/columnists/charleskrauthammer/printck200411-05.shtml>
- ⁷⁶ Hewitt, Hugh: “The End of the Sixties. More than a Win for Conservatism, Bush’s Victory Marks the End, Finally, of the ‘60s”, *The Weekly Standard*, Nov. 4, 2004. En: http://www.weeklystandard.com/Utilities/printer_preview.asp?idArticle=4876&R=A09216DGC06/11/04
- ⁷⁷⁻⁷⁹ Gaffney J. R., Frank J.: “Worldwide Value”, *National Review*, Nov. 5, 2004. En: <http://www.nationalreview.com/script/printpage.asp?ref=/gaffney/gaffney200411051020.asp>
- ⁸⁰⁻⁸¹ Gergen, David: “The Power of One”, *The New York Times*, Nov. 19, 2004. En: http://www.nytimes.com/2004/11/19/opi.../19gergen_.html?th=&pa-gewan-ted=print&position
- ⁸² Garthwaite, J.: “The ‘Political Incorrect’ Guide to American History, de Thomas Woods”. En: http://www.thbookservice.com/BooPage.asp?-prod_cd=c6581
- ⁸³ Chesterton, G. K.: “What is America?”. En: <http://www.dur.ac.uk/martin.ward/gkc/books/america.html>



CAPÍTULO 7

EL NEOESPLENDOR AMERICANO

Las neo-utopías

Los neoconservadores suelen reservar su odio, de por sí extenso y virulento, para tres enemigos principales: en primer lugar las ideas de izquierda, y en particular, las del marxismo, a las que saben peligrosamente vivas; en segundo lugar, para los liberales, y entre ellos, en grado sumo, contra el binomio liberal al que llaman Billary (William e Hillary Clinton); y por último, hacia todas las utopías, sean del signo que sean, a las cuales consideran un injustificado desperdicio de las energías humanas, que no suelen reportar ganancias a la hora del balance.

A pesar del encono instintivo que sienten contra las utopías, los neoconservadores no han podido pasar por la escena política, social, y filosófica de su país y del mundo, sin producir las propias, o mejor dicho, sus neo-utopías.

Estas son el compendio de los sueños húmedos que estremecen los momentos relajados del inconsciente neoconservador norteamericano, la prefiguración de un modelo ideal de sociedad y ser humano que cumplan los parámetros que se imaginan para una comunidad deseosa de conservar valores que se reputan como universales y eternos, de obligatoria presencia en todas las sociedades humanas, independientemente del estadio de desarrollo en que se encuentren. Algo así como un mundo poblado por millones de Ronald Reagan, o lo que es lo mismo, un mundo insoportablemente inhumano.

Las neo-utopías aún no han sido descritas lo suficiente en ninguno de los muchos neo-libros, podría decirse que en exceso numerosos, que publican los neo-escribas por encargo de las corporaciones y tanques pensantes que pagan generosamente por ello.

Muerto Leo Strauss, y demasiado ocupados sus discípulos en la ardua tarea de ordenar bombardeos contra los oscuros rincones

del planeta, se echa de menos a la sistematización prusiana que toda teoría y práctica social que aspire a coronarse como cosmovisión deberá completar, más tarde o más temprano. No obstante, algo puede adivinarse por entre las tinieblas del lenguaje castrense y poco imaginativo, que suelen utilizar las notas de prensa para “líderes de opinión” del “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”, las mismas que hubiesen destrozado el exquisito paladar literario de Lionel Trilling. Y aunque los artículos diarios que publica Jonathan Garwithe en *townhall.com*, que es una herramienta para las relaciones públicas de la Heritage Foundation, estén muy lejos de llenar los requisitos y cumplir las misiones que cumplió, por ejemplo, Hegel con su *Fenomenología del espíritu*, o Marx y Engels con *El manifiesto comunista*, lo cierto es que, a pesar de no rebasar las dos cuartillas por autor, y aunque estos sean siempre los mismos, nos permiten barruntar algo de lo que colma los sueños más recónditos de sus autores.

Las neo-utopías resumen la axiología de una concepción del mundo que, de no ser porque aspira a ser universal, mediante la imposición “civilizatoria” del Imperio, no tendría méritos para ser estudiada. Pero la religión imperial, por defectuosa o primitiva que sea, tendrá que ser, por fuerza, analizada.

De manera provisoria, y a falta de otra sistematización más exacta, proponemos enfocar el estudio de las neo-utopías a partir del análisis de los campos en los que se expresan, o lo que es lo mismo, en el “deber ser” de las esferas de la actividad humana a las que aspiran a dotar de un contenido nuevo, distinto, para hacerlas coherentes con el tipo de sociedad, Estado, e individuo que aspiran a crear, mientras intentan convencernos de que no aspiran a nada semejante.

Porque el primer paso hacia el estudio de las neo-utopías ha de ser el estudio del ajuste de cuentas realizado por los neoconservadores con las utopías precedentes.

“Existe un tipo singular de locos que considera que los sueños no deben ser separados de la realidad –escribió, en 1973, Irving Kristol, el Arcángel Gabriel de los neoconservadores, aquel que anunció antes que nadie el advenimiento del movimiento–. Este tipo de locura es muy común. No es exagerado afirmar que una buena parte de la historia moderna se ha formado bajo el signo de esta locura a la que conocemos como ‘utopismo’”.¹

Kristol parte del análisis de las utopías de Platón y llega hasta el marxismo. En realidad, todo este recorrido lo realiza siguiendo las huellas de un viaje similar hecho antes por Leo Strauss. Ambos se detienen en Francis Bacon, la tradición judeo-cristiana occidental, y Thomas Moore, entre otros, para ajustar cuentas con el omnipresente fantasma de Marx. La conclusión a la que se arriba, al concluir esta *tournée*, es la única posible: “Lo que ha hecho tan viable a la sociedad burguesa es la domesticación del utopismo moderno a partir del individualismo liberal”.²

Según Kristol, para poder luchar contra las utopías estériles que han asolado al mundo, las ideas adquieren un nuevo sentido:

Así como las ideas nos han alienado del mundo que nos pertenece, las ideas nos regresarán a él, haciendo que de nuevo lo sintamos como nuestro hogar; el lugar donde la práctica de virtudes ordinarias en el curso de nuestras vidas, igualmente ordinarias, nos garantizará cumplir nuestro destino humano. Un mundo donde los sueños complementen la realidad, antes que enfrentarla. La construcción de semejante mundo es la empresa intelectual que requiere hoy de nuestro mayor apoyo y estímulo.³

Haciendo uso de la galanura estilística que no se le puede regatear, Kristol termina su epitafio de las utopías citando a Macaulay, crítico de Bacon: “Un simple acre de terreno en Middlesex es mejor que un gran principado en Utopía”.⁴

La construcción de las neo-utopías, en consecuencia, comienza con la negación y el rechazo a la capacidad utópica de los propios hombres. Los neoconservadores, verdadera aristocracia burguesa del pensamiento, clan endogámico cerrado a cal y canto a los no iniciados, reivindica para sí la tarea de reconstruir las bases morales del mundo, a partir de la acción ordinaria de la gente común, precisamente, lo que jamás aceptarían ser, y a quienes desprecian en el fondo, y también en la superficie.

Pero sigamos la lógica farisaica del pensamiento neoconservador y preguntemos: ¿cuáles son esas “ideas ordinarias” que deberán prevalecer en el orden mundial al que aspiran los neoconservadores, y para el cual trabajan desde las filas del bushismo?

Las neo-utopías pueden ser halladas inmersas dentro de conceptos y concepciones cardinales al pensamiento y la práctica neocon. El tratamiento que se les dé demostrará lo que de ellas se espera en el mundo por venir, el que depende, en última instancia, de lo que se haga hoy. El mundo al que aspiran los neoconservadores está vertebrado alrededor de un puñado de nociones centrales. Veamos cuáles son:

Los neo-valores

Un análisis comparativo postelectoral publicado por Terence Jeffrey en *townhall.com* bajo el sugestivo título de “It’s the Culture, Stupid”, permite comprender mejor el uso que hacen los neoconservadores de los valores humanos, como componente esencial de su proyecto:

Para un importante grupo de votantes, el tema central no fue la economía, ni la guerra de Iraq, ni la guerra contra el terrorismo, sino la cultura [...]. Según una encuesta realizada, a boca de urna, por la AP y la televisora *MSNBC*, los temas que decidieron a los electores a votar por uno u otro candidato, fueron: la educación (4%), los impuestos (5%), la salud pública (8%), Iraq (15%), terrorismo (19%), economía-empleo (20%), y los valores morales (22%) [...]. De ese 22% que declaró como su motivación más importante a los valores morales, el 80% votó a favor de Bush.⁵

Para Terence Jeffrey, el demócrata Kerry fue vencido por un ejército de pacíficos ciudadanos que, masivamente, votaron por una visión tradicionalista de los Estados Unidos.

Esa misma visión tradicionalista es la que los neoconservadores luchan por perpetuar y extender, todo lo posible, incluso, más allá de las fronteras nacionales. Los valores, tal y como lo entienden, forman parte del núcleo duro de sus neo-utopías. Los neoconservadores, tanto como los conservadores, siempre luchan por “conservar” algo, y ese “algo”, casi siempre, se concentra en un conjunto de valores inmutables.

Roger Scruton profundizó en la relación existente entre el conservatismo y los valores en su artículo para *The Wall Street*

Journal titulado “A Question of Temperament”, publicado el 10 de diciembre de 2002. Después de alabar al movimiento conservador norteamericano, el cual, comparado con el inglés, es “el último genuinamente conservador”, Scruton entra de lleno en las definiciones:

Es una tautología decir que los conservadores son personas que quieren conservar algunas cosas, cuando la cuestión es responder a la pregunta, ¿qué cosas? Se puede responder con pocas palabras: a todos nosotros. En el corazón del esfuerzo conservador se halla el deseo de conservar una comunidad históricamente dada. [...]. Un conservador es aquella persona que mira por el bien de las instituciones, las costumbres, y los hábitos que heredó. Es el único que intenta defender y perpetuar un sentido instintivo de lealtad, y desconfía de los experimentos e innovaciones que la ponen en riesgo.

El conservatismo es más un temperamento que una filosofía; un temperamento que brota, naturalmente, de la experiencia de la sociedad, y que se hace muy necesario en las sociedades que quieren resistir [los cambios] [...]. El futuro de las sociedades depende del sentimiento conservador que permite equilibrar las innovaciones ineludibles.⁶

El análisis de las causas de la derrota demócrata en las elecciones presidenciales norteamericanas de 2004, implica pasar, con naturalidad, al tema de los valores, y su defensa por parte de los conservadores y neoconservadores, y en consecuencia, al análisis del futuro del país.

Según Andrei Cherny, en su artículo “Why We Lost” del 5 de noviembre de 2004 en *The New York Times*:

Durante todo el siglo xx, los demócratas creían tener una sola misión: cómo usar los programas de gobierno para hacer la vida de los norteamericanos más estable y segura. [...] el mundo ha cambiado, pero el partido no ha respondido a la pregunta: “¿Qué viene después?”.

[...] los republicanos tienen una visión clara acerca del futuro de los Estados Unidos. Confrontados por su ambiciosa agenda, no nos quedó más opción que enfrentarla.

No pretendo hacer lo que corresponde al partido, pero debemos responder algunas preguntas importantes: ¿Cuál es nuestra visión económica en un mundo globalizado? [...] ¿Cómo debemos hablarle al país, desde el punto de vista moral y espiritual?». ⁷

No cabe duda: los valores morales son el corcel vencedor de las batallas neoconservadoras, el puente por el que comunican con una parte significativa de la población del país, a la que han sumado al carro republicano, y enrolado en el apoyo a Bush. Son la amenaza que sacan del baúl del pánico, de tanto en tanto, manteniendo al país como rehén de semejantes manipulaciones.

Pero la visión que se difunde sobre tales valores se basa en la satanización de las ideas del enemigo liberal, por lo que los neo-valores de las neo-utopías, se definen por negación, más que por afirmación.

¿Cuáles son, a fin de cuentas los valores morales que dicen defender los neoconservadores?

“Para el temperamento conservador, el futuro es el pasado. [...] Porque estudiando el pasado de los Estados Unidos, sus tradiciones empresariales, su disposición a aceptar riesgos, su fortaleza, piedad y responsabilidad cívica, se puede comprender mejor su futuro [...]” —escribe Roger Scruton. ⁸

Para Ben Shapiro “[...] los demócratas son liberales que desean validar las actividades gay, el derecho al aborto y la devaluación de la moral tradicional en las escuelas y el gobierno, mientras que los republicanos son conservadores que valoran la moralidad tradicional por encima de todo”. ⁹

Si nos atenemos a los números fríos de los resultados electorales, la mayoría de los votantes norteamericanos apoyan las iniciativas republicanas, en el campo de los valores morales, antes que las de los demócratas. Por ejemplo, en los once Estados donde se sometió a consideración de los votantes iniciativas tendientes a prohibir el matrimonio homosexual, estas resultaron triunfadoras por amplia mayoría, de lo que podría inferirse que lo que afirma

El Apocalipsis según San George

Terence Jeffrey en *townhall.com*, tiene algunos visos de certeza: “El mensaje se escuchó alto y claro: No queremos que un liberal de Massachusett conduzca a nuestro país”.¹⁰

Esta neo-utopía, la de volver a un país de valores tradicionales, de prohibición de las estridencias en el comportamiento privado y público, de puritanismo rampante y represión de la sexualidad y la personalidad, es un sueño trasnochado, incompatible con la promoción de iniciativas para la libre empresa y los mercados ilimitados, principios innegociables del ideario neoconservador. Sus críticos dentro de los propios Estados Unidos son muchos, entre ellos, un irónico Frank Rich, quien escribió en *The New York Times*, el pasado 14 de noviembre:

El periódico *The Los Angeles Times* reportó este verano que Paul Crouch, el evangelista fundador de la mayor red de televisión cristiana del país, la Trinity Broadcasting Network, se vio obligado a responder a las acusaciones de uno de su empleados, quien declaró haber mantenido con él una relación homosexual, y a quien tuvo que pagar 425 000 USD, para llegar a un arreglo.¹¹

Quizás la más cáustica de las críticas a las neo utopías de los neoconservadores basadas en lo que llaman “valores morales”, la dio Tom Paine en su *tompaine.commom sense*, del 11 de noviembre. En su “Diccionario republicano”, define de la siguiente manera lo que estos entienden por “valores morales”: “Es el odio a los homosexuales vestido de lenguaje bíblico”.¹²

La neo-religión

El estudio de los resultados electorales arroja que también la religión jugó un importante papel en la victoria de George W. Bush. Y es lógico: la alianza con la religión, en sus vertientes más conservadoras y ortodoxas, juega un decisivo papel en las estrategias neoconservadoras norteamericanas, y muy especialmente, en sus neo-utopías.

Entre los electores que asisten regularmente a los servicios religiosos, Bush derrotó a Kerry por la relación 61% a 39%. Logró

el 70% de los votos protestantes y el 56% de los católicos. En contraste, Kerry logró el 62% de los votos de aquellos que declararon no asistir nunca a los servicios religiosos.

La coordinación de las posiciones de las iglesias evangélicas con las de Bush y sus estrategias neoconservadores está saliendo a la luz pública tras las elecciones. A pesar de que las leyes norteamericanas impiden a las organizaciones exentas del pago de impuestos participar en actividades partidistas, un artículo publicado el pasado 8 de noviembre en *The Washington Post*, firmado por Alan Cooperman y Thomas B. Edsall, arroja claridad sobre lo sucedido:

La historia no contada de las elecciones de 2004, de acuerdo a los líderes religiosos, es que los grupos evangélicos cristianos fueron mucho más agresivos y, frecuentemente, mejor organizados en la base, que quienes llevaron a cabo la campaña de Bush. La Casa Blanca luchó por mantenerse a la par de la derecha cristiana, consultando semanalmente con sus líderes. En muchos aspectos, los activistas cristianos dirigieron la carga del Partido Republicano, y los operativos de este los siguieron y capitalizaron su gesto.¹³

La influencia de cercanos asesores de Bush, como Carl Rove, sobre las intenciones de votos de los creyentes religiosos está aflorando. “Rove definió con claridad el objetivo a lograr –subrayan Cooperman y Edsall–. Su llamado actuó como un mantra sobre los conservadores: ‘Para que Bush gane, debemos reunir 4 000 000 de votos evangélicos más que en las elecciones de 2000’”.¹⁴ Y lo lograron.

Pero, como alertaban Alain Franchon y Daniel Vernet en *Le Monde*, el 15 de abril de 2003, mediante el artículo titulado “The Masterminds of America’s Foreign Policy”:

Los neoconservadores no deben ser confundidos con los fundamentalistas cristianos, que comparten con ellos el entorno de George W. Bush [...].

Es peculiaridad de esta administración, según explica Pierre Hassner, asegurarse la unión de estas dos corrientes, lle-

vándolas a coexistir. Esta última está representada por hombres como John Ashcroft; la primera, por gente como Paul Wolfowitz.¹⁵

Según las neo-utopías, el mesianismo religioso es un factor dinamizador que debe estar presente en toda política imperial respetable. La “claridad moral” –a la que apelan constantemente–, es para los neocons sinónimo de una cínica declaración de los objetivos a lograr por mandato divino. No debe asombrar a nadie que Bush, al igual que William McKinley en 1898, declare tener comunicación directa con Dios.

“Bush cree que Dios ha insuflado el deseo de libertad en todos los corazones humanos –afirma Paul Kengor en *The New York Times*, el 18 de octubre de 2004–. ‘Creo que Dios desea que todos los seres humanos sean libres’, declaró en el último debate presidencial”.¹⁶

Lo que nunca ha declarado Bush es si Dios le ha indicado liberar a su prójimo mediante golpes aéreos, o solamente utilizando fuerzas terrestres. Es por ello que Tom Paine ironiza con el significado de “fe”, según aparece en su “Diccionario republicano”: “Es la creencia ciega en que Dios aprueba los valores morales republicanos, a pesar de las evidencias en sentido contrario”.¹⁷

También ayuda a entender mejor el alcance de las declaraciones de Bush, la definición de lo que los republicanos entienden por “libertad”: “Es lo que los árabes desean, pero no pueden alcanzar por sí mismos, sin la intervención de los militares occidentales. Es sinónimo de caos”.¹⁸

Para Kurt Nimmo:

[...] al igual que Moisés, Bush quiere conducir a su pueblo hasta la tierra de promisión, al menos, eso dice: “Durante más de medio siglo de mi vida, hemos presenciado una decadencia sin precedente de la cultura norteamericana, la cual ha erosionado nuestros valores colectivos fundacionales, nuestros estándares morales de conducta...”¹⁹

Para Nimmo, tales estándares de conducta, que Bush proclama a tambor batiente, “[...] no se aplican a los vasallos de Bush, a los felones arrogantes como John Poindexter, Elliot Abrams, Richard

Armitage, John Negroponte, y otros participantes reciclados en el escándalo Irán-Contra, causantes de muchas muertes y miserias”.²⁰ Es por ello que Nimmo los llama “Los Fariseos de Bush”.

Hacia 1820, las iglesias protestantes evangélicas eran la expresión dominante entre las iglesias cristianas de los Estados Unidos. Larry Eskridge, en su ensayo “Defining Evangelicalism” acierta cuando hace remontarse a esta época el surgimiento de un movimiento misionero militante, terreno propicio para el auge de la imposición, la intolerancia, y el fundamentalismo cristiano, que al aliarse con la política imperial –como ocurre en el gobierno de Bush Jr.–, adquiere características agresivas y totalitarias, sabiamente explotadas por los estrategas neoconservadores al estilo de Rove. Se trata de la prefiguración, en el terreno religioso, de la nación que se aspira a construir:

Los conceptos de “evangelismo” y del renacimiento vinculados a él, rutinariamente utilizados por predicadores como Charles G. Finney (1729-1875), se expresó en un conjunto de normas evangélicas para convertir a la nación. Por varias décadas, antes de la Guerra de Secesión, un activo y evangélico “Imperio benevolente”, según la definición del historiador Martin Marty, intentó, de manera muy activa, reconfigurar la sociedad norteamericana mediante reformas como la temperancia, el movimiento feminista, iniciativas de mejoramiento social, y el controvertido movimiento abolicionista. Tras la guerra, los cambios experimentados por la sociedad, consecuencia de los procesos de urbanización e industrialización del país, junto al desarrollo de nuevos enfoques intelectuales y teológicos, disminuyeron la fuerza del evangelismo en la cultura norteamericana [...]. Al comenzar el siglo xx, el evangelismo retuvo su status de religión folclórica americana, particularmente en el Sur.²¹

Remitiéndose al historiador inglés David Bebbington, Larry Eskridge cita también los cuatro elementos fundamentales que conforman “lo evangélico”: “El afán de conversión, basado en la creencia de que la vida necesita ser cambiada; el activismo, que descansa en el esfuerzo; la exaltación constante de la Biblia, y la centralidad de la cruz, que remite al sacrificio de Cristo”.²²

No es difícil entender que un movimiento religioso como el del *revival** evangélico, en las condiciones de predominio de valores tradicionales, y teniendo como base las características que le confieren estos elementos, puede derivar, en alguna de sus versiones, hacia el fundamentalismo más cerril.

El fundamentalismo –precisa Eskridge– fue un movimiento que surgió a fines del siglo XIX y principios del XX, dentro del protestantismo norteamericano, como reacción contra la ‘teología modernista’ y el criticismo bíblico, y también contra los cambios sociales y culturales que experimentaba el país. Tomó su nombre de una obra de ensayos en doce tomos (*The Fundamentals, 1910-1915*) destinada a combatir la teología liberal [...].²³

Durante los años 20, el fundamentalismo religioso evangélico norteamericano concentró las fuerzas de su combate contra el modernismo, en tres direcciones: “[...] los intentos de dominar y controlar las denominaciones protestantes, las juntas, y los seminarios; el apoyo a medidas de prohibición [como la Ley Seca]; y el intento de impedir que se enseñase en las escuelas la Teoría Evolucionista de Darwin [...]”.²⁴ Quien busque las huellas de estas tendencias en el pensamiento conservador norteamericano actual, se sorprenderá por su vigencia y beligerancia, incluyendo los niveles que alcanza, en nuestros días, la campaña contra el darwinismo.

La alianza entre los fundamentalistas evangélicos y los neoconservadores, que se ha dado como algo natural en el gobierno de Bush Jr., se basa en la aceptación de que los valores morales y las concepciones religiosas que profesan deben primar en la sociedad, y que para que eso ocurra, es imprescindible promoverse agendas de gobierno capaces de llevar a la práctica las neo-utopías. Se trata de una alianza de conveniencia que dota a los neoconservadores de una base social formidable, la que jamás hubiesen tenido por sí solos. Téngase en cuenta que, según datos aportadas por Eskridge, la población que se identifica como “evangélica”, o “renacida” asciende, en los Estados Unidos, a 100 000 000 de personas, el 35%

* Movimiento religioso que trata de revalorizar estilos y modas del pasado, así como propiciar un renacimiento de la fe.

de la población general. Nada mal para un movimiento, como el de los neocons, que surgió circunscrito a una minúscula capilla de intelectuales dentro del ghetto judío neoyorquino de los años 30.

Este acercamiento comenzó desde el debut, en la arena política de los 80, de la llamada “Religious Right” coincidiendo con la “Revolución conservadora” de Ronald Reagan. Las organizaciones más representativas de dicha tendencia fueron “Moral Majority”, “Concerned Women for America” y, más recientemente, “Christian Coalition”. Para Eskridge, las razones para esta politización religiosa fueron:

[...] el deseo de tener un impacto positivo en la cultura y la sociedad [...] la preocupación por la práctica del aborto y los cambios experimentados en la conducta sexual de los norteamericanos, el descontento con la forma, el contenido, el poder y la orientación de los medios de comunicación en el país. El factor desencadenante de esta reacción fue la expansión del Gobierno Federal, tras la Segunda Guerra Mundial, en áreas que habían sido cotos tradicionales de los individuos, la familia y la iglesia. Aunque entre los evangélicos no existe una unidad monolítica en los temas políticos, [...] el movimiento ha sido, tradicionalmente, percibido como cercano a los republicanos, [...] y puede ser descrito como moderadamente conservador y predominantemente republicano.²⁵

Si examinamos el pensamiento y la práctica de alguna de las organizaciones de la derecha religiosa norteamericana actual, como por ejemplo, “Christian Coalition”, podremos tachar de ingenuas las definiciones que brinda Eskridge sobre la orientación política de los evangélicos renacidos que dieron a Bush Jr. el triunfo en las elecciones de 2004, y entender mejor el futuro que espera al país (y quizás, al mundo) de llevarse a la práctica las neo-utopías de los neo-conservadores, que incluyen una nueva relación hacia la religión.

“Christian Coalition” fue fundada en 1989 por Pat Robertson, con la misión de “[...] dar en el gobierno voz propia a los cristianos. Somos un grupo creciente de personas de la fe, que se acerca a los 2 000 000, que participamos en esa conversación que se denomina ‘democracia’”.²⁶

Cuando analizamos la sección “En qué creemos” de la “Christian Coalition”, encontramos el compendio de la actitud de las neo-religiones ante la sociedad norteamericana contemporánea:

Nos mueve la creencia de que la gente de fe tiene la responsabilidad y el derecho a involucrarse en los asuntos del mundo circundante. Tal involucramiento incluye acciones comunitarias, sociales y políticas.

La Coalición se dedica a brindar información al pueblo de Dios para luchar contra las legislaciones anti-familia.

Desde el comienzo, proveemos información pro-familia y estimulamos a individuos, grupos e iglesias a que marquen la diferencia en los distintos niveles de gobierno. Un activismo ciudadano efectivo comienza con la información. La Coalición se caracteriza por brindar información que permite vencer la complejidad de la política, haciendo que sus temas sean asequibles y claros.²⁷

La agenda que defiende la Coalición se expresa en “Nuestros Objetivos”:

- Fortalecer la familia.
- Proteger las vidas humanas inocentes.
- Devolver la educación al control de los padres y las autoridades locales.
- Hacer llevadera a las familias las cargas impositivas.
- Castigar a los criminales y defender el derecho de las víctimas.
- Proteger a los jóvenes de nuestras comunidades de la contaminación que genera la pornografía.
- Defender la institución del matrimonio.
- Proteger la libertad religiosa.²⁸

No hace falta traducir lo que la Coalición entiende por “protección de las vidas inocentes”, pues está claro que se refiere a su férrea oposición al aborto. También está defendiendo la aplicación de la pena de muerte cuando habla de “castigar a los criminales”. Al reivindicar la devolución de la educación al “control de las autoridades locales”, el dardo de la Coalición va dirigido

contra el Gobierno Federal, lo cual, curiosamente, es uno de los principios de actuación política de los neoconservadores, sempiternos enemigos de todo gobierno “grande y fuerte”.

La Coalición no oculta su involucramiento político, que alcanzó niveles insospechados en la campaña electoral de 2004. Roberta Combs, su presidenta, lo expresó en su Mensaje a los miembros, en los días previos a la reelección de Bush Jr.:

Agradezco el tiempo y el esfuerzo realizado por ustedes al distribuir millones de ejemplares de la *Coalition Voters Guide*, en español e inglés, entre sus familias, amigos, iglesias, librerías cristianas y los barrios de los Estados Unidos [...]. Ustedes han jugado un papel decisivo en la educación pro-familia de los votantes, que les permitirá escoger, con plena información previa, el día de las votaciones.²⁹

A pesar de definirse como una organización religiosa, el apoyo de la Coalición a los objetivos más conservadores del país, bajo la frágil envoltura moral de una prédica pro-familia, demuestra que se trata de una de las herramientas más efectivas que los neoconservadores y los fundamentalistas esgrimen para legitimar y rodear de un insoportable *glamour* idealista lo que, en el fondo, no pasa de ser una vulgar puja terrenal por el poder y las ganancias. Basta, para comprobarlo, examinar la lista de lo que la Coalición llama “nuestras victorias en el 107 Congreso de los Estados Unidos”, o sea, las iniciativas legislativas que resultaron aprobadas en el 2004, con ayuda de sus nada píos cabildeos. Algunas de esas “victorias” fueron:

- Derrota de la enmienda pro-aborto presentada al Congreso por Chuck Schumer, “un senador ultraliberal de New York”. La Coalición llamó a esto, “una victoria por la vida”.
- Prohibición de una enmienda de ley presentada por el representante Steve Chabot que intentaba legalizar en el Congreso el aborto para los casos de nacimientos parciales.
- La Coalición ayudó al presidente Bush a introducir una legislación en el Congreso para reducir los impuestos, que, al final, no fue aprobada por el Senado.

- Apoyo al Presidente ante la crisis creada por los ultraliberales en el Comité Judicial del Senado que se negaban a aceptar la nominación de tres jueces para la Corte de Apelaciones. El comentario de la Coalición a esta “victoria” es significativo: “Ahora que los republicanos dominan el Senado con la ayuda brindada por los activistas de la Coalición en las pasadas elecciones, esperamos que esos tres jueces, y muchas otras nominaciones judiciales de Bush, serán pronto confirmadas por el Senado”.
- Prohibición absoluta de clonar seres humanos, para cualquier propósito, incluido el de las investigaciones.
- La Coalición ayudó a lograr el coauspicio del “Syria Accountability Act” que dará al Presidente la flexibilidad necesaria para exigir responsabilidades a Siria por el terrorismo dentro de sus fronteras, y para devolver la libertad y la democracia al Líbano. Actualmente, Israel es el único país democrático en esta volátil región del mundo. La Coalición continuará haciendo *lobby* en el 108º Congreso, para que se apruebe esta iniciativa [...]. Es hora de que el Departamento de Estado trate a Siria como al Estado terrorista que es.
- Los *lobbyistas* de la Coalición lograron que se aprobase el proyecto “Houses of Worship Political Speech Protection Act”, el cual garantiza, por ley, que en las casas de oración se haga uso de la Primera Enmienda, o sea, el derecho a la libertad de expresión para abordar temas morales y políticos.³⁰

Sin dudas, el respaldo legal necesario para poder hacer política desde los púlpitos.

Entre las prioridades declaradas de los *lobbyistas* de la Coalición para el 2005, están:

- [...] lograr los votos que necesita el Presidente para nombrar los jueces que ha propuesto para la Corte de Apelaciones, y que se confirme a cualquiera que nomine para el Tribunal Supremo.³¹
- [...] lograr que se apruebe la reforma prevista para la Seguridad Social, que incluya fondos opcionales privados.³²

Por último, entre otras prioridades que se ha trazado la Coalición, nada espirituales por cierto, están:

- [...] lograr la aprobación de Alberto Gonzáles para el cargo de fiscal general [el mismo que aconsejó al gobierno de Bush Jr. el uso de las torturas en Iraq y la aplicación de la pena de muerte, cuando era su consejero legal en Texas];³³
- [...] impedir la creación de un Estado palestino [...];³⁴
- [...] respaldar a Donald Rumsfeld por su clara percepción sobre el conflicto israelí-palestino [...];³⁵ [y]
- [...] condenar al Tribunal Internacional de La Haya por intentar sancionar a Israel debido a la construcción del muro que lo defiende del terrorismo.³⁶

Lejos de bajar el tono del discurso tras el triunfo de su candidato en las elecciones de 2004, los fundamentalistas cristianos y sus aliados neoconservadores que se agrupan en el gobierno de Bush Jr., han comenzado a denunciar que sufren persecuciones por parte de lo que llaman, genéricamente, “la izquierda”. Semejantes actitudes recuerdan la denominación de “terroristas”, no menos genérica, con que suelen satanizar a los Estados que odian, y con las que pretenden justificar las agresiones que contra ellos se aprestan a consumir.

Al respecto, David Limbaugh proclama:

Es posible que la percepción sobre los temas morales, que tanto contribuyó a la victoria electoral del presidente Bush, haya contribuido al fortalecimiento del miedo secular que siente la izquierda ante los cristianos. Estamos presenciando una aceleración de los ataques contra las Navidades por toda la nación, entre ellas, la prohibición de los símbolos navideños, las postales de Navidad y los nacimientos; el uso de palabras políticamente correctas para sustituir al vocablo Navidad, y el esfuerzo por identificar a esta celebración con la intolerancia y la exclusión.³⁷

Sin quererlo, Limbaugh nos brinda una pista sobre lo que se persigue con tales denuncias, en medio de un panorama donde lo que los fundamentalistas cristianos representan forma parte de la

filosofía del grupo que se encuentra en el poder en los Estados Unidos: “Ellos [los izquierdistas] piensan que las creencias cristianas son tan peligrosas que deben ser preventivamente silenciadas, o que, como los cristianos intentan establecer una teocracia, su influencia debe ser preventivamente reducida”.³⁸

Es muy significativo que los neoconservadores y los fundamentalistas cristianos, encargados de hacer realidad en la vida norteamericana las neo-utopías relacionadas con la neo-religión, apelen a las metáforas de los “ataques preventivos” para intentar desacreditar a sus adversarios.

Cuando recordamos que denunciar ataques y amenazas, reales o supuestas, ha servido para justificar los ataques preventivos contra otros Estados, método que consagra la doctrina militar del bushismo, debemos estremecernos ante lo que se oculta tras las denuncias victimistas de conservadores y fundamentalistas al estilo de David Limbaugh.

No es casual que el jefe del equipo que escribe los discursos para Bush, Michael Gerson, sea un graduado en Teología por el Wheaton College, y que haya intentado justificar el reiterado abuso del lenguaje religioso en los discursos del Presidente apelando a la poco creíble explicación de que con ello intenta “[...] introducir en la política valores religiosos, reforzar el pluralismo de la fe, y demostrar la función de la Providencia en la vida de los Estados Unidos”.³⁹

Tampoco es casual que el reverendo Jerry Falwell, presidente de la “Faith and Values Coalition” haya escrito y publicado antes de las elecciones, como le recordó Tim Russert, el moderador de un panel donde apareció junto a otros líderes religiosos del país en el programa de la *NBC News* “Meet the Press”, el pasado 28 de noviembre: “Es una responsabilidad de cada político conservador, de cada cristiano evangélico, de cada católico partidario de la vida [contrario al aborto], de cada judío ortodoxo... y de todos, tomar seriamente la reelección del presidente Bush”.⁴⁰

Debe decirse que el reverendo Falwell, citado otra vez por Russert, es el mismo que definió en la web de su organización tres prioridades de esta para el nuevo período presidencial de Bush, las que define de la siguiente manera:

Lograr la confirmación solo de aquellos jueces nominados para el Tribunal Supremo y otras cortes federales que sean

estrictamente contrarios al aborto; lograr que sea aprobada una enmienda constitucional sobre el matrimonio que, de hecho, prohíba los matrimonios entre homosexuales; y por último, lograr la elección en el 2008 de otro político socialmente conservador.⁴¹

Por último, debe decirse, que al reverendo Falwell pertenecen, como le recordó también Russert, unas palabras pronunciadas el 13 de septiembre de 2001, que podrían haber sido dichas por otros neoconservadores y fundamentalistas cristianos, pues sintetizan la utilidad que tuvo la tragedia del 11 de septiembre para un pensamiento y una práctica semejantes:

Temo que el 11 de septiembre sea apenas el comienzo [...]. Es probable que Dios continuará levantando el velo y permitiendo hacer a los enemigos de los Estados Unidos, lo que probablemente merecemos [...]. Estoy convencido que los paganos, los partidarios del aborto, las feministas, y los homosexuales, todos aquellos que intentan cambiar el modo de vida americano [...] todos los que tratan de secularizar la vida de los Estados Unidos [...] merecen que levantemos un dedo acusador ante su rostro, y les digamos: “Ustedes ayudaron a que esto ocurriese”.⁴²

Merece figurar en este análisis que el Dr. Bob Jones III, Rector de la Bob Jones University, felicitó a Bush Jr. por su reelección, mediante una carta pública fechada el 3 de noviembre. No existe mejor manera de imaginar el mundo que los neoconservadores y sus aliados de la fe pretenden construir —en caso de que sus planes se lleven a la práctica—, que leyendo estas líneas transidas de amor a las Sagradas Escrituras:

Con su reelección, Dios le ha otorgado a los Estados Unidos, generosamente, el perdón por su paganismo, aunque pienso que no lo merecía. Usted ha recibido un mandato. No se confunda: nada debe a los liberales. Ellos lo desprecian tanto como desprecian a su Dios [...]. Hay motivos para el regocijo, pues Dios lo ha escogido como a su servidor

El Apocalipsis según San George

por un mandato de otros cuatro años. Usted tiene ahora la oportunidad de nombrar a muchos jueces conservadores, y de ejercer un liderazgo fuerte para que el Congreso apruebe las legislaciones que se basan en las normas bíblicas para la familia, la sexualidad, la santidad de la vida, la libertad religiosa, la libertad de expresión y un gobierno limitado. Usted dispone de otros cuatro años para terminar la tarea e imprimir estos dones sobre la nación, lo cual le traerá la bendición del Todopoderoso.⁴³

La neo-cultura

Las neo-utopías tienen en la cultura un espacio de privilegiada expresión. Los neoconservadores que las promueven provienen del mundo intelectual, y suelen realizar sus proyectos mediante la prensa, la literatura y la política, lo que implica un uso permanente de las ideas, los símbolos y el lenguaje. El resultado de este esfuerzo es notable: la sociedad futura que los neocons esperan construir con sus prédicas y sus acciones debe superar los escollos, aparentemente insalvables, que las culturas rivales han acumulado ante la cultura burguesa. A fin de cuentas, la cultura que ellos defienden, no es otra que la cultura heredada en una sociedad que, lejos de plantearse escalar a un estadio superior en su evolución, intenta conservar los valores tradicionales, aunque reconociendo que esto es casi imposible, como habían creído, ingenuamente, los conservadores clásicos. En consecuencia, la batalla cultural de los neoconservadores en el terreno de las neo-utopías se centra en recuperar lo recuperable tras el colapso mortal sufrido por la cultura burguesa en los 60, atemperándola a los nuevos tiempos.

La neo-cultura que defienden es, en esencia, la cultura burguesa tradicional que ha logrado sobrevivir a los embates de la contracultura y las tendencias postmodernas, admitiendo los cambios, siempre que no toquen su esencia clasista. Lo “neo”, en este caso, es que se acepta que hay algunos espacios culturales, paradigmas y valores que se han perdido, irremisiblemente, y que no vale la pena intentar traer de vuelta. Sin dudas, los neoconservadores poseen un nivel de adaptación mayor al mundo contemporáneo que sus predecesores. No en vano proceden, en su

mayoría, de la izquierda a la que combaten con el santo celo de los conversos.

Para entender la visión de futuro que promueven los neoconservadores en el terreno cultural, o cómo imaginan la cultura en la sociedad norteamericana y universal donde hayan triunfado, definitivamente, las ideas y la política neoconservadoras, es imprescindible analizar el texto de una conferencia pronunciada por Irving Kristol, el 10 de enero de 1994 en el American Enterprise Institute bajo el título “Countercultures: Past, Present and Future”. Las ideas esenciales del texto son las siguientes:

- La contracultura que surgió en los Estados Unidos en los 60 y, simultáneamente, en buena parte de las democracias occidentales, es uno de los eventos más significativos del último medio siglo en Occidente. Ella reconfiguró nuestro sistema educacional, nuestras artes, nuestras formas de entretenimiento, nuestras convenciones sexuales, y nuestro código moral.
- No estamos ante un movimiento disidente dentro de los límites de nuestra cultura, ni ante un llamado a reformar ni reconfigurar nuestra cultura, sino ante una profunda hostilidad hacia la cultura misma, por parte de intelectuales, profesores y artistas.
- Entendemos por cultura y arte una nueva autoconciencia, un nuevo sentido de misión, una misión de carácter secular, humanista y redentora.
- La contracultura y su gemelo más joven, el postmodernismo, son rebeliones contra la cultura y las artes como actividades seculares, autónomas, las cuales se consideran vacías de toda sustancia espiritual. El primer blanco inevitable de esta rebelión fue la universidad moderna, institución que durante el siglo pasado se había establecido como centro de la ortodoxia humanista secular [...]. Esta rebelión fue impulsada por tendencias en el mundo de la literatura y el arte modernos, en espacios originados fuera de las universidades.
- Todo lo que se necesita para generar una contracultura es tener una ortodoxia contra la cual rebelarse, pues no existe

- ninguna ortodoxia que pueda satisfacer todos los apetitos y pasiones espirituales.
- El objetivo de toda contracultura es crear un nuevo vocabulario, nuevos términos y nuevos parámetros del discurso para crear una nueva realidad social y humana. Pero eso raramente ocurre: las ortodoxias poseen más poder de permanencia que las contraculturas. A fin de cuentas, solo hay dos ortodoxias fuertes en la historia de la civilización occidental: el cristianismo y el humanismo secular, racionalista.
 - No es exagerado afirmar que la historia de la civilización occidental, desde el advenimiento de la era cristiana, es la historia de sucesivos desafíos de las contraculturas a las ortodoxias, de la resistencia de estas, de su cooptación y adaptación. En aquellos raros períodos ocasionales donde no tuvieron lugar tales desafíos, nada ocurrió.
 - Los desafíos de las contraculturas adoptan diferentes formas de expresión, pero tienen un sustrato común y discernible. Para empezar, existe la experiencia de lo que hoy llamamos alienación [...]. No sentirse alienado es, desde el punto de vista de la contracultura, ser inauténtico. [...] Si usted no es un intelectual o un artista alienado, no es intelectual, ni artista, en general. [...] La alienación es la experiencia de carecer de un hogar en el mundo que la ortodoxia ha creado para nuestro confort.
 - Asociado con el sentimiento de alienación encontramos el de indignación contra la ortodoxia que es percibida como la causa de tal alienación. Esa indignación es el factor que aglutina a la gente en cualquier movimiento contracultural. [...]. Y todo movimiento en las artes, en la religión o en la política siempre persigue la toma del poder [...]. El tema en disputa, en su esencia, es la toma del poder.
 - [...] La familia no es solo el vehículo crucial para la transmisión de ideas y valores tradicionales específicos sino también es el sitio donde la propia tradición existe y se preserva. [Tomando a la tradición socialista como ejemplo de movimiento contracultural, Kristol define a la familia como el principal escollo a vencer para derribar a la ortodoxia de turno, lo cual es perceptible en todas las contraculturas].

- La contracultura considera intolerable el principio de la virtud que defiende toda ortodoxia, como garantía del progreso material y moral [...]. La virtud para la ortodoxia es la forma de prescribir la manera mediante la cual la gente puede hallar la felicidad en sus vidas, si hace lo correcto, de la forma correcta, en el momento correcto, y utilizando las ideas correctas.
- Nuestra contracultura actual se opone al canon cultural tanto como se opone a la Cultura y al Arte, ambos con mayúsculas [...]. Ella es cínica, nihilista y explotadora: su verdadero interés es el dinero [...] y su gran ambición es reemplazar a la religión.
- Las contraculturas son un fenómeno peligroso e inevitable. Su poder destructivo excede, con mucho, su poder constructivo. La tarea delicada que tiene por delante la gente como nosotros no es reformar la ortodoxia secular racionalista que ha pasado la línea de no retorno. Es preferible insuflar nueva vida a la antigua ortodoxia, hoy comatosa, para que podamos, adaptarnos a ella allí donde no podamos simplemente resistir.
- La resistencia es importante, porque nos permite ganar tiempo mientras intentamos eliminar las contradicciones y los impulsos autodestructivos de la contracultura [...]. También debemos reconocer que ciertos terrenos perdidos jamás se recuperan [...]. Aunque nadie pueda predecir cómo podremos insuflar nueva vida a las viejas ortodoxias, hay algo cierto: mientras los hombres y las mujeres tengan hijos, la familia no podrá ser transformada, y continuará siendo la guardiana de las instituciones.
- La manera en que se ha resuelto en el curso de la historia el choque entre la ortodoxia y la contracultura, ha sido a través de la recuperación de ciertas formas de alguna ortodoxia religiosa antigua. Es muy raro que una contracultura se convierta en nueva ortodoxia, absolutamente diferente a las antiguas. No hay razón para pensar que el futuro nos depara algo diferente al pasado.⁴⁴

En esta extensa elipsis de uno de los padres del pensamiento neoconservador son apreciables las posiciones que sustentan los

neocons en el terreno de la religión y los valores. Porque, de hecho, para ellos religión, valores y cultura son un todo y lo mismo, lo cual confiere cierta coherencia a sus neo-utopías, pero, a la vez, las hace rehenes de lo “conservable”.

De las ideas de Kristol se desprende que los neoconservadores tienen bien identificados a sus enemigos culturales, y sienten que deben resistir sus embates hasta que, con la restauración de valores tradicionales, vinculados a cierta forma de ortodoxia religiosa, puedan hacer realidad sus neo-utopías. Quien examine lo que recomiendan, lo que critican, lo que leen, lo que intelectualmente disfrutan o aborrecen, constatará que son muy activos en la resistencia y en la construcción de una alternativa neoconservadora a la contracultura liberal o progresista.

Porque toda la política cultural neoconservadora hacia el futuro se inicia con la satanización de sus adversarios ideológicos y, muy especialmente, ajustando cuentas con los intelectuales norteamericanos críticos que, según ellos, son el obstáculo principal que se interpone entre ellos y el dominio cultural del resto del mundo.

En una entrevista con Harry Kreisler, el 6 de abril de 1999, Norman Podhoretz declaró:

Pienso que los intelectuales son muy importantes y lamento que la clase intelectual norteamericana haya jugado lo que yo considero, en general, un papel muy destructivo. Ellos pretenden encarnar la definición de Schelley cuando dijo que “[...] los poetas son los legisladores informales del mundo”. [...] Si ellos tomaran más en serio su propio poder, podrían ejercer una acción más responsable.⁴⁵

Sin duda, neoconservadores como Podhoretz o Kristol si toman en serio el poder de las ideas, propias o de sus adversarios, pues saben que en ese terreno se definirá, a la larga, el futuro de las neo-utopías. Si para imponer sus criterios y conceptos tienen que apelar a la censura de los de sus contrarios, no dudan en recomendarlo:

Lo que el pensador comunista italiano Antonio Gramsci pedía cuando indicó “tomar las instituciones” [capitalistas], es lo que está ocurriendo en los Estados Unidos, no por la

acción comunista, claro está, sino por la de fuerzas radicales anticapitalistas y anticonservadoras. Cualquier “audaz agenda conservadora” que se proponga, en lo tocante al tema de la censura, provoca una aplastante y salvaje hostilidad institucional –escribió Kristol en *The Weekly Standard*, el 23 de agosto de 1999.

[...] Durante años los conservadores hemos estado esperando porque “la gente” se rebele contra las elites que les han impuesto su cultura. Pero la gente no se muestra preocupada por eso: están demasiado ocupados en su trabajo, bebiendo o mirando la televisión. O simplemente, han sido intimidados por los doctos académicos que recomiendan “seguir la corriente”. O realmente, no se han detenido a pensar en el daño que la pornografía causa a sus vidas (los bares de nudismo están repletos de gente que vota por los republicanos). O son gente temerosa de Dios que se encuentra demasiado ocupada en aislar a sus familias de la cultura decadente contra la cual carecen de tiempo y energía para combatir.⁴⁶

Y energía es lo que sobra a los inspirados neoconservadores como Kristol. La respuesta que brinda a la pregunta “¿Ha muerto el ethos* conservador en los Estados Unidos?”, lo demuestra:

No, está vivo; ha sido derrotado, pero no ha muerto. Existen numerosas estrategias de supervivencia que están disponibles, la mayoría de ellas dirigidas a los niños, como por ejemplo, “la televisión libre o restringida” [con programas de filtros censores] se hace más popular cada año, al igual que los colegios y las universidades religiosas. Hay millones de familias que no permiten a sus hijos participar en conciertos de *hard rock* [...]. A pesar de ser aún una minoría, los conservadores están en disposición de vivir una vida decente y fructífera, a pesar de nuestra cultura popular.⁴⁷

Identificados los enemigos contra los cuales pelear en el terreno cultural, la profecía que formula Kristol, al final de su

* Carácter distintivo, espíritu.

artículo, indica que los neoconservadores confían en su victoria, o lo que es lo mismo, en la victoria y concreción de sus neo-utopías culturales:

A corto plazo, es difícil que los libertarios morales [los neoconservadores] puedan vencer en esta guerra cultural. Pero nuestra intuición cultural nos dice que, a largo plazo, las cosas serán diferentes, pues nuestros adversarios no podrán gobernar sin contradecir todo lo que conocemos sobre la naturaleza del hombre y la sociedad [...].⁴⁸

A pesar de la confianza de Kristol en que los neocons serán capaces de imponer a la sociedad norteamericana sus neo-utopías culturales, Podhoretz se muestra más cauteloso:

Yo, naturalmente, recibo con los brazos abiertos el renacer de la disposición patriótica de los norteamericanos [tras el 11 de septiembre de 2001]. Pero como veterano de las guerras culturales y políticas de los 60, conozco, por mis propias cicatrices, cuán efímeras son tales disposiciones, y qué vulnerables resultan ante los embates de fuerzas, aparentemente, insignificantes.⁴⁹

Recordando cómo “[...] cuando la guerra de Vietnam la opinión de una elite cultural logró imponerse como opinión popular”,⁵⁰ Podhoretz denunció, en septiembre de 2004, cuáles son las instituciones y personas que liderean la resistencia contra las políticas culturales neoconservadoras del gobierno de Bush Jr., y en consecuencia, retrasan la victoria que pronosticó Kristol, cinco años antes: “Para empezar, está la comunidad literaria, que en ello coincide con el mundo de las artes, en general. Tan pronto como las Torres Gemelas colapsaron [...] comenzó una fiera carrera por la medalla de oro en los Juegos Olímpicos Antiamericanos”.⁵¹

Tras enumerar la hostilidad “antiamericana” de Susan Sontag, Norman Mailer, las universidades, los programas de televisión – con excepción de los de *Fox News* –, los tradicionales, al estilo de Pat Buchanan, Robert Novak y el reverendo Jerry Falwell, Dario Fo, Al Gore, Edward Kennedy, George Soros, Hillary Clinton y

Michael Moore, Podhoretz apela al dudoso concepto de que los neoconservadores representan a “la mayoría silenciosa”, la cual debe combatir a “las guerrillas atrincheradas en las universidades”.

A pesar de proclamar, una y otra vez, que la batalla por las ideas es lo esencial, Podhoretz no duda en cerrar sus comentarios culturales con una afirmación nada cultural: “Quienes compartieron mis aprehensiones sobre el futuro creyeron que si las cosas marchaban bien en el frente militar, marcharían bien en casa”.⁵²

El camino victorioso de las ideas y la cultura neoconservadora que Kristol vaticinó, no ha resultado tan sencillo como se esperaba. Las dificultades que Podhoretz avisora, cinco años después, en la cresta del rechazo mundial a las políticas guerreristas y represivas de Bush Jr., y teniendo en cuenta el empantanamiento de los Estados Unidos en Iraq, obligan a desarrollar una hábil política de alianzas culturales y morales, en primer lugar, con la derecha fundamentalista cristiana, tal y como ya se efectuó en el terreno electoral en la campaña del año 2004. El propio Kristol lo reconoció, en un artículo del 1º de septiembre de 2003 titulado “The Neoconservative Persuasion”, publicado en el sitio web del American Enterprise Institute:

El continuo declive de nuestra cultura democrática, sumergida en nuevos niveles de vulgaridad, hace posible que los neoconservadores se unan a los conservadores tradicionales, pero no me refiero a esos conservadores libertarios que son conservadores en lo económico, pero sin preocuparse por la cultura. Hablo de la inesperada alianza que se dará entre los neoconservadores, muchos de los cuales son intelectuales seculares, y los religiosos tradicionalistas. Están unidos en temas como la calidad de la educación, la relación entre la Iglesia y el Estado, la regulación de la pornografía, y por supuesto, a la hora de decidir qué candidato debe llegar al gobierno. Desde que el Partido Republicano tiene una base sustancial entre los religiosos, ello da a los neocons cierta influencia y cierto poder.⁵³

La manera en que la prensa y las editoriales neoconservadoras hacen uso de este nuevo poder es suficiente para ilustrar cómo se

pelea por imponer las neo-utopías. Un examen de los títulos que se publican, se recomiendan y se convierten en best sellers, mediante grandes campañas laudatorias de prensa, podría darnos una idea de los temas y autores que se promueven:

- Irving Kristol: *Neoconservatism: The Autobiography of an Idea*. Resume cincuenta años de ensayos de Kristol, considerado el arquitecto principal del movimiento.
- Natan Sharansky: *The Case for Democracy: The Power of Freedom to Overcome Tyranny and Terror*. Último libro del exdisidente soviético y actual funcionario gubernamental israelí, que ha sido invitado a la Casa Blanca para discutir el libro que recién acaban de leer Bush y Condoleezza Rice. Basta una de las citas del autor para entender por qué Cal Thomas le dedica un comentario elogioso en el *townhall.com* del 17 de noviembre de 2004: “Estoy convencido que todas las personas desean la libertad [...]. Estoy convencido que las naciones democráticas, lideradas por los Estados Unidos, tienen un rol crítico que jugar para expandir la libertad por todo el globo”.⁵⁴
- Michael A. Smerconish: *Flying Blind: How Political Correctness Continues to Compromise Airline Safety Post 9/11*. Se trata de un aporte a la espiral del miedo; un intento de presión sobre el gobierno para que endurezca las reglas de seguridad y refuerce los controles sobre los pasajeros extranjeros y, en primer lugar, sobre los musulmanes del Medio Oriente, como recomienda la reseña correspondiente de Daniel J. Flynn para *townhall.com*.⁵⁵
- James Taranto y Leonard Leo: *Presidential Leadership: Rating the Best and the Worst in the White House*. Destinado a influir sobre los electores en un año electoral. Este libro reseñado por David J. Owsiany para *townhall.com*, se dedica a jerarquizar, según su pertenencia a algunas de las seis categorías de liderazgo que propone, la labor de los 42 presidentes de los Estados Unidos anteriores a George W. Bush, siempre desde el ángulo “del desafío a la ortodoxia liberal prevaleciente”, y “de la disputa a la visión convencional de la grandeza que sustenta a los iconos liberales modernos”. Así, por ejemplo, el nivel de los “Grandes” solo es alcanzado por Washington, Lincoln y Franklin

Delano Roosevelt; el de “cercano a los Grandes”, el segundo mejor lugar a alcanzar, se reserva a Ronald Reagan, mientras que a Clinton se le ubica “en la media”.⁵⁶

- Newt Gingrich y William R. Forstchen: *Grant Comes East*. La reseña de esta novela, la primera de una trilogía, fue realizada para *townhall.com* por Nathan Hallford. El texto apunta a una recreación histórica de lo que hubiese sido de los Estados Unidos si en Gettysburg la Unión no hubiese derrotado a la Confederación, o sea, si los partidarios sureños de la esclavitud hubiesen prevalecido sobre el Norte en la Guerra de Secesión. Un ejercicio de nostalgia por la grandeza sureña, desde la pluma ultra-conservadora de alguien como Gingrich.⁵⁷
- Richard Poe: *Hillary’s Secret War*. Reseñado para *townhall.com* por Steven E. Woodworth, se trata de un libro destinado a demostrar cómo “William e Hillary Clinton, desde los tiempos de Arkansas, provocaban la destrucción de quienes se interponían en su camino, eliminando la información que les resultase desfavorable”.⁵⁸ Para demostrar sus tesis, Poe alega que “[...] el libre flujo de información en Internet posibilitó, finalmente, que se pusiera límites a los daños causados por los Clinton a la república, y persuadió a Hillary de que debía posponer sus planes triunfales hacia la presidencia”.⁵⁹
- Carl E. Olson y Sandra Miesel: *The Da Vinci Hoax. Exposing the Errors in the Da Vinci Code*. Dedicado a criticar esta novela de gran éxito entre los lectores. La autora de la reseña, Hannah Byrd “[...] examina lo que se reputa como hechos históricos sólidos manejados por Brown, y que según ellos, no resultan ni sólidos, ni históricos”.⁶⁰ Se reitera la vigencia de las concepciones católicas tradicionales, puestas en duda por la novela de Dan Brown.
- Ben Stein y Phil De Muth: *Can America Survive? The Rage of the Left, and What to Do About It*. Según la encomiástica reseña de Charles Mitchell, se trata de una obra que se propone “[...] demostrar por qué los norteamericanos deben estar orgullosos de su país; por qué deben estar en desacuerdo con las críticas izquierdistas contra los Estados Unidos, y estar dispuestos a defenderlo de los islamo-fascistas”.⁶¹ En resumen, un libro que intenta fundamentar la lógica de las guerras con-

tra Iraq y Afganistán como un asunto de honor nacional para los ciudadanos de su país.

- Peter Collier y David Horowitz: *The Anti-Chomsky Reader*. Se trata de una compilación de nueve artículos críticos de las concepciones de Noam Chomsky, que se deben a la autoría de once autores, y se centran en cinco grandes campos: el comunismo y la Guerra Fría, los medios de comunicación, los judíos e Israel, la guerra contra el terrorismo, y la lingüística. Como reseña Tim O’Byrhim, “[...] queda demostrado que Chomsky tiene una sola Gran Idea: la de demostrar que los Estados Unidos son, realmente, muy malos”.⁶² Los críticos de Chomsky apelan a todas las armas posibles para lograr su descrédito, entre ellas, acusarlo de haber tenido relaciones con los neofascistas franceses, ser antisemita, ateo, partidario de Pol Pot, y un intruso en asuntos históricos y políticos. “Chomsky subordina todos sus análisis a demostrar la validez de una idea fija: el odio patológico que siente por su propio país”⁶³ –concluye David Horowitz, y con ello resume sus acusaciones.
- Nancy Pearcey: *Total Truth*. Reseñado por Bill Wichterman, es una obra cuya tesis central remite a la creencia de que el cristianismo “[...] no porta solo una verdad religiosa, sino también la verdad sobre toda la realidad. Se trata de una cosmovisión que tiene la encomienda cultural de sanear cada aspecto de la vida humana, desde la televisión hasta los libretos de Broadway, desde la biología, hasta la astronomía”.⁶⁴ Se trata, como afirma la reseña, de un intento “[...] por liberar a los cristianos del cautiverio mediante la cultura”.⁶⁵
- Ann Coulter: *How to Talk to a Liberal (If you Must)*. Una acre sátira de todo lo que esta joven estrella del pensamiento conservador norteamericano cree son los artículos de fe de los liberales de su país, con la misma “claridad moral” [léase cinismo] con que la hubiese escrito Ronald Reagan, si hubiese sido capaz de escribir. Este best séller del humor neoconservador contiene frases tan ilustrativas como la siguiente, dedicada a la escritora Bárbara Olson: “Sabemos qué maniáticos la asesinaron, y que ahora deben estar con sus cómplices bailando y vitoreando. Debemos invadir sus países, matar a sus líderes y convertirlos al cristianismo”.⁶⁶ No hace falta decir más.

– Lynn Cheney: *When Washington Crossed the Delaware*. Libro infantil escrito por la esposa del vicepresidente de George W. Bush, quien fue presidenta de la National Endowment for Humanities. La obra recrea la Navidad de 1776, en vísperas de la batalla de Trenton, ganada por los norteamericanos contra los mercenarios de Hesse que peleaban al lado de Inglaterra. No es casual que alguien como Lynn Cheney dedique su tiempo a tales reminiscencias en medio del pantano iraquí. Las palabras con que concluye su libro aclaran el objetivo que se propuso alcanzar: “El general Wáshington y sus hombres se mantuvieron junto al país en tiempos de crisis. No se detuvieron por sufrir hambre y frío. Cuando el conflicto arreció, pelearon y triunfaron”.⁶⁷ Un llamado a fortalecer el espíritu de niños y jóvenes norteamericanos ante las perspectivas de la guerra infinita que llevan a cabo su marido y su jefe.

La promoción de los puntos de vista neoconservadores y de sus pensadores ha recibido, en el ámbito de la literatura política, un impulso creciente en el 2004, y es previsible que este proceso continúe en los años sucesivos. Detrás de estos puntos de vista y concepciones actúa una bien coordinada red de promoción, un ejército de reseñadores y gacetilleros bien pagados, y la mano del mercado, que si alguna vez fue ciega, ha dejado de serlo cuando de promover la obra de los neocons se trata. Un ejemplo reciente se puede hallar en los premios “Hookie”, destinados a reconocer, según David Brooks en *The New York Times* del 28 de diciembre, “[...] a los más importantes ensayos políticos del año, y celebrar el legado de grandes intelectuales públicos, como Sydney Hook, Daniel Bell, e Irving Howe”.⁶⁸

Baste decir que entre los premiados están Christopher Caldwell, del *The Weekly Standard* por un artículo (“Holland Daze”) destinado a exacerbar los sentimientos anti-musulmanes en Europa; Norman Podhoretz, por la exposición detallada en *Commentary* de la “fundamentación” neoconservadora de la guerra de expansión imperial iniciada por el gobierno de los Estados Unidos, a la que llama “Cuarta Guerra Mundial”; y el “debate” entre dos pesos pesados neocons, Francis Fukuyama y Charles Krauthammer, en *The National Interest*, alrededor del conflicto al que definen como “[...] entre el Islam y los Estados Unidos”.⁶⁹

La cultura neoconservadora que expresa el mundo espiritual de las neo-utopías se encuentra en una fase de desarrollo acelerado, bajo las técnicas de cultivo artificial a que la someten sus promotores. Bajo el *glamour* de los premios, los best séllers para cristianos renacidos y las giras propagandísticas que organiza “Benador & Asociados”, –una firma de relaciones públicas especializada en la entrega a domicilio de conferencistas neoconservadores–, se va sedimentando un corpus y un canon totalitario que aspira al dominio cultural absoluto en los Estados Unidos y el resto del mundo.

En el 2004, y quizás durante mucho tiempo, la contradicción fundamental en el campo cultural se expresa en lo que media entre *Fahrenheit 9/11*, de Michael Moore, y *La pasión de Cristo*, de Mel Gibson.

A no dudar, esta última prefigura –entre las tinieblas de lo que no se dirá hasta llegado el momento del predominio neoconservador absoluto–, el oscuro destino cultural neo-utópico que se nos reserva, a caballo, entre la piedad, el arrepentimiento, la culpa, la sumisión y la resignación a la violencia que se ejerce contra los hombres, a nombre de sacrosantos valores. Y todo con la elocuente “claridad moral” de los neocons, que al igual que Bush Jr., aspiran a comunicarse directamente con Dios, algún día no lejano, en perfecto arameo antiguo.

El neoconservatismo global

Las sorpresas que nos reserva el estudio de la ideología y la práctica neoconservadoras no se circunscriben a ciertos hallazgos escandalosos como que, en pleno siglo XXI, dediquen tiempo, dinero y esfuerzo a publicar libros contra el darwinismo, como es el caso de *Uncommon Dissent*, de William A. Dembski, cuya principal acusación para refutar la Teoría de la Evolución de las Especies, es la asombrosa afirmación de que:

[...] el darwinismo es incapaz de explicar la existencia del pensamiento racional y los orígenes de la complejidad de la vida inherente a él, expresado en la gran variedad de organismos existentes y su inmensamente intrincado código de ADN. La sola existencia de tal código implica que una fuerza

racional tuvo antes que codificarlo: los creacionistas le llaman Dios, mientras que los darwinistas le llaman caos.⁷⁰

Otra de las sorpresas que nos deparan los neoconservadores salta a la vista cuando podemos leer en *Los Angeles Times* del 8 de octubre de 2004, que la espiritual Sra. Cheney, la misma que escribió para los niños sobre la Navidad patriótica de 1776, cuando Washington y sus hombres cruzaron el río Delaware para asegurar la independencia americana, se encargó de provocar, tras una campaña vociferante, que la Secretaría de Educación incinerase 30 000 ejemplares de un folleto, editado a un costo de 110 340 USD diez años atrás, titulado *Helping Your Child Learn History*, “[...] por mencionar al National Standard for History, desarrollado por la Unión Americana por las Libertades Civiles (UCLA), al cual se oponía”.⁷¹

Lamentablemente, para los sueños totalitarios de la refinada Sra. Cheney, y para su disimulada vocación monárquica en lo tocante a decidir, por sí y ante sí, qué conocimientos históricos deben tener los niños de su país, una encuesta informal a 415 historiadores norteamericanos, aplicada por la George Mason University’s News Network, y publicada el 26 de mayo de 2004, arrojó que el 81% de los encuestados considera fallida la presidencia de George W. Bush, bajo la cual ella y su marido sirven como funcionarios de primer nivel.

Pero una de las sorpresas más especiales que reserva para nosotros el análisis de las interioridades neoconservadoras radica en su nada oculta intención de reproducir en serie, fuera de sus fronteras, como si fuese una gigantesca maquila global, la fórmula exitosa que ha permitido al movimiento, en pocas decenas de años, ubicarse en el centro de la agenda política y filosófica nacional, y por extensión, mundial.

Un somero análisis de las listas que recogen los nombres y apellidos de los más destacados neoconservadores norteamericanos (ver Anexo 2) permite descubrir no pocas sonoridades extranjeras, como si se tratase de una especie de Templo de Shaolín adonde peregrinan exponentes de la derecha mundial, deseosos de entrar en contacto con las Artes Divinas del Neo-combate Político, y aplicarlas por las diferentes regiones del planeta.

La relación establecida entre lo central y lo periférico dentro del campo neoconservador es sumamente ambivalente, cuando se abordan las etnias y las nacionalidades. Por un lado, los neoconservadores han entrado a la arena política de su país, según declaran, precisamente, para defenderlo de lo que consideran peligros internos y externos que amenazan su futuro y supervivencia, pero siempre han sabido que, tras el colapso de la URSS, los peligros más rentables son los que se denuncian, exageran o se fabrican en la arena de la política exterior.

Poco importa que dentro del país existan miles de grupos norteamericanos violentos, criminales y armados, partidarios de la supremacía blanca o del renacimiento de la Confederación, que no ocultan su odio contra el gobierno federal, y que han llegado a realizar sangrientos atentados terroristas, como el de Oklahoma: lo que preocupa a los neocons es la promoción de políticas capaces de centrar su atención en el combate contra el terrorismo islámico, los llamados “Estados fallidos”, o los “Ejes del Mal”. En las políticas militares, y no en las policiales, están las justificaciones para las colosales ganancias del complejo militar-industrial y las grandes corporaciones, o sea, del ventrílocuo imperial que sienta en su regazo a su muñeco neo-parlante, para confundir al público.

Pero lo que, a primera vista, podría parecer una absoluta concentración de los neocons en la agenda exterior y, en consecuencia lo que explicaría sus amplios vínculos internacionales, se complementa cuando conocemos que siempre han sido partidarios de la utilización de tropas bárbaras para cuidar las fronteras exteriores del Imperio, como solían hacer sus admirados emperadores romanos. Así lo expresaba, en el verano de 1998, refiriéndose a germanos, mongoles y zulúes, en un ensayo publicado en *Parameters*, revista cuatrimestral del US Army War College, un personaje de la talla de David Tucker, profesor asociado del Departamento de Análisis de la Defensa, y codirector del Centro para el Estudio del Terrorismo y la Guerra Irregular de la Escuela de Postgrados de Monterrey, California, quien antes había ocupado el cargo de subdirector para Operaciones Especiales y Conflictos de Baja Intensidad, en la Oficina del Asistente del Secretario de Defensa:

Los bárbaros triunfaron por la astucia, su elevado número, y su valor. Los soldados de la civilización fueron derrotados,

a pesar de tener una tecnología superior y más entrenamiento. A veces los bárbaros son mejores que los civilizados, en ciertos aspectos de las técnicas y el arte de la guerra. La ferocidad de los bárbaros siempre es una fuerza multiplicadora, y junto a la crueldad sirven para quebrar la moral de los civilizados, que suelen subestimarlos.

[...] Ese es el futuro que nos espera, según algunos. Los mayores peligros que encararemos, en opinión de estos autores, no provendrán de ejércitos pertrechados con alta tecnología, sino de los guerreros salvajes que no respetan ninguna norma civilizada, bajo las cuales nosotros operamos, y quieren vencer, aunque tengan que apelar a cualquier medio. [...] Las torturas y las violaciones constituyen, para ellos, un deporte; el asesinato de niños y viejos, un placentero pasatiempo para los atardeceres; incumplir los acuerdos, en nada es diferente a respirar. Tales enemigos podrían derrotarnos en el futuro, ya que son más astutos, numerosos y fieros que nosotros.⁷²

La extraña clarividencia del Sr. Tucker, en 1998, quien también es, en nuestros días, un respetable columnista del sitio web del Ashbrook Center for Public Affairs de la Ashland University, miembro de *townhall.com* y, transitoriamente, de la Heritage Foundation, apunta hacia una escuela de pensamiento dentro de los centros militares de investigación de los Estados Unidos que, varios años antes del 11 de septiembre de 2001, hablaban el mismo lenguaje del “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”. Incluso, en la conveniencia de “involucrar” a los bárbaros en sus guerras imperiales infinitas.

Para ser justos, los neoconservadores habían sido los precursores. Mediante programas destinados a involucrar a representantes de las minorías raciales de los Estados Unidos en sus políticas, habían venido creando una plataforma multiétnica capaz no solo de ganar dóciles asalariados, sino de crear islotes de pensamiento conservador dentro de aquellos estamentos sociales que se rebelaban periódicamente contra el sistema por razones de exclusión, discriminación, y pobreza. Cumplían así con las tareas estratégicas formuladas durante los 60, en ese mismo sentido, por Albert Wohlstetter en investigaciones al estilo de “Making Up for Lost

Time or Lost Utility: Casual Notes on Equality and Equity” (septiembre de 1968) y “Race Differences in Income” (octubre de 1970).

Los programas de trabajo neoconservador con las minorías étnicas de los Estados Unidos incluyen una campaña permanente por desacreditar conquistas que estas habían logrado, tras años de dura lucha contra el sistema, como por ejemplo, el multiculturalismo en las universidades, la literatura y la vida académica, y la llamada “acción afirmativa”. Sobre lo primero, otra tarea estratégica para el movimiento, Irving Kristol enunció en 1991:

[La forma extrema del multiculturalismo] es la que domina en nuestros campus universitarios, gracias a una coalición de nacionalistas-racistas negros, feministas radicales, gays, lesbianas y algunos aspirantes a demagogos, que pretenden representar a varias minorías étnicas [...]. Tales coaliciones del multiculturalismo son una ideología cuyo programa educacional está subordinado a uno político que es, por encima de todo, antiamericano y anti-occidental.

Lo que tales radicales llaman “multiculturalismo” es una guerra contra Occidente, peor que la llevada a cabo por el nazismo y el stalinismo.⁷³

Contra la “acción afirmativa” Star Parker —una joven neoconservadora negra, exponente de la misma tradición que Condoleezza Rice—, dedicó un reciente artículo aparecido en *townhall.com*, el 4 de enero de 2005. Basándose en un supuesto estudio de Richard Sander aparecido en *Stanford Law Review*, Parker concluye que “[...] las cuotas de admisión racial en las escuelas de leyes [un ejemplo de ‘acción afirmativa’] producen menos abogados negros”,⁷⁴ y que “[...] las preferencias raciales impiden seriamente el progreso de los negros”.⁷⁵

Solo entre los gacetilleros habituales de *townhall.com* se cuentan tres escritores negros (Walter E. Williams, Star Parker, y Armstrong William), un judío ortodoxo (Ben Shapiro), una descendiente de mexicanos (Linda Chavez), y una descendiente de filipinos (Michelle Malkin). Esta presencia folclórica en las líneas neoconservadoras no es casual, sino producto de una deliberada política

dirigida a patrocinar minorías conservadoras. Un detallado estudio de *mediatransparency* lo demuestra:

Los esfuerzos de las fundaciones conservadoras por patrocinar y promover líderes conservadores se expresan también en su apoyo a investigadores y analistas políticos dentro de las comunidades de color. No solo respaldan a Dinesh D' Souza y Linda Chavez, sino también a Thomas Sowell [investigador superior del Hoover Institution], Shelby Steele [investigador del Hoover Institution], Robert Woodson [ex consejero de Newt Gingrich], Glen Loury [profesor de la Boston University], y Alan Keyes [de la Free Congress Foundation], así como proyectos particulares con el mismo fin, como el Alternative Black Speakers Project [de la Young America's Foundation], el Project 21, para identificar y promover a conservadores negros [del National Council for Public Policy Research], The National Institute for Traditional Black Leadership, y el Minnesota Network for Conservative Black Leadership [del Center for American Experiment].⁷⁶

A pesar de los eternos lamentos de conservadores negros, como Clarence Thomas, de que los medios difunden la idea de que “[...] por el solo hecho de ser negros, debemos defender ideas izquierdistas, o las políticas del Partido Demócrata”,⁷⁷ su promoción se inició con la presidencia de Reagan y continúa, de manera acelerada, hasta el presente. Bush Jr. ha nominado para el gabinete de su segundo mandato a norteamericanos de origen mexicano como Alberto González, cubano-americanos, como Carlos Gutiérrez, y afro-americanos, como Condoleezza Rice.

Si en 1991, apenas tres de cada 436 legisladores negros de los Estados eran republicanos, y solo uno entre los 26 congresistas electos, esta correlación ha cambiado en los últimos 13 años transcurridos, y no de manera espontánea, sino dirigida. Como bien declara John L. Wilks, un republicano negro que sirvió en las administraciones de Nixon y Ford “[...] los negros conservadores no son seleccionados por sus méritos. Cuando declaran que son conservadores y se oponen a la acción afirmativa, enseguida son escogidos y promovidos por patrocinadores blancos derechistas”.⁷⁸

La preferencia se hace visible en la desmedida visibilidad mediática que se hace alcanzar a los negros conservadores, a diferencia de lo que ocurre con los líderes negros progresistas: un estudio de la presencia de unos y otros en los principales periódicos y revistas de los Estados Unidos, realizado entre el 1° de enero de 1984 y el 20 de julio de 1992, demuestra que Cornel West, entre los progresistas, aparece citado 63 veces, mientras que Thomas Sowell, entre los conservadores, aparece citado 417 veces.

Como los conservadores negros se quejan de ser constantemente apartados de los medios por la censura de sus rivales ideológicos que supuestamente los dominan, un buen observador de este fenómeno sentenció: “Si esto es silencio, se trata del silencio más estridente que jamás haya escuchado”.⁷⁹

El objetivo final de todo este ambicioso proyecto neoconservador, generosamente financiado y promovido, se resume en los consejos de Star Parker a la comunidad negra de los Estados Unidos, con motivo de la reciente renuncia de Kweise Mfume a la presidencia de la Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color (NAACP). El título de su artículo, aparecido el 7 de diciembre de 2004, en *townhall.com* es sumamente ilustrativo: “Golden Chance for NAACP”. En él se resume la filosofía del programa que ha hecho de ella misma un intelectual público:

[...] hoy, el problema en las comunidades negras depende más de los desafíos de la vida que de los desafíos de la política [...].

Como la NAACP requiere la elección de un nuevo presidente, recomiendo que cese de mirar al pasado y se concentre en el camino que tiene por delante. La organización debe usar su prestigio y su presupuesto anual de 40 000 000 de dólares para ayudar a los negros a hacer uso de la libertad que ahora disfrutan.⁸⁰

En los albores del siglo XXI no se vislumbra que algo detenga, a corto plazo, a la maquila neoconservadora encargada de reproducir globalmente el éxito alcanzado por el movimiento en su marcha a través de la política norteamericana. Lejos de eso, los últimos acontecimientos en la arena internacional apuntan hacia una carrera

contra reloj cuya meta final está ubicada en el punto donde se hará surgir en los más disímiles países, como por arte de magia, una fuerza neoconservadora nacional, la sucursal local de la matriz estadounidense encargada de reproducir, en su propio ámbito, sus “gloriosos” pasos políticos. Todo ello acaba de ocurrir en Ucrania, como antes en otros países de la Europa ex socialista, y se intenta hacer en Cuba y Venezuela, entre otros.

Un artículo de Mark Almond en el londinense *The Guardian*, publicado el 7 de diciembre de 2004 bajo el título de “The Price of People Power”, analiza el papel que juegan en las “transiciones democráticas” alentadas por Washington, las fuerzas políticas internas que son organizadas, asesoradas, promovidas y pagadas por organizaciones norteamericanas como la National Endowment for Democracy (NED), y que luego del “triumfo”, o de la “revolución de terciopelo” de turno, constituyen el núcleo neoconservador nacional, encargado de llevar a cabo las reformas neoliberales y el alineamiento incondicional con respecto a la política del Imperio.

Almond apunta:

El levantamiento en Ucrania se presenta como una batalla entre el pueblo y las estructuras de poder de la era soviética. El papel que en ello juegan las agencias occidentales de la época de la Guerra Fría, se considera tabú. Acerque su nariz al origen de los fondos que financian el carnaval de Kiev, y los gritos de rabia le demostrarán que ha tocado un punto neurálgico del Nuevo Orden Mundial.⁸¹

Tras recordar que James Woolsey, actual presidente de la NED, fue Director de la CIA hace apenas diez años, Almond devela para los lectores de *The Guardian* el sórdido *modus operandi* mediante el cual se construyen fuerzas “democráticas” y neoconservadoras en todo el planeta. Al igual que en el caso norteamericano, son alimentadas mediante constantes transfusiones de dinero que aportan las grandes corporaciones. Almond sabe de qué habla, pues, según sus propias palabras fue, durante los años de la Guerra Fría, uno de los correos que transportaban los medios, y sobre todo el

dinero, que engrasaba la maquinaria de las “transiciones democráticas” en Europa del Este. Y señala:

Como un viejo correo de la Guerra Fría, encargado de transportar miles de dólares para los disidentes del ex bloque soviético, entre los que se encontraban respetables académicos, puedo arrojar alguna luz sobre lo que un amigo rumano llama “nuestro período clandestino”. Muchos personajes que se encuentran en el tope de la cadena alimenticia del “Poder del Pueblo” no desean que se hagan revelaciones sobre esto.⁸²

Almond no duda en burlarse de las pregonadas virtudes cívicas de los modernos “disidentes revolucionarios” que se reproducen demasiado fácil, con solo escuchar el tintineo de las monedas del Imperio: “Engels subrayaba que no veía contradicción en ganar un millón en la bolsa, por la mañana, y gastarlo en la revolución, por la tarde. Pero nuestros modernos revolucionarios del mercado han invertido este proceso: la gente los ve llegar a las oficinas con poder suficiente para privatizarlo todo”.⁸³

Comentando la supuesta entrega a la causa y el sacrificio de tales “disidentes” europeos, Almond revela que:

[...] mientras nuestra prensa de los 80 mostraba a espartanos académicos disidentes de Praga, reducidos a la pobreza por defender sus ideas, ellos, en realidad, recibían estipendios de 600 USD mensuales [...]. En Polonia, el ex disidente Adam Michniks maneja hoy un imperio mediático que surgió del apoyo que la CIA brindó a las publicaciones clandestinas del sindicato “Solidaridad” [...]. La carta del “Poder del Pueblo” se jugó también en Georgia contra Edgard Shevarnadze, en Filipinas contra Ferdinando Marcos, en el Irán de 1953, contra el gobierno de Mossadeq [...]. El llamado “Poder del Pueblo” provoca más el cierre de cosas que la apertura de las sociedades [...]. Sus exponentes claman por el mercado libre en todo, menos en la opinión. La ideología de estos ideólogos del Nuevo Orden [léase neoconservadores globales], muchos de los cuales son comunistas

renegados, radica en la combinación de un modelo económico dogmático con métodos políticos maquiavélicos para mantenerse en el poder.⁸⁴

Suena familiar esta brillante descripción de Almond, demasiado familiar para quienes hemos leído un poco sobre los neocons norteamericanos. Es como repasar un artículo sobre los gatos tras cerrar una enciclopedia dedicada a los tigres.

“En nuestros días –concluye Almond–, la superpotencia utiliza esta vieja arma de la Guerra Fría, no solo contra los regímenes totalitarios, sino también contra cualquier gobierno que moleste a Washington”.⁸⁵

No cabe duda: los caminos “democratizadores” del Imperio son infinitos e inescrutables. Así se evidencia en el artículo de la *redvoltage* publicado el 3 de enero de 2005 titulado “Freedom House: cuando la ‘libertad’ no es más que un pretexto”:

En 1982, cuando el presidente Reagan crea la National Endowment for Democracy para que se encargase de forma presentable de algunas acciones secretas de la CIA, Freedom House es integrada al nuevo dispositivo.

[En 1983] Otto Reich [...] se hace cargo de su Secretaría de Operaciones. En 1986 Freedom House incorpora a [...] Melvin Lasky, quien instaura en Londres una agencia de difusión de artículos por encargo, [...] de, entre otros, Vladimir Bukovsky, Adam Michnik, Andrés Glucksmann y Jean Francois Revel. Los artículos son publicados en el Reino Unido en *The Daily Mail*, *The Daily Telegraph*, y *The Times* [...] y sobre todo en los Estados Unidos, en el *Wall Street Journal*.⁸⁶

Como se aprecia, todos órganos conservadores, y en el último caso, neoconservador.

Las oficinas y los programas de la Freedom House se encuentran en países de culturas tan disímiles como Argelia, México, Kazajastán, Polonia, Chechenia y El Salvador. En su Junta Directiva se encuentran Thomas Foley, ex presidente de la Comisión Trilateral y ex presidente del Consejo Consultivo Presidencial de

Inteligencia; Theodore Forsmant, presidente de Empower America; Samuel Huntington, y Diana Villiers, esposa de John Negroponte, ex embajador en Iraq y recién nombrado por el presidente Bush en el cargo de director Nacional de Inteligencia. Casualmente, todos poseedores de “eso” tan especial definido por Kristol y Podhoretz como “la sensibilidad neoconservadora”.

En el caso de Cuba, siguiendo el patrón exitoso que permitió la creación de una subversión aterciopelada que tan buenos dividendos rindió en Europa del Este, y la propia manera en que se vertebró el movimiento neoconservador norteamericano, se intenta conformar un núcleo neoconservador criollo con renegados y desertores de toda laya, almas de alquiler que, como buenos mercenarios bárbaros, estarían dispuestos a servir en las fronteras a sus amos imperiales, siempre y cuando las generosas remesas que les envían no dejen de alimentar sus principios e ideales democráticos y libertarios. Y a juzgar por los crecientes presupuestos que las agencias subversivas del gobierno de los Estados Unidos dedican a estos fines, esto no ocurrirá, por ahora.

En el 2003, por ejemplo, la National Endowment for Democracy, destinó varios millones de dólares a financiar numerosos programas en Cuba que buscaban el derrocamiento del orden constitucional vigente, a partir de la creación, coordinación y financiamiento de una supuesta disidencia democrática interna. Asombra la lógica distributiva y el destino final del dinero. Veamos algunos ejemplos:

- Cubanet: 41000 USD, para brindar ayuda humanitaria y asistencia a los “periodistas independientes” en Cuba.
- International Republican Institute: 350 000 USD, para trabajar con el “Directorio Democrático Cubano” y ayudar al movimiento dentro de Cuba, así como diseminar materiales informativos y educacionales que promuevan la democracia en el país, y generen solidaridad fuera de él.
- Pan American Development Foundation: 45 000 USD, para promover los avances del movimiento bibliotecario en Cuba [se refiere a las llamadas “bibliotecas independientes”, que como era de esperar, no son bibliotecas, y mucho menos independientes].

- People in Need Foundation: 60 000 USD, para desarrollar la capacidad de producir y distribuir *samizdat* [ediciones clandestinas] en Cuba. [Ahorrativa manera de aprovechar la capacidad “disidente” instalada e involucrar a los empleados de la República Checa en los asuntos cubanos].
- Pontis Foundation: 16 372 USD, para intercambiar con activistas juveniles en Cuba, y llevar a cabo una campaña en Eslovaquia para que los ciudadanos y el gobierno apoyen las actividades de cubanos independientes dentro de la isla. [Otra ahorrativa acción, que busca rentabilizar las actividades de la filial eslovaca reorientando su plan de trabajo hacia el fomento de la subversión en Cuba].
- Revista *Encuentro de la Cultura Cubana*: 65 000 USD, para apoyar la edición de la revista cuatrimestral, dedicada a la discusión y promoción del cambio político en el contexto de la cultura, la filosofía y la historia de Cuba.⁸⁷

No es de extrañar que, si la revista *Encuentro de la Cultura Cubana* recibe dinero imperial para “la promoción del cambio político” en Cuba, a través de “la cultura, la historia y la filosofía”, hagamos una asociación mental, freudiana, claro está, con el conocido “método político-cultural” de Kristol, Podhoretz y Fukuyama, que permitió a los neoconservadores asaltar el poder en los Estados Unidos, no a partir del campo, como recomendaba Mao, sino de las letras y las ideas que deslizaron, suavemente y hasta con gracia, sobre las finanzas de sus patrocinadores.

Cuando Arnaldo Yero, de Miami, escribe en *Encuentro en la red* su artículo “El paradigma revolucionario como distorsión histórica”, por ejemplo, no es difícil rastrear el origen de sus ideas hasta llegar a la fuente. Tampoco lo es identificar en sus párrafos el ADN neo, la apuesta por la construcción de una neo-utopía tropical que pretende dictar normas de buen comportamiento al propio devenir histórico cubano:

El primer paso para resolver un problema es identificar sus causas [...]. Cuba es un país que ha estado atrapado en un círculo vicioso compuesto de tres factores que han obstaculizado su desarrollo político: la distorsión e ignorancia

de nuestra historia; la perpetuación del mito de la revolución como vía efectiva para el cambio social [...] y la imposibilidad de crear una cultura cívica de masas que permita el progreso armónico de la nación por medio de la participación democrática [...].⁸⁸

Me parece estar leyendo la versión cubana de los gacetilleros de *townhall.com*, de Armstrong William, por ejemplo, que suele escribir sobre la “restauración de la moralidad en la sociedad contemporánea”, como si alguna vez hubiese existido una Edad de Oro moral que deba ser recuperada, o leyendo alguno de los “Diez Mandamientos” que –según lo publicado por Paul Johnson en *American Enterprise Institute On Line*, el 13 de marzo de 1998–, debían cumplir, estrictamente, los historiadores que quisiesen escribir sobre los Estados Unidos, en la cuerda, más o menos de:

[...] recuerden siempre que los Estados Unidos son un país religioso [...] escribir la historia de los Estados Unidos es escribir sobre la libertad [...] jamás se puede obviar que los Estados Unidos son lo que sean sus instituciones representativas y su democracia [...] nunca olvidar que Estados Unidos es un país emprendedor, de empresas.⁸⁹

Ni más ni menos, el intento de obligar la realidad a constreñirse a los moldes que la interpretación parcializada de esa misma realidad aporta a una ideología burguesa y conservadora; el regreso triunfal de la difunta teleología burguesa aplicada a la Historia.

Derrotados en Cuba en el terreno de la realidad, los entusiastas aspirantes criollos a protagonizar alguna “neo-revolución de terciopelo” en la cresta de la ola del bushismo, intentan aplicar en teoría, al terreno de la batalla de ideas, lo aprendido durante su paso fugaz por el campo de la izquierda. Así se comportan dentro del país y fuera de él, por ejemplo, Vladimiro Roca, Cuesta Morúa, Juan A. Blanco, Martha Beatriz Roque, Alcibiades Hidalgo y comparsa. Al igual que sus admirados mentores neoconservadores norteamericanos, no propugnan, al menos sobre el papel, un exacto retorno al pasado prerrevolucionario, ni la eliminación total de las conquistas sociales de la Revolución, pero es exactamente lo que

se persigue, en la práctica, cuando se promueve la incorporación del país a la corriente neoliberal, y la instauración de una democracia burguesa “moderna”, con un Estado lo suficientemente pequeño y débil, como para que no interfiera en las ganancias de las corporaciones, y mucho menos en las de las corporaciones norteamericanas. Se les suele ver repitiendo, de manera mediocre, una y otra vez, los mismos enfoques sobre el mercado libre, los valores, la familia, la educación, la libertad, el patriotismo y la democracia, que constituyen el núcleo propagandístico neocon.

Los, aún en esta etapa, cripto-neoconservadores cubanos hablan todo el tiempo de “transición a la democracia”, pero jamás se les escuchará precisar qué significa esto, en términos de régimen económico social, o de propiedad sobre los medios de producción. No, lo hacen porque persiguen la transición hacia el capitalismo, y este, por su esencia, es incompatible con la justicia social. Callan, porque, en esta etapa de sus sueños restauradores, necesitan de las masas. Callan, porque Leo Strauss les enseñó, hace mucho tiempo, que la Gran Mentira es necesaria para que los iniciados dominantes ejerzan su poder sobre las masas dominadas. Callan, en fin, como callan sus patrones norteamericanos, fanáticamente convencidos de que el Nuevo Orden Interno y el Nuevo Orden Mundial, solo son concebibles si están basados en relaciones de dominación-subordinación, las únicas reconocidas por la filosofía straussiana.

Al igual que hicieron en sus inicios sus padres norteamericanos, los todavía vergonzantes neocons cubanos aceptan, bajo cuerda, los millones con que se les amamanta, sin hablar de ello en alta voz, y no sin ciertos escrúpulos de conciencia, de muy efímera vida. Algún que otro idealista u opositor de cara menos dura intentará siempre que se guarden ciertas formas que salven, si no la conciencia, al menos el pudor. Estos remilgos fugaces no aguantan el tintineo persistente, ni el brillo relumbrante de las monedas imperiales, pero se expresan de manera similar a cómo lo hizo Humberto López Guerra, desde Estocolmo, con su artículo “¿Deben los opositores cubanos aceptar el dinero de George W. Bush?”:

Los opositores y la disidencia no deben, no pueden, como pretenden los señores del exilio, aceptar esos millones de dólares que ofrece el gobierno de George W. Bush [...].

Si aceptamos las migajas estaremos aceptando al prohombre coordinador de esa comisión de la metrópoli [se refiere a la recién creada por el gobierno de Bush, “Comisión de Asistencia para una Cuba Libre”, presidida inicialmente por Colin Powell y ahora, suponemos, por Condoleezza Rice] que nos dirá cómo tiene que ser implementada, organizada, y estructurada la transición de nuestro país.⁹⁰

Pero el dinero fluye por millones, y no predominan los escrúpulos filosóficos a la hora de aceptarlo. El 9 de noviembre de 2004, en “La Nota de Hoy”, de *Radio Miami*, Luis Ortega escribió:

Ayer lunes por la tarde, [...] oí por la emisora *Radio Mambi* [de Miami], un diálogo entre el locutor Pérez Roura y su amigo “el patriota” Ramón Bonachea. El Sr. Bonachea, con voz firme de patriota insigne, declaró que era hora de que los cubanos no se avergonzaran de recibir dinero del gobierno de los Estados Unidos para combatir a Castro. Los cubanos llevan ya más de 45 años recibiendo sueldos de los americanos para combatir a Castro [...], el Sr. Bonachea ha querido romper el silencio y convertir los sobornos en algo glorioso.⁹¹

Y no se trata solo de un cínico medio de vida, necesario para garantizar los pagos de la piscina y las cuotas del “Grand Cherokee” parqueado junto a la puerta, pues es imposible justificarlo como sacrificio para garantizar el pan con que se alimenta a los hijos, como nos quieren hacer creer. La aceptación de sobornos va más allá, hasta la más completa y abyecta subordinación a las líneas políticas neoconservadoras presentes en la política de George W. Bush. Esto, lo refleja Luis Ortega al reseñar lo ocurrido en la Oficina de Intereses de los Estados Unidos en La Habana, el pasado 2 de noviembre, cuando se pidió a un grupo de disidentes cubanos allí reunidos simular una votación para elegir, entre Bush Jr. y John Kerry al futuro presidente de los Estados Unidos:

[...] Bush recibió el 83% de los votos. Kerry obtuvo solamente el 16. Cuando se dijo que Bush había ganado, la concurrencia

estalló en aplausos y se dice que una señora [...] tras conocerse los resultados de la “elección”, se orinó en medio del salón [...].

Confieso que le tengo miedo al futuro, y lo único que me consuela es que pronto guardaré el carro [moriré].⁹²

En el caso de Venezuela, país que vive una profunda revolución popular de raíz bolivariana, liderada por el comandante Hugo Chávez, bajo el asedio y los constantes ataques de la reacción interna y externa, encabezada por el gobierno de Bush Jr., la campaña para coordinar la vertebración de un pensamiento neoconservador local que se sincronice con los planes hegemónicos imperiales, vuelve a tener en la NED el canal escogido para financiar a la oposición cipaya.

Las revelaciones realizadas por la abogada norteamericana Eva Golinger sobre el financiamiento de la NED a 18 organizaciones opositoras venezolanas, tras la obtención y publicación de más de 2 000 de sus documentos entregados bajo las leyes estadounidenses que garantizan el acceso de los ciudadanos a la información gubernamental no clasificada, permite identificar los mismos patrones de actuación mediante los cuales, aprovechando las herramientas y los canales semioficiales norteamericanos, se fomenta la creación de filiales neoconservadoras en los países “rebeldes” al Nuevo Orden. Algunas de las entidades receptoras de los fondos de la NED fueron:

- Asociación Civil Asamblea de Educación: Recibió 112 000 USD, entre el 2001 y el 2002, para influir sobre el sector educacional y ganarlo para las acciones contra Chávez, incluyendo el financiamiento de huelgas de maestros.
- Asociación Civil Comprensión de Venezuela: Recibió 57 820 USD para intentar influir sobre los militares leales a Chávez, con la esperanza de sumarlos a una rebelión, con el pretexto de “promover la correcta comprensión hacia la defensa de las libertades civiles y la relación existente entre civiles y militares”.
- Asociación Civil Consorcio Justicia: Recibió entre el 2001 y el 2003 un total de 172 152 USD para luchar contra el autoritarismo en Venezuela, incluso participar en el golpe de Estado contra Chávez.

El Apocalipsis según San George

- Asociación Civil Acción para el Desarrollo: Recibió 10 000 USD para “trabajar con los barrios y oponerse a los Círculos Bolivarianos de Chávez”.
- Fundación Momento de la Gente: Recibió 128 000 USD entre 2002 y 2003 para trabajar con la Asamblea Nacional para lograr pasar legislaciones en las áreas de gobierno municipal, los procedimientos electorales y la participación política.
- Programa para el Desarrollo Legislativo: Recibió en el 2002, 50 000 USD para propiciar la descentralización gubernamental.⁹³

Con tales actuaciones la NED solo ha cumplido, las misiones que Ronald Reagan formulase para ella en su discurso inaugural. El 16 de diciembre de 1983, durante la ceremonia de lanzamiento de la NED, declaró:

Debemos, a partir de ahora, trabajar duro por la democracia y la libertad, poniendo nuestros recursos, nuestra organización, nuestro sudor, y nuestros dólares, en función de un programa a largo plazo.

Esta esperanza se ha convertido en realidad.

Este programa no pertenece a las sombras, sino que se desarrolla, abiertamente, a plena luz del día. Debemos estar orgullosos de nuestro mensaje democrático.⁹⁴

El 11 de octubre de 2003, Ron Paul, representante republicano por Texas publicó un artículo en *antiwar.com*, titulado “National Endowment for Democracy: Paying to Make Enemies of America”, en el cual subrayaba:

La mal llamada NED no es más que un costoso programa que toma los fondos aportados por los contribuyentes norteamericanos para promover en el exterior a ciertos políticos, y a ciertos partidos políticos escogidos. Lo que la NED hace en el exterior, a través de organizaciones como el National Democratic Institute (NDI), y el International Republican Institute (IRI), es ilegal en los Estados Unidos

[...]. ¿Cómo debemos sentirnos si China llega, con millones de dólares, para apoyar a ciertos candidatos amistosos hacia China? ¿Debe esto considerarse como un avance democrático?

[...] Ella provoca en el exterior más daño que ventajas a los Estados Unidos, pues fomenta resentimientos y mala voluntad.⁹⁵

A pesar de las críticas y el repudio a las maquinaciones de la NED, los neoconservadores que dirigen la política exterior en el gobierno de Bush Jr. saben que, lejos de renunciar a su uso, la tendencia debe ser a una mayor utilización de sus recursos. No en vano, en enero de 2004, en su “Informe sobre el estado de la Unión”, el Presidente de los Estados Unidos prometió duplicar el presupuesto de la NED. No era de extrañar. Dos meses antes, el 6 de noviembre de 2003, en su discurso por el 20º Aniversario del Fondo, Bush Jr. había asegurado que los directivos de la NED “[...] desde el punto de vista de la libertad, y hablando de ella, han levantado las esperanzas de los pueblos del mundo, dando mucho prestigio a los Estados Unidos [...]. Que Dios los bendiga por su obra”.⁹⁶

En esa ocasión, Bush Jr. no desaprovechó la oportunidad para releer en público el catecismo formulado por sus mentores neoconservadores sobre los principios indispensables para que las sociedades humanas logren el éxito: “[...] limitaciones al poder del Estado y de los militares, [...] protección de la libertad, [...] independencia de los partidos políticos, sindicatos y los medios, [...] libertad de credo, [...] privatización de la economía y protección de la propiedad privada, etc.”.⁹⁷

Y cuando las sociedades humanas, por dócil y “espontánea” voluntad, no implementan de buen grado los mandamientos neoconservadores que deben garantizarles “el éxito”, enunciados arriba por Bush Jr., entran en escena los predicadores y los programas libertarios de la NED, y las acciones encubiertas de los agentes de la CIA, que son uno y lo mismo.

Refiriéndose a los 75 “disidentes” cubanos condenados en el 2003 a prisión por sus acciones subversivas al servicio del gobierno de los Estados Unidos, todos receptores jubilosos de los dineros de

la NED y la CIA, ha dicho Philip Agee, ex oficial de la CIA, con diez años de experiencia en el campo de las operaciones encubiertas:

[...] cada uno de los 75 “disidentes” arrestados y sentenciados a prisión, sabía que participaba en operaciones del gobierno de los Estados Unidos para derrocar al gobierno [cubano], e instalar un orden económico, social, y político favorable a ese país. Sabían que lo que hacían era ilegal, fueron capturados, y pagaron un precio por ello.

[...] No fueron condenados por sus ideas, sino por los pagos recibidos al servicio de un poder extranjero, que lleva a cabo una guerra desde hace 44 años, contra un país pobre.⁹⁸

Pero la obsesión por destruir a la Revolución cubana no obedece a caprichos circunstanciales ni a modas fugaces. Los neoconservadores saben bien que su importancia no estriba en el largo de su territorio, ni en el tamaño de su población, ni en sus riquezas naturales. Uno de ellos, Mark Falcoff, expresó las razones de semejante odio durante una conferencia ofrecida en el American Enterprise Institute, el 13 de enero de 2003, titulada “Cuba’s Future and Ours”:

En primer lugar, el culto a la revolución pervive en América Latina, [...] y Cuba es el único país que lleva adelante el ideal de las transformaciones totales, hasta las últimas consecuencias. En segundo lugar, representa la expresión última del antiamericanismo en América Latina, y en buena parte del mundo. Mientras muchos se resienten de nuestro poder, nuestra riqueza, nuestra autoconfianza, y creatividad, solo Cuba, la pequeña Cuba, situada a 90 millas de nuestras costas, y que antes fue un virtual protectorado americano, está decidida a pagar el precio completo por su posición. Puede decirse que el odio a los Estados Unidos es el principio que define la identidad nacional de Cuba [...].

En tercer lugar, la revolución cubana representa el antiparadigma de la actual búsqueda latinoamericana de democracia y mercado libre.

En resumen, desde el punto de vista de la política, la ideología y la cultura, Cuba es mucho más importante [para los

proyectos hegemónicos del Imperio], de lo que debería ser, teniendo en cuenta su pequeña población, o su producto interno bruto. Hoy representa el tipo de bandera bajo la cual pueden reunirse todos los izquierdistas anti-norteamericanos y las tendencias utópicas [del mundo].⁹⁹

Los programas destinados a crear filiales neoconservadoras por todo el planeta, actúan bajo el mismo principio utilizado por los emperadores romanos cuando hacían descansar sobre los hombros de los bárbaros a su servicio buena parte de las batallas a librar contra sus enemigos (otros bárbaros), poniendo, de paso, la mayor parte de las bajas. De eso se trata cuando se lee en *The Dreyfuss Report*, del 15 de diciembre de 2004, titulado “Neocons in Black Turbant”, sobre la alianza que se intenta crear entre los neoconservadores norteamericanos y ciertos clérigos chiítas iraquíes del pronorteamericano “Concilio Supremo de la Revolución Islámica”:

No existen muchos neocons que presuman ser descendientes directos del Profeta Mahoma, pero nadie lo diría de conocer la manera en que muchos neocons norteamericanos, y su marioneta de la Casa Blanca, están respaldando a los chiítas iraquíes [...] Uno de ellos es Abdul Aziz Hakim, líder del “Concilio...”. Ayer, en un artículo del *The Wall Street Journal* firmado por Reuel Marc Gerecht, del American Enterprise Institute [y activo miembro del PNAC] titulado “Will Iran Win the Iraq War?”, señalaba que “el poder chiíta en Iraq minará el poder de los clérigos en Irán, y forma parte de la ofensiva de la administración Bush contra Teherán”.¹⁰⁰

Max Boot, otro activo miembro del PNAC, resumió la estrategia global neoconservadora de sembrar filiales por el mundo usando herramientas subversivas a su disposición, como la NED, en entrevista con un periodista del *Christian Science Monitor*:

Pienso que Corea del Norte e Irán son las dos mayores amenazas contra los Estados Unidos [...]. Nuestra política en ambos casos debe ser preventiva, no necesariamente en un sentido militar, que es el último recurso, sino procurando democratizarlos, para que dejen de ser una amenaza [...].

En el caso de Irán debemos apoyar más las protestas contra los mullahs* [...]. Solo si la democracia prevalece en Pyonyang y Teherán, Occidente podrá respirar tranquilo.¹⁰¹

Supuestamente, para que los Estados Unidos puedan respirar tranquilos, es que se trabaja por la construcción de grupos similares, en diferentes países del mundo. Carolina B. Glick, en su artículo “Wanted: Israelí Neocons”, publicado en *townhall.com*, el 18 de diciembre de 2004, así lo reclama:

Los neoconservadores norteamericanos, que son los más visibles defensores de la democracia en el mundo árabe [...] y quienes se dice que “controlan la política exterior de la administración Bush”, son, frecuentemente acusados de trabajar para Israel. Como las elites izquierdistas de Israel sienten aversión por la democracia, y nuestro propio gobierno calla sobre este tema, resulta que no tenemos interlocutor en ese país. Teniendo en cuenta la pasividad israelí ante la corrupción, el autoritarismo y las expresiones de odio de los palestinos, es que Israel necesita, desesperadamente, la creación de un movimiento neoconservador israelí, que levante y tome el control sobre la política exterior israelí.¹⁰²

Los planes para crear los destacamentos neoconservadores bárbaros no deben asombrar a nadie, en un mundo en que la palabra “libertad” –en boca de los guerreros ideológicos del Imperio–, es sinónimo de esclavitud, según las reglas del Nuevo Orden Mundial.

¿Mantendremos aún capacidad de asombro, después de saber que, en diciembre de 2004, el presidente Bush condecoró con la Medalla Presidencial de la Libertad a George Tenet, ex director de la CIA, al general Tommy Frank, y al procónsul en Iraq, Paul Bremen, directa o indirectamente responsables de la muerte de más de 100 000 iraquíes y más de 1 300 soldados de su propio país?¹⁰³

* Término empleado en el mundo islámico para designar, por lo general, a eruditos religiosos de cierta categoría.

Referencias

- ¹ Kristol, Irving: “Utopianism, Ancient and Modern”, *Neo-Conservatism. The Autobiography of an Idea*, The Free Press, New York, 1995, p. 184.
- ² *Ibídem*, p. 192.
- ³ *Ibídem*, p. 198.
- ⁴ *Ibídem*, p. 199.
- ⁵ Jeffrey, Terence: “It’s the Culture, Stupid”, Nov. 5, 2004. En: <http://www.townhall.com/columnists/terencejeffrey/printtj20041105.shtml>
- ⁶ Scruton, Roger: “A Question of Temperament”, *The Wall Street Journal*, Dec. 10, 2002. En: <http://www.opinionjournal.com/extra/?id=110002746>
- ⁷ Cherny, Andrei: “Why We Lost”, *The New York Times*, Nov. 5, 2004. En: <http://www.nytimes.com/2004/11/05/opin.../05cherny.html?th=>
- ⁸ Scruton, R.: Ob. cit. (6).
- ⁹ Shapiro, Ben: “Why the Liberals Can’t Stand American Unity”, Oct. 20, 2004. En: <http://www.townhall.com/columnists/benshapiro/printbs20041020.shtml>
- ¹⁰ Jeffrey, T.: Ob. cit. (5).
- ¹¹ Rich, Frank: “On ‘Moral Values’, Its Blue in a Landslide”, *The New York Times*, Nov. 14, 2004. En: <http://www.nytimes.com/2004/11/14/arts/14rich.html?th=&pagewanted=print&position=>
- ¹² Paine, Tom: “The Republican Dictionary”. En: http://www.tompaine.com/print/gop_gobbledygook.php
- ¹³⁻¹⁴ Cooperman, Alan y Thomas B. Edsall: “Evangelicals Say They Led Charge for the GOP”, *The Washington Post*, Nov. 8, 2004. En: PLGNet-L@listproc.sjsu.edu
- ¹⁵ Frachon, Alain y Daniel Vernet: “The Masterminds of America’s Foreign Policy”, Oct. 17, 2003. En: <http://www.freerepublic.com/focus/f-news/1003093/posts>
- ¹⁶ Kengor, Paul: “What Bush Believes”, *The New York Times*, Oct. 18, 2004. En: <http://www.nytimes.com/200.../18kengor.html?th=&oref=logi&pagewanted=print=position>
- ¹⁷⁻¹⁸ Paine, T.: Ob. cit. (12).
- ¹⁹⁻²⁰ Nimmo, Kurt: “Bush and the Neo-Con Pharisees”, *CounterPunch*, Dec. 14, 2002. En: <http://www.counterpunch.org/nimmo1216.html>
- ²¹⁻²² Eskridge, Larry: “Defining Evangelicalism”. En: http://www.wheaton.edu/isaef/defining_evangelicalism.html
- ²³⁻²⁵ _____ . “Fundamentalism”. *Ibídem*.
- ²⁶ “[Christian Coalition of America]. Our Mission”. En: <http://www.cc.org>
- ²⁷ “What We Believe”. *Ibídem*.
- ²⁸ “Our Goals Include”. *Ibídem*.

El Apocalipsis según San George

- ²⁹ Combs, Roberta: “[Christian Coalition of America. Mensaje a los miembros]”. *Ibidem*.
- ³⁰ “Christian Coalition of America Victories in the Last Congress, the 107th Congress See Our Current Agenda for the 108th Congress”. *Ibidem*.
- ³¹⁻³² “Christian Coalition Sets Agenda for 2005”. *Ibidem*.
- ³³ “Christian Coalition Urges Activists to Call Senators and Urge Support for Judge Alberto Gonzales to Be Attorney General”, Dec. 2, 2004. *Ibidem*.
- ³⁴ “Christian Coalition of America Opposes Create a Palestinian State”. *Christian Coalition of America* (Estados Unidos), June 18, 2002. (Press Release). *Ibidem*.
- ³⁵ “Christian Coalition Commends Rumsfeld for Defense of Israel”. *Christian Coalition of America* (Estados Unidos), Aug. 7, 2002. (Press Release). *Ibidem*.
- ³⁶ “Christian Coalition Says Israel Security and Terrorism Should Be the Issue at the World Court”. *Christian Coalition of America* (Estados Unidos), Febr. 27, 2004. (Press Release). *Ibidem*.
- ³⁷⁻³⁸ Limbaugh, David: “A Case of Collective Projection”, Dec. 21, 2004. En: www.townhall.com
- ³⁹ Eastland, Terry: “Gerson Talks Religion”, *The Weekly Standard*, Dec. 23, 2004. En: <http://www.weeklystandard.com>
- ⁴⁰⁻⁴² Russert, Tim: “NBC News ‘Meet the Press’”, Nov. 28, 2004.
- ⁴³ Jones III, Bob: “Congratulatory Letter to President George W. Bush”, Nov. 3, 2004. En: <http://www.poe-news.com/features.php?feat=41937>
- ⁴⁴ Kristol, I.: “Countercultures. Past, Present and Future”, Jan. 1, 2000. En: http://www.aei.org/news/newsID.17980/news_detail.asp
- ⁴⁵ “The Battle Over Ideas. Conversation With Norman Podhoretz, Former Editor, *Commentary*, by Harry Kreisler”, Apr. 6, 1999. En: <http://globetrotter.berkeley.edu/conversations/Podhoretz/podhoretz-con.html>
- ⁴⁶⁻⁴⁸ Kristol, I.: “The Case for Censorship”, Aug. 23, 1999. *The Weekly Standard*. En: <http://www.weeklystandard.com>
- ⁴⁹⁻⁵¹ Podhoretz, Norman: “World War IV: How It Started, What It Means, and Why We Have to Win”, Sept. 2004. *The New York Times*. En: www.nytimes.com
- ⁵⁰ Kristol, I.: “The Neoconservative Persuasion”, *AEI On Line*, Sept. 1, 2003. En: http://www.aei.org/newsID.19063,Filter/news_detail.asp
- ⁵¹ Thomas, Cal: “Toward a Moral Foreign Policy”, Nov. 17, 2004. En: <http://www.townhall.com/columnists/calthomas/printct20041117.shtml>
- ⁵⁵ Flynn, Daniel J.: “Book Review: Flying Blind by Michael A. Smerconish”. En: <http://www.townhall.com/bookclub/smerconish.html>
- ⁵⁶ Owsiany, David J.: “Book Review: Presidential Leadership, Edited by James Taranto and Leonardo Leo”. En: <http://www.townhall.com/bookclub/taranto.html>

- ⁵⁷ Hallford, Nathan: "Book Review: Grant Comes East, by Newt Gingrich and William R. Forstchen". En: <http://www.townhall.com/bookclub/gingrich1.html>
- ⁵⁸⁻⁵⁹ Woodworth, Steven E.: "Book Review: Hillary's Secret War, by Richard Poe". En: <http://www.townhall.com/bookclub/poe.html>
- ⁶⁰ Byrd, Hannah: "Book Review: The Da Vinci Hoax, by Carl E. Olson and Sandra Miesel". En: <http://www.townhall.com/bookclub/miesel.html>
- ⁶¹ Mitchell, Charles: "Book Review: Can America Survive? By Ben Stein and Phil DeMuth". En: <http://www.townhall.com/bookclub/bstein.html>
- ⁶²⁻⁶³ O'Bryhim, Tim: "Book Review: The Anti-Chomsky Reader, Edited by Peter Collier and David Horowitz". En: <http://www.townhall.com/bookclub/horowitz.html>
- ⁶⁴⁻⁶⁵ Wichterman, Bill: "Book Review: Total Truth by Nancy Pearcey". En: <http://www.townhall.com/bookclub/pearcey.html>
- ⁶⁶ Shapiro, Ben: "How to Talk to a Liberal (If You Must) [de Ann Coulter]", Nov. 1, 2004. En: <http://www.townhall.com/columnists/benshapiro/printbs20041101.shtml>
- ⁶⁷ Kemp, Jack: "Christmas 1776", Dec. 20, 2004. En: <http://www.townhall.com>
- ⁶⁸⁻⁶⁹ Brooks, David: "Hookie Awards, Part 2", *The New York Times*, Dec. 28, 2004. En: <http://www.nytimes.com>
- ⁷⁰ Banescu, Chris: "Uncommon Dissent. Intellectuals Who Find Darwinism Unconvincing by William A. Dembski". En: www.townhall.com/bookclub/dembski1.html
- ⁷¹ "Booklet that Upset Mrs. Cheney Is History", *Los Angeles Times*, Oct. 8, 2004. En: <http://www.commondreams.org/headlines04/1008-05.htm>
- ⁷² Tucker, David: "Fighting Barbarians", *Parameters*, Summer 1998, pp. 69-70. En: <http://carlisle-www.army.mil/usawc/parameters/98summer/tucker.htm>
- ⁷³ Kristol, I.: "The Tragedy of 'Multiculturalism'". En: Ob. cit. (1), p. 52.
- ⁷⁴⁻⁷⁵ Parker, Star: "Does Affirmative Action Produce More Black Lawyers?", Jan. 4, 2005. En: <http://www.townhall.com>
- ⁷⁶ "Sponsoring Conservative Minorities". En: http://www.mediatransparency.org/conservative_minorities.htm
- ⁷⁷⁻⁷⁹ Mc Pherson, Lionel: "'The Loudest Silence Ever Heard': Black Conservatives in the Media", Aug.-Sept., 1992. En: <http://www.fair.org/extra/best-of-extra/black-conservatives.html>
- ⁸⁰ Parker, S.: "Golden Chance for NAACP", Dec. 7, 2004. En: <http://www.townhall.com>
- ⁸¹⁻⁸⁵ Almond, Mark: "The Price of People Power", *The Guardian*, Dec. 7, 2004. En: <http://guardian.co.uk/comment/story/0,,1367965,00.htm>
- ⁸⁶ "Freedom House: cuando la 'libertad' no es más que un pretexto", enero. 3, 2005. En: http://www.redvoltaire.net/article3394.html?var_recherche=Freedom+House

El Apocalipsis según San George

- ⁸⁷ “National Endowments for Democracy. Grants Program”. En: www.ned.org/grants
- ⁸⁸ Yero, Arnaldo: “El paradigma revolucionario como distorsión histórica”, Febr. 19, 2005. En: www.cubaencuentro.com/opinion/20040914/28a9a610f39a3f4a446efd23ba844/1.html
- ⁸⁹ Jonhson, Paul: “Writing a History of the American People”, *AEI On Line*, March 13, 1998. En: http://www.aei.org/newsID.16441/news_detail.asp
- ⁹⁰ López Guerra, Humberto: “Los señores del exilio. ¿Deben los opositores cubanos aceptar el dinero de George W. Bush?”. En: <http://192.168.10/WorldClient>
- ⁹¹⁻⁹² Ortega, Luis: “La nota de hoy”, Nov. 9, 2004. En: <http://www.radio-miami.com/images/lortega.jpg>
- ⁹³ Golinger, Eva: “The Proof Is in the Documents: The CIA Was Involved in the Coup Against Venezuela”. En: <http://www.venezuelafoia.info/Press-Articles/CIA-coup-proof.htm>
- ⁹⁴ Reagan, Ronald: “Remarks at a White House Ceremony Inaugurating the National Endowment for Democracy”, Dec. 16, 1983. En: <http://www.ned.org/about/reagan-121683.html>
- ⁹⁵ Paul, Ron: “National Endowment for Democracy: Paying to Make Enemies of America”, Oct. 11, 2003. En: <http://www.antiwar.com/paul/paul79.html>
- ⁹⁶⁻⁹⁷ “President Bush Discusses Freedom in Iraq and Middle East Remarks by the President at the 20th Anniversary of the National Endowment for Democracy”, Nov. 6, 2003. En: <http://www.ned.org/events/anniversary/oct1603-Bush.html>
- ⁹⁸ Agee, Philip: “Former CIA Agent Tells: How US Infiltrates ‘Civil Society’ to Overthrow Governments”. En: <http://www.informationclearing-house.info/article4332.htm>
- ⁹⁹ Falcoff, Mark: “Cuba’s Future and Ours”, AEI Bradley Lecture, Jan. 13, 2003. En: http://www.aei.org/news/newsID.15713/news_detail.asp
- ¹⁰⁰ “Neocons in Black Turbant. The Dreyfuss Report”, Dec. 15, 2004. En: <http://www.tompaine.com>
- ¹⁰¹ Boot, Max: “Special: Empire Builders. Neocon Power Examined”, *Christian Science Monitor*. En: <http://www.csmonitor.com/specials/neocon/boot.html>
- ¹⁰² Glick, Caroline B.: “Wanted: Israeli Neocons”, Dec. 18, 2004. En: <http://www.townhall.com>
- ¹⁰³ Grey, Barry: “Buying Silence: Bush Awards Medal o Freedom to Key Figures in Iraq Debacle”, Dec. 16, 2004. En: www.wsws.org



CAPÍTULO 8

EL ANTI-NEO

La política norteamericana, que nunca ha sido plácida ni caballescaca, ha sido desplazada de su eje de rotación habitual por la irrupción del movimiento neoconservador. Pocas veces en la historia de la Humanidad una fuerza política y de pensamiento ha logrado imponer su agenda en tan corto tiempo y en un entorno tan altamente enrarecido y competitivo, donde las innovaciones no se admiten y los advenedizos no se permiten.

El arrollador crecimiento y triunfo de los neoconservadores norteamericanos demuestra que responden a los intereses del momento y que las fuerzas ocultas que dominan y deciden sobre el poder, en ese país, lo consideran el mejor de los vasallos posibles, para esta coyuntura. Tras lograr la benévola aprobación de los dioses, a nadie debe extrañar que triunfen y hayan entrado apoteósicamente en Roma estos guerreros, tal como en su momento lo hicieron en Kabul unos oscuros estudiantes de las madrazas* pakistaníes conocidos como talibanes. Luego se supo, por supuesto, que quienes se habían impuesto contra todos los enemigos, enzarzados en infinitas guerras y ya notoriamente desgastados, eran un producto de laboratorio, armados, entrenados y financiados por las agencias de inteligencia de los Estados Unidos.

El caso afgano demuestra, no obstante, que el favor de los dioses es inconstante y que los guerreros que gozan de él, tan pronto son elevados a la gloria, sobre los mismos campos de batalla, como hundidos en el sufrimiento y el “no ser” de la prisión que han construido expresamente para que purguen sus culpas, en la base naval de Guantánamo. Para ser desechados y caer, según los dioses omnipotentes, basta un giro inesperado de la Bolsa, un estremecimiento

* Escuelas musulmanas de estudios superiores.

no previsto del mercado, un escándalo indeseado, las indiscreciones de algún lacayo, o el olfato, demasiado aguzado, de un periodista renegado, a quien siempre queda el recurso de mandar a “suicidar”.

El futuro neoconservador, en consecuencia, depende de seguir gozando del favor de quienes le permitieron llegar a ser lo que es, en razón de su propia conveniencia. En la medida que represente con fidelidad y defienda con éxito, como hace hoy, los intereses de las grandes corporaciones que dominan los Estados Unidos y el mundo y, muy especialmente, del complejo militar-industrial —a los cuales debe alimentar con guerras infinitas y crecientes gastos militares—, gozará de su apoteosis. Cuando deje de ser necesario, u ose rebelarse creyéndose poseedor de voluntad o poder propios, será fulminado por algún rayo de Júpiter Tonante o hundido para siempre en el Averno.

Incubados en las batallas ideológicas que estremecieron a la izquierda y al movimiento comunista internacional, antes de la Segunda Guerra Mundial; frutos de la confusión y la decepción sufridas por muchos debido al impacto del stalinismo sobre la sociedad soviética y las luchas mundiales contra el capital; exponentes del oportunismo y la acción diversionista del enemigo de clases, que jamás escatimó dinero ni arte alguno de seducción para prevalecer durante los años de la Guerra Fría, los neoconservadores son el máspreciado botín ideológico que la ideología burguesa e imperialista pueden mostrar para desmoralizar a sus actuales oponentes.

¿Quién, mejor que ellos, encarna y hace recordar a los mortales, a cada minuto, la imposibilidad de vencer a los dioses y la inconmensurable magnitud de su poder? ¿Quién, mejor que ellos, recuerda a los idealistas que la realidad más cruda y vulgar termina imponiéndose y que, más que intentar explicar o transformar al mundo, se trata de asimilarse a él y vivir, lo mejor posible, de las migajas que los amos nos dejen caer?

Pero las ventajas derivadas de haber pagado a tiempo el precio de las almas de sus antiguos adversarios, no es el único interés que se deriva del capital invertido. Habiéndose formado dentro de la izquierda comunista o trostkysta, los fundadores del movimiento se pasaron al campo enemigo con armas, bagajes y las tácticas de lucha aprendidas a las que han seguido dando uso, cambiándoles

apenas el signo y volviéndolas contra sus antiguos camaradas. Destinar a ex guerrilleros felones a labores de anti-insurgencia ha rendido amplios beneficios al capital, propiciado no pocas deserciones relativizando la moral que sostiene la concepción general de la doctrina de lucha de las fuerzas anticapitalistas.

¿Qué otra cosa significa, si no, que el antiguo internacionalismo proletario de Marx y Lenin, fundamento de la solidaridad combativa entre los explotados contra los explotadores de todas las naciones, se haya convertido, en manos de los neoconservadores actuales, en la aberrante versión de que imponer la “democracia global” es un imperativo moral que no reconoce ni respeta fronteras nacionales y que tiene como vehículos, no a generosos luchadores que arriesgan en ello su vida, única posesión terrenal de que disponen, sino los millones para la subversión de la NED, la United States Agency for International Development (USAID), las corporaciones “filantrópicas” conservadoras y también la aplastante tecnología militar de la mayor superpotencia de la historia?

Sobrevivientes de las batallas contraculturales de los 60, los neoconservadores resistieron atrincherados dentro de la sitiada fortaleza de las ideas, la cultura y la moral burguesas. Muchos de ellos, como Irving Kristol, tienen también una tenebrosa historia de colaboración con la CIA, expresada en su nombramiento como coeditor de la revista *Encounter* durante los años de la Guerra Fría, y que tuvo a Londres como puesto cultural avanzado. Carl Rove, conocido asesor de Bush Jr. y llamado, por tanto, “el cerebro del Presidente”, fue miembro de la Board of International Broadcasting, encargada de las emisiones de *Radio Free Europe* y *Radio Liberty*, voceros de la CIA para subvertir a la URSS y al resto de los gobiernos socialistas de Europa del Este. Detectados, fichados y contratados por los *scouts* de las corporaciones, avalados por sus antiguos jefes de la Guerra Fría cultural, no tardaron en ser generosamente pagados y promovidos, llegando al poder durante el primer mandato de Ronald Reagan.

Tras los enunciados radicales de derecha, casi fascistas, del “Programa de Santa Fe” (I y II), estrategia de contraofensiva y reconquista mundial del imperialismo norteamericano a inicios de los 80, estaba la mano de los neocons. Algunos de ellos, como Oliver North, actual gacetillero de *townhall.com* y Elliott Abrams

—quien fuera subsecretario de Estado durante el gobierno de Reagan y yerno de Midge Decter y Norman Podhoretz—, fueron procesados por su participación directa en el escándalo Irán-Contra. John Negroponte, ex procónsul en Iraq, fue embajador de Reagan en Honduras y encabezó, en el terreno, la guerra sucia contra la revolución sandinista y las guerrillas de El Salvador y Guatemala, responsable directo, en consecuencia, de crímenes y masacres contra sus oponentes y la población civil.

Una verdadera muchedumbre de funcionarios de alto rango en la presidencia de Ronald Reagan provenía de las filas neoconservadoras, entre ellos, Gary Bauer (subsecretario de Educación, 1985-1987), Jeffrey Bell (Campaña electoral de Reagan y presidente del “Manhattan Institute”), Martin Anderson (miembro, entre 1982 y 1993, de los Comités Presidenciales para el Control de Armas, Política Económica, e Inteligencia), Richard V. Allen (asistente del Presidente para Asuntos de Seguridad Internacional, 1981-1982), Paul Bremen (embajador en Holanda a partir de 1983), Frank Carlucci (subdirector de la CIA, 1978-1980, subsecretario de Defensa, 1981-1983, consejero Nacional de Seguridad, 1987, secretario de Defensa, 1987-1990), Max Kampelman (embajador y jefe de las delegaciones norteamericanas a las conversaciones con la URSS sobre armamento nuclear y espacial, 1985-1989), Edwin Meese (miembro del Consejo de Seguridad Nacional, consejero del Presidente, 1981-1985 y fiscal general, 1985-1988) y Otto J. Reich (administrador Asistente de la USAID, 1981-1983, consejero especial del Secretario de Estado para la Diplomacia Pública en América Latina y el Caribe, 1983-1986). La mayoría de ellos sirvió también bajo la presidencia de Bush Sr. y pasó a un forzado retiro temporal, a partir del 23 de enero de 1993, cuando William Clinton juró el cargo de presidente.

En realidad, se trataba del reposo del guerrero, pues los neoconservadores, desplazados momentáneamente del poder, no se resignaron ni renunciaron a sus planes estratégicos y desde la más feroz oposición posible (recuérdese el extraño *affaire* de Clinton y Mónica Lewinsky, que casi le cuesta la presidencia a este) continuaron trabajando, más frenéticamente que nunca, para protagonizar el asalto final a las instituciones del país. En junio de 1997 se dio un paso más para fortalecer el acoso a Clinton y dotar al movimiento de un pro-

grama y un rostro públicos: fue presentado el “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”. En las fraudulentas elecciones de 2000, que dieron la presidencia a Bush Jr., quedó evidenciado que los neoconservadores no se detendrían ante medio alguno, como aconsejaba Maquiavelo, con tal de gobernar y gobernar para siempre, como creen que harán.

La nómina de altos funcionarios del gobierno de Bush Jr. que han recorrido este largo y tortuoso camino neoconservador es mayor que la de Reagan, con la añadidura de que muchos de ellos han envejecido y por lo tanto, son más conservadores, más inescrupulosos, más maquiavélicos, más straussianos y menos idealistas, si alguna vez lo fueron, que cuando comenzaron su carrera política. Saben que nada debe dejarse al azar de la política nacional e internacional y que ha llegado el momento de reconfigurar, definitivamente, la cartografía política del mundo de la post Guerra Fría, en interés, no de los Estados Unidos, como declaran, sino del grupo de poder cuyas ganancias defienden, como mayordomos de lujo que son.

El 11 de septiembre de 2001 fue el momento esperado del viraje definitivo, para la consumación del golpe termidoriano mediante el cual se creaban las condiciones ideales, dentro y fuera de los Estados Unidos, que propiciaban un cierto consenso y aceptación de la agresiva e inmoral agenda hegemónica neoconservadora. Las primeras víctimas han sido, no los “daños colaterales” en Afganistán o Iraq, sino los derechos y libertades civiles ganadas por el pueblo norteamericano durante las arduas luchas de los 60, 70 y 80, valladares precarios, pero obstáculos al fin, que se interponían entre las neo-utopías y la realidad.

Iniciado como un insignificante movimiento intelectual disidente dentro de la izquierda norteamericana de los años 30 y 40; continuado como minúsculo y desprestigiado destacamento de *agitprop* anticomunista durante los años de la Guerra Fría, bajo las órdenes y utilizando las generosas subvenciones destinadas por la CIA para su frente cultural; descubiertos y utilizados por las espantadas corporaciones que veían peligrar, en los 60 y 70, la propia supervivencia del *establishment* bajo los embates de la contracultura y el ascenso de las luchas anticolonialistas, anticapitalistas y antimperialistas, dentro y fuera de los Estados Unidos; invitados a compartir el poder bajo los gobiernos de Reagan, Bush Sr. y Bush Jr., gracias

al 11 de septiembre de 2001, los neoconservadores dejaron de ser visitantes de la Casa Blanca para convertirse en sus verdaderos propietarios.

Tras cuatro años del primer mandato de Bush Jr. y el inicio de dos guerras, que son el despegue de lo que Norman Podhoretz calificó como “IV Guerra Mundial”, los necons sintieron que el poder tan duramente conquistado, no debía ser entregado por remilgos democráticos decadentes, más o menos. Las armas a las que apelaron para lograr la reelección de Bush Jr., fueron tan inescrupulosas como ellos mismos: de momento, el ciclo del miedo en los Estados Unidos recibió una sensible aceleración, tras publicarse misteriosos mensajes en video donde Osama Bin Laden amenazaba con nuevos atentados contra los ciudadanos norteamericanos y otros terroristas estremecían con acciones, sin sentido aparente y desprovistas de cualquier lógica militar o política, a Osetia del Norte y Arabia Saudita; la campaña de desprestigio y calumnias contra John Kerry se desarrolló a toda máquina: se prepararon fraudes electorales en Ohio; se impidió el registro de más de 4 000 000 millones de ciudadanos, fundamentalmente afroamericanos, por tanto, potenciales votantes demócratas; se promulgaron promesas imposibles de cumplir para regularizar el status migratorio de millones de hispanos; se ocultó, celosamente, a la opinión pública mundial la verdadera marcha y las crecientes bajas de la guerra en Iraq; y sobre todo, Carl Rove selló una alianza más que electoral, estratégica, entre los neoconservadores bushistas y sus aliados naturales, los teoconservadores provenientes de las filas del fundamentalismo cristiano, que suman millones de personas en todo el país.

En noviembre de 2004, opacado por los jubilosos gritos de los partidarios de Bush tras conocerse su reelección y por el lamentable espectáculo del desplome demócrata, cuajado de lamentaciones y sollozos, tuvo lugar un suceso político de enorme importancia y de alcance mundial, sin ser observado ni analizado: el paso del movimiento neoconservador norteamericano de su fase elitista e intelectual, al estadio de doctrina de masas, siguiendo los pasos exactos del nacional-socialismo alemán, encabezado por Hitler.

Cuando un reducido movimiento intelectual parasitario de extrema derecha, como es el neoconservador, encuentra un cuerpo

masivo, robusto donde hospedarse, la resultante de tal simbiosis no puede ser otra que el fascismo.

Carl Rove y comparsa comprendieron en el 2004, haciendo gala de la astucia estratégica de Albert Wohlstetter y el cinismo instrumentalista de Leo Strauss, que la alianza con los teoconservadores no era una vulgar componenda electoral más, sino la oportunidad, casi milagrosa, de reunir la cabeza y el cuerpo del Leviatán soñado, del Superhombre entrevisto entre las brumas de la amargura de Schopenhauer y la locura de Nietzsche, Amo del mundo corporativamente globalizado y Señor de la *Pax Americana* imperial.

Durante la campaña electoral norteamericana de 2004 y tras la reelección de Bush Jr., el movimiento neoconservador entró –inusualmente silencioso–, en una nueva etapa de su desarrollo. Excluidos de la escena política sus enemigos tibios (los demócratas, los liberales burgueses y los académicos de salón), cuya derrota les llevará años superar, si es que lo logran, los eufóricos neoconservadores han iniciado un proceso de brutal reacomodo de fuerzas caracterizado por la eliminación, uno a uno, de sus más enconados detractores y críticos, a quienes se hace callar, y también por la abierta declaración de los objetivos estratégicos que se persiguen y los métodos despiadados, fascistas, que se aplicarán para lograrlos, como atestiguan los siguientes sucesos, recogidos, apenas, entre septiembre de 2004 y enero de 2005:

- 1- “Jubilación” inesperada, o salida de la nómina de importantes órganos de prensa, de iconos liberales, como Bill Moyers, Dan Rather, Walter Cronkite, Tom Brokaw y Phil Donahue. “Una falange de publicaciones conservadoras y de *talks show* derechistas en la radio y la televisión han creado un eco cavernario para la agenda republicana –ha declarado Moyers–, no existe ya oportunidad, en tiempo real, para refutar su propaganda y sus mentiras”.¹ Para cubrir la vacante dejada por la salida de Moyers en el estelar programa “Now”, de la PBS, “[...] se barajan los nombres de dos conservadores: Tucker Carlson, de la CNN y Paul Gigot, editorialista del *The Wall Street Journal*”.²
- 2- Intentos de reescribir, desde el poder, la historia reciente con “demostraciones” de que eran falsas las pruebas presentadas

por *CBS News*, en el programa “60 Minutes” del 8 de septiembre, sobre el comportamiento irregular de Bush Jr., como piloto de la Guardia Nacional de Texas, en los años de la guerra de Vietnam, lo que provocó el despido de cuatro ejecutivos, de los periodistas involucrados y las disculpas públicas de Leslie Moonves, su presidente. A estos se suma la campaña para demostrar a los norteamericanos que se puede ganar la guerra en Iraq, porque la guerra de guerrillas que le antecedió, la de Vietnam, fue, en realidad, “ganada por los Estados Unidos”. “En Vietnam, las fuerzas comunistas que operaban en el Sur, tenían una retaguardia profunda en Vietnam del Norte, contaban con el apoyo de la URSS y China y suministros seguros a través de la Ruta Ho-Chi-Minh. Aún así, el vietcong no ganó la guerra [...]”.³ “Otras experiencias insurgentes anteriores tampoco obtuvieron la victoria, entre ellas, la de los comunistas griegos (1945-1949), la de los filipinos (1946-1954) y la del Frente Farabundo Martí, de El Salvador, entre 1980 y 1992” –había ya expuesto Max Boot en *Los Angeles Times*, del 6 de abril de 2003, artículo que Benador & Asociados ha puesto de nuevo en su sitio web.

- 3- Salida del demócrata Tom Daschle de la presidencia de la Cámara de Representantes, e inicio de una brutal campaña contra las posibles aspiraciones electorales de Hillary Clinton, para el 2008, simbolizada en las recientes declaraciones de Harold Hickers, presidente del Comité Nacional Demócrata, expresando “dudas” sobre las posibilidades de triunfo que ella tiene, ampliamente difundidas por la prensa conservadora. Esto se acompaña con un intenso bombardeo propagandístico contra la imagen histórica de la administración Clinton, intentando demostrar, de esta manera, que no habrá alternativa viable para el cambio, dentro de cuatro años. Paul Greenberg, en *townhall.com*, lo expresó así al comentar la reciente inauguración de la Biblioteca Presidencial “Clinton”, en Little Rock: “Quizás solo la Biblioteca ‘Nixon’, en California, pueda compararse con la ‘Clinton’ en el intento de blanquear la historia [...]”.⁴
- 4- Estímulos velados para que emigren hacia Canadá o Europa aquellos norteamericanos que no coinciden con las políticas de

Bush Jr., fundamentalmente los intelectuales liberales. Extraños “suicidios”, como el de un activista cubano de Miami, dueño de una agencia que organizaba viajes hacia la isla y que estaba organizando protestas y acciones de resistencia contra las más recientes medidas restrictivas de la administración, que afectan el envío de remesas familiares y la frecuencia de los viajes, al cual se suma el “suicidio” de Gary Webb, periodista del *San José Mercury* quien, en 1996, destapó con una serie de tres artículos titulada “Dark Alliance”, “[...] los vínculos entre el ejército mercenario de la CIA en Centroamérica y la epidemia de crack que azotó a muchas ciudades de los Estados Unidos la década pasada”.⁵ Webb había declarado abiertamente, a un corresponsal del *Obrero Revolucionario* que lo entrevistó, y luego lo publicó en el número 913, del 29 de junio de 1997, que, a partir de 1984 ó 1985, se comenzaron a usar para el tráfico los aviones militares salvadoreños que abastecían a la contra nicaragüense, operación dirigida por Oliver North. Webb denunció también el ataque constante y el acoso a que lo sometían los órganos de prensa y los voceros neoconservadores, al estilo de Rush Limbaugh, Reed Irving y el propio Oliver North, al que se había sumado *Accuracy in Media* y la manera en que la CIA había actuado, mediante la operación “Manejo de Percepciones”, dirigida al Departamento de Estado, para “[...] intimidar o castigar a los corresponsales que cuestionaban la guerra de la contra, o hablaban del narcotráfico de la contra y de amedrentar a los editores y corresponsales para que no lo investigaran”.⁶

Según un artículo firmado bajo el pseudónimo de “Brasscheck”, citado por la revista electrónica *librínsula* de la Biblioteca Nacional José Martí, de Cuba:

[...] ahora Gary Webb se suma a la lista de quienes se han “suicidado” por investigar los negocios criminales de la familia Bush, entre ellos, Mark Lombardi, J. H. Hatfield y Danny Casalaro [...].

Si sabemos que la tasa de suicidios entre los hombres, en los Estados Unidos, es de 17 casos por cada 100 000 personas,

la probabilidad de que estos cuatro biógrafos masculinos [de Bush] hayan cometido suicidio sería de uno por cada billón de personas, lo cual lo hace casi imposible.⁷

A este vacío de voces críticas logrado artificialmente, mediante una ola de convenientes “suicidios” debe sumarse la no menos conveniente muerte por enfermedad de escritores como Noel Pettie y Susan Sontag, tradicionales y prestigiosas voces disidentes dentro de los Estados Unidos.

5- Campañas para relativizar la verdad histórica y cambiar la percepción que de ella tiene el pueblo de los Estados Unidos, en la misma línea totalitaria descrita por George Orwell, en su obra *1984* de que “quien domine el pasado domina el futuro”. Uno de los blancos predilectos de esta campaña es la guerra de Vietnam y, especialmente, aquellas imágenes arquetípicas que marcaron al imaginario colectivo y que son hoy patrimonio de la memoria histórica y la conciencia mundial cuando se trata de criticar o condenar las guerras imperialistas y de agresión, como la de los Estados Unidos contra Iraq. En esta línea *The Weekly Standard*, el vocero del movimiento neoconservador, publicó el 24 de septiembre de 2004, un artículo de Duncan Currie titulado “Photographs Do Lie: Why his Pulitzer-Winning Pictures of a South Vietnamese General Haunted Eddie Adams for the Rest of his Life”, en el cual comenta la muerte, el pasado septiembre, de Eddie Adams, el fotoreportero que hizo estremecer al mundo con la foto del general sudvietnamita Nguyen Ngoc Loan asesinando a un prisionero con un disparo en la cabeza, a plena luz del día y ante periodistas. “El general mató al Vietcong. Yo, con mi cámara, maté al general”⁸ –se pone en boca de un arrepentido Adams, refiriéndose, no al crimen cometido, sino a la reputación del asesino, que huyó hacia los Estados Unidos tras la caída de Saigón, donde murió de cáncer, en julio de 1998–. En la boca de Adams pusieron la siguiente frase:

La fotografía es el arma más poderosa del mundo. La gente cree en la fotografía, pero los fotógrafos también mienten,

incluso, sin necesidad de manipulación. En una foto solo se muestra media verdad [...]. El general Loan era un combatiente verdadero, admirado por sus hombres. No quiero decir que haya hecho lo correcto, pero debemos ponernos en su lugar.⁹

Debe recordarse que unas imágenes semejantes —las de un grupo de marines matando a sangre fría a enemigos heridos dentro de una mezquita de Fallujah, hecho ocurrido el 13 de noviembre—, han provocado un escándalo similar y la condena internacional. Mark Alexander, gacetillero de *townhall.com*, publicó el 19 de noviembre:

Veinticuatro horas después de haberse conocido las imágenes, se formó una turba de linchadores izquierdistas que exigía colgar a los Marines involucrados.

Pido a los norteamericanos que apoyen a nuestras tropas y al Pentágono, que permitan a los reporteros insertados [ir al frente], pero que controlen sus cámaras en la retaguardia, de otra manera, los izquierdistas continuarán poniendo en peligro nuestra misión y la vida de nuestros militares.¹⁰

Oliver North, el mismo del escándalo Irán-Contra, también emitió su opinión: “En su búsqueda de imágenes sensacionales el sistema informativo [vinculado al Ejército] nos ha fallado. Peor todavía, le ha fallado a nuestros jóvenes marines y a sus valientes aliados iraquíes que luchan por liberar a Fallujah [...]. Si esas imágenes se convierten en la historia de Fallujah, eso sí sería un crimen”.¹¹

6- Las bajas que sufre a diario en Iraq y la imposibilidad de ganar la guerra han hecho que el gobierno de Bush Jr., apele a métodos desesperados y criminales, que ponen aún más en entredicho, si fuese posible, su tambaleante imagen internacional, lo que demuestra que la camarilla neoconservadora que está en el poder, siguiendo la línea straussiana, no se detendrá ante nada, con tal de lograr sus objetivos de dominación mundial.

En el número correspondiente al 8 de enero de 2005 de la revista *Newsweek*, comentado por Bill Van Auken en su artículo

“Pentagon Plans Death Squad Terror in Iraq”, publicado el 13 de enero de 2005 en el *World Socialist Web Site*, se anuncia que existen planes para organizar escuadrones de la muerte en Iraq, cuya tarea sería asesinar a los líderes políticos que se oponen a la ocupación norteamericana. El programa conocido como “Opción Salvador”, por la manera en que se aplicó en este país centroamericano, casualmente cuando desde Honduras John Negroponte, actual embajador en Iraq, dirigía allí la guerra sucia, se plantea, según declaraciones de un alto oficial norteamericano: “[...] hacer pagar a quienes se oponen a la ocupación el mismo elevado precio en materia de asesinatos de líderes políticos, bombas y atentados contra militares que estamos pagando nosotros”.¹² La “Opción Salvador” contempla también:

[...] masacrar civiles en los pueblos y barrios de las ciudades donde tropas de los Estados Unidos o sus colaboradores, sean emboscadas, para que los pobladores dejen de asistir a los insurgentes, incluso, el uso de la tortura para aterrorizar a la población civil.

[...] Y reclutar para ello a kurdos peshmergas* y chiítas [...], pero manteniendo el control y las mayores acciones en manos de Boinas Verdes norteamericanos, que podrían cruzar la frontera con Siria, con el mismo fin.¹³

Si a esto se suma que, con la destrucción y masacre de Fallujah, los Estados Unidos dieron continuidad a un estilo colonial de terror caracterizado por “escarmientos masivos contra las ciudades o poblados rebeldes”, alegando que se trata de una “lamentable necesidad” se comprende mejor que el mundo asiste a la revelación del verdadero rostro del Imperio y a la verdadera esencia represiva y criminal del proyecto neoconservador.

7- Ampliación de los poderes del Pentágono para la recolección de información de inteligencia, detección de quiénes apoyan a grupos terroristas, e intentan desarrollar programas armamen-

* Grupo residente en el Kurdistán (Norte de Iraq), que ha brindado su apoyo a los Estados Unidos, potencia que los usa como tropas auxiliares a su servicio. (N. del A.)

tistas, tareas que antes pertenecían, en lo fundamental, a la CIA. Se trata de fortalecer al Pentágono en detrimento de la CIA, pues esta se ha mostrado resistente a ciertos planes del gobierno de Bush Jr., por lo que sufre una profunda reestructuración. Según un artículo de Douglas Jehl y Eric Schmitt, publicado por *The New York Times*, el 19 de diciembre de 2004, “[...] se trata de otorgar a las Fuerzas Especiales las mismas prerrogativas que ha tenido la CIA durante años”,¹⁴ lo cual puede significar un involucramiento directo de la Inteligencia Militar en labores de subversión fuera de sus fronteras. Las declaraciones del teniente general William G. Boykin, segundo del Subsecretario de Defensa, citadas por los periodistas:

Nuestra presente arquitectura para la recolección de datos de inteligencia es óptima para identificar y seguir la pista de grandes fuerzas convencionales, pero es inadecuada para alertar sobre planes terroristas, proveer suficiente información sobre grupos insurgentes, determinar el status de las producciones secretas de armas de exterminio en masa, conocer la intención de los líderes que gobiernan los Estados delincuentes, o diferenciar a los amigos de los enemigos en los países extranjeros.¹⁵

Estas tareas que ahora asume el Pentágono, son sumamente peligrosas y sientan un funesto precedente que puede significar mayor involucramiento de las fuerzas armadas de la nación más poderosa del planeta en los asuntos internos de Estados soberanos, sin descartar que tales capacidades en hombres y medios pueden estar ya siendo utilizadas para espiar a los propios ciudadanos norteamericanos.

8- Expansión de los poderes del Acta Patriótica y “politización de la inteligencia” mediante la aprobación de una nueva Ley de Inteligencia aprobada por el Congreso, a finales de 2004, lo cual significará, como se señala en la entrevista de Amy Goodman al periodista Robert Dreyfuss y a Timothy Edgar, consejero legal de la American Civil Liberties Union (ACLU), publicada el 14 de diciembre de 2004, en *democracynow.org*,

“[...] una gran expansión del poder gubernamental para centralizar las actividades de vigilancia de la comunidad de inteligencia, con lo cual, según consideran los abogados de las libertades civiles, se incrementarán los abusos del gobierno”.¹⁶ Robert Dreyfuss denunció que:

[...] el presupuesto conocido para la comunidad de inteligencia en los Estados Unidos ascendió, de 27 billones de dolares, antes del 11 de septiembre de 2001, a cerca de 40 billones, en el 2004.

[...] La nueva Ley de Inteligencia otorga nuevos poderes al gobierno como hizo el Acta Patriótica, al crear un mecanismo centralizado en el Director Nacional de Inteligencia, y esto fue aprobado por el Congreso sin que se alzasen voces de alerta”.¹⁷

Por su parte, Timothy Edgar, alertó que la expansión del Foreign Intelligence Surveillance Act para incluir a individuos extranjeros:

[...] podría ser ampliada aún más, en el futuro, para vigilar también a ciudadanos norteamericanos [...]. A esto se suman las detenciones sin juicios previos. [...] Ahora, cualquier persona sospechosa de terrorismo puede ser detenida indefinidamente y le puede ser negada la fianza.

La Ley establece también el marco legal para la creación de un documento de identificación de alcance nacional federalizando las licencias de conducción existentes que expiden los Estados y [...] Existen nuevas tecnologías que pueden ser fácilmente introducidas en estas licencias, conectándolas a bases de datos públicas o privadas. Puede uno imaginar que introduciendo en el documento un chip tipo RFID, se puede rastrear fácilmente a cada persona que se dese.¹⁸

A estas alertas deben sumarse las denuncias de Eric C. Evarts, en el *Christian Science Monitor*, mediante un artículo titulado “Is Your Car Spying On You?” de que: “[...] 30 000 000 de automóviles en los Estados Unidos ya tienen instaladas ‘cajas negras’, sin

el conocimiento de sus dueños [...] y que todos los modelos, a partir de 2009, las incorporarán. Los datos que se recolecten de esta manera pueden ser usados con fines de instrucción policial”.¹⁹

Por otro lado la CIA pagó un estudio para espiar en los salones de chats de Internet, en abril de 2003, al Rensselaer Polytechnic Institute, en Troy, New York, según puede leerse en documentos desclasificados, comentados en *news.com*, el 24 de noviembre pasado.

Estos son, apenas, algunos de los cambios observables en la política estadounidense, a partir de la reelección de Bush Jr. y el consiguiente fortalecimiento y aumento de la autoestima neoconservadora.

La ocurrencia de desastres humanitarios, como los tsunamis que asolaron, el 26 de diciembre de 2004, a varios países asiáticos, provocando inmensos daños materiales y la pérdida de más de 180 000 vidas humanas, han puesto a prueba la capacidad humanitaria de un gobierno y de un movimiento político, como el neoconservador, que reclaman constantemente ser los abanderados mundiales en la defensa de los valores, la libertad y la democracia. La ayuda oficial brindada, a diferencia de la de otros Estados, ha consistido en cifras relativamente pequeñas de dinero, la solicitud, en la mejor tradición neoliberal privatizadora, de la ayuda humanitaria de emergencia, para que los ciudadanos del país aporten de su bolsillo lo que deseen, y el rápido, casi entusiasta, envío de buques de guerra y tropas que —con el pretexto de estar brindando ayuda humanitaria—, han ocupado, de hecho, parte del territorio indonesio, particularmente la conflictiva provincia de Aceh, obligando al gobierno de este país a fijar el mes de marzo de 2005 como límite para la salida de su territorio de estas tropas. Al frente de los soldados desplegados en la zona para brindar ayuda humanitaria se encuentra el teniente general de marines Rusty Blackman, ex jefe del Estado Mayor de las tropas que tomaron Bagdad, en el 2003.

Partiendo de reconocer que el gobierno de Bush dedica a la ayuda exterior algo menos del 0,2% de su PIB anual, mientras que la ONU aprobó —hace más de una década—, que los países desarrollados aportaran a esta causa el 0,7%, el periodista del *The New Republic On Line*, Tom Frank no tiene remilgos en condicionar cualquier ayuda exterior, como reclaman los neoconservadores,

no a quienes la necesiten, sino a quienes convengan a los intereses de los Estados Unidos.

Bajo la presidencia de Truman, los Estados Unidos contribuyeron, durante más de diez años, a la reconstrucción de la Europa de post-guerra, en lo que se conoció como “el Plan Marshall”, así que sabemos que podemos hacer más cuando queremos. Si creemos que la ayuda exterior *funcionará* [a los efectos de los intereses geopolíticos norteamericanos], entonces debemos dar más. Si no estamos seguros, no debemos dar nada.²⁰

El Centro de Alerta de Tsunamis en el Pacífico (PTWC) envió de inmediato, tras la ocurrencia del maremoto que provocó los tsunamis, una alerta temprana a la Base Naval de los Estados Unidos, ubicada en la isla de Diego García, en el Pacífico. Juan Gelman cita al economista Michael Chossudovsky, de la Universidad de Ottawa y consultor de la ONU, quien formula interrogantes en el boletín del Centro de Investigaciones sobre la Globalización, del 29 de diciembre de 2004:

¿Por qué los pescadores de la India, Sri Lanka y Tailandia no recibieron el mismo aviso que la Marina y el Departamento de Estado de los Estados Unidos? ¿Por qué el Departamento de Estado silenció la existencia de una catástrofe inminente? Contando con un moderno sistema de comunicaciones, ¿por qué no salió la información, a tiempo?²¹

Tad Murty, catedrático de la Universidad de Manitoba, agregó: “No hay justificación para que una sola persona muera a causa de un tsunami, en la mayoría de las zonas (devastadas) hubo lapsos de 25 minutos a 4 horas antes de que la ola golpeará”.²² Para concluir, Gelman se pregunta: “Las consecuencias del tsunami, ¿ofrecen acaso una oportunidad para fortalecer la presencia del Pentágono en el Sudeste Asiático?”²³

Embarcados en su proyecto de dominio global, los neoconservadores deben haber visto, con muy buenos ojos, la noticia publicada el pasado 10 de enero por *The New York Times*,²⁴ mediante la

cual se pudo conocer que Rupert Murdoch, el ultraconservador multimillonario dueño de News Corporation, un imperio mediático al que pertenecen numerosos canales de televisión y periódicos del mundo, tenía la intención de adquirir, por más de 7 billones de dólares, el resto de las acciones de su cadena televisiva *Fox*, vocera destacada de la causa neocon. A pesar de que todas las explicaciones que se dan sobre este mega-negocio son de índole financiera, lo cierto es que permitirá una concentración monopólica de poderosos medios en manos de quien representa y promueve, como pocos, los intereses neoconservadores en el mundo de las noticias, convirtiéndose, de hecho, en una especie de Ministro de Información goebbeliano del movimiento.

En esa misma cuerda, la de los grandes negocios corporativos que han invertido mucho apoyando a los neoconservadores para que estos actúen como sus *lobbyistas* de lujo, se inscribe una “Conservative Alert”, del 12 de enero de 2005, publicada en *townhall.com* destinada a advertir a los norteamericanos que “las demandas abusivas están destruyendo el sistema de salud del país”, precisamente cuando Michael Moore ha decidido comenzar a rodar un nuevo documental para demostrar que las grandes corporaciones farmacéuticas, incluyendo las clínicas privadas, están enriqueciéndose a costa del engaño y la explotación de sus pacientes. “Si usted está de acuerdo en que la salud pública es más importante que las ganancias que obtienen con sus demandas abusivas los abogados litigantes –dice la Alerta–, entonces se unirá a ‘Sick of Lawsuits’, una campaña no política destinada a educar al público sobre el impacto negativo de las demandas abusivas [...]”.²⁵

Sin dudas, los neoconservadores comprenden bien que los medios deben ser dominados para que sus proyectos alcancen los resultados esperados. Se ha conocido que Armstrong William, un periodista negro neoconservador, uno de los gacetilleros de *townhall.com*:

[...] recibió 240 000 USD del gobierno para promover el programa “No Child Left Behind” ante audiencias de su raza, lo que demuestra cuán extendida se encuentra la práctica de utilizar los medios de comunicación del país como vehículos para la propaganda oficial.

Para lograr el mismo objetivo, la firma de relaciones públicas Ketchum recibió de la Secretaría de Educación la cifra de 1 000 000 de dólares, en lo que es, aparentemente, una iniciativa ilegal, pues según han demostrado en una carta tres representantes demócratas, Rosa L. DeLauro, Sherrod Brown y Rahm Emanuel, “la campaña de Ketchum incluye la compilación de historias y reportajes de periodistas que escriben favorablemente sobre el Presidente y su partido, así como la preocupación de ambos por la educación”.²⁶

Una de las principales tareas de los medios, en las condiciones del predominio neoconservador, es, en efecto, como señalara acertadamente Edgard S. Herman en su ensayo “The Banality of Evil”, “[...] normalizar lo impensable para el público en general”.²⁷ Y como expresara: “se pueden hacer cosas terribles, siempre que se hagan de manera organizada y sistemática, pues así son percibidas por los demás con naturalidad”.²⁸ Para imponer esta sensación de normalidad alrededor de lo que no lo es, los conservadores primero y ahora los neoconservadores, vienen trabajando en silencio, utilizando los medios alternativos, cuando eran minoría y ahora se disponen a seguir imponiendo su agenda y censurando a sus oponentes, mientras detentan el poder.

Existe un libro ilustrativo de la manera en que la familia conservadora ha venido adueñándose de los espacios de difusión de ideas de los Estados Unidos, viniendo desde abajo. Sus autores son David Franke y Richard Viguerie, este último considerado el padre del correo político directo en el país, desde el año 1965. La obra, *America's Right Turn: How Conservatives Used New and Alternative Media to Take Power*, permite hacer un recorrido desde los años 50 hasta el presente, examinando el uso conservador de los medios, entre ellos, el correo directo para promover la causa conservadora y recaudar fondos para ella, mediante los Talks Radio, Internet y *Fox News Chanel*, de televisión por cable. Neals Boorzt, uno de los promotores radiales conservadores de debates políticos establece las diferencias esenciales entre liberales y conservadores, en el uso de los medios: “La ideología liberal se basa, en lo esencial, en las emociones [...]. Los conservadores, por otro lado, aman el debate basado en hechos [...]. A nadie debe sorprender

que la mayoría de los anfitriones de los debates radiales y sus radioescuchas sean conservadores [...]”.²⁹

El predominio que ostentan los conservadores, en general y los neoconservadores, en particular, en el debate de ideas que tiene lugar en los medios norteamericanos, no es casual.

Los conservadores han venido, durante décadas, definiendo sus ideas, escogiendo cuidadosamente el lenguaje mediante el cual las presentan y construyendo la infraestructura para comunicarlas —comentaba Bonnie Azab Powell, periodista de la Universidad de Berkeley, en entrevista con el lingüista George Lakoff, el 27 de octubre de 2003—. Los conservadores han logrado poner a la defensiva a los progresistas.³⁰

Para George Lakoff, el éxito de los conservadores radica en:

[...] los billones de dólares invertidos en este asunto. Durante más de 30 años sus tanques pensantes han venido invirtiendo fuertemente en las ideas y el lenguaje.

Ahora, según Paul Weyrich, de la Heritage Foundation, existen más de 1 500 *radio talks show* conservadores.

[...] manejan millones, construyen infraestructura, estudios de TV, organizan giras para sus intelectuales, encargan libros para hacerlos figurar en la lista de best séllers [...]. Como empresarios que son, manejan muy bien los negocios.³¹

Los neoconservadores no solo han invertido en los medios y en su infraestructura, en las giras de sus voceros y en la publicación de los libros que encargan, sino también en alianzas útiles, como la establecida con el sionismo, desde sus orígenes como movimiento. A tal punto llegan estas relaciones que muchos de sus críticos, de derecha e izquierda, no han dudado en acusarlos de antipatriotas y traidores, así como de desarrollar una agenda política que favorece a Israel, antes que a los Estados Unidos.

El alineamiento de los neoconservadores con el sionismo se deduce, según muchos observadores:

[...] de su pasado académico, sus escritos y sus apariciones públicas. [...] No es difícil pensar que detrás del uso de

soldados y fondos norteamericanos para dismantelar la capacidad militar de Iraq y teniendo en cuenta las belicosas amenazas neoconservadoras contra Irán y Siria, se esconde la intención de eliminar las fuerzas que se oponen al poder israelí, en la región.³²

Los escandalosos casos del Dr. Stephen Bryen y de Michael Leeden, destacados neoconservadores y altos funcionarios del gobierno de Bush Jr., son de aquellos que se aducen como pruebas de que los neoconservadores llevan adelante una agenda pública y otra secreta, esta última a favor del sionismo.

El Dr. Bryen es considerado “el gurú tecnológico del panteón neoconservador”. Pero no se quiere recordar que en abril de 1979, cuando era miembro del equipo de trabajo del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, fue sorprendido y acusado por ofrecer documentos secretos a un funcionario de la Embajada israelí, que resultó ser Zvi Rafiah, el jefe del Mossad en Washington. Tras renunciar a su cargo, el Dr. Bryen pasó a ser director ejecutivo del Jewish Institute for National Security Affair (JINSA). De forma sorpresiva, en abril de 1981 y a pesar de su pasado, el Dr. Bryen fue nominado para el cargo de segundo asistente del Secretario de Defensa de los Estados Unidos. Quien lo propuso había sido recientemente nombrado asistente del Secretario de Defensa para la Política de Seguridad Internacional: Richard Perle, el yerno de Albert Wohlstetter.

El Dr. Bryen desempeñó altos cargos en diferentes administraciones norteamericanas. Desde abril de 2001 hasta el 2005, y a propuesta de Paul Wolfowitz, subsecretario de Defensa y también discípulo de Wohlstetter, fue aceptado como miembro de la Comisión destinada a investigar asuntos de seguridad y economía vinculados con China. Junto a él forma parte de la Comisión Michael Leeden, quien es, según Benador & Asociados, la influyente firma neoconservadora de relaciones públicas, una autoridad mundial en inteligencia, historia contemporánea y asuntos internacionales.

Lo que no dice la elogiosa descripción de Benador & Asociados es que Leeden –también a propuesta del activo Richard Perle–, fue contratado en 1983 como consultor del Departamento de Defensa en temas de terrorismo, bajo la supervisión directa de Noel

Koch, asistente principal del Secretario de Defensa para Asuntos de Seguridad Internacional. Tampoco se dice que Koch, preocupado por las atribuciones indebidas asumidas por Leeden –en lo tocante a la consulta de documentos secretos y a su extraño dominio de sistemas alfa-numéricos de los usados para decodificar códigos de alta seguridad–, dejó de utilizar sus servicios. Leeden, a pesar de ello, pasó a trabajar como consultante del National Security Council, bajo el mando directo de Oliver North.

Apartado temporalmente del gobierno, a fines de los 80, Leeden reapareció, bajo el gobierno de Bush Jr. Con el apoyo de Douglas Feith, destacado estratega neocon y subsecretario de Defensa, Leeden fue empleado como consultante de la Oficina de Planes Especiales, lo cual presupone el acceso a materiales clasificados.

Los casos anteriores son apenas la punta del iceberg de las relaciones del movimiento neoconservador con los sionistas, al menos de sus más destacados personeros, que son, a la vez, altos funcionarios del gobierno de Bush Jr. Se conoce, por lo publicado en el diario israelí *Kol Yisrael*, el 3 de octubre de 2001, que a las preocupaciones sobre las posiciones de los Estados Unidos con respecto a Israel expresadas por Shimon Perez, Ariel Sharon respondió de la siguiente manera: “Quiero decirlo muy claro: no se preocupe tanto por las presiones que los Estados Unidos puedan ejercer sobre Israel. Nosotros, los judíos, controlamos a los Estados Unidos y los propios americanos lo saben”.³³

Cuando los neoconservadores acusan de “antisemitismo” a quienes señalan sus vínculos con el sionismo, nos recuerdan que también acusan de “antiamericanos” a quienes critican sus posiciones imperialistas disfrazadas de patriotismo. De hecho, ambas acusaciones forman parte de una misma estrategia de defensa basada en ataques verbales que escamotean la verdad y distorsionan los hechos.

La definición de “antiamericanismo” que aportan los neoconservadores y sus aliados sionistas es muy elocuente. En *Anti-Americanism and Anti-Semitism: A New Frontier of Bigotry*, ensayo en el que su autor –Alvin H. Rosenfeld, del American Jewish Committee–, cita a Paul Hollander, puede leerse:

Se trata de una peculiar actitud mental de desdén, aversión o intensa hostilidad, cuyas raíces se pueden buscar en asuntos

no relacionados directamente con los atributos actuales de la sociedad norteamericana o de su política exterior [...]. El antiamericanismo remite a una predisposición negativa, a ciertos prejuicios infundados, similar al racismo, el sexismo o el antisemitismo.³⁴

El “interés nacional” es el concepto clave para discernir qué hay de cierto en estas acusaciones contra los neoconservadores. De lo que este quiera decir y de la manera en que se considere deba ser preservado y promovido, dependerá la objetividad de las acusaciones. Cuando profundizamos en la comprensión neoconservadora del interés nacional de su país, se nos revela que las críticas son justas.

Los neoconservadores, que son implacables con sus enemigos ideológicos, no pueden esperar de estos una actitud diferente. Sus críticos son numerosos y provienen de todos los rincones del espectro político: de la derecha, del centro y de la izquierda; de dentro del país y de fuera de él. A pesar del inmenso poder que ostenta el movimiento y del que puedan llegar a adquirir en el segundo mandato de Bush Jr., quien quiera escribir el “Anti-Neo” tendrá dificultades, no por defecto, sino por exceso.

Las críticas desde la derecha contra los neoconservadores provienen, en lo fundamental, del campo de los conservadores tradicionales, al estilo de Pat Buchanan, y tienen como órganos de expresión a *The American Conservatives* y algunas páginas web personales, como la de Lew Rockwell. De manera resumida, los graves motivos de disenso que los separan de las ideas y la práctica de los neocons son:

- 1- Los elementos que conforman “el interés nacional norteamericano”, en manos de los neoconservadores, resultan “maleables e imprecisos” –según Thomas E. Woods Jr.–, de manera que “pueden ser siempre utilizados para justificar cualquier intervención militar foránea”.³⁵ Siguiendo esta lógica discursiva, Woods no duda en señalar que “[...] el ‘Proyecto para el Nuevo Siglo Americano’ de los neoconservadores brinda respaldo al imperialismo, en el Medio Oriente, en nombre de la seguridad nacional [...]. La invasión a Iraq, en el 2003, no ha favore-

cido los intereses norteamericanos: el país se encuentra más aislado que nunca en la arena internacional”.³⁶

- 2- El pacto de los Estados Unidos con Israel es considerado un grave error por los conservadores tradicionales y constituye una de las críticas más recurrentes que se hace contra sus principales arquitectos. En el artículo “Abusing the Holocaust”, Michael C. Desch denuncia que los neoconservadores y sus aliados sionistas, manipulando la historia del Holocausto, han logrado involucrar al país en sus aventuras en el Medio Oriente “[...] dificultando que piense con claridad acerca de sus verdaderos intereses y estimulándolo a desarrollar una política hacia Israel animada por las culpas históricas y las obligaciones morales”.³⁷ Debe recordarse que, como norma, los conservadores tradicionales mantienen una actitud racista hacia las minorías, incluyendo a los judíos.
- 3- En su artículo “The Perils of Hegemony”, Owen Harries critica la propensión neoconservadora a considerar la democracia como un producto de exportación. Advirtiéndolo, al igual que Martin Wight, “[...] que las Grandes Potencias ganan o pierden su status mediante la violencia y que ninguna de ellas muere en su cama”,³⁸ Harries considera que, a pesar de su hegemonía indiscutible, los Estados Unidos “no están preparados para ejercer esa hegemonía militar”, pues la guerra contra el terrorismo ha concentrado sus esfuerzos solo en la destrucción de los terroristas y de aquellos que los apoyan, pero debería incluir también “[...] el estímulo a la transformación de las condiciones que provocan el surgimiento del terrorismo y la creación de un orden internacional que le sea hostil”.³⁹ Se trata, apenas, de un reparo táctico, el cual parte de suponer a los neoconservadores debilidades idealistas, que estos jamás han tenido. Para Harries, “[...] la promoción de la libertad y la democracia [...] exige también mantener un necesario balance entre esos ideales y otros más mundanos, como los de la seguridad, el orden y la prosperidad”,⁴⁰ o sea, que los ideales deben ser conjugados con los intereses.

Buchanan –acerbo crítico de los neoconservadores–, les reprocha su doctrina militar que incluye la posibilidad y necesidad

de llevar a cabo guerras simultáneas en diferentes escenarios. Y dice, refiriéndose a Frum y Perle, pero haciendo extensivas sus acusaciones al resto del clan:

Ellos quieren que Bush expanda sus guerras, amplíe el teatro de operaciones, multiplique a nuestros enemigos, e ignore a nuestros aliados [...].

Para derrotar a Al Qaeda, es vital mantener la seguridad de nuestro país y defender nuestros intereses en el mundo islámico [...] no debemos permitir que los neoconservadores confundan nuestra guerra contra el terror con su guerra por la hegemonía.⁴¹

Es obvio que se trata de otra crítica táctica al movimiento rival.

4- Los neoconservadores no son considerados como verdaderos conservadores por los seguidores de Buchanan. “El problema de ellos –ha dicho Buchanan– es que son demasiado sionistas y muy poco conservadores”.⁴² Lawrence Kaplan, después de leer el libro de Perle titulado *An End to Evil* declaró: “Esto no es conservatismo sino liberalismo con dientes muy largos”.⁴³ Entre conservadores tradicionales y neoconservadores se abre un abismo infranqueable y ha surgido un conflicto irreconciliable: “[...] nuestros Padres Fundadores nos legaron el mandato de preservar la República, para lo cual nos indicaron mantenernos fuera de las guerras foráneas, eludir las alianzas permanentes y no intentar anexiones apasionadas de otras naciones”.⁴⁴

5- La desastrosa marcha de la guerra de Iraq, que es uno de los proyectos más caros del sueño neocon, ha provocado que los Estados Unidos, en opinión de los conservadores tradicionales, se adentren en una crisis de incalculables proporciones. Buchanan lo resume en un cuadro alarmante: “El índice Down Jones* está cayendo, el dólar se está hundiendo, nuestra dependencia

* Índices de precios de los títulos valores negociados en la Bolsa de New York. Debe referirse al Dow Jones Composite, el más conocido de todos, compuesto por el Dow Jones Utility Average, el Dow Jones Transportation Average y el Dow Jones Industrial Average.

del petróleo importado aumenta, tenemos una deuda interna cada vez mayor y las fuerzas armadas de los Estados Unidos están empantanadas ante una insurgencia mediana, en un país árabe mediano”.⁴⁵

Los conservadores tradicionales acusan especialmente a los neoconservadores, con toda razón, por su intolerancia y por las tendencias totalitarias y represivas que guían su movimiento. Paul Gottfried denuncia:

Los neoconservadores habitualmente calumnian a quienes no comparten sus puntos de vista y también a quienes disfrutaban beneficios del gobierno, u ocupan puestos que los neocons ambicionan ocupar [...].

Mi libro *The Conservatives Movement*, demuestra que la cacareada libertad académica que defienden los neoconservadores, jamás debe tomarse en serio.⁴⁶

En su artículo “Neocons and Free Speech”, Gottfried fue más categórico: “Conspirar contra la libertad ha sido la práctica habitual de este grupo”.⁴⁷

6- Los neoconservadores son acusados también por los paleoconservadores de ser:

[...] anti-occidentales y anti-cristianos, mendaces defensores de Israel [...].

[...] están animados por una mezcla de odios y objetivos revolucionarios a alcanzar, que van desde aborrecer a los alemanes y a los sureños blancos, hasta lograr el dominio de un imperio democrático global, junto con la derecha de Israel y aquellos americanos a los que esperan controlar.⁴⁸

7- Por último, los conservadores tradicionales acusan a los neoconservadores de estar influenciados por lo que llaman “el marxismo cultural”, debido a que muchos de sus exponentes proceden de la izquierda. Cuando los straussianos defienden “[...] el hegemónismo ideológico, defienden a las clases sociales asociadas

a él [...]. Son defensores de las clases dominantes, obscenamente recompensados por estas, ocupantes de altos cargos en instituciones izquierdistas, dentro de la burocracia gubernamental y en los tanques pensantes conservadores”.⁴⁹

Si las diferencias que oponen a los conservadores tradicionales y a los neoconservadores son por naturaleza tácticas y de matices, mucho más sustanciales son las que los contraponen a quienes los critican, desde la izquierda. Un buen ejemplo de ellos se encuentra en el artículo “Noeconservatism: Where Trotsky Meets Stalin & Hitler”, de Srdja Trifkovic, publicado en *Chronicles Magazine*, cuyas críticas esenciales contra los neocons, desde la izquierda, son:

- Los neoconservadores comparten con Stalin y Hitler una ideología nacional socialista con proyección internacional imperialista.
- De hecho, los neoconservadores no favorecen la libre empresa, sino un tipo de capitalismo de Estado, que se ubica dentro del contexto del aparato global del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, que Hitler hubiese apreciado mucho. [...] Son estadistas, por excelencia.
- Los neoconservadores no desean abolir el Estado, sino controlarlo, en especial si dicho Estado les permite controlar a los demás. No son patriotas, en ninguna acepción del término. No se identifican con los Estados Unidos reales e históricos, sino que ven al país como un organismo hospederero que les facilita sus ansias de poder [...]. Quieren que los Estados Unidos se conviertan en un super-Estado capaz de ser hegemónico y global.
- Su permanente aspiración a construir un imperio americano ultramarino se acompaña de la transformación del gobierno federal en un Leviatán libre de restricciones constitucionales.
- La fuerza dominante en el discurso neoconservador es la búsqueda psicótica del poder y su justificación, es el discurso “nacionalista”. [...] Al igual que Goebbels dio la bienvenida a los bombardeos de los aliados sobre Alemania, porque destruirían el viejo orden burgués de los relojes de cuco y los mazapanes, así la búsqueda psicótica de la gran-

- deza que propugna Bill Kristol, intenta eliminar los viejos Estados Unidos descentralizados de los salones de bingo y los juegos de las Ligas Menores.
- Los neoconservadores exigen crear un Nuevo Orden que contemple el control físico sobre otros pueblos y naciones. Incluso cuando hablan de “exportar la democracia” esta se entiende como un concepto ideológico: no implica la participación en los asuntos de gobierno de ciudadanos informados, ni el deseable contenido social y político que deben tener las decisiones populares [...]. Son predominantemente militaristas y totalitarios. Su doctrina estratégica se expresa en un énfasis en lo militar, conectado con cualquier amenaza a los Estados Unidos. [...] Buscan el adoctrinamiento de los jóvenes con tal de que arriesguen sus vidas, no por la defensa del honor o la seguridad de su patria, sino a partir de las misiones que se plantean engañando al público, para hacerlas políticamente aceptables.
 - La mentalidad neoconservadora es apocalíptica, antes que utópica. La sustitución de la amenaza soviética por un “terrorismo” amorfo refleja la acción de una mente que nunca descansa. Nuevas misiones y guerras se construyen y los pretextos se fabrican, de la misma manera en que se fabricó el “ataque” a la estación radial alemana de Gleiwitz, el 31 de agosto de 1939. Las herramientas para reforzar la aceptación doméstica de tales planes son similares: el Acta Patriótica que siguió al 11 de septiembre, de la misma manera en que la suspensión de la Constitución de Weimar siguió al incendio del Reichstag.
 - Michael Leeden escribió que “la destrucción constructiva” es la eterna misión de los Estados Unidos, dentro y fuera de sus fronteras y la razón que explica el odio de sus “enemigos”. “Ellos no se sienten seguros ante el solo hecho de que existimos y amenazamos su legitimidad. Intentan atacarnos para sobrevivir y nosotros debemos destruirlos para hacer avanzar nuestra misión histórica”. [...] En el pensamiento straussiano neoconservador, el que manda no requiere de normas morales, pues el único derecho natural existente es el derecho de los seres superiores a dominar a los inferiores.⁵⁰

En resumen, “[...] en esta forma de pensamiento, la de los neoconservadores, se expresa el mayor enemigo de los Estados Unidos, la mayor amenaza a su orden constitucional, a su modo de vida. El poder que persigue es para llevar a cabo el sueño escatológico del fin de la historia [...]”.⁵¹

Una importante arista de las críticas que se dirigen a los neoconservadores, desde la izquierda y la derecha tradicional, es la de ser un movimiento cuyo vertiginoso crecimiento y actual predominio se deben a la protección y financiamiento encubierto de la CIA, en los años de la Guerra Fría.

Un curioso artículo aparecido en 1997 en *The Rothbard-Rockwell Report* y reeditado en *leerockwell.com*, órgano de los paleoconservadores de Pat Buchanan, tiene por título una elocuente pregunta: “Neoconservatism: a CIA Front?”. En él se analiza, con abundancia de datos y revelaciones de primera mano, la manera en que la CIA penetró o creó, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, numerosos periódicos, revistas, estaciones de radio y televisión bajo el pretexto de una amenaza soviética inexistente que, no obstante, “como una quimera, sirvió para mantener a raya a las masas”.

En este artículo –nada sospechoso de simpatizar con las ideas de izquierda–, se revela que en aquellos años la CIA llegó a dedicar el 29% de su inmenso presupuesto a asuntos relacionados con “los medios y la propaganda” y que uno de sus principales objetivos fue “[...] desacreditar las indeseables actitudes parroquiales que fundamentaban los deseos de paz. Fue necesario, particularmente en Europa, inocular al público contra el virus de la neutralidad”.⁵² En los años 70 “[...] el presupuesto de la CIA dedicado a la propaganda, según la organización Public Information Resource, excedía los 285 000 000 de USD, que era mayor que los presupuestos combinados de Reuters, UPI y AP”.⁵³

Los autores de este revelador artículo significan, que:

[...] el movimiento conservador que culminó con el ascenso de Ronald Reagan a la presidencia, fue un resultado de esos turbulentos años de la Guerra Fría y probablemente, producto de intervenciones de las agencias de seguridad del Estado en los asuntos políticos internos, que muchos de sus

protagonistas no están en condiciones de reconocer. Los más belicosos guerreros del campo neoconservador y los más inveterados intervencionistas de la *National Review* hunden sus raíces en esos esfuerzos propagandísticos de la CIA.⁵⁴

Las relaciones directas entre la CIA y el movimiento neoconservador, según los paleoconservadores, se remontan a los años 60, y afirman:

El papel jugado por la CIA en el establecimiento de la influencia neoconservadora puede ubicarse a fines de los 60, pero es un hecho oscurecido por las reiteradas negativas de los actores principales a reconocer lo que sabían sobre semejantes financiamientos secretos. La organización primaria creada con estos fines fue el Congress for Cultural Freedom, dirigido contra los partidarios del stalinismo, que organizó una cruzada intelectual contra la URSS, supuestamente desde la izquierda. La revelación de que el Congreso era un frente de la CIA, dañó su credibilidad, a pesar de los esfuerzos de la Ford Foundation para mantenerlo a flote. El Congreso desapareció, pero como señala Justin Raimondo [en su artículo de 1993 “Reclaiming the American Right”] sus principales organizadores se dieron a conocer luego como neoconservadores.

[...] Entre los organizadores del Congreso estaban James Burnham, Irving Kristol, Gertrude Himmelfarb, Daniel Bell, Arthur Schlesinger, Lionel Trilling y Sidney Hook.

[...] Hoy, Kristol es el Rey Svengali del mundo conservador.⁵⁵

Viniendo de tales orígenes, no es de extrañar que todavía se continúe sospechando del nexo existente entre los neocons y la CIA, y de la *National Review* como “operación de la CIA”, debido a que cuenta con cuatro ex agentes de la Compañía entre sus redactores (Buckley, Kendall, Burnham y William Casey). No es de extrañar tampoco que “[...] el dinero fluya hoy, como miel y leche, hacia los activistas neoconservadores, desde las mayores fundaciones conservadoras”.⁵⁶

Una de las aristas más criticadas del movimiento neoconservador es su absoluta falta de escrúpulos en lo relacionado con el dinero, o lo que es lo mismo, su propensión demostrada a la corrupción desenfrenada. Sus exponentes no se detienen ante conflictos de intereses u otras restricciones morales:

Dedicados a la subversión de la democracia por varios medios, entre ellos las campañas financieras, la manipulación de las máquinas de votar, las manipulaciones electorales, las alianzas políticas por interés –se dice de ellos en el artículo correspondiente a *disinfopedia*–, los neoconservadores mantienen algo en común: la preocupación por conservar el poder, porque este les garantiza el acceso al dinero.

Se diferencian de los conservadores tradicionales en el nivel de preocupación que sienten por la corrupción. Mientras estos observan códigos éticos, eluden los conflictos de intereses y velan por su reputación, los neoconservadores, tanto los norteamericanos, como los israelíes, no sienten preocupación alguna por tales temas.⁵⁷

Las relaciones familiares y las alianzas entre los neocons son tan comunes que cualquier observador imparcial no podrá menos que sospechar de la manera en que reparten las generosas donaciones con las cuales las grandes corporaciones los sostienen, o los privilegios y el poder que significan ocupar altos cargos gubernamentales.

“Contrariamente a lo que indican las apariencias –denuncia Jim Lobe en su artículo ‘All in the Neocon Family’, publicado el 27 de marzo de 2003, en *alternet*–, los neoconservadores no constituyen un movimiento político, sino un pequeño club exclusivo, caracterizado por sus relaciones incestuosas y sus conexiones personales”.⁵⁸

Las denuncias de Jim Lobe están suficientemente documentadas, como para llevarnos a comparar a los neoconservadores con el clan de los Borgias, por sus desmanes y su nepotismo:

- Irving Kristol está casado con Gertrude Himmelfarb, cuyos estudios sobre la Era Victoriana inspiraron a quienes ven-

- dieron a Bush la idea del “conservatismo compasivo”. [...] El hijo de esta orgullosa pareja no es otro que William Kristol, el Delfín del movimiento, editor de *The Weekly Standard* y fundador en 1997 del “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” [...].
- El discípulo más aventajado de Irving Kristol es Richard Perle [...] que está casado con la hija de Albert Wohlstetter, quien fue también profesor de Paul Wolfowitz.
 - Otro protegido de Perle es Douglas Feith, el segundo de Wolfowitz, hijo, a su vez, de Dalck Feith, un empresario de Filadelfia, seguidor del líder sionista Vladimir Jabotinsky [al igual que Leo Strauss].
 - Michel Leeden, colaborador de Perle en el American Enterprise Institute, está casado con Bárbara Leeden, fundadora y directora del anti-feminista “Independent Women’s Forum”. Perle, Feith y otro matrimonio neoconservador, el formado por David y Meyrav Wurmser, escribieron en 1996 un memorándum para Benjamín Netanyahu, solicitándole romper los Acuerdos de Oslo e invadir Iraq.
 - Dick Cheney está casado con Lynne Cheney [quien presidió la National Endowment for Humanities en el gobierno de Bush Jr.]. Cheney recientemente nombró a Victoria Nuland en el cargo de viceconsejera para la Seguridad Nacional, quien es esposa de Robert Kagan, cofundador del PNAC y camarada de Bill Kristol.
 - El padre de Robert Kagan es Donald Kagan, historiador de Yale, ex demócrata convertido en neoconservador en los años 70. A principios de 2000, Donald Kagan, junto a Frederick, su otro hijo, escribió el libro *While America Sleep*, una clarinada en pos de mayores gastos militares.
 - Elliott Abrams, director de Asuntos del Cercano Oriente en el Consejo de Seguridad Nacional de Bush Jr., es yerno de Norman Podhoretz y de su esposa, la escritora neoconservadora Midge Decter, quien fuera, junto a Podhoretz, una de las principales líderes del Committee for Present Danger, en 1980, cuando trabajaron junto a Donald Rumsfeld. Los Podhoretz son también los padres de John Podhoretz, comentarista del *New York Post* y de *Fox News Channel*.

- Entre los protegidos de Podhoretz se encuentran Jeanne Kirkpatrick y Richard Pipes, asesor de Reagan para asuntos relacionados con la URSS. El hijo de ambos, Daniel Pipes, es también un destacado periodista neoconservador.⁵⁹

Este clan, en opinión de Jim Lobe, ha utilizado sus estrechas relaciones familiares y sus contactos para lograr el control del gobierno de Bush y de esta manera, controlar el futuro de la política exterior de los Estados Unidos.

Uno de los críticos de la manera en que los neocons llevan adelante la política exterior del gobierno de Bush Jr., es James P. Pinkerton, columnista del *Newsday* desde 1993, comentarista del *Fox News Channel* y antes, colaborador de Ronald Reagan y Bush Sr., entre 1980 y 1992. En este caso, el Anti-Neo se escribe desde la derecha más abiertamente fascista, como lo demuestra su artículo “7 Habits of Highly Effective Imperialists”, publicado el 11 de octubre de 2004, en el *American Conservatives*.

Parodiando el título del libro de Stephen Covey, un best seller de auto-ayuda titulado *The 7 Habits of Highly Effective People*, Pinkerton critica la cruzada para extender los beneficios del americanismo al resto del mundo, especialmente al Medio Oriente, ya que no ha sido efectiva y, por lo tanto, ha llegado el momento de unir la magia de Covey a los esfuerzos imperiales del Tío Sam dando a conocer a los tanques pensantes los “7 Hábitos del Imperialismo Altamente Eficaz”. Estos, en su opinión, son:

- 1- Tome en serio su imperialismo: el Gran Juego no es para diletantes: si los Estados Unidos tomasen en serio su imperialismo, estarían implementando la enseñanza masiva a sus niños de lenguas como el árabe, el pashtu, el dari, el farsi, el urdu y más importante aún: preparando a sus hijos para el servicio en ultramar. [...] En vez de ello, los seguidores de Feith lo empeoran todo enviando a Iraq a gente carente de habilidades, como a Michael Fleischer [hermano de Ari Fleischer] y a Simone Leeden [hija de Michael Leeden] para ocupar posiciones destacadas en la Autoridad Provisional de la Coalición.

- 2- Acepte a los locales como a usted mismo: Esto es difícil de lograr, se sabe: no debe esperarse que lo quieran la gente a la que usted asesina.
- 3- No se guíe por ninguna regla: si el Hábito 2 no funciona, inténtelo con el Hábito 3. Cuando los romanos tuvieron problemas con Cartago, demolieron la ciudad y regaron el suelo con sal [...]. En las posesiones geopolíticas por conquista, masacrar a la población aborigen es equivalente a nueve décimos de la Ley [...] eso es genocidio, pero ha demostrado ser eficaz.
- 4- ¿Dispone de aliados? Va a necesitar algunos: Cuando los Estados Unidos han luchado junto a sus aliados, desde la Primera Guerra Mundial hasta la Guerra del Golfo [...], la lucha ha sido efectiva. Cuando ha peleado de manera unilateral, como en Vietnam y en Iraq, ha sido inefectivo. [...] Los aliados son útiles, especialmente si son ogros.
- 5- Sea realista: En el 2003, el Carnegie Endowment for International Peace estudió los mayores esfuerzos realizados por los Estados Unidos para “construir naciones”, hallando que solo cuatro de ellos tuvieron éxito—Alemania, Japón, Granada y Panamá—, mientras que 12, entre los que se encuentran Haití, Nicaragua y Vietnam, fueron ineficaces.
- 6- Retírese rápidamente y deje en su lugar un gobierno títere: El imperialismo eficaz utiliza sustitutos para las ocupaciones prolongadas.
- 7- Déjese arrastrar por la tragedia, pues ella está ya en camino: Hoy la lucha en Iraq es asimétrica: nuestros F-16 contra sus Ak-47, pero mañana las acciones asimétricas pueden alcanzar el territorio de los Estados Unidos: sus armas de destrucción masiva contra nuestras ciudades.⁶⁰

La conclusión a la que arriba Pinkerton es clara: “Hasta ahora, los norteamericanos solo han sido eficaces en Iraq en lo tocante al gasto de dinero [...]. Si los norteamericanos desearan prepararse para vivir según estos Hábitos, podremos mirar al futuro, o por lo menos, pacificar Fallujah”.⁶¹

La manera bárbara y despiadada en que se “pacificó” Fallujah, siguiendo los simpáticos consejos de Pinkerton, apelando a la

evacuación forzosa de sus habitantes, el bombardeo indiscriminado de sus barrios, la masacre de quienes resistieron los ataques, y el asesinato impune de prisioneros y combatientes heridos, demuestra que sus recomendaciones, basadas en doctos análisis históricos, siguiendo la línea clásica de Strauss y Albert Wohlstetter, fueron escuchadas y que la epopeya sangrienta que comienza cuando algún neocon encumbrado hojea una obra de Platón o una historia del Imperio Británico, siempre terminará con el genocidio de quienes se crucen en el camino de sus planes de expansión y con la demolición, hasta los cimientos, de mezquitas, bibliotecas, museos, sitios arqueológicos o simples viviendas, aunque a esta aristocracia imperial de nuevos ricos les falte el sentido simbólico del poder, el dominio de la poética de dominación que expresaron los romanos cuando regaron con sal las ruinas ensangrentadas de la rival Cartago.

Hoy todo es más prosaico, más perecedero, con menos clase, hasta los imperios: lo que quede de las naciones conquistadas y “liberadas” se distribuirá entre las corporaciones —como la Halliburton—, que son, a fin de cuentas, las que pagan a quienes alertan, organizan, provocan y desatan las guerras de expansión infinitas y lo hacen, debe decirse, con largueza, para que sus arcas puedan luego henchirse con los frutos de la rapiña. Inversiones de riesgo, es cierto, ¿pero qué capitalista de pura cepa no ama arriesgarse en la Bolsa?

Para los ingenuos y optimistas a ultranza, tres nuevos elementos han venido a demostrar que el clan neoconservador —protagonista del autogolpe de Estado del 11 de septiembre de 2001 y que tiene en Bush su dócil mascarón de proa—, lejos de aplacar, ha fortalecido sus ímpetus totalitarios e imperialistas, a pesar del rechazo mundial y la tragedia de Iraq.

Estos mismos cándidos que se remiten seráficamente, una y otra vez, al escrutinio del pasado histórico de los Estados Unidos, buscando augurios apaciguadores sobre los segundos mandatos de los presidentes belicosos, o sobre las reservas morales y constitucionales de la nación, no han comprendido aún que se enfrentan a un monstruo inédito, decidido a desmentir todos los augurios precedentes y a pisotear todos los límites, constitucionales o morales, que intenten oponerse a su marcha.

Como en los mejores filmes de terror norteamericanos, donde la protagonista descubre que el asesino está ya dentro de la casa, el Mal que los neoconservadores dicen perseguir, por lejanos y oscuros rincones del planeta, se ha instalado, definitiva y jubilosamente, en el mismo corazón de la nación y según las neo-utopías, para siempre.

Este clan de poder, a la vista de la debacle de los demócratas en las elecciones de 2004, sin enemigos organizados y poderosos que puedan actuar como contrapeso interno, dentro de las reglas constitucionales norteamericanas, despreciador de la opinión pública nacional y mundial, ensoberbecido con su aplastante poder militar y económico y con el cheque en blanco que les extendió la reelección de Bush Jr., no piensa abandonar el poder jamás, no, al menos, por las vías “democráticas” por las que lo obtuvo, remedando al tahúr que después de alzarse con un jugoso botín, decide cambiar las reglas del juego, para su propio provecho.

Ni los neoconservadores, ni las corporaciones que los amantan, ni las agencias de inteligencia que los protegen y promueven, ni el complejo militar-industrial que se beneficia enormemente con las guerras que desatan, aceptarán volver a la incierta situación de un mundo medianamente pacífico y estable, ni se inclinarán, voluntariamente, ante presidentes menos dóciles, o que ordenen menos bombardeos e invasiones que Bush Jr.

Para que se instaure el milenio prometido, la *Pax Americana* soñada, apelarán a cualquier método, por monstruoso que sea, incluso los atentados terroristas más apocalípticos que se puedan imaginar; las amenazas exteriores más tremebundas que se puedan organizar; las crisis económicas, migratorias o climáticas más insalvables, que se puedan desatar; y los desafíos más peligrosos en materia de epidemias humanas, desarrollo de las tecnologías o propiedad intelectual que se puedan presentar.

Al fin, después de una prolongada fiesta de disfraces galantes, en un salón decorado con consignas falsas (“democracia”, “libertad”, “derechos humanos”, “compasión”, “libertad de expresión”, etc.), ha llegado el amanecer y el momento en que se echan a un lado las máscaras, dejando al descubierto, en todo su horror, los verdaderos rostros del capital, los más celosamente escondidos bajo los oropeles, los menos atractivos y glamorosos, los de

piel llagada por la injusticia, la explotación y el egoísmo implacables que los caracterizan.

Al fin se han transparentado los mecanismos de dominación finales del sistema, con el ascenso al poder de los neoconservadores, su última y desesperada carta de recambio, jugadores rentados, sacados de contrabando del equipo rival, que van al terreno con las tácticas y métodos de lucha aprendidos antes, con signo cambiado, destinados a batir a sus antiguos camaradas de armas.

Un capitalismo decadente y parasitario que ha venido sorteando crisis, transfigurándose desde la barbarie más cruda de la acumulación original, la expansión colonial, las matanzas de las guerras imperialistas, la represión más tenaz contra sus disidentes y los pueblos que han osado enfrentarlo, hasta adquirir la imagen amable que de él nos vende Hollywood, o que se disfruta durante los cortos intervalos, aparentemente menos agresivos, del Camelot de John F. Kennedy, la presidencia parroquial de un sonriente Jimmy Carter, o el mandato de Bill Clinton, lector de García Márquez y pasable intérprete del saxo, llega, con la presidencia de Bush Jr., afortunado interlocutor de Dios, al paroxismo de sus fobias y manías, capaz de matar y reprimir a plena luz del día, para que no mermen sus ganacias, ejecutando una cabriola dialéctica de 360 grados, para terminar mordiéndose la cola, regresando a sus inicios, asesinando a la República para que viva, efímeramente, el Imperio.

Deslindados los campos, eliminado lo superfluo, reveladas las esencias más celosamente escondidas, el sistema y sus más leales servidores han aprovechado este primer mes de 2005 para dar tres pasos importantes, símbolos de los nuevos tiempos, fin de toda esperanza de moderación, señales inequívocas de lo que está inscrito, con letras de sangre, en los Libros Imperiales de las Profecías:

I- Irán ha sido escogido, aunque aún no se ha proclamado de manera oficial, como el próximo blanco de ataque imperial, el siguiente oscuro rincón del planeta que debe ser desinfectado por los marines y las bombas inteligentes del Pentágono, antes de que la Halliburton, Alma Máter de Dick Cheney, comience la explotación de sus yacimientos petroleros.

Un curioso artículo de Seymour M. Hersh –conocido por sus revelaciones sobre las torturas en Abu Ghraib–, fue publicado el pasado 17 de enero, en una edición de *The New Yorker*, bajo el título de “The Coming Wars”. Lo esencial de las “revelaciones” –obtenidas de una fuente no identificada, a la que se caracteriza como “un alto ex oficial de inteligencia”–,⁶² se resumen en los siguientes puntos:

- La próxima campaña militar a desarrollar, dentro del Medio Oriente, es la campaña iraní. Los programas nucleares que lleva a cabo Irán, lo situán “[...] entre tres y cinco años de lograr la producción independiente de cabezas nucleares”.⁶² A los esfuerzos negociadores europeos [Francia, Alemania y Gran Bretaña], se han negado a unirse los Estados Unidos, pues “[...] los neoconservadores creen que las negociaciones son un mal negocio [...] y que el único lenguaje que entienden los iraníes, es el de la presión”.⁶³
- El gobierno de Bush “[...] ha estado llevando a cabo operaciones secretas de reconocimiento dentro de Irán, desde el verano pasado, con el objetivo de acopiar información de inteligencia acerca de tres docenas de sitios donde se ubican misiles químicos, nucleares o biológicos”.⁶⁴ Para estas operaciones se han utilizado fuerzas especiales norteamericanas, conocidas como “Gray Fox”, con el apoyo de agentes locales reclutados, contando con información aportada por Israel y Pakistán. Los planes para un ataque contra Irán “[...] han sido actualizados [...] previéndose realizar la invasión terrestre desde Afganistán, Iraq y las nuevas bases que los Estados Unidos poseen en Asia Central”.⁶⁵
- Tratan de justificar el ataque contra Irán, no solo por el desarrollo de sus programas nucleares, sino también porque es necesario “[...] eliminar el aura de invencibilidad que rodea a los mullahs y su capacidad de enfrentar a Occidente”,⁶⁶ lo cual remite a las razones brindadas por Mark Falcoff para eliminar a Cuba, en su conferencia ante el público del American Enterprise Institute.
- Las operaciones paramilitares que antes realizaba la CIA han sido transferidas al Pentágono, bajo órdenes ejecutivas que brindan amplias facultades para “hallar y destruir blancos terroristas” alrededor del mundo, incluso en países aliados de los

Estados Unidos. La cadena de mando de la que depende el cumplimiento de tales órdenes se reduce a tres personas, el secretario Donald Rumsfeld, el general William G. Boykin y el subsecretario para la Inteligencia, Stephen Cambone, cuyo nombre aparece mencionado entre los que autorizaron el uso de la tortura en Abu Ghraib. Es interesante destacar que tanto el Secretario como el Subsecretario forman parte de la elite neoconservadora desde los días iniciales del “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”. Es sintomático que el poder absoluto otorgado a Rumsfeld para actuar “rápido, decisiva y letalmente” convierte al mundo “en una zona global de tiro libre”, sin necesidad de autorización previa, ni de supervisión posterior del Congreso.

Y el ingrediente más peligroso de semejante situación:

[...] militares norteamericanos están autorizados a hacerse pasar, en el exterior, por corruptos empresarios que buscan contactos para el tráfico clandestino de sistemas usados en el armamento nuclear. En algunos casos, de acuerdo con asesores del Pentágono, ciudadanos locales serán estimulados a unirse a grupos guerrilleros o terroristas, lo que los involucrará, potencialmente, en operaciones combativas o terroristas, incluso, en naciones donde existen embajadas o estaciones CIA de los Estados Unidos, que no necesariamente serán informadas con antelación, según las nuevas normas.⁶⁷

No es necesario gozar de una imaginación desbordante para comprender que no habrá gobierno, fuerza política o simple ciudadano que no pueda ser involucrado, directa o indirectamente, en acciones de este tipo, siempre que el Imperio desee “fabricar” pruebas que permitan su eliminación.

En silencio y en secreto, la doctrina neoconservadora de la guerra preventiva ya de por sí peligrosa, se acaba de complementar con algo aún más sórdido e inquietante: el reconocimiento a la legalidad de la fabricación de motivos artificiales y de provocaciones que amparen acciones militares de respuesta, algo con

lo que no osaron soñar quienes se involucraron secretamente en la explosión del *Maine*, el hundimiento del *Lusitania*, el ataque a Pearl Harbor, el incidente del golfo de Tonkin y los ataques del 11 de septiembre de 2001.

II- La publicación por la Heritage Foundation que forma, junto a la Rand Corporation y el American Enterprise Institute, la Santísima Trinidad del movimiento neoconservador, del nuevo documento programático, de 156 páginas, que sustituye al “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”, el cual recoge las tareas que cumplirá por el gobierno de Bush, durante su segundo mandato. Este nuevo plan de la Contrarreforma neoconservadora, conocido como “Mandate for Leadership: Principles to Limit Government, Expand Freedom, and Strengthen America”, dado a conocer el 11 de enero de 2005, será evaluado periódicamente, comenzando en febrero y servirá para presionar al Presidente y a su equipo de gobierno, cuando se muestren lentos o desobedientes en cumplir las tareas asignadas, pues para ello se permitió su reelección. Continúa la tradición de la primera edición del “Mandate...”, de 1980, que recogía, en 1 100 páginas, las tareas a enfrentar por la administración de Ronald Reagan, por lo que se le conoció como “la Biblia de Reagan”.

Los principios cardinales que fundamentan este “Mandate...” son, según sus redactores:

- La libre empresa.
- El gobierno limitado.
- La libertad individual.
- Fuerte defensa nacional.

Para sus promotores, el “Mandate...” “[...] es un manual para que los legisladores responsables puedan convertir esos principios en políticas y un calificador para que los ciudadanos se aseguren de que lo hagan”.⁶⁸

No es necesario comentar todos los acápites del documento, baste señalar que abarca objetivos concretos a lograr para la

limitación y tamaño del gobierno federal (limitación del gasto federal, reforma de las regulaciones federales, restauración del poder de las cortes de justicia y fortalecimiento del federalismo), y el fortalecimiento de la sociedad civil (combinación de una inmigración sensible con la asimilación, protección de la institución del matrimonio, desarrollo de la educación, promoción del papel de la religión y de las instituciones religiosas), pasando por lo que se define como “aseguramiento de la libertad económica y del crecimiento económico”, “la combinación de la libertad con la responsabilidad” (reforma del Seguro Social, reforma del Seguro Médico), “garantizar eficientemente la seguridad de los norteamericanos” (librar la guerra contra el terrorismo en muchos frentes, proteger la patria, transformar las fuerzas armadas del país), “creación de una política exterior que garantice la paz y la soberanía de los Estados Unidos” (nueva política hacia Europa, uso de la diplomacia pública con fines defensivos, crear la seguridad energética del país y dirigir la “estabilidad” en Asia) y por último, “promover la libertad a través del comercio y las instituciones internacionales” (la protección de los intereses de los Estados Unidos a través de las instituciones internacionales, el desarrollo de estrategias de desarrollo económico basadas en el libre mercado y la promoción de la libertad económica mediante el comercio).⁶⁹

Cada uno de los grandes principios y objetivos enunciados se concreta en principios y objetivos específicos, por ejemplo:

- “Librar la guerra contra el terrorismo en muchos frentes”, misión parcial que pertenece al objetivo estratégico de “Garantizar eficaz y eficientemente la seguridad de los norteamericanos”, se concreta en los siguientes principios y objetivos parciales:

Principios:

- a) La guerra contra el terrorismo es, en esencia, una guerra contra los grupos islámicos militantes.
- b) Para vencer, los Estados Unidos deberán trabajar con sus aliados musulmanes que se oponen al terrorismo.

El Apocalipsis según San George

- c) Los Estados Unidos y sus aliados deberán derrotar, no solo al terrorismo islámico, sino también a los Estados, movimientos y partidos políticos que apoyan a los terroristas.
- d) La batalla de las ideas es decisiva para llevar a buen término la guerra.

Objetivos parciales a alcanzar:

- a) Matar o capturar a los jefes principales de Al Qaeda y a los líderes de los grupos afines.
- b) Otorgar la más alta prioridad a la derrota del terrorismo en tres frentes claves: Pakistán-Afganistán, Iraq y Arabia Saudita.
- c) Sancionar, aislar, minar y reemplazar a los regímenes que apoyen al terrorismo.
- d) Trabajar con líderes musulmanes e intelectuales moderados que se oponen al terrorismo para aislar, desacreditar y derrotar a las organizaciones islámicas hostiles a los Estados Unidos.
- e) Llevar a cabo una batalla de ideas global para desacreditar la visión totalitaria que tiene Bin Laden sobre el Islam.
- f) Trabajar para prevenir la proliferación de armas de destrucción masiva, particularmente, en los Estados delincuentes, como Irán y Siria.⁷⁰

– “Proteger los intereses de los Estados Unidos, a través de las instituciones internacionales”, pertenece al objetivo estratégico “Promover la libertad mediante el comercio y las instituciones internacionales”. Sus principios y objetivos parciales a lograr son:

Principios:

- a) Los Estados Unidos no mantienen alianzas permanentes, sino intereses permanentes.
- b) Los Estados Unidos no deben nunca depender de la aprobación de organizaciones internacionales o de otras

naciones, para desplegar políticas que protejan sus intereses nacionales.

- c) Los Estados Unidos continuarán participando en negociaciones y tratados, así como en instituciones internacionales, cuando sea apropiado, pero esta participación se debe considerar como un medio y no un fin en sí mismo.

Objetivos parciales a alcanzar:

- a) Participar en organismos multilaterales, como la ONU, guiándolos hacia políticas que se correspondan con los intereses y prioridades de los Estados Unidos.
- b) Reformar las instituciones regionales a fin de hacerlas más flexibles para dar respuesta a las necesidades de los Estados Unidos.
- c) Trabajar con la ONU y otros organismos internacionales siempre que sea posible, pero dejándoles saber, con claridad, que la política de los Estados Unidos no queda sujeta a su aprobación.
- d) Continuar participando en las negociaciones y tratados internacionales, garantizando que no afecten los intereses de los Estados Unidos.⁷¹

- “Desplegar estrategias de desarrollo económico basadas en el libre mercado”, lo que pertenece al objetivo estratégico “Promoción de la libertad mediante el comercio y las instituciones internacionales”, cuyos principios y objetivos parciales a lograr son:

Principios:

- a) La asistencia económica prestada a través de las naciones o las instituciones financieras internacionales ha fallado al intentar contribuir al desarrollo de las naciones pobres.
- b) Los países que abrazan la libertad económica crecen más económicamente que aquellos que restringen el mercado a través de regulaciones y políticas restrictivas.

El Apocalipsis según San George

- c) La ayuda exterior no es capaz de reemplazar a las buenas políticas internas.

Objetivos parciales a lograr:

- a) Eliminar la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID).
- b) Apoyar el programa “Millennium Challenge Account”.
- c) Eliminar el Fondo Monetario Internacional.
- d) Adoptar las recomendaciones de la Comisión Meltzer, para la reforma del Banco Mundial.
- e) Promover el comercio libre y las inversiones.⁷²

Como puede apreciarse, el “Mandate...” no deja esfera de la actividad humana, gubernamental, nacional o internacional, sin intentar reorientar para que apoyen, o se subordinen a los intereses hegemónicos de los Estados Unidos. Es, ni más ni menos, un ultimátum del Imperio al resto de las naciones y pueblos del planeta.

III- El discurso inaugural del segundo mandato de George W. Bush, pronunciado el 20 de enero de 2005, en Washington, es la síntesis de los peligros que amenazan a la humanidad a manos de los entusiastas neoconservadores que han jurado “liberarla” de las tiranías.

La ceremonia inaugural, a un costo directo de 40 000 000 de dólares, sin contar los gastos indirectos en seguridad, de los cuales la Casa Blanca forzó a las autoridades de la ciudad de Washington a asumir 17 000 000, fue una verdadera orgía imperial. La lista de los mayores donantes para la celebración podría servir como guía de negocios corporativos: Coca Cola, American Bankers Association, Chevron-Texaco, Bank of America, Exxon Mobil, JP Morgan Chase, National Association of Home Builders... El Hotel Ritz-Carlton adquirió rosas amarillas por 20 000 dólares. El costo del paquete inaugural del Fairmont Hotel fue de 10 000 USD, e incluía caviar Beluga y Don Perignon en la recepción, un *Rolls Royce* con chofer y dos actores posando como agentes del Servicio

Secreto junto a los huéspedes. El precio de una estancia en la suite presidencial del DC's Mandarin Oriental, con limusina *Mercedes Benz* incluida, ascendió a 200 500 USD.⁷³

Se ha calculado que, solo con el dinero utilizado por el gobierno para la coronación imperial, se podría haber vacunado y brindado atención médica preventiva a 22 000 000 de niños de los países asiáticos afectados por los tsunamis, o garantizar los estudios, por un año, a 1 160 000 niñas afganas.

Pero lo más chocante de estas celebraciones no fue el jolgorio ni los gastos exorbitantes, en medio de un mundo devastado por crisis, pobreza crónica, desastres naturales y guerras. Ni siquiera que mientras la Sra. Bush lucía, en uno de los nueve bailes programados, su deslumbrante modelo de Oscar de la Renta, se torturaba a los prisioneros en Guantánamo, las mazmorras de Iraq o Afganistán, o saltaban por los aires soldados americanos emboscados por la resistencia iraquí. Lo más chocante es que mientras todo eso ocurría, su marido, el Sr. Presidente, leía un discurso de 20 minutos en el que la palabra “libertad” se repetía 49 veces.

Según Bush Jr., notablemente influido por el pensamiento neoconservador expresado en un libro de Natan Sharansky —ex disidente soviético y actual ministro israelí—, “[...] la única fuerza en la historia capaz de destrozarse el reinado del odio y los resentimientos, las pretensiones de la tiranía y recompensar las esperanzas de la gente decente y tolerante, es la libertad”.⁷⁴ Para que se preserve “[...] la libertad de que disfruta el pueblo norteamericano debe garantizarse la libertad al resto del mundo”.⁷⁵

Esta afirmación marca un hito en el discurso declamatorio imperial: después de la globalización de la economía norteamericana, asistimos a la globalización de “la libertad”, al estilo norteamericano, mediante métodos norteamericanos. Se trata de que “[...] los Estados Unidos apoyan el auge de los movimientos y las instituciones democráticas en cada nación y cultura, con el objetivo último de acabar con las tiranías en el mundo”,⁷⁶ lo cual significa que donde se crea que la libertad esté en peligro (y eso lo deciden los funcionarios neoconservadores e imperialistas del gobierno de Bush Jr.), termina de inmediato la soberanía nacional y la libertad de los demás. Un artículo de

Maureen Dowd, aparecido en *The New York Times* el mismo día de la toma de posesión, no puede menos que sentenciar: “La única ecuación que conocen los bushistas es Poder = Derecho”.⁷⁷

Intentando justificar y hermohear las llagas de las intervenciones en el extranjero y de limpiar la sangre que mancha las manos de los encargados de llevar “la libertad hasta los últimos rincones oscuros del planeta”, Bush declaró que “[...] el país ha aceptado deberes difíciles de cumplir y poco honorables de abandonar”,⁷⁸ calificando de “idealistas” a los agentes de inteligencia y a los diplomáticos del Imperio, los mismos que tienen como tarea subvertir a gobiernos foráneos, interrogar y torturar detenidos y promover la expansión imperial.

Para el logro de los objetivos enunciados, Bush Jr. pidió a los jóvenes norteamericanos que se entreguen a la causa del Imperio, sin reservas ni críticas, como buenos legionarios. “Crean la evidencia que tienen ante sus ojos –les dijo–. [...] Ustedes han visto que la vida es frágil, que la maldad es real y que el coraje triunfa”,⁷⁹ esbozando las transformaciones internas que llevará a cabo para crear lo que llama, en delicioso eufemismo sacado de algún manual de “capitalismo popular” de la década del 50, “la creación de una sociedad de propietarios”, el sueño corporativo destinado a crear sólidas clases medias como antídoto contra las protestas sociales y las revoluciones, lo que se intentará lograr, en el caso de los Estados Unidos, privatizando las obligaciones del Estado hacia sus ciudadanos.

Es probable que en el mes de febrero de 2005, cuando los neoconservadores de la Heritage Foundation efectúen la primera revisión del cumplimiento por parte del gobierno de su “Mandate for Leadership”, consideren el discurso de toma de posesión de Bush, como la primera tarea cumplida y pongan a su lado un orgulloso “neo-check mark”.

Los augurios de enero de 2005 son nefastos para la humanidad y en primer lugar para el pueblo y las instituciones de los Estados Unidos. Tras largas disquisiciones teóricas se abre paso, cada vez más, la noción de que la nación ha dejado de ser una República y vive bajo las reglas del Imperio y no de cualquier Imperio, sino de un Imperio fascista.

“Hello: You are Now Living in a Fascist Empire”, es el nombre de un ensayo de Carolyn Baker, publicado el 8 de noviembre de 2004, en el sitio web de *Clearing House*, cuyos argumentos resuenan con fuerza dramática por estos días inciertos:

Lo que pocos norteamericanos comprenden, a pesar de las astutas observaciones de millones de personas del resto del mundo, es que ya estamos viviendo en un Imperio, no en una democracia [...]. Dentro de cuatro años [o sea, al concluir el segundo mandato de Bush] la llamada República Democrática de los Estados Unidos estará irreconocible. Veremos la Corte Suprema llena de cristianos fascistas y maníacos, las invasiones de Siria, Irán, Corea del Norte y Colombia, por mencionar solo algunos países [...]. Versiones infinitas del Acta Patriótica, con las adiciones correspondientes, se convertirán en ley nacional y otro ataque terrorista, deliberadamente planeado, orquestado y financiado por personas del gobierno, del sector energético y de las finanzas, ciertamente ocurrirá, lo cual hundirá al país en el Código Rojo y la Ley Marcial.⁸⁰

La alerta de Carolyn Baker no es exagerada. La simple enumeración de las 14 características del fascismo, según el profesor Lawrence Britt, apuntadas tras estudiar los rasgos comunes del fascismo alemán, italiano, español, chileno e indonesio y la constatación de lo que ocurre hoy en el seno de la sociedad norteamericana, permite llegar a conclusiones no menos alarmantes:

- Nacionalismo continuado y poderoso.
- Desdén por los derechos humanos, producto del miedo a los enemigos y la necesidad de seguridad. El propio pueblo, bajo regímenes fascistas, llega a ser persuadido de que tales derechos deben ser ignorados, cuando sea “necesario”.
- Identificación de los enemigos, lo que brinda pretextos para lograr la unidad de la causa.
- Supremacía de los militares.
- Sexismo rampante.
- Control sobre los medios de comunicación.

El Apocalipsis según San George

- Obsesión con la seguridad nacional.
- Intervención de la religión por parte del gobierno.
- Protección del poder de las corporaciones.
- Supresión del poder de los sindicatos.
- Desdén por las artes y los intelectuales.
- Obsesión con el crimen y su correspondiente castigo.
- Nepotismo y corrupción rampantes.
- Elecciones fraudulentas.⁸¹

Las perspectivas de que el pueblo norteamericano y el resto de los pueblos del mundo comprendan lo que está sucediendo y se dispongan a movilizarse, como proclamó en Caracas el recién concluido “Encuentro Mundial de Intelectuales en Defensa de la Humanidad” (diciembre de 2004), pasa por disponer de información clara sobre el movimiento neoconservador que se ha hospedado en las entrañas del gobierno de George W. Bush y que le sirve de tutor para el despliegue de sus políticas imperiales, de la misma manera que Aristóteles guiaba a Alejandro en sus conquistas. El segundo paso estriba en reconocer una terrible verdad que señala Carolyn Baker en su ensayo:

La gente que no ha comprendido aún la inutilidad de seguir votando por los candidatos de las grandes corporaciones, o por un tercer candidato que jamás triunfará, no ha comprendido tampoco que ni los maquiavélicos neoconservadores, ni la familia criminal de los Bush, JAMÁS dejarán voluntariamente el poder, ni en el 2004, ni en el 2008, ni NUNCA. Ellos no se ocultan para proclamar que no tendrán escrúpulos en hacer lo NECESARIO, con tal de retener el poder, lo cual incluye fraudes electorales, asesinatos, la quema de libros y más que nada, el uso de los medios como si fuesen sus máquinas propagandísticas personales.⁸²

Comprendida la naturaleza del peligro que nos acecha a principios de 2005, a pocos días de la Coronación imperial, y perdidas las esperanzas de utilizar las armas melladas del propio sistema como antídoto contra sus tendencias fascistas predominantes, urge

la movilización de todas las fuerzas progresistas y verdaderamente democráticas del planeta para enfrentar su avance.

A diferencia de otros momentos anteriores de la humanidad, el Anti-Neo o Libro de la Salvación Humana, no puede ni debe ser obra de genios individuales, porque todos estamos en peligro y se requiere del aporte de las luchas cotidianas de millones de hombres y mujeres de todo el planeta, en primer lugar, del propio pueblo norteamericano.

Será un libro coral, que ya ha empezado a escribirse. Es importante apuntar en él cada nombre, cada lucha.

Pero luchar cada día, es mucho más decisivo.

La Habana, 23 de enero de 2005

Referencias

- ¹⁻² Thomas, Helen: “Liberal Voices Disappearing from Mainstream Media”, *Hearst Newspapers*, Jan. 4, 2005. En: <http://commondreams.org/views05/0104-31.htm>
- ³ Boot, Max: “Forget Viet Nam. History Deflates Guerrilla Mystique”, *Los Angeles Times*, Apr. 6, 2003. En: <http://www.benadorassociates.com/article/316>
- ⁴ Greenberg, Paul: “The Clinton Library’s Sanitized History”, Nov. 4, 2004. En: <http://www.townhall.com/columnists/paulgreenberg/printpg20041124.shtml>
- ⁵⁻⁶ “Gary Webb: el periodista que desenmascaró a la CIA. Entrevista”, *Obrero Revolucionario*, Jun. 23, 1997. En: <http://www.librinsula.bn-jm.cu>
- ⁷ Brasschech: “Gary Webb Death. New Math of Bush Reporter ‘Suicides’”. *Ibíd.*
- Véase también en: <http://www.rense.com/general60/REPORT.HTM>
- ⁸⁻⁹ Currie, Duncan: “Photographs Do Lie. Why His Pulitzer-Winning Picture of a South Vietnamese General Haunted Eddie Adams for the Rest of His Life”, *The Weekly Standard*, Sept. 24, 2004. En: http://www.weeklystandard.com/Utilities/printer_preview.asp?idArticle=46666&R=A09F29847
- ¹⁰ Alexander, Mark: “Damned If They Do, Dead If They Don’t”, Nov. 19, 2004. En: <http://www.townhall.com/columnists/markalexander/printma-20041119.shtml>
- ¹¹ North, Oliver: “War Crimes?”, Nov. 19, 2004. En: <http://www.townhall.com/columnists/ollienorth/printon20041119.shtml>
- ¹²⁻¹³ Auken, Bill van: “Pentagon Plans Death Squad Terror in Iraq”, Jan. 13, 2005. En: www.wsws.org
- ¹⁴⁻¹⁵ Jehl, Douglas y Eric Schmitt: “Pentagon Seeks to Expand Role in Intelligence-Collecting”, *The New York Times*, Dec. 19, 2004. En: www.nytimes.com
- ¹⁶⁻¹⁸ “9/11 Intel Bill Expands Powers of a Patriot Act and ‘Politicizes Intelligence’”, [Entrevista de Amy Goodman a Robert Dreyfuss y Timothy Edgar], Dec. 14, 2004. En: <http://www.democracynow.org/article.pl?sid=04/12/14/1458259>
- ¹⁹ Evarts, Eric C.: “Is Your Car Spying on You”, *Christian Science Monitor*. En: http://www.csmonitor.com/2004/1227/p12s01_wmgn.html
- ²⁰ Frank, Tom: “What Gives”, *The New Republic*, Jan. 12, 2005. En: <http://ssL.tnr.com/P/docsub.mhtml?i=express&s=Frank011205>
- ²¹⁻²³ Gelman, Juan: “En torno al tsunami. Una ola de preguntas”, *altercom*, enero 11, 2005. En: <http://www.altercom.org/article3493.html>
- ²⁴ Sorkin, Andrew Ross y Geraldine Fabrikant: “Murdoch Will Buy Rest of Fox Shares in 17 Billion Deal”, *The New York Times*, Jan. 10, 2005. En: www.nytimes.com

- ²⁵ “Lawsuit Abuse is Costing You Money and Destroying Your Healthcare”, *Conservative Alert*. En: www.townhall.com
- ²⁶ Levine, John: “Journalist Took \$240,000 to Push Bush Education Program”, Jan. 13, 2004. En: <http://www.wsws.org>
- ²⁷⁻²⁸ Pilger, John: “Iraq: The Unthinkable Becomes Normal”, Nov. 12, 2004. En: <http://www.tombaxter.livejournal.com>
- ²⁹ Devine-Molin, Carol: “Conservatives and the Wily Use of Alternative Media”, Aug. 9, 2004. En: http://www.gopusa.com/commentary/cmolin/2004/cdm_0809.shtml
- ³⁰⁻³¹ Powell, Bonnie Azab: “Framing the Issue: George Lakoff Tells How Conservatives Use Languages to Dominate Politics”, *NewsCenter*, Oct. 27, 2003. En: http://berkeley.edu/news/media/releases/2003/10/27_lakoff.shtml
- ³² Green, Stephen: “Neo-Cons, Israel and the Bush Administration”, *CounterPunch*, Febr. 28/29, 2004. En: www.counterpunch.org
- ³³ “George W. Bush: Terrorist in the White House. War for Israel”. En: <http://nogw.com>
- ³⁴ Rosenfeld, Alvin H.: “Anti-Americanism and Anti-Semitism: A New Frontier of Bigotry”. En: <http://www.ajc.org/InTheMedia/Publications-Print.asp?-did=902>
- ³⁵⁻³⁶ Woods Jr., Thomas E.: “The Progressive Peacenik Myth”, *The American Conservative*, Aug. 2, 2004. En: http://www.amconmag.com/004_08_02/article1.html
- ³⁷ Desch, Michael C.: “Abusing the Holocaust”, Apr. 12, 2004. En: http://www.amconmag.com/2004_04_12/article3.html
- ³⁸⁻⁴⁰ Harries, Owen: “The Perils of Hegemony”, June 21, 2004. En: http://www.amconmag.com/2004_06_21/article.html
- ⁴¹⁻⁴⁴ Buchanan, Patrick J.: “No End to War. The Frum-Perle Prescription Would Ensnare America in Endless Conflict”, March 1, 2004. En: http://www.amconmag.com/2004_03_01/cover.html
- ⁴⁵ _____: “Goodbye, Dollar and Empire”, Nov. 22, 2004. En: http://www.amconmag.com/2004_11_22/buchanan.html
- ⁴⁶ Gottfried, Paul: “Neoconservative Animus”, Nov. 24, 2004. En: <http://www.lewrockwell.com/gottfried/gottfried66.html>
- ⁴⁷ _____: “Neocons and Free Speech”, May 1, 2001. En: <http://www.lewrockwell.com>
- ⁴⁸ _____: “Neocons vs. The Old Right”, Dec. 3, 2002. En: <http://www.lewrockwell.com/gottfried/gottfried39.html>
- ⁴⁹ _____: “Straussians vs. Paleoconservatives”, May 17, 2002. En: <http://www.lewrockwell.com>
- ⁵⁰⁻⁵⁶ Trifkovic, Srdja: “Neoconservatism. Where Trostky Meets Stalin & Hitler”, *Chronicles Magazine*. En: <http://www.chroniclesmagazine.org/News/Trifkovic/NewsST072303.html>
- ⁵⁷ “Neo-conservative”. En: <http://www.disinfopedia.org/wiki.phtml?title=Neo-conservative&printable=yes>

El Apocalipsis según San George

- ⁵⁸⁻⁵⁹ Lobe, Jim: “All in the Neocon Family”, *altnet*, March 27, 2003. En: <http://www.altnet.org/story/15481>
- ⁶⁰⁻⁶¹ Pinkerton, James P.: “7 Habits of Highly Effective Imperialists”, *The American Conservative*, Oct. 11, 2004. En: http://www.amconmag.com/2004_10_11/cover.html
- ⁶²⁻⁶⁷ Hersh, Seymour M.: “The Coming Wars”, *The New Yorker*, Jan 24, 2005. En: http://www.newyorker.com/fact/content/?050124fa_fact
- ⁶⁸⁻⁶⁹ “Mandate for Leadership. Buy the Book!”, Jan. 11, 2005. En: <http://www.townhall.com>
- ⁷⁰ “Fighting the War on Terrorism on Many Fronts”. Tomado de: *Mandate for Leadership*. Ibidem
- ⁷¹ “Protecting America’s Interest Through International Institutions”. Ibidem.
- ⁷² “A Free Market Economic Development Strategy”. Ibidem.
- ⁷³ “The Bush Inauguration”, *The Progress Report*. En: <http://www.american-progressaction.org/site/pp.asp?c=klLWJcP7H&b=83210>
- ⁷⁴⁻⁷⁶ “Text of Bush’s Inaugural Speech”, *The Miami Herald*, Jan. 20, 2005. En: <http://www.miami.com/mld/elnuevo/10691575.htm?template=co.../printstory.js>
- ⁷⁷ Dowd, Maureen: “Don’t Know Much About Algebra”, *The New York Times*, Jan. 20, 2005. En: www.nytimes.com
- ⁷⁸⁻⁷⁹ Ob. cit. (74).
- ⁸⁰ Baker, Carolyn: “Hello: You Are Now Living in a Fascist Empire”. En: <http://www.informationclearinghouse.info/article7217.htm>
- ⁸¹ Britt, Lawrence: “The 14 Characteristics of Fascism”, *Free Inquiry Magazine*, Spring 2003.
- ⁸² Baker, C.: Ob. cit. (80).



ANEXO 1

Programa del Departamento de la Guerra (Estados Unidos) acerca de la organización militar de la próxima campaña en las Antillas [Instrucciones de Breckenridge]^{1*}

En un periódico alemán (*Allgemeine Zeit*, de Berlín), correspondiente al 22 de Abril de 1898, se publicó el curioso documento, que reprodujo, entre otros diarios, *El Fénix*, de Sancti Spíritus.

Hay un membrete que dice: –Departamento de la guerra. –Oficina del secretario asistente. Washington, D.C., 24 de 1897.

Querido señor: Esta Secretaría de acuerdo con la de Negocios exteriores y la de Marina, se cree obligada á completar las instrucciones que sobre la parte de organización militar de la próxima campaña en las Antillas le tiene dadas, con algunas observaciones é instrucciones relativas á la misión política que como general en jefe de nuestras fuerzas recaerá en usted.

Las anexiones de territorios á nuestra República han sido, hasta ahora, de vastísimos territorios con escasa densidad de población, y siempre precedidas por la invasión pacífica de emigrados nuestros, de modo que la absorción o amalgama de la población existente, ha sido fácil y rápida.

¹ Ortega Rubio, Juan: *Historia de la Regencia de María Cristina Habsbourg-Lorena*, Madrid: Imprenta, Litografía y Casa Editorial de Felipe González Rojas, 1906, t. III, pp. 439-442.

* Se ha respetado la redacción y ortografía del documento original.

El problema se presenta con relación a las islas Hawai más complejo y peligroso, pues la diversidad de razas y el hallarse casi nivelados nuestros intereses con los de los japoneses así lo determina; pero teniendo en cuenta, lo exiguo de su población, la corriente de inmigración nuestra hará estos peligros ilusorios.

El problema Antillano se presenta bajo dos aspectos: el uno relativo a la isla de Cuba, y el otro a Puerto Rico, así como también son distintas nuestras aspiraciones y la política que respecto a ellos habrá de desarrollarse.

Puerto Rico constituye una isla feracísima, estratégicamente situada, en la extremidad oriental de las grandes Antillas, y a mano para que la nación que la posea sea dueña de la vía de comunicación más importante del Golfo de México, el día, que no tardará en llegar, gracias a nosotros, en que sea un hecho la apertura del Istmo de Darién. Esta isla tiene cerca de un millón de habitantes, de raza blanca, negra y mezclada, pero laboriosa y mansa. Esta adquisición que debemos hacer y conservar, lo que nos será fácil, porque al cambiar de soberanía, considero, tiene más que ganar que perder, por ser los intereses allí existentes, más cosmopolitas que peninsulares.

Para la conquista habrá que emplear medios relativamente suaves, extremando, en nuestra ocupación del territorio, con exquisito celo, el cumplimiento de todos los preceptos de las leyes y usos de la guerra entre naciones civilizadas y cristianas, llegando sólo en caso muy extremo al bombardeo de algunas de sus plazas fuertes. Para evitar conflictos, las fuerzas de desembarco lo verificarán aprovechando en lo posible los puntos deshabitados de la costa Sur. Los habitantes pacíficos serán rigurosamente respetados, como sus propiedades y como las autoridades civiles y eclesiásticas que permanecieron en los puntos ocupados, las cuales serán invitadas a entrar en nuestros servicios.

Recomiendo a usted muy eficazmente procure ganarse por todos los medios posibles el afecto de la raza de color, con el doble objeto, primero, de procurarnos su apoyo para el plebiscito de la anexión, y segundo, teniendo presente que

el móvil principal y objetivo de la expansión de los Estados Unidos en las Antillas es resolver de una manera eficaz, rápida y humana nuestro conflicto interior de razas, conflicto que cada día aumenta, merced al crecimiento de los negros; conocidas las ventajosas circunstancias para ello de las Indias Occidentales, una vez éstas en nuestro poder, no tardarán en ser inundadas por un desbordamiento de esta inmigración.

La Isla de Cuba, con mayor territorio, tiene menor densidad de población que Puerto Rico, y está desigualmente repartida, pero a pesar de ello, constituye el núcleo de población más importante de las Antillas; su población la constituyen las razas blanca, negra, asiática y sus derivados. Sus habitantes son, por lo general, indolentes y apáticos. En ilustración, se hallan colocados desde la más refinada hasta la ignorancia más grosera y abyecta; su pueblo es indiferente en materia de religión, y por lo tanto su mayoría es inmoral; como es a la vez de pasiones vivas, muy sensual, y como no posee sino nociones vagas de lo justo y de lo injusto es propenso a procurarse los goces, no por medio del trabajo, sino por medio de la violencia, y como resultado eficiente de esta falta de moralidad es despreciador de la vida humana. Claro está que la anexión inmediata a nuestra confederación de elementos tan perturbadores y en tan gran número sería una locura, y que antes de plantearla debemos sanear ese país aunque sea empleando el medio que la Divina Providencia aplicó a Sodoma y a Gomorra.

Habrá que destruir cuanto alcancen nuestros cañones con el hierro y el fuego; habrá que extremar el bloqueo para que el hambre y la peste, su constante compañera, diezmen sus poblaciones pacíficas y merme su ejército; y el ejército aliado habrá de emplearse constantemente en exploraciones y vanguardias para que sufran indeclinablemente el peso de la guerra entre dos fuegos, y a ellos se encomendarán precisamente todas las expediciones peligrosas y desesperadas. La base de operaciones más conveniente será Santiago de Cuba y el departamento Oriental, desde donde se podrá verificar la invasión lenta por el Camagüey, ocupando con la

rapidez posible los puertos necesarios para refugio de nuestras escuadras en la estación de los ciclones.

Simultáneamente, o mejor dicho, cuando estos planes empiecen a tener cumplido desarrollo, se enviará un ejército numeroso a la provincia de Pinar del Río, con el objeto ostensible de completar el bloqueo marítimo de la Habana con la circunvalación por tierra; pero su verdadera misión será el impedir que los enemigos sigan ocupando el interior, disgregando columnas de operaciones contra el ejército invasor de Oriente, pues dadas las condiciones de inexpugnabilidad de la Habana, es ocioso exponernos ante ella a pérdidas dolorosas. El ejército occidental empleará los mismos procedimientos que el oriental.

Dominadas y retiradas las fuerzas regulares españolas, sobrevendrá una época de tiempo indeterminado de pacificación parcial, durante la cual seguiremos ocupando militarmente todo el país, apoyando con nuestras bayonetas al Gobierno Independiente que se constituya, aunque sea informalmente, mientras resulte minoría en el país. El terror por un lado, y la propia conveniencia por otro, ha de determinar que esa minoría se vaya robusteciendo y equilibrando sus fuerzas, constituyendo en minoría al elemento autonomista y a los peninsulares que opten por quedarse en el país. Llegado, este momento, son de aprovecharse, para crear conflictos con el Gobierno Independiente, las dificultades que a éste tiene que acarrear la insuficiencia de medios para atender a nuestras exigencias y los compromisos con nosotros contraídos, los gastos de la guerra y la organización de un nuevo país; estas dificultades habrán de coincidir con las reivindicaciones que los atropellos y violencias han de suscitar en los otros dos elementos citados, y a los cuales deberemos prestar nuestro apoyo.

Resumiendo, nuestra política se concreta; apoyar siempre al más débil contra el más fuerte hasta obtener la completa exterminación de ambos para lograr anexionarnos la perla de las Antillas.

Con respecto a las posesiones asiáticas de España, en principio se ha resuelto un movimiento de división, cuya extensión y detalles oportunamente se acordarán, teniendo en

El Apocalipsis según San George

cuenta el que los celos de las potencias coloniales asiáticas forzosamente nos obligarán a limitar a estrecho círculo nuestra acción, y teniendo a la vez en cuenta no excitar las susceptibilidades del Japón, ya demasiado vivas por la cuestión de Hawai.

La época probable de empezar la campaña será el próximo Octubre; pero hay conveniencia en emplear la mayor actividad en ultimar, hasta el menor detalle, cuanto se refiere a reclutamiento, organización, movilización, armamento y acopio de municiones de boca y guerra, y reunión de medios de transporte, conforme a las instrucciones ya acordadas, y a usted remitidas, para estar listos, ante la eventualidad de que nos viéramos precisados a precipitar los acontecimientos para anular el desarrollo del movimiento autonomista, que pudiera aniquilar el movimiento separatista.

Aunque la mayor parte de estas instrucciones están basadas en las distintas conferencias que hemos celebrado, estimaremos nos someta usted cualquiera observación que pueda la práctica y la conveniencia aconsejar como corrección, pero ateniéndose estrictamente, mientras tanto, a lo acordado.

Soy sinceramente su muy obediente servidor.— J.M.
Breckreazón.— Asst Si.

Al teniente general J.S. Miles, comandante en jefe del U.S.A.

ANEXO 2

Lista completa de fundadores y adherentes al “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” (PNAC)¹

La siguiente lista está formada por un conjunto de documentos programáticos del PNAC. En ella se recogen desde la Declaración de Principios del 3 de junio de 1997, que dio a conocer esta iniciativa, hasta la Segunda Declaración sobre Iraq, del 28 de marzo de 2003. La lista de nombres que le continúa se ha conformado con los nombres de los firmantes de estos documentos, lo que permite identificar a los neoconservadores más notoriamente públicos. Los documentos son:

Statement of Principles. June 3, 1997
Letter to President Clinton in Iraq. Jan. 26, 1998
Letter to Gingrich and Lott on Iraq. May 29, 1998
Letter to President on Milosevic. Sept. 20, 1998
Statement on the Defense of Taiwan. Aug. 20, 1999
Rebuilding America’s Defenses. 2000
Present Dangers. 2000
Letter to President Bush on the War on Terrorism. Sept. 20, 2001
Letter to President Bush on Israel and the War on Terrorism. Apr. 3, 2002
Letter to President Bush on Hong Kong. Nov. 25, 2002
Letter to President Bush on the Defense Budget. Jan. 23, 2003
Statement on Post-War Iraq. Mar. 19, 2003
Second Statement on Post-War Iraq. Mar 28, 2003

¹ En: <http://rightweb.irc-online.org/charts/pnac-chart.php>

El Apocalipsis según San George

Los firmantes:

Morton I. Abramowitz	Elliot Abrams
Gordon Adams	Ken Adelman
Richard V. Allen	Mark A. Anderson
Richard Armitage	Ronald Asmus
Andrew Y. Au	Nina Bang-Jensen
Gary Bauer	Roger Barnett
Jeffrey Bell	William J. Bennett
Jeffrey Bergner	Alvin Bernstein
Robert L. Bernstein	George Biddle
John Bolton	Max Boot
Ellen Bork	Rudy Boshwitz
William F. Buckley, Jr.	Jeb Bush
Stephen Cambone	Frank Carlucci
James W. Ceasar	Linda Chavez
Richard B. Cheney	Steven C. Clemons
Eliot A. Cohen	Seth Cropsey
Devon Gaffney Cross	Ivo H. Daalder
Helle Dale	Dennis DeConcini
Midge Decter	James Dobbins
Paula Dobriansky	Thomas Donnelly
Nicholas Eberstadt	Robert Edgar
David Epstein	Amitai Etzioni
David Fautua	Lee Feinstein
Edwin J. Feulner, Jr.	Steve Forbes
Hillel Fradkin	Aaron Friedberg
Francis Fukuyama	Frank Gaffney
Peter Galbraith	Jeffrey Gedmin
Sam Gejdenson	Robert S. Gelbard
Reuel Marc Gerech	Merle Goldman
Phillip Gordon	Daniel Goure
Harold Hongju Koh	Robert Killebrew
Lane Kirkland	Jeane Kirkpatrick
Peter Kovler	Charles Krauthammer
William Kristol	Mark Lagon
James Lasswell	John Lehman
Lewis E. Lehrman	Todd Lindberg

Eliades Acosta Matos

I. Lewis Libby	James Lindsay
Bette Bao Lord	Rich Lowry
Connie Mack	Christopher Makins
Christopher Maletz	Mary Beth Markey
Will Marshall	Robert Martinage
Clifford May	Daniel McKivergan
Edwin Meese III	Phil Meilinger
Ross H. Munro	Joshua Muravchik
Michael O'Hanlon	Mackubin Owens
Wayne Owens	Martin Peretz VER
Richard N. Perle	Daniel Pipes
Danielle Pletka	Norman Podhoretz
John Edward Porter	Dan Quayle
Peter W. Rodman	Stephen P. Rosen
Dennis Ross	Henry S. Rowen
Donald Rumsfeld	Randy Scheunemann
Gary Schmitt	William Schneider Jr.
Richard H. Schultz	Sin-Ming Shaw
Abram Shulsky	Paul Simon
Henry Sokolski	Stephen Solarz
Helmut Sonnenfeldt	Walter Slocombe
James B. Steinberg	Leonard Sussman
John J. Sweeney	William Howard Taft IV
Dick Thornburgh	John Tkacik
Ed Turner	Michael Vickers
Arthur Waldron	Malcolm Wallop
Barry Watts	James Webb
Vin Weber	George Weigel
Caspar Weinberger	Paul Weyrich
Leon Wieseltier	Chris Williams
Jennifer Windsor	Marshall Wittmann
Paul Wolfowitz	R. James Woolsey
Larry Wortzel	Dov S. Zakheim
Robert Zoellick	

Bibliografía complementaria

- ANSELL, AMY ELIZABETH: *Unravelling Right: The New Conservatism in American Thought and Politics*, Westview Press, New York, 1998.
- ASHLEY, DAVID: *History without a Subject: The Postmodern Condition*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1997.
- BRAUN, AUREL Y STEPHEN SCHEINBERG (1997). *The Extreme Right: Freedom and Security at Risk*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1997.
- BRENNAM, MARY C.: *Turning Right in the Sixties: The Conservative Capture of the GOP*, University of North Carolina Press, 1993.
- CHILCOTE, RONALD H: *Theories of Comparative Politics: The Search for a Paradigm Reconsidered*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1994.
- COOPER, BARRY, ALLAN KORNBERG Y WILLIAM MISHLER: *The Resurgence of Conservatism in Anglo-American Democracy*, Duke University Press, Durham, North Carolina, 1988.
- FARYNA, STAN: *Black and Right: The Bold New Voice of Black Conservatives in America*, Praeger Publishers, Westport, Connecticut, 1997.
- FOWLER, ROBERT BOOTH Y ALLAN HERTZKE: *Religion and Politics in America: Faith, Culture and Strategic Choices*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1995.
- FRUM, DAVID: *Dead Right*. Basic Books, New York, 1995.
- GARDNER, HOWARD: *Leading Minds: An Anatomy of Leadership*, Basic Book, New York, 1996.
- GERSON, MARK: *The Essential Neoconservative Reader*, Adisson-Wesley, Massachusetts, 1996.
- GOLDBERG, J. J.: *Jewish Power: Inside the American Jewish Establishment*, Adisson-Wesley, Massachusetts, 1996.
- HAASS, RICHARD: *The Reluctant Sheriff: The US after the Cold War*, Council of Foreign Relations, New York, 1997.

- KAZIN, MICHAEL: *The Populist Persuasion: An American History*, Basic Books, New York, 1995.
- KICHELOE, JOE L., SHIRLEY R. STEINBERG Y VALERIE L. SCATAMBULO: *Soldiers of Misfortune: The New Right's Culture War and the Politics of Political Correctness*, Peter Lang, New York, 1998.
- KIEWE, AMOS: *The Modern Presidency and Crisis Rhetoric*, Praeger Publishers, Westport, Connecticut, 1994.
- LORA, RONALD Y WILLIAM LONGTON HENRY: *The Conservative Press in XX Century America*, Greenwood Press, 1999.
- MC DERMOTT, JOHN: *Corporate Society: Class, Property and Contemporary Capitalism*, Boulder, Colorado, 1991.
- RABINOWITZ, ALAN: *Social Change Philanthropy in America*, Quorum Book, New York, 1990.
- SPRING, JOEL: *Political Agendas for Education: From the Christian Coalition to the Green Party*, Lawrence Erlbaum Associates, New Jersey, 1997.
- THORNE, MELVIN J. Y BERNARD K. JOHN POLL: *American Conservatives Thought since WW II. The Core Ideas*, Greenwood Press, New York, 1990.
- TUCKER, ROBERT W.: *The Imperial Temptation: The New World Order and America's Purpose*, Council of Foreign Relations Press, New York, 1992.
- WALD, ALAN M.: *The New York Intellectuals: The Rise and Decline of the Anti-Stalinist Left from 1930's to 1980's*, University of North Carolina Press, 1987.
- WALKER, SAMUEL: *The Right Revolution: Rights and Community in Modern America*, Oxford US, New York, 1998.
- WILSON, JOHN K.: *The Myth of Political Correctness: The Conservative Attack on Higher Education*, Duke University Press, Durham, North Carolina, 1995.